

JUAN CARLOS MATO

# El sueño de Cartago



D.J.57

**E**

**SELECCIÓN**

*Ficción Histórica*

# El sueño de Cartago

*Juan Carlos Mato*



1.ª edición: octubre, 2017

© 2017, Juan Carlos Mato

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-885-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Ascen, como siempre*

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

# I

*Año 237 a.C.*

El cielo azul lucía sobre Cartago coronado por un generoso sol que regaba con su calor las calles atestadas de comerciantes. Aceitunas, aceite de oliva, higos, dátiles, miel y cera de abejas, vino de Iberia, telas de Persia y especias de la Hélade. Productos todos ellos que podían encontrarse en abundancia entre los puestos de los barrios que desembocaban en el puerto, auténtico núcleo comercial cartaginés. El puerto circular militar estaba separado del mercantil por un pequeño islote que lo dividía. Desde este, el navarca controlaba la entrada y salida de las naves hacia alta mar a través de un paso de setenta pies de ancho, cerrado por unas cadenas de hierro.

Amílcar Barca contemplaba satisfecho la ruidosa actividad de los barcos pesqueros, de las embarcaciones extranjeras, algunas de ellas de origen griego, o bien romanos que se hacían pasar por estos. Pese a que no fuese grato reconocer por la República de Roma, multitud de pueblos y razas deseaban entablar alianzas comerciales con Cartago, incluso los descendientes de Rómulo y Remo. Todos ansiaban comerciar sus mercancías en los barrios de la capital. Las calles, estrechas al principio y cortadas en ángulo recto, penetraban hacia el centro de la ciudad norteafricana a medida que se ensanchaban bulliciosas y desembocaban en enormes plazas bajo la égida de edificios compuestos por varios pisos de pequeñas dimensiones que compartían un patio interior en cuyo centro estaban instaladas cisternas para almacenar el agua de la lluvia.

En uno de esos edificios, Amílcar había vivido en sus años de extrema juventud, antes de casarse y emprender una fructuosa carrera militar. Perteneía a una familia con raíces en la aristocracia púnica, pero sin mucha influencia dentro de la Balanza<sup>1</sup>, y, desde muy temprana edad, dio síntomas

de una enorme ambición, avidez que con el tiempo se vio saciada al asumir el mando de un importante contingente de tropas y viandas con destino a Sicilia.

En el año en que nació Aníbal, su primer hijo varón, cartagineses y romanos llevaban más de dieciocho años en guerra por el control de la isla de Sicilia, y el joven general del clan Bárcida se había convertido en el portador de la última esperanza de victoria para Cartago.

Durante el tiempo en que Amílcar estuvo en Sicilia, no solo mantuvo a raya a las legiones del cónsul Junio Pulo, sino que tomó algunas ciudades de influencia romana en la isla, como Eryx<sup>2</sup>, desde donde pudo dominar los accesos por el noreste a la fortaleza púnica de Drepanum<sup>3</sup>. Solamente un decreto del Senado de Roma, por el que se recurrió a los capitales privados de los aristócratas campanienses —que, por otro lado, habían sido los que lanzaran a Roma a la guerra— para sufragar los gastos del rearme de la flota romana —totalmente destruida desde el desastre, cinco años atrás, de los cónsules Claudio Pulcher, en Drepanum, y de Junio Pulo, en el cabo Paquino—, hizo que Roma contase con una flota de doscientos quinquerremes para el intento final de acabar con la hegemonía marítima de los cartagineses. El mando recayó en el cónsul Lutacio Cátulo.

El nuevo cónsul responsable de las fuerzas marítimas romanas se limitó a fondear la nueva flota frente a Drepanum y Lilibeo<sup>4</sup>, esperando la oportunidad para asestar el golpe a los cartagineses. Lutacio Cátulo sabía que en sus manos estaba la última baza que Roma jugaba para dominar los accesos por mar a las colonias púnicas. Esta actitud contemporizadora del cónsul no fue muy bien digerida por algunos miembros del Senado de Roma, que acusaban a Lutacio Cátulo de falta de audacia por no atreverse a atacar los asentamientos cartagineses.

Lutacio Cátulo hizo caso omiso a las exigencias de algunos senadores y de los consejos de sus legados mayores sobre un posible ataque a Drepanum. Simplemente esperó. Por las tardes, el cónsul, acodando el brazo en su rodilla, miraba hacia mar abierto y se pasaba horas observando el horizonte

acuoso. Esperó hasta que nadie creyó que su táctica fuese la más acertada. Roma necesitaba una victoria rápida, y Lutacio Cátulo se limitaba a esperar. Sin embargo, meses más tarde, el cónsul sería recibido en Roma como el gran triunfador de la guerra de Sicilia. Bajo su mando fueron derrotadas las naves cartaginesas que formaban un convoy de abastecimiento rumbo a Lilibeo. La victoria fue aplastante: cincuenta naves púnicas hundidas y más de setenta capturadas con toda su tripulación. Roma dominaba al fin las rutas marítimas hacia los asentamientos cartagineses en la isla, y estos comenzaron a sufrir un duro bloqueo. El joven general Amílcar Barca no tuvo más remedio que acatar la orden de Cartago de negociar la paz con el cónsul romano.

Amílcar renunció a su mando sobre las tropas cartaginesas en Sicilia, lo traspasó al comandante de Lilibeo, Giscón, y, amargado, regresó a Cartago. Una vez en la metrópolis púnica, utilizó el prestigio adquirido en los años de guerra y comenzó a estrechar lazos con personajes de cierta influencia, hostiles a la facción de Hannón en la Balanza. Hannón, líder de los latifundistas, era favorable a la capitulación durante la guerra de Sicilia y, más tarde, al entendimiento con los romanos y a la explotación de los territorios africanos. Amílcar, enfrentado claramente a la clase latifundista, defendía los intereses comerciales tradicionales de Cartago y jamás perdonó a la facción de Hannón su defensa a ultranza de la rendición ante Roma.

Casó a su hija mayor con el navarca Bomílcar y permaneció en la sombra durante tres años, esperando el momento idóneo para resurgir con fuerza de las cenizas provocadas por la derrota en la isla de Sicilia y liderar al pueblo cartaginés. Amílcar pronto fue reclamado por el Consejo de Ancianos<sup>5</sup> para sofocar la revuelta de los mercenarios de la guerra de Sicilia, a los que se les adeudaban soldadas atrasadas. Tras las desastrosas campañas de algunos generales cartagineses —entre ellos, Hannón, jefe de la facción antibárcida— Amílcar resultó ser, de nuevo, la última esperanza para acabar con una rebelión que amenazaba incluso a la metrópolis norteafricana. Todo esto acentuó la antipatía de Hannón por el Barca, más aún cuando fue destituido por su propia tropa en favor de Amílcar, quien demostró ser un estratega

excepcional. La Asamblea del Pueblo<sup>6</sup> eligió un lugarteniente para ayudar al nuevo general en las tareas de mando; no obstante, la Balanza sabía que no resultaba conveniente para la paz interna del Estado púnico menospreciar de forma tan abierta a la facción que lideraba el incombustible Hannón, por lo cual una comisión del Consejo de Ancianos, formada por treinta miembros, forzó la reconciliación de los líderes de las dos facciones opuestas con el fin de actuar en pro de los intereses de la unión nacional cartaginesa. De este modo, y tras la muerte del lugarteniente elegido por la asamblea del pueblo a manos del mercenario rebelde Matos en la plaza de Túnez, el mando del ejército quedó compartido entre Hannón y Amílcar. La sublevación quedó sofocada gracias, de nuevo, al ingenio militar de Amílcar, que logró vencer a Matos en las cercanías de Leptis Minus.

La rebelión de los mercenarios no solo se produjo en África, sino que aquellos que servían en la isla de Cerdeña también se amotinaron contra las autoridades cartaginesas. Cuando los rebeldes tuvieron el control de la isla, el Senado romano, incumpliendo el tratado de paz firmado cuatro años antes entre Amílcar Barca y el cónsul Lutacio Cátulo, envió una expedición a Cerdeña. Roma justificó la invasión argumentando que era la respuesta a los apresamientos de mercaderes itálicos que se habían producido durante la revuelta de los mercenarios. Entonces, Cartago mandó una embajada a Roma con la intención de exigir la devolución de Cerdeña, empero, regresaron pronto, asustados como corderos por las amenazas de guerra que el Senado romano había impuesto sobre los deseos cartagineses de negociar un acuerdo satisfactorio para ambas naciones. Los rostros de los embajadores, desencajados por el miedo ante el griterío de esa masa de senadores, casi histérica, volvían a turbarse mientras narraban a los sufetas<sup>7</sup> el odio intrínseco que los patricios romanos sentían hacia toda cosa de naturaleza púnica. Por ello, los sufetas convocaron a los miembros del Consejo de Ancianos a una sesión de urgencia en la Balanza.

—Hace casi un lustro perdimos la isla de Sicilia ante los romanos — recordó Amílcar, ataviado con una túnica dorada sobre la cual había echado

una fina capa de seda brocada. Peinado a la moda griega, con rizos en el flequillo que casi tapaban la frente, escudriñaba a los allí reunidos con una mirada de rabia contenida. Las pobladas cejas y la nariz aguileña componían un rostro rudo en el que sobresalía una cuidada barba que utilizaba para esconder alguna que otra cicatriz—. Y ahora nos han arrebatado Cerdeña impunemente. Ciertamente es que nuestra situación actual no nos permite entablar ninguna acción militar contra esta invasión de Roma en las colonias; sin embargo, la cuestión no es si Roma ha incumplido el tratado de paz que yo mismo firmé por orden de este noble Consejo. El desgraciado hecho es que, dentro de nuestro pueblo, hay personas que susurran en las esquinas y maquinan, protegidos por la oscuridad y la inmunidad de sus cargos en la Balanza, venganzas personales y políticas beneficiosas para ellos, pero que perjudican seriamente los intereses de Cartago.

Esta aseveración de Amílcar en la reunión del Consejo de Ancianos hizo que, durante las semanas siguientes, los barrios de la capital se llenasen de rumores sobre la lealtad de algunos senadores de la Balanza, en especial de Hannón y sus más estrechos colaboradores de la facción antibárcida. El Barca había logrado sembrar la duda en el pueblo, donde su discurso, más popular que el de Hannón, fue muy bien acogido. Al fin y al cabo, ni los sufetas ni el Consejo de Ancianos podían hacer oídos sordos a las voces de toda una clase social tan influyente como era la de los comerciantes, muchos de ellos enriquecidos de manera extraordinaria por los intercambios con las colonias ultramarinas, que se levantaban en apoyo a la cabeza visible del clan Bárcida. A pesar de que Amílcar no nombró a Hannón, todo el mundo conocía la identidad de a quién iban dirigidas las palabras envenenadas vertidas en la Balanza por el Barca.

Hannón, por su parte, acusó a Amílcar de haber hecho demasiadas promesas a la soldadesca durante la guerra de Sicilia, alimentando así la revuelta de los mercenarios desde los últimos años de la contienda con Roma. El tribunal de los Ciento Cuatro<sup>8</sup>, en el que había miembros hostiles a la facción Bárcida, tomó muy en serio las acusaciones de Hannón y comenzó a

investigar al Barca. Amílcar, ayudado por personas influyentes en la opinión pública cartaginesa y sobornando a algunos jueces, consiguió que el tribunal no encontrara pruebas determinantes con las que realizar una acusación lo suficientemente sólida. Amílcar se había ganado ya las simpatías de la Asamblea del Pueblo, de sentimientos desfavorables hacia Hannón y sus seguidores, proporcionándole inmunidad judicial y el mando militar supremo sobre Libia por un periodo de tiempo indeterminado.

Durante su mandato sobre tierras libias, hizo casar a su segunda hija con una de aquellas personas que más le habían prestado ayuda ante la presión del tribunal de los Ciento Cuatro. Se trataba de Asdrúbal *el Janto*. Y, de nuevo, Hannón hizo correr habladurías entre el populacho, afirmando que Asdrúbal y Amílcar eran algo más que yerno y suegro, que el matrimonio con la hija de este último había sido una farsa y que la belleza turbadora del Janto había hecho enloquecer de amor al gran general, a quien el Consejo de Ancianos había confiado por tiempo indefinido el mando de tropas en Libia. Chismes que nadie creyó en Cartago y que solo consiguieron que la figura de Hannón se viera más desprestigiada de lo que ya estaba en la Asamblea del Pueblo.

La guerra de Sicilia había resultado muy costosa; además, las indemnizaciones que Roma exigía eran muy altas. Cartago estaba en una situación económica muy difícil, e Iberia era una tierra rica. Su madera y esparto eran elementos idóneos para la construcción de una nueva flota, y la plata de las minas llenaría las vacías arcas del Estado; además, este nuevo horizonte que colonizar estaba habitado por pueblos que basaban el epicentro de su desarrollo en la guerra, cuyos miembros terminarían engrosando las filas del ejército cartaginés para hacerlo aún más invencible. En aquella tierra al otro lado del mar, Cartago renacería con fuerza para la venganza contra Roma. Ese era el gran sueño de Amílcar: la conquista de Iberia.

Los cartagineses no sentían ninguna simpatía por los griegos. Amílcar, que poseía una excelente memoria bélica, no olvidaba el apoyo logístico que las colonias griegas en Iberia prestaron a los romanos durante la guerra de

Sicilia, en especial, Hemeroscopio<sup>9</sup>, Alonis<sup>10</sup> y Emporion<sup>11</sup>. Y ahora, tras la derrota, Cartago se veía obligada a aceptar el comercio con los griegos por su propia supervivencia.

Amílcar desvió a la izquierda su mirada orgullosa, hacia algunas penteras, una de ellas con la insignia de los Bárcidas grabada, y una decena de trirremes ancladas en la parte sur del gran puerto de la metrópolis. Tras la autorización por parte del Consejo de Ancianos de la expedición planeada por él mismo, la flota se encontraba a punto para emprender el viaje a Iberia en las jornadas siguientes.

—Observad, hijos. Esas trirremes algún día serán comandadas por vosotros para destruir a Roma y a sus bastardos hijos.

Aníbal, de nueve años, y su hermano Asdrúbal, de seis, escucharon las palabras de su padre en un segundo plano. En sus mentes estaba, y perviviría por muchos años, la estampa de una Cartago viva, latente.

—Padre —preguntó Asdrúbal—. ¿Por qué debemos destruir a los romanos?

—Porque un buen cartaginés así debe hacerlo, estúpido —respondió Aníbal, adelantándose al patriarca de los Barca, como si no saber la respuesta fuera equivalente a no saber distinguir el día de la noche.

—Un buen cartaginés también debe aprender a tratar a su hermano con respeto, Aníbal —lo reprendió Amílcar en tono aleccionador mientras acariciaba con sus grandes manos el cabello negro y despeinado del niño—. Serás un buen general. Ambos lo seréis; pero recordad que la sangre que os une es lo primero.

—¿Incluso antes que Cartago? —Quiso saber Asdrúbal.

—Cartago es nuestra madre. Tenemos obligación de defenderla ante cualquier humillación; y al hacerlo, os defenderéis a vosotros mismos.

—Y Roma quiere humillarnos. ¿No es verdad, padre? —intentó reafirmar Aníbal algo que era más que una sospecha; la sospecha de un hecho que no escapaba a su entendimiento, pues sabía más detalles del desastre de Sicilia que muchos de los que allí habían combatido.

—Sí, hijo. Sicilia y Cerdeña son la remembranza de nuestra humillante derrota. —Un silencio grave, tenso, inundó la garganta de Amílcar—. Y Roma... —concluyó al fin en un susurro que contenía un odio inexpresivo.

Aníbal lo escuchó a la vez que percibía la rabia de su padre escondida tras el timbre de su voz, propio de quien es poseedor del alma de un guerrero. Asdrúbal no atendió a las últimas palabras de Amílcar, extasiado por la actividad que se llevaba a cabo en el puerto mientras todavía resonaba en sus oídos con gran estruendo la frase que, desde aquel día, quedaría grabada en su cerebro: «Cartago es nuestra madre».

*Año 218 a.C.*

Asdrúbal Barca se despertó alterado. En su mente aún resonaba el eco de la voz de su padre pronunciando la última frase. Se levantó del camastro, sudoroso y aturdido por el sueño que acababa de padecer. De repente había vuelto a revivir las mismas sensaciones de la niñez cuando, bajo la égida de Amílcar, observaba junto a su hermano Aníbal la actividad del puerto militar de la metrópolis. Incluso recordaba el momento en que su padre y el Janto partieron hacia tierras de Iberia llevando con ellos a su hermano Aníbal, cómo el navarca había interrumpido el tránsito de las embarcaciones comerciantes hasta que las trirremes y penteras se hubieron adentrado en alta mar, ese mismo mar que siempre quiso surcar en toda su inmensidad. Recordaba también que su madre no lloró, solo se quedó callada, con una tiesura en el rostro que le duró más de un mes desde la partida de Amílcar. Ya no era capaz de rememorar otra cosa que no fuera el silencio absoluto que se dedicó a campar a sus anchas entre la colorida vegetación de los jardines de su casa en la ladera sur de la capital. Solo silencio ante las ausencias.

Una enorme vela encendida se consumía con parsimonia sobre una mesa ovalada elaborada con madera de cedro, alumbrando con su tenue y oscilante luz los mapas y planos extendidos encima de ella, que indicaban accidentes en el terreno del territorio de los ilerjavones<sup>12</sup>, aliados hasta entonces de los

cartagineses, y los ilergetas<sup>13</sup>. Seguía reinando la penumbra en Qart Hadasht<sup>14</sup>; el alba se presentía cerca, mas tardaría aún en llegar. Asdrúbal se refrescó el rostro, cuyas facciones parecían querer esconderse tras una barba bien cuidada, con el agua depositada en una palangana de cerámica en el otro extremo de la amplia habitación.

—Cartago —susurró en un tono de voz tan bajo que parecía escapado de su propio pensamiento.

Echó un leve vistazo a los planos de la mesa y, con las manos apoyadas en el borde, persiguió con la mirada el recorrido del río Ebro hasta su desembocadura en un delta. Maldito territorio. Aníbal le había asegurado que sería en estos terrenos donde debería realizarse la ofensiva contra las legiones romanas cuando desembarcaran en la península. Debería él, Asdrúbal, llevar la iniciativa en las hostilidades. Esperaba con estoica paciencia las noticias de los emisarios de Hannón, lugarteniente que sobresalía por su fidelidad hacia Aníbal y de mismo nombre que el miserable líder de la facción antibárcida que intentaba, desde Cartago, poner al Consejo de Ancianos en contra de las acciones militares de su hermano, quien le había entregado un pequeño ejército para que controlase la región que iba desde el Ebro a los Pirineos. Sin duda, Aníbal intentaba mantener tropas cartaginesas cerca de la colonia de Emporion y así vigilar el avance de las legiones romanas, pues era obvio que desembarcarían en este asentamiento griego aliado de Roma. Era bastante improbable, en opinión de Aníbal, que los romanos se atreviesen a desembarcar las tropas en la colonia de Hemeroscopio, situada demasiado al sur y relativamente próxima a Qart Hadasht. El joven general Barca, hijo del gran Amílcar, también quiso asegurarse la lealtad de los pueblos montañeses, en principio hostiles a la ocupación cartaginesa, y de las tribus de los bargusios, ernesios y androsinos<sup>15</sup>. Aníbal confió en su instinto, como siempre solía hacer, y apostó por una posibilidad no del todo segura. «Por Emporion desembarcarán», aseveró Aníbal ante las vacilaciones del lugarteniente Hannón, quien no osó replicar la orden del joven Barca.

«Mejor allí que en nuestro territorio», pensó Asdrúbal.

Hacía calor. El verano peninsular estaba resultando duro e interminable y, pese a que el tiempo cálido tocaría pronto a su fin, se sufría un bochorno extenuante que, sumado a la inactividad de las tropas, recluidas en los cuarteles de invierno, afectaba seriamente a la soldadesca. Asdrúbal se sentó en una cómoda silla frente a un ventanal desde donde podía apreciarse la belleza del puerto arropado por dos torres que hacían de él una fortaleza inexpugnable para cualquier flota extranjera, incluida la romana. Las antorchas de los vigías iban apagándose a medida que la luz del nuevo día invadía el malecón portuario de la nueva Cartago, Qart Hadasht, la ciudad soñada por Amílcar.

Contaba con once mil ochocientos cincuenta infantes africanos, trescientos ligures, quinientos baleares, cuatrocientos jinetes libio-fenicios, unos mil ochocientos nómadas y mauritanos y veintiún elefantes; además de una flota formada por cincuenta quinquerremes, dos cuadrirremes y cinco trirremes. ¿Para qué todo ese ejército? No podía atacar; debía esperar con los ojos vendados hasta la llegada de los emisarios de Hannón, situado con un fuerte destacamento en la falda de los Pirineos.

La puerta se abrió de forma inesperada e Himilcón accedió con cautela a su aposento. Himilcón, elegido almirante de la flota, era un buen amigo para Aníbal al igual que lo había sido para su padre, Amílcar. Asdrúbal, que entre las tropas era conocido popularmente con el apodo de el Joven, veía en él un consejero, un tutor que examinaba en silencio cada una de sus decisiones, que intercedía entre él y el grueso del ejército, pues su reputación era tan gloriosa para la tropa que se había convertido en una leyenda viva, descendiente de los grandes guerreros fenicios de Tiro, portador del gran honor de haber luchado al lado del recordado Amílcar Barca. Un silencio suyo significaba un pequeño éxito personal que no iba más allá de la satisfacción propia; una réplica, un error aprendido por su consejo. Asdrúbal *el Joven* lo respetaba, no más que a un padre y no menos que a un general.

Himilcón no pronunció palabra, solo alargó la mano para ofrecerle a su general en jefe la pequeña misiva que portaba. Este se levantó con una calma

mal fingida y abrió con nerviosismo, a pesar de intentar disimular su ansia ante el almirante, el sello del pergamino que quizás encerrara la información que tanto esperaba recibir. Lo desenrolló y leyó despacio las escuetas líneas escritas en él y, al terminar su lectura, dejó que el pergamino se enrollase a la vez que se dejaba caer en su asiento, con la mirada clavada en las dos fortalezas que seguían abrazando el puerto; empero, parecía que este abrazo fuese más intenso en el instante en que la penumbra de la noche se difuminaba entre las claridades del nuevo día. Himilcón se alargaba en su mutismo; otra de sus virtudes: saber callar cuando el silencio tiene la palabra.

—Los romanos han desembarcado en Emporion —confirmó Asdrúbal con sequedad.

—Como tu hermano Aníbal presagió —puntualizó Himilcón.

—Sí. Él conoce bien la estrategia de los romanos.

La quietud en la estancia se tornó tan intensa que impedía cualquier acto dirigido a prorrumpir ese estado de inmovilidad. Asdrúbal parecía estar en un extraño trance, que Himilcón hubiera tachado de pusilánime si no conociese bien su estirpe.

—Según escribe Hannón, los romanos están conciliándose con los poblados del norte del Ebro. Ya tienen nuevas alianzas con los layetanos<sup>16</sup> y con algunos pueblos montañeses —informó Asdrúbal.

—La fidelidad de los ilergetas es dudosa —apuntó Himilcón.

—Cierto. Sin embargo, tenemos en su caudillo, Indíbil, un aliado; mas temo que no dudará en firmar una alianza con los romanos si advierte que esta es más provechosa que la que ahora lo une a nosotros.

Los gritos de los marineros de las penteras de Atarbal, el mayor comerciante de Qart Hadasht, que salían del puerto para escoltar dos cargamentos de garón con destino hacia Ebussus<sup>17</sup>, irrumpían en el silencio del amanecer.

—Debemos actuar con rapidez. Hannón no esperará mucho tiempo más. Luchará antes de que todos los pueblos al norte del Ebro firmen alianzas con

los romanos —advirtió Himilcón.

—Roma, en el fondo, teme nuestro poder militar, y no hay mejor manera de demostrarle la fuerza de nuestro ejército que atacándolo al norte del Ebro, en el territorio de sus aliados.

El temor de Roma. Era cierto. Sagunto cayó tras varios meses de asedio, sin que Roma la socorriera. Solo se limitó a enviar unos embajadores; primero, a Aníbal, y más tarde, al Consejo de Ancianos. Se presentaron ante los sufetas y exigieron explicaciones por la permisividad de la Balanza hacia los actos del joven Barca, los cuales iban contra el tratado del Ebro firmado por Roma y Asdrúbal *el Janto*, cuñado de Aníbal, pues Sagunto era aliada de los romanos; una alianza, firmada tres años atrás, por la que Roma estaba obligada a defender los intereses de la ciudad íbera.

—Distinguidos magistrados —comenzó a decir uno de los senadores cartagineses, de tez curtida por el paso de los años y de escasos cabellos que se resistían a blanquear refugiados en un tono grisáceo—. Al finalizar la guerra que enfrentó a nuestro pueblo con Roma por la posesión de la isla de Sicilia, convinimos, a través de un tratado de paz firmado por el cónsul Lutacio Cátulo y Amílcar Barca, el padre del joven general del que pedís la cabeza por la ofensa al pueblo de Roma —continuó a la vez que desviaba la mirada hacia los emisarios romanos—, la entrega por nuestra parte de los prisioneros romanos hechos en combate y una deuda de dos mil doscientos talentos a pagar en un plazo de veinte años. Fue un pacto justo que debía ser ratificado por el Senado de Roma, y este nos impuso otras condiciones más duras: mil talentos más a pagar en la mitad de tiempo. —Se produjo entonces un murmullo que recorrió toda la sala, producto de la deshonra que sobrevivía aún entre los habitantes de Cartago—. El ilustre Senado romano justificó esta modificación arguyendo que todos los tratados debían llevar el consentimiento del pueblo —prosiguió—. Y ahora pregunto a los romanos: ¿Cartago no tiene ese derecho? El tratado llamado del Ebro, firmado por Asdrúbal *el Janto* y Roma, está invalidado. Todos los pactos establecidos con el Janto son nulos, pues este los firmó con la autoridad que solo le confería su

rango y condición, sin haber sido verificados por los ilustres miembros de la Balanza. De este modo, Roma basa sus quejas en el incumplimiento de unos tratados que nunca existieron para los cartagineses.

Un estrepitoso aplauso por parte de la gran mayoría irrumpió en el final de la intervención del senador. Hannón y sus seguidores de la facción antibárcida permanecieron mudos ante el explosivo entusiasmo del auditorio.

—He aquí a los embajadores de Roma —reanudó su oratoria el senador—, entre los que podemos destacar a los cónsules Emilio Paulo y Livio Salinátor; y a Fabio Buteo, a quien la vejez no ha hecho decaer su ardor diplomático. Todos ellos, romanos que se presentan ante la Balanza para pedir cuentas sobre las actuaciones de un general cartaginés, Aníbal, que solo debe justificar sus actos ante el Consejo de Ancianos; una potencia extranjera que se dedica a ejercer presión sobre nuestras operaciones militares en tierras de Iberia. ¿Es eso justo? Creo que no, al igual que no lo es que esta delegación camufle su verdadera intención. ¡Parid de una vez el proyecto que tenéis en la cabeza desde hace tiempo!

El viejo Fabio Buteo se levantó con precipitación, acto que imitó el resto de los delegados romanos.

—Aquí os traemos la paz o la guerra —dijo a la vez que hacía un pliegue a su toga con dos dedos—. Escoged lo que queréis.

Se alzaron entonces multitud de voces en la sala. Todas ellas pedían lo mismo: que decidiera el mismo Fabio la suerte de Roma. Fabio Buteo era defensor de la diplomacia como instrumento conciliador ante Cartago; sin embargo, sus intentos por conservar la paz entre ambas naciones acababan de fracasar en ese mar de odio visceral púnico. Los cónsules se miraban de soslayo, estupefactos ante el cariz que acababan de tomar los acontecimientos. Los otros dos delegados romanos respiraban con dificultad frente a esa masa de senadores cartagineses impregnados de una tremenda aversión hacia Roma que había ido cuajándose a lo largo de las dos décadas en las que se habían visto obligados a sobrevivir las humillantes condiciones impuestas al finalizar la guerra de Sicilia.

El cónsul Emilio Paulo acabó por esbozar una ligera sonrisa. A fin de cuentas, acababa de conseguir sus objetivos a través de uno de los Fabios más venerados por el Senado y que con mayor ímpetu se había opuesto a declarar la guerra a Cartago.

A Fabio Buteo no le quedó otra opción que la defendida por los Emilios y los Cornelios Escipiones, aunque más tarde se lamentara profundamente por ello:

—Yo escojo la guerra —dictaminó el anciano.

Este pertenecía al clan de los Fabios, opuestos a realizar incursiones militares por las tierras que los romanos llamaban Hispania; sin embargo, la influencia de los Fabios en la política romana era cada vez menor. Los partidos de los Emilios y los Cornelios Escipiones iban ganando terreno desde que, casi un lustro atrás, la importante victoria de un general del clan de los Emilios sobre los galos hiciera que Cayo Flaminio Nepote, hombre ambicioso y extremadamente inteligente, elegido cónsul poco después, apoyase a las familias patricias conservadoras en detrimento de los Fabios.

Cayo Flaminio Nepote aseguró un asiento curul en el Senado a varios miembros de estas dos familias que por sí solos no hubieran podido lograr. Era por todos conocido el hecho de que convertirse en un miembro de la Asamblea de la plebe era la mejor forma de adquirir una buena fama política. A los tribunos de la plebe, pese a no tener *imperium*<sup>18</sup>, les resultaba más sencillo conseguir una candidatura a cuestor y el acceso al pretorado, el tercer escalón del *cursus honorum*, que más tarde podría llevarlos al consulado. En cambio, los patricios debían conseguir esa fama a través de campañas militares y sobornos muy costosos por los cuales se compraban los votos en las elecciones para pretor<sup>19</sup> y desde allí poder acceder al consulado.

Emilio Paulo había sido uno de esos patricios beneficiados por Cayo Flaminio Nepote, quien lo catapultara en su día a la carrera de cónsul hasta convertirlo en edil curil un año antes de la edad habitual. En ese momento, compartía el consulado con el plebeyo Livio Salinátor. Emilio Paulo no vio con muy buenos ojos que a la cabeza de la embajada enviada a Cartago

estuviese uno de los viejos Fabios, empeñado en no implicarse en una política exterior excesivamente diligente que contrariaba sobremanera los deseos de los partidos patricios más conservadores. No obstante, permitieron que Fabio Buteo llevara la voz cantante porque, según Cayo Flaminio Nepote, convertido en uno de los censores más influyentes de toda Roma, el orgullo de los Fabios era el defecto más escandaloso de los que adolecía esta familia, y el anciano Fabio Buteo no era una excepción. «Esperad a que los Ancianos de Cartago se rían de las intenciones pacifistas de nuestro muy querido Fabio Buteo —había dicho Flaminio Nepote en casa del cónsul Emilio Paulo la noche anterior a la partida de la embajada hacia Hispania—; pues, aunque no desconoce el talante belicoso de los púnicos, no soportará los insultos que, sin duda, los perros de Cartago ladrarán en sus oídos». Y como una profecía que hubiese vertido sobre el conocimiento del cónsul Emilio Paulo, este quedó gratamente sorprendido ante el fuerte carácter de Fabio Buteo, quien satisfizo las pretensiones de los Emilios y los Cornelios Escipiones en su intento de conseguir justamente lo contrario.

—Los diez mil infantes y el millar de jinetes que forman el destacamento de Hannón pueden ser insuficientes ante las legiones romanas —advirtió Himilcón.

Asdrúbal se levantó fingiendo no haber escuchado al almirante. Se acercó a un ventanal que daba al puerto y permaneció de pie, balanceándose ligeramente y descargando el peso de su cuerpo sobre una pierna y luego sobre la otra. Desde el ventanal se apreciaba la belleza del mar que renacía ante un nuevo día; el paisaje admirado por el Joven parecía un enorme mural en el cual las penteras de Atarbal, a lo lejos, solo se apreciaban como ínfimas naves reflectoras del sol que comenzaba a asomar.

—No sabemos la cifra exacta de las fuerzas que Roma ha desplegado a lo largo de la costa —se lamentó Asdrúbal, refugiado en la hermosa vista del puerto.

—No olvides que existen tribus al norte del Ebro, hostiles hacia todo lo que provenga de un cartaginés, que prestarán su ayuda a los romanos.

Los vigías habían apagado ya las antorchas y en el malecón comenzaba a darse la febril labor comercial que se extendía a las calles de Qart Hadasht mientras el templo de Eshmun Asclepios, al este, dominaba la bahía. La ciudad despertaba a la habitual actividad matutina ante la mirada del dios.

—Avisa al gobernador de la misiva de Hannón y que los Ancianos se reúnan de inmediato —ordenó con serenidad el Joven al tiempo que giraba sobre sí mismo para despedir a Himilcón con una mirada que vertía la profundidad de sus ojos negros.

El almirante se inclinó levemente y salió con paso firme de los aposentos del general. De repente, se escuchó, lejana, una lira, un simple acorde que hizo que Asdrúbal se asomase de nuevo por el ventanal para buscar el lugar de donde provenía aquel sonido armonioso. Parecía proceder de las estrechas callejuelas que rodeaban el puerto, pero el tumulto de gente le impedía localizar a quien tocaba tan bello instrumento; o tal vez fuera su imaginación. En ese instante, un hálito cargado de recuerdos entró de rondón por el ventanal, para acabar por impactar sobre el joven rostro del Barca, surcado ya por diminutas cicatrices que marcaban el tiempo en su tez quemada por el sol africano. La prominente frente y la nariz aguileña, propias de los Bárcidas, delataban su cuna aristocrática; no obstante, carecía del carácter orgulloso de su padre. Algunos de sus rasgos físicos, en especial la viveza de sus ojos negros, hacían recordar entre la soldadesca a Aníbal; pero sin aquel ímpetu cara a la batalla que poseía aquel hermano que marchara a tierras itálicas.

Otra vez el sonido de la lira en el instante del pensamiento, y esos nuevos acordes le hicieron rememorar la imagen, grabada en la memoria a través de los años, de los jardines de su padre. Allí, entre los recovecos que ofrecían los caminos abiertos a lo largo de la extensión de los jardines, que confluían alrededor de un lago de aguas celestes y cálidas, Giscón se escondía e intentaba abordarlo por sorpresa mientras él buscaba la manera de encontrarlo primero. Giscón era el primogénito de Adherbal. «El almirante más apto para la batalla de toda Cartago», solía decir Amílcar, que no acostumbraba elogiar de manera gratuita, pese a que los miembros de la facción antibárcida de

Hannón lo tachasen de oportunista y autor de múltiples confabulaciones con el único objetivo de convertirse en rey.

Adherbal era un hombre extraordinariamente robusto, caracterizado por su personalidad vulgar, que cumplía con las formalidades de los rituales a los dioses tutelares de Cartago a pesar de no ser religioso en exceso. De su poblada barba sobresalían hebras de plata que, junto a su gran melena rizada recogida en una coleta, le daban cierto aire de refinamiento con un ligero toque desaliñado. Sin embargo, sus ojos achinados desprendían un brillo intenso. Sin duda, la vivacidad de aquella mirada delataba su verdadera naturaleza de soldado. Su hijo Giscón se asemejaba a él en muchos aspectos, y Asdrúbal siempre apreció su amistad, en mayor medida si cabe, que Amílcar había estimado la de Adherbal.

El grito del navarca advirtiendo la salida hacia mar abierto de varias naves pesqueras irrumpió de forma brusca en los recuerdos de Asdrúbal, enverdecidos por el tiempo que convertía en fresco el sabor añejo de antiguas vivencias. El destino, o el dios, había impuesto que recayese sobre sus espaldas el poder de tomar las decisiones que cambiarían la vida de aquellos que se arremolinaban en el puerto y en las calles anexas. Se sentía prisionero de las circunstancias. Él jamás habría levantado por sí mismo la espada contra el águila romana, pero junto a sus hermanos, Aníbal y Magón, se sentía capaz de realizar cualquier proeza por muy utópica que pareciese. Y esta empresa contra Roma era la mayor de las utopías jamás emprendida por un cartaginés.

---

1 Nombre con el que se conocía al Senado de Cartago.

2 Actual Erice.

3 Actual Trapani.

4 Actual Marsala.

5 Asamblea aristocrática integrada por varios centenares de miembros. En esta asamblea recaía el poder legislativo y la toma de decisiones en política

interior y exterior; en momentos de paz, recibían a los embajadores extranjeros, y en la guerra, hacía funciones de reclutamiento, recibiendo los informes de los generales y enviando instrucciones a estos.

6 Representaba a todos los ciudadanos y con el paso de los años fue adquiriendo mayor poder. En el siglo III a.C. se encargaba de elegir a los generales.

7 Magistrados supremos de Cartago. Los sufetas se convirtieron en los jefes del Estado cartaginés. El cargo era electivo y anual. En Cartago había dos y eran elegidos entre los miembros de la Asamblea del Pueblo.

8 Tribunal con atribuciones jurídicas especiales cuyos miembros eran elegidos de entre aquellos que pertenecían al Consejo de Ancianos.

9 Actual Denia, en la provincia de Alicante.

10 Colonia griega situada al sur de Hemeroscopio, en la provincia de Alicante.

11 Actual Ampurias, en la provincia de Girona.

12 Pueblo de la costa mediterránea que ocupaba el delta del Ebro y su curso bajo hasta su confluencia con el Segre y que se extendía hacia el sur, comprendiendo casi todo el territorio de la actual provincia de Castellón y una pequeña porción de Valencia.

13 Pueblo de raza ibérica, dueño del territorio que se extiende al norte del curso medio del Ebro hasta el pie de los Pirineos (parte de las actuales provincias de Lleida, Huesca y Zaragoza).

14 Nombre cartaginés de la actual Cartagena (Cartago Nova para los romanos).

15 Tribus prerromanas cuya localización es dudosa. Polibio asegura, sin especificar, que habitaban en las costas mediterráneas españolas.

16 Antiguos habitantes de Cataluña. Eran gente íbera y tomaron nombre de la ciudad de Laye. Su región debía comprender todas las tierras entre la orilla izquierda del Llobregat y el mar, hasta topar con otras tribus del interior.

17 Colonia cartaginesa en la isla de Ibiza.

18 Grado de autoridad que se concedía a un magistrado curul. Había varias clases de imperium. Una persona que tuviera imperium poseía autoridad de cargo y no se le podía contradecir siempre que actuase bajo las leyes que limitaban su conducta.

19 Cargo senatorial que era el penúltimo peldaño del cursus honorum y la antesala para el acceso al consulado.

## II

La coraza reposaba en una esquina de la estancia. Las sombras jugaban con las luces en el intervalo del momento. El relieve del rayo Bárcida grabado en el pecho brillaba con tono apocado sobre las brumas del tiempo. Sí, el tiempo era el mensajero de la añoranza que vertía sobre las cetras<sup>20</sup> su aroma de paz. Exhalaban igualmente este perfume las espadas melladas, las lanzas y los cascos que alguna vez protegieron la cabeza del general Asdrúbal Barca.

Había amanecido; sin embargo, la luz solar se resistía a penetrar en la estancia a través del ventanal por el que apenas se apreciaban, en el horizonte, las penteras de Atarbal. Asdrúbal permanecía sentado, sus ojos cerrados. Las voces de los niños hicieron despertar el recuerdo y, de nuevo, los jardines de Amílcar tomaron forma en su mente.

Risas, caídas, carreras que tenían por testigo a los espesos bosques de laurel de donde emanaba, al mediodía, ese aroma que tanto Asdrúbal como Giscón relacionarían para siempre con el paraíso de juegos y libertad. Las palmeras, los titímalos que tanto mencionaba Adabala para asustar a los niños.

—No os acerquéis —advirtió con voz misteriosa—. Las ésulas tienen en su alma leche venenosa. Se tornan gráciles ante los niños como vosotros; pero cuando estáis cerca, os atrapan y os obligan a beber su leche.

El rostro de Giscón se descompuso ante tales amenazas y hasta palidieron sus morenas mejillas.

—Pero, hermana, esas plantas se llaman titímalos —replicó el pequeño Asdrúbal.

—También se llaman ésulas, pues tienen dos nombres, como los demonios de los que nos protege Baal —espetó Adabala mientras se acercaba a ellos

con los ojos, de un marrón tremendamente oscuro, muy abiertos.

El miedo penetró en el ánimo de los dos niños mientras Aníbal, detrás de ellos, reía insolente ante las historias de Adabala.

—¿Tú no crees en las advertencias de Adabala? —preguntó Giscón.

—Solo creo en lo que veo —respondió Aníbal, orgulloso de no sentir el más mínimo temor por lo que su hermana contaba.

Para el hijo de Adherbal, Aníbal se mostraba distante; prefería el entrenamiento con el maestro de armas de los Bárcidas, Euminides, al ocio del juego. Este adiestrador, cuyos orígenes se encontraban en Anatolia, concretamente en la ciudad de Pérgamo, instruía a los hijos de Amílcar en el uso de múltiples armas, en especial la jabalina, el arco, la falcata<sup>21</sup> y las paradas con el escudo. Aníbal solía escaparse a las caballerizas; allí, los mercenarios le enseñaban las fintas de espada y de lanza. A Euminides no le agradaba que el primogénito de Amílcar anduviese con tales compañías. «Corrompen el estilo de un buen guerrero, Aníbal, pues los mercenarios utilizan las armas con rudeza e insensatez», solía recriminarlo el de Pérgamo, que prestaba gran importancia en el manejo de estas y otras armas a una técnica limpia y depurada. El entrenamiento físico era duro, tanto que el tercero de los jóvenes Bárcidas, Magón, no podía participar plenamente en ellos por su corta edad, apenas seis años. Contaban las malas lenguas que Amílcar había hablado así de sus hijos al verlos jugar juntos: «He aquí los jóvenes leones que he criado para la ruina de Roma». Amílcar había criado a su progenie para la guerra, empero, también sabía que Roma tomaría cualquier excusa para mermar aún más la libertad de acción de Cartago con otros tratados que solo servirían para hacerlos más dependientes de ella.

Asdrúbal prefería las sesiones de estrategia militar que impartía el griego Cimón. «El Viejo» lo llamaban, ya que rondaba los sesenta años. Seis décadas dedicadas a alcanzar los límites del aprendizaje humano a lomos del caballo de la filosofía, casi doce lustros para darse cuenta de que todo lo que había querido aprender estaba en su interior.

De muy joven, había partido hacia Asia, y allí anduvo por tierras extrañas,

desconocidas a su razón; conoció a maestros que lo hicieron entrar en una nueva dimensión psicológica del concepto de la guerra: la guerra como arte, el guerrero como equilibrio perfecto entre la naturaleza y el medio. Allí, en Asia, en los límites orientales de la China de la dinastía Han, había aprendido el arte de la estrategia a través de las enseñanzas de los maestros que estudiaban a Sun Tzu.

—Una de las lecciones más importantes que debéis recordar es la capacidad de modificar los recursos que uno posee en respuesta a las necesidades que surgen en el campo de batalla —explicó el anciano Cimón con su característico deambular a través de la habitación.

Detrás del gran escritorio, Cimón se paró a observar los rostros confundidos de los dos hijos mayores de Amílcar. Magón tampoco asistía a las clases del griego. «Yo enseño arte —arguyó el Viejo ante la insistencia del patriarca Bárcida a que su hijo más pequeño pudiera escuchar sus enseñanzas—, y tu tercer hijo es demasiado joven para comprender el valor que mis palabras verterían en su mente».

Cimón reanudó sus pasos de un lado a otro de la habitación, a la vez que se dedicaba a pisar de manera selectiva el mosaico que embellecía el suelo de la estancia: una serpiente acechando a un águila confiada; un ave tan hermosa a punto de ser mordida mortalmente por un reptil, sigiloso y paciente, que se arrastraba entre las raíces de un árbol robusto. Amílcar había hecho revestir el suelo con ese mosaico después de la guerra de Sicilia; hizo llamar a unos artesanos de origen etrusco, bien conocedores del arte de diseñar las alfombras de mármol que tanto entusiasmaban a los romanos. «Decorad el suelo de mi villa con mosaicos que representen alegorías sobre la destrucción de Roma», había ordenado Amílcar a los artesanos etruscos. Aseguraron los criados que, la noche previa a su partida hacia Iberia, la pasó sentado en la silla del escritorio, con los ojos muy abiertos, observando el mosaico.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, curioso, Aníbal.

—Lo fundamental no es lo que quiera decir, sino lo que a vosotros mismos, a ti, Aníbal, les sugiera tal teoría.

Un silencio irrespetuoso interrumpió la respuesta del griego; unos momentos que el maestro estratega aprovechó para echarse parte del manto de su atavío por encima del hombro izquierdo para luego asir el pliegue con su diestra a la altura del pecho.

—Estructura estratégicamente tus fuerzas según a lo que sea beneficioso o ventajoso —prosiguió Cimón—. La flexibilidad en vuestro ejército es una ventaja que debéis aprovechar siempre.

Los ojos de Aníbal se encendieron con gran vivacidad.

—Las tropas romanas son rígidas —observó Aníbal satisfecho.

La boca de Cimón dejó entrever una sonrisa.

—Eso es, Aníbal; las legiones de Roma carecen de flexibilidad. El avance y el ataque están sujetos a una estricta formación que desprecia cualquier reestructuración organizativa dentro de la batalla.

El maestro griego miró a Asdrúbal directamente a los ojos. El niño bajó la mirada; en su rostro estaba el reflejo de la incapacidad de entender lo que el Viejo había explicado. Cimón, que acababa de advertir la confusión de su alumno menor, se acercó a él y puso, con afecto, su mano sobre el hombro izquierdo del joven Barca.

—Si retienes en tu memoria lo que has oído, el tiempo te enseñará a comprender mis palabras.

Asdrúbal sonrió, tímido, al sentirse liberado de toda culpabilidad por el hecho de no ser tan perspicaz como su hermano.

—Para triunfar sobre vuestros enemigos —prosiguió Cimón al tiempo que reanudaba sus cortos pasos a través del mosaico—, tenéis que tener en cuenta ciertos aspectos, todos ellos aglutinados en el camino de la sabiduría del guerrero. Este camino encierra los secretos para salir victoriosos en la batalla sin importar lo poderosos que puedan llegar a ser vuestros adversarios; no obstante, estos secretos solo residen en el buen juicio del general, y este, por desgracia, no suele ser dado por los dioses en el momento crucial de un combate. —El Viejo se detuvo frente a sus dos alumnos, mostrando, en sus facciones arrugadas y huesudas, una tiesura tan intensa que asustó incluso a

Aníbal—. He aquí las más vitales reglas por las que todo gran general debe regirse a la hora de plantar batalla al enemigo. La primera de ellas es tan simple como fácilmente desdeñable: debéis saber cuándo os conviene luchar y cuándo la retirada se convierte en una mínima victoria.

Aníbal parpadeó con insistencia antes de preguntar:

—¿Cómo puede una retirada convertirse en una pequeña victoria? Mi padre dice que cuando un ejército se retira es porque la cobardía y el miedo inundan sus corazones y que ninguno de esos soldados merece vivir.

—Vuestro padre es un gran general por sus victorias cosechadas en Sicilia contra los romanos —aseguró, para luego insistir—: No dudes, Aníbal, que un buen general es aquel que también ahorra penalidades a su tropa, aunque para lograrlo tenga que retirarse de la batalla.

La tarde se tornaba triste, amenazada por las nubes cargadas de lluvia. La temperatura había bajado de manera brusca y el frío parecía penetrar en la habitación a través de las rendijas de la ventana. Cimón sentía desde hacía días en sus huesos el brusco cambio del tiempo que se producía en esas horas aciagas del crepúsculo. Se veía aquejado de una ligera cojera en su pierna izquierda, que se acentuaba cuanto mayor era la alteración en el clima, y en Cartago, los cambios climáticos solían ser muy repentinos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Asdrúbal ante la insistente cojera del griego.

—Solo necesito reposo —aseguró Cimón antes de sentarse en la enorme silla que se encontraba tras la mesa del escritorio—. El clima de Cartago afecta a mis desgastados huesos.

—Pues yo sigo sin comprender que un maestro de la estrategia considere honorable el hecho de retirarse en plena batalla —espetó Aníbal sin preocuparse de la dolencia, cada vez más notable, del griego.

—De nuevo vuelves a la cuestión que ya razoné —respondió Cimón—. Tus palabras, joven Barca, provienen del corazón; sin embargo, nunca olvides que un buen general debe anteponer siempre la razón a los impulsos del corazón. Si no se controlan los instintos de guerrero, la derrota siempre

acechará.

Un trueno retumbó, estridente, para provocar un leve escalofrío en Asdrúbal, en el instante de abrirse la puerta y dejar que el viento penetrara en la estancia cargado de hojas del pequeño jardín contiguo. Amílcar apareció, tapando con su cuerpo fornido e inmenso la escasa luz de la tarde. La estancia quedó en penumbra y el viento intruso se atrevió a acentuarla aún más cuando osó apagar la lámpara del techo de la sala de estudios.

—¿Mis leones son buenos alumnos? —inquirió con su voz potente y profunda.

Cimón se levantó de su asiento con torpeza, apoyando ambas manos sobre la mesa.

—No mejores que su padre —contestó el Viejo.

Una abierta sonrisa de satisfacción, que dejaba entrever una dentadura carcomida por la caries, se dibujó en el rostro de Amílcar.

—¡Padre! —gritó Aníbal mientras corría a su encuentro—. Cimón quiere hacernos entender que la retirada en combate puede ser una virtud en un general.

Amílcar abarcó con sus musculosos brazos al primero de la nueva progenie que, según profetizó, acabaría con Roma. Por eso había reclamado a Cimón de su retiro en Alejandría, porque necesitaba que sus hijos fueran instruidos en el arte de la estrategia por el mismo maestro que lo había instruido a él cuando su nombre era desconocido por los sufetas y su apellido, de linaje que se remontaba hasta los fundadores de Cartago, no tenía apenas influencia dentro de la Balanza ni en el tribunal de los Ciento Cuatro.

El dinero daba poder, pero los Barca no tenían el suficiente. La guerra de Sicilia lo había cambiado todo gracias a su buen hacer como general por llevar a la práctica las enseñanzas sobre estrategia que había recibido del griego Cimón.

—A veces hay que tener el valor de aceptar que una batalla no puede ser ganada, y si lo haces a tiempo, perderás menos que si te ciegas a lo inevitable. En parte, eso ya es una victoria.

Aníbal adoptó un semblante serio que reflejaba cierta decepción ante las explicaciones de Amílcar. Él esperaba que su padre hubiese contradicho a Cimón con energía; no obstante, en lugar de hacerlo, había apoyado esas teorías, que él consideraba cobardes e indignas de ser tomadas en serio por un verdadero general cartaginés. Con los años, llegaría a comprender lo equivocado que estaba.

—¿Les has hablado sobre las injerencias del soberano? —preguntó Amílcar.

—Todavía no he llegado a ese punto.

—No tardes en hacerlo. El tiempo apremia.

Asdrúbal, que hasta entonces había permanecido inmóvil y en silencio, preguntó al maestro:

—¿Por qué no nos las explicas?

—No estáis en condiciones de comprender el verdadero significado de la lección.

—No temas, viejo amigo. De todas formas, ningún soldado está preparado para afrontar los sacrificios de una guerra ni para comprender completamente el arte de tus palabras —arguyó Amílcar.

Cimón movió la cabeza a ambos lados. Prefería enseñar con paciencia lo referente a las virtudes que un buen general debía practicar cuando entrase en combate; sin embargo, la paciencia para Amílcar había sido considerada siempre como un defecto, y en parte, ese extraño concepto suyo sobre las virtudes de un guerrero había sido la causa de su rápido ascenso dentro de la oligarquía cartaginesa.

—Eres impaciente, tal y como lo fuiste de niño.

Amílcar hizo un gesto con la mirada a Cimón para que retomase la lección.

—Está bien —se resignó el griego—. Me pagas generosamente, aunque suelo preguntarme por qué valoras tanto mis enseñanzas si impones siempre tus deseos contra mi voluntad. Más valdría que dieras tú las lecciones.

El patriarca de los Bárcidas soltó una enorme carcajada. El Viejo supo aparentar desdén en lugar de molestia. Se sentó en la silla, desenrolló uno de los pergaminos que guardaba en una pequeña bolsa de tela, junto a una de las patas del escritorio, y acercó el papel a una lucerna para leer con mayor claridad. Cimón tenía la vista cansada después de tantos años de estudios, y el ocaso del atardecer se difuminaba entre la lluvia que comenzaba a caer y la oscuridad impuesta por el viento al apagar la lámpara del techo. Los niños esperaban impacientes las palabras del griego; sin embargo, no hablaba, solo leía para sí con un leve movimiento de los labios mientras dejaba escapar algún que otro susurro, ininteligible para cualquier oído humano.

Amílcar observaba a Cimón con una admiración y ternura que no parecían propias en él. Los años habían ido pasando y la idea de una juventud en buena parte desperdiciada iba creando forma en su mente. Cada día con mayor frecuencia, sus pensamientos se centraban en reconocer cómo el tiempo había hecho mella en quienes lo rodeaban. Su esposa ya no tenía el cutis suave ni sus cabellos morenos conservaban ese negro resplandor que iluminase el alma del general en su juventud. La mujer se los teñía en un vano intento por prolongar en la madurez el embrujo jovial que había poseído su mata de pelo; empero, Amílcar notaba la diferencia. Su esposa tenía la tez de una anciana, o al menos eso le parecía a él, y su delgada figura ya no resultaba atractiva, sino que era la señal de un envejecimiento cruel y sin compasión. Por toda Cartago corrían rumores de las continuas infidelidades que el patriarca Bárcida cometía con mujeres y hombres de cualquier rango social, desde las más prestigiosas prostitutas hasta las cónyuges de algunos senadores de la Balanza que no contaban con la simpatía del Barca; incluso se llegó a escuchar que tuvo sus buenos momentos con la esposa de Hannón, el líder de la facción antibárcida, y con el hermano menor de este, un muchacho todavía imberbe muy proclive a dejarse maravillar por la musculatura masculina. Rumores que todo el mundo creía, pero que nadie aseguraba sin estar protegido por el mismo anonimato del que habían disfrutado aquellos ciudadanos cartagineses cuando escribieron en la fachada

de la residencia de Hannón: «Cuando estés en la Balanza, ten cuidado de no raspar el techo con tu nueva corona».

Cimón dejó de leer y levantó la vista del pergamino para escrutar los rostros pueriles de los hijos de Amílcar, antes de volver a tomar la palabra:

—Bien, para aprender esta lección, debéis conocer también otra de igual importancia: si uno se conoce a sí mismo y al enemigo, las posibilidades de que resultéis derrotados son nulas. Sin embargo, hay que tener cuidado con la soberbia que todo buen guerrero posee.

—La soberbia es una virtud, ¿verdad, padre? —afirmó Aníbal mirando a los ojos de su progenitor, que permanecía en silencio incapaz de interrumpir la enseñanza del griego.

Amílcar respetaba profundamente a Cimón. No se atrevía a aseverar las palabras de su hijo, pues era el tiempo del griego. Esos momentos de alto grado docente pertenecían al sabio, no al guerrero. Aníbal se quedó sorprendido por el mutismo de su padre, quien hizo una ligera seña con la cabeza a Cimón para que continuase. El Viejo agradeció el gesto con la mirada y prosiguió:

—La soberbia, como todas las virtudes, está atada a la moral por un fino nudo; si se rompe, la virtud degenera en una aberración que va contra la ética y el honor de un verdadero guerrero. Si sois humildes con vosotros mismos en todo momento, descubriréis las flaquezas de vuestros enemigos, hasta las que ellos no advierten, al estar cegados por una extrema soberbia.

Otro trueno sonó con tanta agresividad como poco antes habían sido iluminados los rincones de la estancia casi en penumbra. Asdrúbal dio un respingo, avergonzándose de inmediato por demostrar temor ante su progenitor. Cabizbajo y sonrojado por la vergüenza, se sintió humillado, más aún cuando su padre avanzó hacia él con el gesto severo de siempre. Amílcar sonrió y, de forma sorprendente para Aníbal, sacudió de modo fraternal el cabello de su segundo hijo.

—Es un cobarde —espetó Aníbal.

—Ser temeroso del gran dios Baal no es actitud de cobardía, sino de

prudencia y fidelidad —replicó Amílcar.

Cimón continuó con la lección sin esperar a que el patriarca de los Bárcidas se lo pidiese.

—Por tanto, si conocéis bien al enemigo y a vosotros mismos, estaréis en disposición de comprender lo siguiente: nunca os dejéis llevar por las injerencias de un soberano, o en vuestro caso particular, de los eruditos de la Balanza, si estáis convencidos de que incumpliendo sus mandatos serviréis mejor a Cartago y glorificaréis sus armas.

Aníbal miraba con incomprensión al griego mientras su hermano se concentraba en prepararse para no asustarse con otro de los horribles truenos que asolaban la tarde; luego, buscó la mirada de Amílcar para clavar sus ojos estupefactos en los suyos.

—Padre, ¿acaso no es Cartago nuestra madre? —inquirió.

—Así es —contestó Amílcar.

Aníbal bajó la mirada, que contenía retazos de furia. La misma furia cartaginesa que Amílcar había tenido en Sicilia y que, años más tarde, había sido la responsable de la destrucción de Sagunto.

—¿Por qué Cimón nos enseña a traicionar a nuestra madre? —insistió, cabizbajo y con el rostro encendido como el fuego.

Amílcar se arrodilló frente a su hijo para estar a la altura de él. Acarició su melena rojiza, que caía sobre sus hombros en forma de finas trenzas entrelazadas con hilos dorados, y le sonrió plácidamente.

—Dices bien cuando afirmas que Cartago es nuestra madre y que debemos rendirle fidelidad —casi susurró—. Sin embargo, Cimón no insinúa que debas traicionarla, sino que debes asegurar su gloria y poder, aunque sea desobedeciendo a personas que miran más por su dinero que por el bien de la patria.

Aníbal levantó la vista. Su furia había desaparecido, diluida en las lágrimas que recorrían sus mejillas y enrojecían sus bellos ojos. ¿Podría alguien enlazar su corazón a su patria como para llorar con el mismo pensamiento de la traición? Aníbal era así, igual que su padre. Tras la derrota

de Sicilia, muchos afirmaron haber visto a Amílcar llorar durante el viaje de regreso a Cartago.

Las lágrimas emblandecen el espíritu. Asdrúbal, con el casco bajo el brazo y ataviado con la armadura donde el emblema Bárcida sobresalía en la superficie que dibujaba de forma sutil los rasgos de la fisonomía masculina, cayó en la cuenta de que apenas había llorado a lo largo de su vida. Las lágrimas resbalaban a través de su rostro, de pie junto al ventanal, mientras observaba el puerto de Qart Hadasht y escuchaba los sonidos cotidianos de los que emanaba la paz de un pasado que nunca existió como él lo recordaba.

Las mejillas pálidas del general estaban surcadas por ríos de melancolía, pues cada lágrima deslizándose por su rostro joven era el reflejo de un dolor interior, íntimo, que parecía liberarse a golpe de pensamiento regresivo. Sentía aflicción. «Es necesario sufrir para alcanzar la armonía con uno mismo», escuchó decir a Cimón, el anciano filósofo del arte de la guerra que ya no estaba. Había desaparecido dos años antes de la muerte de su padre, Amílcar.

Intentaba enumerar las veces que había llorado; no obstante, solo podía acordarse de una ocasión en que lo hizo amargamente mientras las llamas purificadoras consumían en la pira el cuerpo sin vida de su padre.

El olor de la muerte se mezclaba con el aire que Asdrúbal Barca respiraba sollozante. Aníbal permanecía con la mirada fija en la pira en llamas, conteniendo las lágrimas que podían llegar a mostrarlo débil ante Asdrúbal *el Janto*, elegido sucesor de su suegro Amílcar por las propias tropas.

Aníbal contaba ya con diecisiete años, y en él se percibían las aptitudes de un buen general. Le gustaba la vida militar hasta el punto de preferir comer con la soldadesca que con su hermano y su padre en la tienda de mando. Odiaba los placeres gastronómicos, que sustituía por la austeridad de la vida militar. Un buen pedazo de tocino y pan era su alimento predilecto, despreciando las comidas voluptuosas a las que Amílcar había acostumbrado su estómago desde el final de la guerra de los mercenarios.

—Eso es buena señal —solía afirmar Amílcar a su yerno, Asdrúbal *el Janto*.

—Sin embargo, la actitud de Aníbal perjudica a tu otro hijo —replicó este. Amílcar movió la cabeza a ambos lados con insistencia.

—Aníbal tiene una misión que cumplir; en cambio, su hermano solo necesita resguardarse bajo su sombra —argumentó el Barca—. Y llegará el momento en que la fuerza de nuestra nación se cimiente en la unión de los dos.

—¿Y Magón?

—Magón aceptará su destino llegado el momento. ¿O acaso dudas de que en mis planes de futuro no haya contado con todos mis hijos?

El Janto nunca dudó de que Amílcar amase profundamente a todos sus hijos; empero, sí de que ese afecto fuese igual de fuerte hacia todos. Y prueba de esto era que, desde edad muy temprana, quizás demasiado, Amílcar se hiciese acompañar de Aníbal durante las campañas militares emprendidas contra los pueblos íberos que habitaban cerca de las costas mediterráneas. Más tarde, su segundo hijo también lo acompañaría; sin embargo, el Joven nunca mostró la pasión de su hermano mayor en las cuestiones militares. Asdrúbal terminaría por aborrecer esas campañas y a los pueblos indígenas, en especial a los oretanos<sup>22</sup>, a quienes siempre trató con desprecio incluso después de que el Janto sometiese a su rey a la justicia de las blandientes espadas cartaginesas y masacrarse a la que había sido hasta entonces una de las tribus más temidas de la meseta sur ibérica.

El origen de la masacre residía en el doloroso hecho del fallecimiento de Amílcar Barca. El olor de la muerte se respiraba fuerte en aquella mañana invernal, fría como muchas otras, en la que el asedio a la ciudad de Helike<sup>23</sup> cumplía su duodécimo día. El patriarca Bárcida había dejado en Akra Leuke<sup>24</sup> el grueso de las tropas y los elefantes de guerra; solo un centenar de hombres formaban las fuerzas que pusieron cerco a Helike, plaza mastiena que se oponía abiertamente a la presencia cartaginesa en el sureste de Iberia.

Amílcar comprendió, pese a la incapacidad militar de los mastienos<sup>25</sup> que no significaban una amenaza seria para las tropas cartaginesas, que esta postura hostil hacia Cartago podría desembocar en una rebelión a mayor escala de otros pueblos íberos, en especial, los contestanos<sup>26</sup> y los oretanos, con mayor fuerza militar. Así que, mientras el Janto sometía pequeñas revueltas contestanas al este de Akra Leuke, Amílcar se encaminó hacia el norte para poner cerco a Helike y buscar una rendición de la plaza que reconociese la legitimidad cartaginesa en territorio mastieno.

El cauce del río Sucro pasaba por las cercanías de Helike y su caudal era generoso en aquellos meses de invierno. El campamento estaba repleto de grandes hogueras cuya humareda podía verse desde el interior de las murallas de la ciudad sitiada. El humo de la lumbre no calentaba los ánimos de los asediados, yertos por el frío de una muerte cercana.

La autoridad más importante en el gobierno de Helike, un mastieno orgulloso y de escasos prejuicios, pero de gran inteligencia a la hora de tratar asuntos militares, se refugiaba en las entrañas de la ciudad, bien alimentado, mientras sus conciudadanos rapiñaban por las calles cualquier cosa comestible que aliviase el azote del hambre.

Unos días antes, los mastienos habían llevado a cabo una pequeña escaramuza con algunas tropas de caballería que intentaron atravesar el río Sucro aprovechando la penumbra del anochecer del sexto día de asedio cartaginés. El escaso número de jinetes mastienos —apenas llegaba a la quincena— fue descubierto por los vigías libiofenicios que Amílcar había colocado en ambas orillas del río, armados con falcatas y a lomos de veloces caballos africanos. La caballería libiofenicia aniquiló a los fugitivos de Helike en el mismo río, impregnando el agua con el rojo de la sangre; solo tres jinetes mastienos lograron escapar de la muerte que salvajemente descargaron a través de las falcatas los vigías a caballo. Agua, sangre, frío. El pensamiento de la hábil rudeza en el manejo de las armas demostrada por sus enemigos recorría, en un escalofrío, la mente de los tres mastienos que cabalgaban, agujoneados por el miedo, hacia territorio de los oretanos.

Amílcar no dio mucha importancia al suceso ni al detalle de que los supervivientes de la escaramuza cabalgasen en su huida hacia la Oretania, pues el rey de ese pueblo era un hombre temeroso de los cartagineses. Se limitó a continuar con el asedio, esperando que Helike cayera pronto en su poder. Días después, Himilcón, el mismo que años más tarde asesoraría a Asdrúbal *el Joven* mientras Aníbal atravesaba los Alpes, llegó al campamento cartaginés con sus dos hijos y un pequeño contingente de tropas formado por algunas decenas de infantes y un escaso número de tropas auxiliares de caballería destinados a proteger las viandas que transportaban para reforzar la posibilidad de un asedio largo.

—¿Has tenido un buen viaje, viejo amigo? —preguntó Amílcar mientras ofrecía a Himilcón una copa rebosante de vino.

—El tedio nos sumió a todos durante el trayecto, general, excepto a tus hijos, impacientes por llegar al campamento.

—Ansia. —Amílcar bebió de la copa—. Eso es bueno en un guerrero. El ansia hace ganar batallas.

Himilcón interrumpió el afán por saciar su sed en el líquido rojizo, que bebía impulsivo, para reafirmar con la cabeza las palabras del Barca.

—Las rutas al suroeste de la Contestania<sup>27</sup> parecen seguras —prosiguió Amílcar—. También lo son las establecidas en el terreno de los deitanos<sup>28</sup>; sin embargo, los mastienos se niegan a aceptar lo inevitable: que su destino está unido al de Cartago.

—No solo los mastienos nos son hostiles, sino que también lo son los oretanos y los contestanos del norte.

Amílcar dejó caer la copa enérgicamente sobre una pequeña mesa rectangular repleta de papeles y alumbrada por dos pequeñas lucernas, instantes antes de que su potente voz volviera a retumbar en la estancia:

—La desobediencia de los contestanos del norte pronto acabará. Mi yerno Asdrúbal está en campaña contra ellos.

Himilcón jugaba con la copa de vino, la giraba entre sus dedos y se dejaba

hipnotizar por el resplandor que producía en ella la luz de un día gris y desapacible.

—Este asedio se hace eterno —se lamentó el Barca—. Hace días hubo una pequeña escaramuza sin importancia en la que mis hombres despacharon a gusto a unos cuantos mastienos cuando intentaban saltarse el bloqueo. Aparte de eso, mis tropas están inactivas, aburridas. Si esos cobardes de Helike se atreviesen a lanzar alguna pequeña ofensiva, la soldadesca estaría menos descontenta.

—El asedio terminará pronto, general —aseveró Himilcón.

—Que Baal te escuche.

Amílcar apuró de un solo trago la copa de vino y pasó el antebrazo por los labios para secar las gotas derramadas de aquel líquido que tenía la facultad de proporcionar valor a los hombres. El valor que todo mortal necesitaba para afrontar sus últimos momentos de vida.

«Baal fue testigo del arrojado audaz de vuestro padre», aseguró Himilcón cuando se dirigió a los hijos de Amílcar mientras intentaba calmar su dolor. Asdrúbal *el Joven*, que ya contaba con catorce años, lloraba desconsoladamente; en cambio, Aníbal, dos años mayor, solo derramó dos lágrimas, inmerso en un silencio visceral de dolor y venganza. El odio se percibía en los ojos del primogénito Bárcida, un sentimiento que atravesaba todas las limitaciones de su edad.

—Controla tu ira, joven Barca —le advirtió Himilcón—. Honra a tu padre llegado el momento.

—Mi padre ha sido traicionado —contestó Aníbal, enrabiado, al mismo tiempo que tiraba con ímpetu de las riendas de su montura—. Y tú, su amigo, ¿te atreves a decirme que no es el momento de vengar su honor?

—Si actúas ahora, morirás sin duda. No tienes tropas que liderar ni suficiente experiencia para hacerlo. Debes vivir para honrar a tu padre de la mejor forma posible.

Sí, Amílcar Barca había sido traicionado por el rey de los oretanos. Los tres jinetes mastienos que lograron atravesar con vida el cerco cartaginés de

Helike acudieron a pedir ayuda al señor de la Oretania. Los emisarios mastienos poco contaron que no supiera ya el jefe de la tribu oretana; sin embargo, este decidió movilizar a las tropas más crueles que se conocían por aquellos territorios, inhóspitos aún para los cartagineses: hombres fuertes, barbudos, indisciplinados, sucios y toscos componían las huestes oretanas junto con unas decenas de jinetes montados sobre caballos tan veloces como las cabalgaduras libiofenicias. Sin embargo, estas tropas, además de contar con el factor sorpresa, superaban en mucho a las confiadas tropas que asediaban, bajo el mando militar de Amílcar, la ciudad de Helike.

«Muy pronto caerá Helike y volveremos a Akra Leuke», había asegurado días antes el general Barca a sus tropas; no obstante, la realidad de aquella nueva jornada fue muy distinta a las anteriores. El campamento cartaginés quedó destruido; los infantes, masacrados sobre el suelo embarrado y frío en un amanecer que nunca podrían olvidar los hijos de Amílcar. Los golpes que los jinetes oretanos asestaban sobre el torso semidesnudo de los soldados púnicos mientras intentaban reorganizarse dentro del caos; las voces de Amílcar a Himilcón, su amigo, para que pusiera a sus hijos a salvo de aquella matanza; los caballos de los libiofenicios sacrificados, pues la única recompensa de los oretanos residía en la sangre; la montura de Amílcar atravesada por varias flechas, haciendo caer al general en la orilla del río Sucro; las falcatas penetrando en la carne; el grito de muerte del Barca; el agua del cauce regando su cadáver. Las corazas cartaginesas quedaron limpias en las tiendas y la carne, muerta.

Días más tarde, el cuerpo de Amílcar Barca fue devuelto, atado en una montura oretana, a Akra Leuke. El mismo Aníbal desató a su padre y degolló al caballo, jurando hacer lo mismo con los traidores, pues los oretanos tenían un pacto de amistad con su padre.

Asdrúbal *el Janto* contuvo el llanto mientras su suegro era incinerado en la pira. La tristeza penetró en los corazones y el olvido solo pudo construirse a través de la venganza.

«Al final, hemos fracasado», reflexionó para sí Asdrúbal Barca, pues estaba convencido de que si el dolor era aliviado con la sangre, el recuerdo de los antepasados quedaba mancillado. Eso siempre decía Cimón; no obstante, el tiempo de las enseñanzas del griego, maestro de la filosofía guerrera más hermosa que él había conocido, terminó con la muerte de Amílcar. Esos años de perfección guerrera bajo los auspicios favorables del genio militar de Amílcar Barca llegaron a su fin.

Asdrúbal lloraba con una calma extraña. Derramaba sus lágrimas por la desgraciada suerte de Cartago, porque Baal los había abandonado, aunque Aníbal estuviese convencido de lo contrario y así lo manifestase en su arenga a la tropa antes de atravesar el límite impuesto por el último tratado con Roma y declarar abiertamente así la guerra a los romanos. El gran dios estaba con él y lo lanzaba victorioso a una lucha cuya victoria aseguraba la sabiduría divina de Baal. Así se lo había garantizado Aníbal a sus hombres, pues este mensaje le había sido revelado en un sueño, repleto de simbolismos, que disipaban las dudas de la victoria cartaginesa ante las legiones romanas.

Asdrúbal recibió, pocas semanas después de la partida de Aníbal de Qart Hadasht, una misiva en la que se informaba sobre las tropas desplegadas en la falda de los Pirineos bajo el mando del lugarteniente Hannón. Sin embargo, la carta oficial iba acompañada de una pequeña nota personal para él. Las palabras escritas de puño y letra por Aníbal quedaron grabadas en su mente:

*Hermano, por un momento dudé en atravesar el río que nos condenaría a la guerra con Roma. Me preguntaba si podría estar a la altura de nuestro amado padre, el recordado Amílcar. Cansado de pensar, me dispuse a pasar la noche al abrigo de mi tienda, sobre ese viejo y duro camastro que le perteneciera en vida; fue entonces cuando un enviado del dios se dirigió a mí en forma de un joven bello y esbelto, y me pidió que lo siguiera sin mirar atrás, pues me guiaría en el camino hacia las llanuras colindantes con Roma. Dudé, hermano, pero terminé caminando tras él. Al cabo de un rato, no pude mantener escondida mi curiosidad por aquello que se me había prohibido admirar, y volví la espalda. Hermano, si alguna vez tuve dudas de*

*que saldríamos victoriosos en esta guerra, todas desaparecieron ante el espectáculo maravilloso que presencié: una gran serpiente se deslizaba sobre ruinas de ciudades y bosques arrasados mientras una espectacular tormenta acompañaba a la serpiente en su avance. Era un espectáculo maravilloso, porque el enviado del dios me aseguró que presenciaba la devastación de toda Italia.*

*Las esperanzas de victoria refuerzan mi corazón. Baal nos dará la valentía suficiente para acabar con Roma y sus bastardos hijos, seres impuros para decidir el destino de nuestro pueblo; pues no olvides nunca, hermano, que su madre fue una loba. La loba y el águila, símbolos de la fuerza de sus cohortes que solo son comida para los leones. ¿Te acuerdas cómo nos llamaba nuestro padre? Leones de Cartago. Y pese a que nuestros oídos ya no escuchan la voz grave de Amílcar, todavía lo echo de menos.*

*El abrazo del viento en estas tierras del norte es frío y el correo debe marchar hacia Qart Hadasht. Valor, hermano, y sobre todo, esperanza.*

El corazón de Asdrúbal jamás albergó las esperanzas de victoria de su hermano. Las conquistas no aportaban nada, solo un botín de muertos y miseria humana. Asdrúbal *el Joven* vivía en un sueño tan distinto al de su hermano Aníbal que se sentía incómodo construyendo un mundo al que nunca pertenecería. El suyo era un sueño imposible que cobijaba la ilusión de una reconciliación con Roma. Un sueño de traidores y cobardes; empero, totalmente idílico, pues el espíritu romano estaba corrompido en la misma medida que se difuminaban las acciones nobles en Cartago.

---

20 Pequeño escudo redondo.

21 Espada corta utilizada por los pueblos íberos.

22 Pueblo íbero que ocupaba la zona oriental minera de Sierra Morena, la mitad este y norte de la actual provincia de Jaén y parte de las de Ciudad Real y Albacete.

23 Ciudad que suele identificarse erróneamente con la Ilici romana (actual

Elche). Lo que sí parece cierto es que esta ciudad estaba junto al río Sucro (actual río Júcar).

24 Ciudad fundada por Amílcar Barca que, pese a la falta de vestigios arqueológicos que permitan concretar su localización, se suele localizar en la actual Alicante o en sus alrededores. La fecha de fundación de Akra Leuke es incierta, aunque la más probable sea el año 235 a.C.

25 Pueblo íbero asentado en torno a la actual Murcia.

26 Pueblo íbero asentado en los territorios de la actual provincia de Alicante. Sus principales ciudades eran Ilici (Elche), Dianium (Denia) y Saitabi (Játiva).

27 Según Plinio, la Contestania se extiende desde el río Taver, que desemboca en el golfo ilicitano, hasta el río Sucro (actual río Júcar).

28 Pueblo íbero asentado en el territorio situado en la vega del río Segura.

### III

Cneo Cornelio Escipión conducía sus pasos a través de un camino repleto de pequeñas piedras que le impedían asentar confortablemente sus pies sobre el terreno seco propio del estío. Caminaba a paso lento, en silencio, mientras observaba el horizonte flanqueado por pequeñas sierras donde el sol calentaba sumergido en un viaje parsimonioso hacia las tierras hostiles del oeste. Hostiles hacia Roma. Pueblos irrespetuosos ante el *vexillum*<sup>29</sup> del Senado. Se detuvo, aspiró con fuerza y dio la espalda a Cayo Livio Esturión, el *tribuni militum*<sup>30</sup> que gozaba de su mayor confianza.

—¿Sabré realizar con honor la tarea encomendada por el Senado en estas tierras inhóspitas? —se preguntó Cneo Cornelio Escipión.

—No lo dudes, amigo. La sangre de los Cornelios Escipiones corre por tus venas, y eso garantiza la nobleza de los actos que tengas que llevar a cabo —replicó Cayo Livio Esturión—. Además, debes confiar en el éxito de esta campaña, que no necesariamente debe significar la plena victoria frente a los perros cartagineses.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Cneo Cornelio, enarcando las cejas.

—Deja pasar el tiempo, combate solo si tienes una clara ventaja frente al enemigo y llegarás a ser, de nuevo, cónsul mucho antes de lo que crees.

—¿Insinúas que evitemos la lucha como cobardes?

—No es cobardía si se actúa con inteligencia —argumentó Esturión, fingiendo sentir molestia ante las conclusiones del Cornelio Escipión—. Piensa en tu futuro: si evitas que nuestras cohortes sean derrotadas, obtendrás tu segundo mandato consular antes de que cumplas los cuarenta y tres.

Cneo Cornelio cubrió su brazo izquierdo con el *sagum*<sup>31</sup>. Pese a ser pleno verano y el calor lo suficientemente fuerte como para desprenderse de la capa roja, indumentaria invernal de la tropa, no se separaba de ella desde que

emprendió el viaje a Hispania sin su hermano, el cónsul Publio Cornelio Escipión, al que acompañaba como legado mayor de Roma. Los soldados consideraban esta costumbre suya como otra de las muchas excentricidades de las que hacían gala los miembros de las familias patricias sin el menor sentido del ridículo. No obstante, nadie, ni siquiera Cayo Livio Esturión, conocía la verdadera razón por la que Cneo llevaba siempre el *sagum* encima.

El *sagum* se encontraba perfectamente doblado dentro de las alforjas del cónsul Publio Cornelio Escipión. La tela era de mala calidad, áspera al tacto y con el color rojizo de la capa algo desgastado. En la parte superior del *sagum*, cosidos con hebras de oro, figuraban las palabras *Cornelius Scipio*.

—Este *sagum* perteneció a nuestro abuelo —dijo Publio mientras extraía de las alforjas, con suma delicadeza, la prenda—. Hizo bordar en oro nuestros apellidos para no perder el valor. No creas que le faltó, pero siempre encontró su camino a través de estas palabras bordadas. Jamás perdió la estela de su destino si llevaba el *sagum*.

Cneo Cornelio permanecía en silencio, de pie en la tienda de su hermano, sin dejar de observar cómo acariciaba la vetusta capa.

—Tú también encontrarás tu destino con el *sagum*.

Publio Cornelio ofreció la capa a su hermano, quien la aceptó como un estudiante al que le hubiesen regalado las obras predilectas de su maestro más admirado. Los ojos de Cneo Cornelio se abrieron como platos cuando sopesó entre sus manos la majestad de una prenda que para cualquiera hubiera sido solo un viejo trozo de tela; pero para un Cornelio Escipión representaba uno de los mayores símbolos familiares.

En Roma, los Cornelios Escipiones eran conocidos por recoger en su patrimonio gran cantidad de objetos para ser adorados con un fetichismo exacerbado. El pueblo llano utilizaba esta rareza de la familia Cornelia (pues se decía que era la rama de la familia más extravagante) para saciar su malicia con chistes ofensivos y de dudoso gusto. En los barrios más marginales de la capital, se escuchaban todo tipo de habladurías contra ellos;

tanto era así que un viajero que llegase a Roma por primera vez sería capaz de conocer las perversiones achacadas a los Cornelios antes que el nombre del barrio por donde deambulaba. Sin embargo, la otra rama de la familia, los Escipiones, era ensalzada hasta el punto de correr el rumor de que los ricos Cornelios entrelazaron —varias generaciones atrás— su parentesco con los Escipiones con más *dignitas*<sup>32</sup> para acceder al consulado.

—Eres un Cornelio Escipión. No lo olvides —prosiguió Publio, tomando entre sus manos los informes de la avanzadilla enviada para seguir el rastro de las tropas de Aníbal.

El cónsul se sentó en una cómoda silla y se reclinó sobre su respaldo curvado. Echó una ojeada a los informes que esa misma tarde le habían entregado y se quedó en un estado meditabundo, acariciándose la barbilla con enorme parsimonia. Permaneció en silencio durante el resto de la tarde. Así era Publio Cornelio Escipión, enigmático y extravagante.

Y no lo olvidaba.

Pese al calor del estío, Cneo sentía un continuo frío que le hacía arroparse desesperado con el *sagum*. Era el reflejo de la soledad sufrida desde la marcha del cónsul Publio Cornelio Escipión, de la desembocadura del río Rhodanus a Italia, para hacer frente al cartaginés Aníbal.

—¿En serio crees que podré llegar a ser por segunda vez cónsul antes de los cuarenta y tres años? —preguntó a Cayo Livio con cierto aire de credulidad.

—Sin duda —aseguró este—. El Senado quiere sentirse seguro ante la amenaza militar que representa Cartago y encumbrará a cualquiera que consiga apagar, aunque sea ligeramente, el ímpetu conquistador de los perros cartagineses.

El sudor avanzaba de forma copiosa a través de la frente de Cayo Livio Esturión. Era tan caluroso que entre la tropa corrían chistes indecorosos sobre la facilidad sudorífica del *tribuni militum*.

—Si analizas serenamente la situación, te darás cuenta de que la tuya es

muy beneficiosa —continuó Esturión—. Debes hacer frente al hermano de Aníbal, un tal Asdrúbal, del que dicen que es un hombre íntegro y de paz. No hay mejor contrincante que un amante de la concordia. Tu misión no pasa necesariamente por derrotar en el campo de batalla a Asdrúbal, sino que basta con controlar el paso de la cordillera que los separa de la Galia Transalpina. Así, no podrá dar apoyo logístico al ejército de Aníbal.

—No obstante, querido Cayo Livio, el poder militar cartaginés permanecería intacto y la sombra de la derrota nos perseguiría durante toda la campaña.

—La paciencia, Cneo Cornelio, debe ser tu virtud. Si actúas del modo en que te he hablado, la desesperación de Asdrúbal ante la impotencia de ayudar a su hermano será tan fuerte que se verá obligado a dar un paso en falso, y tendrás entonces en tus manos la oportunidad de aplastar a los perros cartagineses.

—Y el Senado me aclamará como a un héroe —pensó Cneo Cornelio en voz alta, como si ya estuviese sintiendo el tacto de la gloria durante el desfile triunfal por las calles de Roma.

—Pero antes debes asegurar el control del terreno que pisas.

Esturión había interrumpido a propósito los sueños de grandeza del Cornelio Escipión. Lo obligaría a grabar en su memoria la advertencia que se disponía a verter en sus oídos, algo que al *tribuni militum* le daría una enorme ventaja sobre sus superiores en la jerarquía militar. Cayo Livio Esturión estaba componiendo su particular tela de araña para agarrarse a la gloria de la que, según su opinión, disfrutaría su amigo Cneo. Su consejo en las acciones militares del Cornelio Escipión le abrirían, sin duda, las puertas al pretorado que tanto ansiaba.

—Y no tengas en cuenta los consejos de los otros dos legados —susurró Esturión a la vez que acercaba su rostro al de Cneo Cornelio—. Esos viejos, antiguos cónsules en busca de nuevos honores, son capaces de vender a sus madres para conseguir el prestigio que nunca adquirieron bajo sus mandatos consulares.

Cneo Cornelio asintió levemente y agradeció la advertencia con una palmada sobre el hombro del *tribuni militum*.

La estirpe de los Esturiones no poseía la suficiente *dignitas* ni su patrimonio era tan importante como para acceder al *cursus honorum* como los miembros de otras familias nobles cuya alcurnia era tan vieja que se remontaba a la época de los reyes de Roma. Cayo Livio Esturión había alcanzado el grado de *tribuni militum*, y el futuro hasta aquel momento le era incierto; sin embargo, si Cneo Cornelio lo presentase ante el Senado como una pieza clave en la victoria sobre los cartagineses de Hispania, podría llegar a ser senador. Todo eso sin contar las nuevas riquezas que adquiriría con su nueva posición, que le permitirían optar al *cursus honorum*. No obstante, rechazaba la idea de luchar por ser cónsul, al contrario que todos, sino que su objetivo era llegar al puesto de pretor. Tendría que desembolsar una gran cantidad de dinero, que jamás poseería, para sobornar a todos aquellos que pudiesen relanzar la carrera hacia el consulado de un noble romano sin demasiada *dignitas*; además, su futura esposa debería pertenecer a una familia de reconocida reputación, sin importar las razones del corazón. ¿Debería sacrificar el deseo de amar de verdad? Cayo Livio Esturión había conocido a demasiados legados, muchos de ellos viejos senadores en busca de un reconocimiento senatorial que no obtuvieron en sus mandatos como cónsules. Había reconocido en sus ojos la tristeza de la infelicidad escondida bajo una mirada soberbia y vetusta. Él no quería acabar sus días como ellos, cónsules olvidados por Roma, pues un cónsul no era nadie sin un buen triunfo militar. Solo ansiaba hacer una próspera carrera política sin renunciar a un buen retiro en alguna finca cerca de Antium, con la satisfacción de haber servido bien a Roma, aunque su nombre no quedase grabado en las actas de honor del Senado.

—Casi todas las tribus han aceptado de buen grado someterse a Roma.

—Sí, y hemos reclutado entre ellas algunas cohortes de auxiliares —informó Esturión.

El Cornelio Escipión se acarició el mentón con gesto de preocupación.

—Sin embargo, existen otras tribus que no aceptan nuestra autoridad.

—Esta cuestión, Cneo Cornelio, no debe ser un problema. La estructura militar de estos pueblos hispanos es bastante rudimentaria y fácilmente previsible.

—Ya sé que no son rival para nuestras legiones. No obstante, temo que los pueblos ya sometidos se rebelen ante el insultante desprecio que tanto proclama hacia Roma la tribu de los ilergetas y su caudillo...

—Indíbil —apuntó Esturión.

—Ah, sí, Indíbil —susurró.

—No te preocupes. Indíbil es lo bastante inteligente como para no oponerse abiertamente a nuestra incursión por estas tierras. Aparte de que debemos tener en cuenta de que, en el fondo, es un mercenario vendido al mejor postor.

—Y el mejor postor es Cartago —sentenció Cneo Cornelio resignado.

—Los perros cartagineses llevan casi dos décadas por Hispania. No habrías pensado que todos los pueblos se rendirían a los pies de Roma en el momento en que dos legiones y una flota arribasen en la costa. Créeme, solo necesitas una pequeña victoria para demostrar que el futuro es Roma.

Cneo Cornelio avanzó unos pasos a través del camino angosto por el que se accedía a la explanada donde se había instalado el campamento militar romano. Cayo Livio Esturión caminaba tras él. De nuevo, Cneo Cornelio sintió un escalofrío y volvió a remeterse en el *sagum* mientras el *tribuni militum* ardía en su copioso sudor, más por soportar el peso de la armadura que por el calor a la hora *ante meridiem*<sup>33</sup>.

—Los dos legados te aguardan en el *praetorium*<sup>34</sup> —le informó Esturión—. Esperan de ti que tomes una decisión.

—La decisión que quieren que tome ya la sé.

El general comenzó de manera repentina a andar con mayor vivacidad hacia el campamento. Salvó el foso gracias a un improvisado puente de madera y penetró por una de las puertas hacia la *via principalis*<sup>35</sup>.

El *praetorium* se encontraba en el centro del campamento, junto al *forum*<sup>36</sup> y el *quaestorium*<sup>37</sup>. Cayo Livio Esturión aminoró el paso mientras observaba a dos legados, hombres cuya edad sobrepasaba con mucho los cincuenta años, que aguardaban la llegada del general cerca de la entrada al *praetorium*. Esturión accedería una vez lo hiciera Cneo Cornelio y los legados, y se quedaría en una esquina, silencioso y oyente, intentando pasar desapercibido. A los dos legados no les agradaba la asistencia de un *tribuni militum* a las reuniones con el general; no obstante, ambos sabían que Cayo Livio Esturión pertenecía a una familia cuyos lazos de amistad con los Cornelios Escipiones eran muy fuertes. Solo por eso soportaban la presencia de un Esturión en aquellas reuniones que solían no ser muy largas, pues Cneo Cornelio soportaba con bastante dificultad los panegíricos que los legados hacían sobre la estrategia que el Senado había desarrollado para dar acceso al menor de los Escipiones al mando de las legiones en Hispania.

—Vuestra confianza hacia el ingenio militar de mi hermano me honra a mí, a vosotros y, por tanto, a Roma, pues sois los representantes del Senado en esta dura campaña que se avecina —declaró Cneo Cornelio con un suave tono sarcástico que no escapó a los legados.

Cayo Livio Esturión entró en aquel momento en el *praetorium*, aliviado por no haber tenido que soportar la perorata aduladora de los dos viejos legados. En realidad, los legados odiaban al general y más aún al cónsul Publio Cornelio Escipión por no haber pensado en ellos en las sesiones del Senado donde se discutió la estrategia a seguir a la hora de otorgar el mando de las legiones y la flota en Hispania.

—Los rumores son ciertos, Cneo Cornelio —advirtió uno de los legados, de nombre Aurelio Fabio, pariente de aquellos Fabios que dominaron las principales magistraturas del Senado durante más de un siglo. De piel atezada y escasa estatura, movía las manos con gran vivacidad—. Aníbal ha dejado un destacamento en el norte, junto a la falda de la cordillera montañosa que nos separa de la Galia Transalpina.

Cneo Cornelio tomó asiento. Se acarició la barbilla con los dedos de su

diestra y permaneció en silencio durante unos segundos, en los que el legado Aurelio Fabio no supo qué hacer, así que comenzó a frotarse las manos con más ansiedad de lo habitual en un hombre de su rango y edad. Tenía experiencia en tratar con los personajes más extravagantes —demasiados en Roma— de la vida política; no obstante, un Cornelio Escipión llevaba consigo cierto porte natural que hacía amedrentar el ánimo de muchos y los temores de otros tantos.

—¿Quién ha facilitado tal información? —inquirió el Cornelio Escipión.

—El jefe de la tribu de los cerretanos<sup>38</sup>, Arabás, que ha llegado hoy mismo a nuestro campamento para ofrecerte obediencia y un tratado de amistad para con Roma —contestó el Fabio.

—El cerretano ha traído viandas y hombres que ingresarán, con tu aprobación, en los *auxilia* —intervino el segundo legado, un individuo alto, de una delgadez extrema, con la tiesura en el rostro de los grandes hombres que jamás realizaron loables actos por pura mala suerte. Lucio Vinicio se llamaba; descendía de una familia de linaje puro que había vivido en el *Germalus Palatine*<sup>39</sup> durante generaciones.

Los Vinicios poseían un enorme patrimonio que fue disminuyendo a medida que las sucesivas progenies se empeñaron en tener prisa para conseguir el mandato consular a base de descargar grandes sumas de dinero en los bolsillos de todo aquel que pudiese ayudarlos. La ambición política de los Vinicios marcó, sin duda, el final de una época de prosperidad económica para una familia de orgullosos e impacientes. Estos rasgos perduraban en la austera personalidad del legado Lucio Vinicio, aunque esas cualidades, en especial la impaciencia, fuesen perniciosas a la hora de mantener la buena gestión de su escasa fortuna que, por aquel entonces, no superaba ya los trescientos mil sestercios. Sus rentas, cada año más bajas, no fueron impedimento para que Lucio Vinicio obtuviera el cargo de legado por parte del Senado; al fin y al cabo, era un romano con una *dignitas* personal irreprochable.

—¿Sabemos el número de soldados que forman el destacamento

cartaginés? —quiso saber Cneo Cornelio, mostrando una actitud indolente ante la lealtad del reyezuelo cerretano.

—Sobre unos diez mil hombres de infantería —informó Aurelio Fabio.

—¿Y cuántos jinetes conforman su cuerpo de caballería? —preguntó, de nuevo, el Cornelio Escipión.

—Alrededor de un millar, general —respondió Lucio Vinicio.

—Y bien, ¿cuál es vuestro consejo? —inquirió Cneo Cornelio.

Los dos legados se miraron mutuamente, extrañados por la petición del general. Pese a que esta fuese una de las labores de los legados, la verdad era que Cneo Cornelio Escipión era consciente del odio que sentían hacia su persona y siempre pasaba por alto este detalle; por ende, jamás, desde que su hermano el cónsul retornara a Italia, pidió el parecer de los dos viejos legados, entre otras cosas, porque ya era bien aconsejado por su *tribuni militum* de confianza, Cayo Livio Esturión.

—Bien, general... nuestro consejo es... que debes avanzar con las legiones hacia el norte —contestó, con torpeza, el Fabio.

—¿Sería eso razonable? Nuestro cuerpo de caballería es inferior al cartaginés —advirtió Cneo Cornelio mientras intercambiaba una mirada furtiva con Esturión—. Además, los jinetes nómadas que están al servicio de los intereses de Cartago son famosos por su habilidad para infligir grandes matanzas a sus enemigos. ¿No es eso cierto, Cayo Livio?

Hasta aquel momento, Cayo Livio Esturión había presenciado en silencio la reunión, meditando para sí todo lo dicho, mientras sacaba sus propias conclusiones; pero al hacerle el general una pregunta directa, se vio obligado a dejar su papel de testigo, molestando enormemente a los dos legados. Uno de ellos, Lucio Vinicio, lo miró por encima del hombro con su eterno semblante serio y despectivo ante un militar de rango inferior al suyo.

—Así es, general —respondió Esturión a la vez que erguía la espalda—. Sin embargo, los nobles legados que te aconsejan tienen razón. Debes tomar la iniciativa antes de que Asdrúbal venga desde el sur en apoyo al destacamento cartaginés.

—Me sorprendes, Cayo Livio. Me aconsejabas contemporizar hasta que Asdrúbal cometiese un error.

—Y lo cometerá si sorprendes a los cartagineses con una estrategia temeraria e imprevisible —aseguró este—. Además, necesitas controlar el paso hacia la Galia Transalpina.

Cneo Cornelio Escipión se arrellanó en su asiento y, de nuevo, comenzó a acariciarse la barbilla con su mano derecha.

—El número de soldados del destacamento cartaginés es mayor... —reflexionó en voz alta.

Los dos legados miraron a Cayo Livio Esturión, incómodos por reconocer la valía del *tribuni militum* a la hora de mostrar al Cornelio Escipión las enormes garantías de éxito de un ataque que, en aquellos momentos, era perentorio.

Esturión avanzó unos pasos hacia el general y habló de nuevo:

—Es cierto que nuestras tropas son inferiores en número a las cartaginesas; sin embargo, si sumas las cohortes de auxiliares, igualaremos en número a la infantería enemiga.

—Es peligroso confiar en la lealtad de las tropas auxiliares de origen no latino —replicó Cneo Cornelio.

—General —insistió Lucio Vinicio—. Debes confiar en las cohortes de auxiliares reclutadas entre los pueblos montañoses que han prestado de manera voluntaria su apoyo a Roma.

—Es demasiado peligroso —objetó Cneo Cornelio sin abandonar esa postura meditabunda, con los dedos acariciando su barbilla.

—Sí, lo es —afirmó Esturión—. Pero la audacia debe ser tu principal virtud, incluso antes que la paciencia.

—El *tribuni militum* tiene razón —intervino Aurelio Fabio—. Enseña a los cartagineses la audacia romana.

Como dos viejos loros, los legados insistieron una y otra vez en repetir a machamartillo los argumentos del *tribuni militum* hasta conseguir arrancar

algún que otro bostezo a Cneo Cornelio y, al final, un intenso dolor de cabeza.

—Retiraos, por favor —rogó este mientras acariciaba su frente con la palma de la mano, arrepentido de haber pedido a los legados su parecer—. Necesito pensar.

Lucio Vinicio hizo una ligerísima reverencia acompañada de un golpe seco de su puño sobre la coraza a la altura del corazón. Aurelio Fabio no la hizo, sino que se acercó al general y le aconsejó:

—Deberías recibir a Arabás, el jefe de los cerretanos. Su información nos ha sido muy valiosa; eso sin contar las viandas y los hombres de su pueblo que servirán bajo tus órdenes.

A Cneo Cornelio Escipión, escuchar al Fabio casi le dio un ataque de furia. Miró por un instante la espada corta que reposaba junto a los *vexillum* de las dos legiones que comandaba y tuvo que reprimir el impulso de levantarse y clavársela en el estómago para disfrutar así de una muerte lenta del legado en medio del *praetorium*. Solo quería estar solo. Llamaría al escanciador para que le sirviera una copa de vino puro y cerraría los ojos por un instante, pues en medio de la oscuridad tenía la esperanza de encontrar el valor necesario para tomar la decisión que todos querían que tomase; sin embargo, el legado Aurelio Fabio se negaba a proporcionarle la soledad que tanto ansiaba.

—No sería conveniente ofender al cerretano —aconsejó Esturión al ver en el rostro del general el desagrado que le producía recibir al jefe íbero.

—Está bien. Recibiré al cerretano —accedió Cneo Cornelio hastiado.

Los dos legados desaparecieron tras la cortina púrpura desplegada en la entrada del *praetorium*, proporcionando cierta intimidación al despacho que ocupaba Cneo. Cayo Livio Esturión permaneció impasible, sudoroso y en silencio. El Cornelio Escipión dio unas palmadas y aparecieron con paso presuroso tres esclavos. Uno de ellos llevaba en sus manos una palangana de cerámica repleta de agua y una pequeña toalla que colgaba de su antebrazo. El general sumergió sus manos en la palangana y se enjuagó el rostro. Tiró de

un pico de la toalla y se secó ligeramente.

Los otros dos esclavos, un escanciador y un copero, cargaban con una jarra de vino rebajado con agua y una bandeja con varias copas, respectivamente. Cneo hizo una señal para que el escanciador le sirviera en una de las copas.

—Este vino está aguado, Cayo Livio —advirtió mientras cogía su copa de la bandeja—. Es mejor que así sea cuando se tratan asuntos de Estado. Hay que tener la mente clara si hablas con un político, y un reyezuelo sin duda lo es. No tiene la talla política de los senadores que puedes encontrar en Roma, auténticas alimañas con lenguas viperinas, créeme; sin embargo, esa política de baja ralea que utilizan por estas tierras bárbaras puede ser mucho más peligrosa que la refinada oratoria de un padre conscripto de Roma.

El *tribuni militum* no articulaba palabra, no hacía falta; Cneo Cornelio Escipión hablaba por los dos. En especial, cuando bebía, su circunloquio se convertía en un ingenioso ensayo dialéctico donde analizaba las miserias políticas de Roma y sus grandezas. Por fortuna para Esturión, cuya amistad con el Cornelio Escipión lo obligaba a aguantar sus soporíferas peroratas, los dos legados no tardaron en regresar. Entraron en el *praetorium* seguidos de un individuo de mediana estatura, cejijunto, de barba prominente, descuidada higiene y ataviado con vastas pieles apolilladas.

—General: Arabás, rey de los cerretanos, se presenta ante ti para ofrecer su lealtad a Roma —anunció, con gran parsimonia, el legado Aurelio Fabio.

Cneo Cornelio miró, de nuevo, la espada corta y volvió a tener ganas de hundirla en la carne del legado. Odiaba el teatro que continuamente interpretaba, como uno de esos horribles actores que malvivían por las esquinas del Foro, junto al *Subura*<sup>40</sup>, ridiculizándose para obtener algún que otro sestercio de los viandantes.

—Retiraos —ordenó Cneo Cornelio—. El rey Arabás y yo deseamos hablar en privado.

Todos obedecieron, menos el *tribuni militum*, que permaneció impasible, de pie, con el sudor deslizándose por su rostro, los labios prietos y la mirada

perdida en algún punto indeterminado del *praetorium*. Acto seguido, el Cornelio Escipión clavó su mirada en el reyezuelo íbero y pensó que sería mejor hablarle en griego, pues esta lengua, sin duda, le sería más familiar al bárbaro.

—Roma se complace en tener a Arabás, rey de los cerretanos, como aliado —dijo Cneo Cornelio de carrerilla, como si hubiese estado estudiando la frase y la hubiera soltado al maestro en el examen.

—Una alianza beneficiosa para ambos, espero —respondió Arabás en un griego tosco.

—¿Dónde aprendiste a hablar el griego de ese modo? —inquirió el Cornelio Escipión escandalizado más por un griego tan vulgar que por el hecho extrañísimo de que un reyezuelo íbero supiera hablarlo.

—Mi padre, rey antes que yo, me lo enseñó; y a él le enseñaron los mercaderes griegos que fondeaban nuestras costas.

Eso tenía sentido, aunque no dejaba de ser sorprendente. Pese a las actividades mercantiles entabladas por los fenicios y griegos durante décadas a lo largo de toda la costa mediterránea de Hispania, los reyezuelos íberos no solían molestarse en aprender el idioma de los nuevos aliados, sino que se limitaban a llevar consigo traductores que hacían de intermediarios dialécticos en los pactos comerciales.

—Como muestra del agradecimiento romano a la lealtad de tu pueblo, te obsequiaremos con una parte generosa del botín que obtengamos durante la campaña.

Arabás asintió en señal de conformidad.

—Además, mientras permanezcas aquí, la guardia de honor de Roma velará por tu seguridad.

Cneo Cornelio no se fiaba de ninguno de aquellos reyezuelos que se presentaban sumisos ante él y que, ante cualquier contratiempo, de seguro no vacilarían en darle la espalda y abandonarlo a su suerte en estas tierras. Así, con el pretexto de la seguridad de los nuevos aliados, varios guardias elegidos por el propio Cayo Livio Esturión vigilarían los movimientos de Arabás, y el

Cornelio Escipión tranquilizaría su ánimo.

—El *tribuni militum* os guiará a ti y a tu familia para que os acomodéis en un lugar del campamento digno del rango que ostentas, mientras que tus guerreros serán alojados en tiendas junto a los *auxilia*.

—Eres generoso, romano —dijo Arabás con su mal acento griego.

—Cayo Livio —llamó Cneo Cornelio haciendo oídos sordos a lo dicho por el cerretano.

En verdad, al Cornelio Escipión poco le interesaban las apreciaciones del jefe cerretano. Solo ansiaba poseer la fidelidad de sus guerreros, a quienes utilizaría en primera línea de batalla para evitar así una pérdida excesiva de soldados romanos, pues ya había decidido que levantaría el campamento y marcharía al encuentro del destacamento cartaginés que le impedía dominar el paso hacia la Galia Transalpina. No obstante, no lo comunicó, ni siquiera a Cayo Livio Esturión, porque no quería dar la sensación de tener un ánimo débil que solo se azuzaba cuando era instigado por otros más audaces. Era un romano orgulloso al que le gustaba aparentar una voluntad firme, inamovible a cualquier apreciación ajena.

—Encárgate de todo —ordenó al *tribuni militum*.

Esturión clavó su puño contra la coraza a la altura del pecho e hizo una señal respetuosa a Arabás para que lo siguiera. El jefe cerretano, que había estado de pie durante la corta conversación con el Cornelio Escipión, no por desconfianza hacia el romano, sino porque no fue invitado a sentarse en ningún momento, salió del *praetorium* detrás del *tribuni militum*.

Cneo Cornelio bebió de un trago y sin respirar el vino que contenía su copa; dio unas palmadas y, de nuevo, se presentó el escanciador con una jarra de vino dispuesto a rellenar la copa vacía del general. Después, bebió con ansiedad hasta que comprobó que el vino servido estaba aguado.

—¡Quiero un vino puro! —exclamó el general tirando a la cara del escanciador el resto de vino que quedaba en la copa.

—Disculpa, *dominus*.

—¡Bah! Trae vino puro.

El escanciador se retiró. Cneo Cornelio se arrellanó en su asiento y entrelazó las manos sobre su regazo. Necesitaba estar ebrio para evitar pensar más en la batalla. Quizás el vino hiciese que su mente retornase a Roma para abrazar a su esposa, Fluvia, y pasear por entre los puestos de flores del *Macellum Cuppedenis*<sup>41</sup> o, ¿por qué no?, desdoblarse y verse a sí mismo desde la esquina donde se unían la *Vía Nova* con el *Clivus Palatinus*, encabezando el desfile triunfal que se encaminaría a través de la *Vía Sacra*, rumbo al Capitolio.

---

29 Bandera o estandarte.

30 Jóvenes oficiales pertenecientes a los estamentos superiores, senatorial y equestre. Eran seis por legión y asistían a los legados.

31 Capa de invierno de la tropa.

32 Categoría personal de cada romano, que implicaba su ética y moral. Era el valor más importante para un noble romano, que para defenderla debía estar dispuesto a realizar todo tipo de sacrificios, como ir a la guerra, ejecutar a su propia esposa y hasta suicidarse.

33 Desde los tiempos de la guerra de Pirro, los romanos habían partido las dos subdivisiones originales del día, antes del mediodía y después del mediodía, en otras dos partes cada una. Así, la antigua subdivisión de antes del mediodía quedó fragmentada en mañana (mane) y premediodía (ante meridiem), y la de después del mediodía quedó partida en tarde (de meridie) y noche (suprema). En los inicios de la primera guerra púnica, sobre el año 263 a.C., el cónsul Valerio Messalla montó en Roma el cuadrante solar de Catania, traído de Sicilia; sin embargo, este reloj de sol hizo que los romanos tuviesen un horario equivocado, pues el cuadrante estaba diseñado para una tierra de otra latitud. Plinio el Viejo afirma que durante tres generaciones los romanos tuvieron un horario equivocado, empero, es más probable que no hicieran mucho caso al reloj de sol que trajo Messalla y, por tanto, siguieron guiándose por el método tradicional: observar sobre los edificios públicos la

proyección del sol. Por esta razón, estimo más oportuno que las tropas romanas, comandadas por Cneo Cornelio Escipión, dividiesen el día en las cuatro partes mencionadas anteriormente, sin tener en cuenta el horologium (reloj) y sus horas que el cónsul Messalla trajo a Roma a comienzos de la primera guerra púnica.

34 Tienda del general que se encontraba en la intersección de las dos calles principales de un campamento militar romano, conocidas como via principalis y via praetoria.

35 Una de las dos calles principales de un campamento militar romano.

36 Una de las dos calles principales de un campamento militar romano.

37 En el campamento militar romano, sede de la intendencia.

38 Pueblo íbero asentado en el valle de los Pirineos, concretamente en la Cerdaña (región de los Pirineos Orientales, dividida entre Francia y España). La comarca española de la Cerdaña se encuentra en Girona y su capital es Puigcerdá.

39 Zona de la ciudad de Roma donde se encontraban las residencias privadas de la nobleza y algunos ciudadanos no tan importantes, pero sí ricos.

40 Nombre del barrio más pobre de Roma, situado al este del Foro Romano.

41 Mercado situado al este del Foro Romano, donde se vendían miel, flores, frutas exóticas, dulces y especias.

## IV

La ciudad de Cissa<sup>42</sup> había caído en manos romanas antes de que el verano llegase a su fin. Durante semanas, Cneo Cornelio Escipión había hecho caso omiso a los consejos de los legados y del propio Cayo Livio Esturión; sin embargo, un movimiento extraño del cartaginés Hannón, movilizándolo sus tropas de los Pirineos hacia el sur para plantar batalla a las legiones romanas, hizo que el Escipión tomase la determinación de recuperar la iniciativa que nunca poseyó en una campaña militar no muy satisfactoria en opinión de los legados, pues, hasta entonces, únicamente se había conseguido la fidelidad de algunos pueblos montañoses y el aumento considerable del número de *auxilia* en las dos legiones que mandaba. Nada más. Toda Roma exigía con premura algún éxito militar y, lo que era aún más importante, la audacia necesaria para derrotar a los cartagineses en su propio terreno.

La audacia era considerada, incluso por el Senado, como una de las virtudes más sobresalientes de los Escipiones, así que no extrañó a nadie que meses atrás hubieran nombrado a Cneo Cornelio Escipión, quien había ejercido el mandato consular cuatro años atrás, legado mayor de las tropas movilizadas en Hispania. También ayudó el hecho de que, difícilmente, Publio Cornelio Escipión habría cedido sus legiones a un legado mayor que no fuese miembro de su familia, embarcando las tropas de vuelta a Italia para defender el valle del Padus<sup>43</sup> en el caso de que no llegase a tiempo de detener a Aníbal en la Galia Transalpina.

Cneo Cornelio ofreció un sacrificio, al amanecer, a los *lares praestites*<sup>44</sup>, y el sacerdote que realizó la ofrenda miró con tiesura al general y le dijo con gran parsimonia que en aquellos días la victoria estaba de su parte. Esto le dio a Cneo Cornelio nuevas fuerzas y un ímpetu nunca visto en él desde que se separó de su hermano.

La batalla fue desastrosa para los cartagineses; entre otras cosas porque, aunque Hannón era un buen lugarteniente en lo referente a la logística, y así lo demostró al instalar su campamento junto a la ciudad aliada de Cissa, asegurándose así la abundancia de viandas en caso de que la ofensiva durase más de lo previsto, su punto débil radicaba en el aspecto estratégico.

Cneo Cornelio, bajo el consejo de Cayo Livio Esturión, acampó a varias millas de distancia de Cissa.

—Deberíamos llevar la iniciativa en el ataque —opinó el Cornelio Escipión, sentado, con el cuerpo inclinado sobre el escritorio—. Los *lares praestites* nos son favorables.

—No debes apresurarte, Cneo Cornelio —replicó Esturión—. Los perros cartagineses solo necesitan una ligera provocación de nuestras tropas para emprender las hostilidades.

—¿Qué pretendes?

El *tribuni militum* se acercó unos pasos al escritorio del general y señaló con el dedo sobre uno de los mapas extendidos.

—Si movilizásemos una parte de las tropas auxiliares hacia la plaza de Cissa, acompañadas de una centuria —sugirió mientras le mostraba en el mapa un promontorio cercano al campamento cartaginés—, conseguiríamos que el ejército de Hannón se lanzara sobre la avanzadilla de nuestras legiones. —Esturión movió levemente el dedo sobre el plano, realizado en un fragmento de piel de animal, hacia una llanura situada al sudoeste—. La función de la avanzadilla será la de servir de cebo para arrastrar en su huida al grueso del ejército cartaginés y llevarlos a un terreno más propicio para la batalla.

—¡Magnífico! Una idea ingeniosa y una estrategia envidiable, propia de un Cornelio Escipión. —Cneo se levantó y se acercó al *tribuni militum*—. No te preocupes. Llegado el momento, compartiré mi gloria en Roma contigo, amigo.

—Mi fidelidad a ti es obligada por la amistad que nos une —declaró Esturión, enormemente complacido por las palabras del Escipión.

A la mañana siguiente se libró la batalla. La victoria romana fue aplastante: seis mil guerreros, muchos de ellos de la tribu de los ilergetas, perecieron en la lucha, y más de dos mil fueron hechos prisioneros, entre ellos, el general Hannón y el jefe de los ilergetas, Indíbil.

—Has salido victorioso de la primera batalla —sentenció Esturión mientras agarraba las riendas de la montura de Cneo Cornelio Escipión para que descabalgase.

—Gracias a los dioses, mi fiel amigo.

—Las calles de Cissa son ya seguras. Las tropas se han encargado de que así sea.

—¿A cuántos hombres hemos tenido que pasar a espada para asegurar la plaza?

—A varios centenares.

Cneo Cornelio avanzó unos pasos hacia la entrada del campamento cartaginés cuyos restos se habían consumido por el fuego y habían quedado reducidos a un montón de cenizas malolientes.

—Cuánta sangre derramada, Cayo Livio —reflexionó en voz alta el general.

—No hay gloria sin derramamiento de sangre.

Era cierto. Roma estaba sedienta de sangre cartaginesa y las noticias de la victoria pronto llegaron a Italia. La reputación de los Cornelios Escipiones se acrecentó dentro del Senado en contra de los Fabios, que veían, impotentes, cómo perdían influencia dentro de las familias patricias que controlaban la cámara; los senadores vitoreaban el apellido patricio de los Cornelios Escipiones e incluso algunos de sus clientes más influyentes, caballeros que apoyaron la candidatura del cónsul Publio Cornelio Escipión y que deseaban que este siguiera velando por sus intereses durante otro año, pensaban ya en alzar sus voces para pedir al Senado que prorrogase el mandato del cónsul. También apoyaban la más que posible candidatura a las elecciones consulares del año siguiente del nuevo héroe de Roma, Cneo Cornelio, pues muchos

daban por hecho que, tras el exitoso comienzo de la campaña militar en Hispania, la guerra por aquellas tierras pronto terminaría y llegaría a tiempo a Roma para inscribirse como candidato y obtener un segundo mandato consular.

—Me preocupa la popularidad que está alcanzando el hermano del cónsul Publio Cornelio Escipión —observó Cneo Servilio Gémino, aspirante patricio al consulado.

—No debes preocuparte demasiado —lo tranquilizó Lucio Emilio Papo.

El *tablinum*<sup>45</sup> de Emilio Papo era extremadamente austero, reflejo de una personalidad adusta que se mostraba hasta en la decoración, donde sobresalía un *vexillum* de la legión en la que había sido tribuno a las órdenes del cónsul Cayo Atilio durante la campaña contra la invasión gala de Italia siete años atrás.

—Roma vive unos días de euforia tras la victoria de Cneo Cornelio Escipión en Hispania —prosiguió Emilio Papo—. Y en el mejor de los casos, la guerra será larga y no tendrá tiempo para regresar a Roma e inscribirse como candidato al consulado.

—Eres de los pocos que piensa así. La mayoría cuenta con una corta campaña militar en Hispania.

—Una batalla ganada no significa una campaña victoriosa; además, Aníbal está a las puertas de Italia y no ha sido por nuestra torpeza a la hora de interceptar sus tropas en el valle del Rhodanus, labor de la que se encargó el muy capaz primer cónsul Publio Cornelio Escipión. —Emilio Papo se arrellanó en el asiento—. Estamos, Cneo Servilio, frente a un enemigo al que no será fácil vencer.

—La travesía por los Alpes habrá debilitado al ejército cartaginés —apostilló Servilio Gémino.

—Sí, con eso cuenta Publio Cornelio Escipión; sin embargo, me preocupa el hecho de que Aníbal sepa sus limitaciones y nuestras intenciones.

—¿A qué te refieres?

—Estoy convencido de que el general cartaginés nos guarda una sorpresa. No lo considero tan osado como para enfrentarse a las descansadas legiones de Publio Cornelio inmediatamente después de finalizar la epopeya que, sin duda, resulta el hecho de atravesar los Alpes con un ejército tan formidable.

—Un ejército que llegará exhausto al valle del Padus —puntualizó Servilio Gémino.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

Servilio Gémino no comprendía lo que intentaba decir Lucio Emilio Papo; no obstante, tampoco intentó valorar sus palabras, pues en Roma era conocido como un hombre tan pesimista que siempre sacaba las conclusiones más negativas a cualquier situación, por muy ventajosa que esta fuese.

—Según las últimas noticias, el cónsul Escipión, además de la nueva legión reclutada, se ha hecho con el mando de las tropas de los pretores Manlio Vulso y Atilio Serrano, estableciendo su campamento en Placentia<sup>46</sup> y ordenando el regreso de ambos pretores a Roma una vez liberados de sus responsabilidades militares.

—Confiemos en que los dioses nos sean favorables llegado el momento —deseó Emilio Papo.

—¿Qué opinión te merece la candidatura al consulado de Cayo Flaminio Nepote? —inquirió Servilio Gémino, desviando la conversación hacia terrenos que despertaban mayor interés en él.

—Un *hombre nuevo*<sup>47</sup> de enormes agallas. Compartí con él, como bien sabes, el cargo de censor hace unos dos años, lo que me permitió conocerlo mejor que muchos senadores que despotrican contra él en el Senado.

—¿Y qué puedes contarme de él?

—Nada que pueda servirte. Es tu máximo rival en las elecciones, y nada de lo que diga cambiará eso. La Asamblea de la plebe apoya de manera incondicional su candidatura. Se dice que ha vertido, sobre los bolsillos de al menos tres tribunos de la plebe, grandes sumas de dinero para que lo apoyen frente a otros candidatos plebeyos. Es un individuo muy inteligente.

—Eso ya lo demostró durante su labor como tribuno de la plebe hace más de doce años.

—Catorce —puntualizó Emilio Papo—. Es difícil olvidar el año en que Flaminio Nepote fomentó el reparto, entre la clase popular romana, del *ager Picenus et Gallicus*<sup>48</sup>.

Lucio Emilio Papo sentía hacia Cayo Flaminio Nepote una admiración extraña, amalgamada con un odio patricio con el que todo noble romano veía la ascensión al poder de cualquier dirigente sin *dignitas*. Él mismo fue uno de los muchos aristócratas del Senado que vieron perjudicados sus intereses en las tierras a orillas del Adriático, terrenos que Flaminio Nepote, con su recién estrenado cargo de tribuno de la plebe, promovió para que se repartiera entre las clases más bajas.

Años más tarde, Flaminio Nepote fue elegido pretor y enviado a Sicilia, convirtiéndose en el primer gobernador de la isla tras la primera guerra con Cartago. No hubo mucha oposición por parte de las familias patricias, encabezadas por los Fabios, a que ocupara dicho cargo, pues esperaban que su labor terminara en fracaso. «Un *hombre nuevo* no está capacitado para gobernar Sicilia», pensaron los senadores aristócratas; sin embargo, volvieron a equivocarse, y Flaminio Nepote realizó una tarea digna en la isla. Esto relanzó su carrera hacia el consulado, que ejerció cuatro años después. Fue en su etapa como cónsul cuando se consolidó como un personaje relevante dentro de la vida pública romana, acabando con la hegemonía política del clan de los Fabios gracias al apoyo prestado a otras familias patricias rivales; en especial, se vieron beneficiados los Emilios y los Cornelios Escipiones. Y ahora se había presentado, de nuevo, a las elecciones consulares con el apoyo indiscutible de los diez tribunos de la plebe.

—Admiras a Cayo Flaminio Nepote, ¿no es cierto? —inquirió Servilio Gémino.

—Admiro sus agallas —confesó Emilio Papo—. Cuando compartí con él el cargo de censor, se empeñó en realizar reformas que otorgaban a los ciudadanos de segunda clase mayor protagonismo en la vida pública,

restando influencia a los nobles. Eran unas medidas imposibles de llevar a cabo. Pero lo intentó y dieron como fruto unos logros a los que se opuso toda la nobleza.

»El Senado no tuvo más remedio que aceptar, de mal talante, las reformas del censor Flaminio Nepote, respaldado por la Asamblea de la plebe.

Cneo Servilio Gémino se levantó del asiento que ocupaba y comenzó a dar vueltas por el pequeño *tablinum*.

—Tampoco debes preocuparte por Cayo Flaminio Nepote —prosiguió—, pues toda Roma sabe que su elección como cónsul es prácticamente un hecho. No hay entre los candidatos al consulado del año que viene, y entre ellos te incluyo a ti, nadie con su carisma ni que haya ascendido con tanta firmeza en el *cursus honorum*. —Emilio Papo clavó su mirada de zorro viejo en el rostro descompuesto de su interlocutor—. Solo me queda la duda de si Flaminio Nepote será elegido primer o segundo cónsul.

Un silencio se instauró entre los dos. Emilio Papo sospechaba que Cneo Servilio había ido a visitarlo para algo más que pasar la tarde charlando con un proecto senador.

—Lucio Emilio, necesito que me hagas un favor —solicitó Servilio Gémino no sin trabajo, ya que por su posición patricia no tenía por costumbre pedir ni necesitar favores.

—¿Qué quieres que haga?

—Ayúdame a ser elegido cónsul. Necesito tu influencia para hacerlo.

Lucio Emilio Papo se inclinó sobre el escritorio.

—¿Acaso no confías en tus posibilidades? —inquirió, perplejo, ante el requerimiento de su amigo—. Creo que no necesito recordarte que tú eres el candidato patricio con mayores posibilidades de ser elegido.

—Lucio Emilio, supero en dos años la edad idónea para acceder al cargo de cónsul y no quiero arriesgarme a una nueva derrota en las urnas.

Emilio Papo se llevó la mano a la barbilla, acariciándola en silencio con parsimonia, mientras sopesaba detenidamente la petición de Cneo Servilio

Gémino. ¿Qué ganaría con todo eso? Su ayuda significaba la necesidad de recurrir a senadores, deudores desde su época de censor, a los que les habría llegado la hora de saldar cuentas. Si decidía apoyar a Cneo Servilio, debería gastar esa especie de reserva de favores que guardaba celosamente y que se obligaba a no malgastar. Sin embargo, si Cneo Servilio Gémino salía elegido primer cónsul y si durante el tiempo que durase su consulado actuase con honor, podría favorecer sus aspiraciones de aumentar el patrimonio familiar al convertirse en cliente suyo, y de los importantes; además, cabía también la posibilidad de relanzar su carrera política. Y es que Emilio Papo ansiaba, en el fondo, ejercer un segundo mandato consular, no en ese preciso momento, pues presentía que el cartaginés Aníbal iba a resultar un especialista en destrozar el crédito político de cualquiera en el campo de batalla; además, se sentía viejo y cansado para la guerra.

—¿Conoces a Metio Fulvio Gabio? —preguntó tras su largo silencio.

—He oído hablar de él.

—Es uno de los tribunos más influyentes dentro de la Asamblea de la plebe y naturalmente apoya la candidatura de Cayo Flaminio Nepote — afirmó Emilio Papo, reposando su espalda sobre el respaldo de la silla—. No obstante, me debe un favor.

—¿Qué clase de favor? —inquirió, curioso, Servilio Gémino.

—Uno por el que un hombre traicionaría sus principios políticos — contestó Emilio Papo mientras se dibujaba en sus labios una maliciosa sonrisa.

Iba a recurrir a Metio Fulvio Gabio, entre otras cosas, porque despreciaba a los *hombres nuevos* como él. El personaje en cuestión le debía un favor. Gracias a su vista gorda como censor en la supervisión de unos contratos de obras estatales fraudulentos, Fulvio Gabio había ganado una verdadera fortuna que le permitió aspirar al puesto de tribuno de la plebe, el cual ejercía en esos momentos. Él, por supuesto, se adueñó de una parte nada desdeñable de las ganancias de Fulvio Gabio como contraprestación por silenciar el fraude que, incluso, pasó desapercibido para los oídos de su colega censor

Cayo Flaminio Nepote, inmerso en las reformas revolucionarias que se había propuesto llevar a cabo.

—Te concertaré una entrevista. Él podrá ayudarte en tu objetivo de ser el primer cónsul electo para el próximo año.

—¿Cómo puede ayudarme un tribuno de la plebe?

—Metio Fulvio Gabio puede verter acusaciones de corrupción sobre tus rivales en las elecciones; sembrar en las calles comentarios y habladurías que correrán como el fuego por toda Roma —explicó Emilio Papo.

—¿Y traicionará a Cayo Flaminio Nepote? —inquirió Servilio Gémino, incrédulo.

—Entre tus rivales, querido amigo, no debes contar con Cayo Flaminio Nepote, pues él tiene ya asegurado el consulado. Tú lo sabes. Si no fuese así, ¿habrías reclamado mi ayuda?

Cneo Servilio Gémino agachó la cabeza mohíno. Lucio Emilio Papo tenía razón: él, un Servilio Gémino, descendiente de una de las familias de mayor alcurnia de Roma, no se habría arrastrado ante nadie si la adversidad no hubiera sido lo suficientemente grave como para que corriesen peligro sus aspiraciones consulares.

—¿Y si no encontrase asuntos sucios en los negocios de mis adversarios? —preguntó, al fin, Servilio Gémino tras un prolongado silencio.

—No deben serlo necesariamente. Solo un mero rumor lanzado en el momento oportuno hará que la reputación de aquellos quede al mismo nivel que la de un tabernero del *Subura*.

—No creo que él quiera reunirse conmigo —objetó Servilio Gémino.

—En Roma no, pero posee una villa en Tibur que visita siempre a finales de verano. Allí no habrá problemas para que te reúnas y hables con él; además, estaréis alejados de los oídos curiosos y de las lenguas viperinas que tanto abundan en la capital.

Emilio Papó se levantó trabajosamente de la silla que ocupaba y se acercó, con pasos lentos, a Cneo Servilio.

—Continúa con la labor normal de un aspirante al consulado —prosiguió—. Finge ante los que te rodean y espera mi aviso para reunirte con Metio Fulvio Gabio en Tibur.

—¿Y qué quieres a cambio de tu inestimable ayuda?

—Nada por ahora, Cneo Servilio. Simplemente quiero que no olvides que me debes un favor.

—Tenlo por seguro, no lo haré.

Lucio Emilio Papo le dio una palmada en el hombro a modo de despedida. Un esclavo acompañó a Cneo Servilio Gémino hasta la puerta principal. Allí, el aspirante a cónsul se perdió entre la multitud que atestaba el *Clivus*<sup>49</sup> *Victoriae* en dirección al Foro Romano por la *Vicus*<sup>50</sup> *Tusculus*.

Cneo Cornelio Escipión se sentía eufórico, no solo por su victoria sobre los cartagineses liderados por el lugarteniente de Aníbal, Hannón, sino más bien por la teórica facilidad con la que había derrotado a un ejército superior al suyo. Y aunque en la práctica los *auxilia*, considerablemente aumentados con contingentes íberos, habían desequilibrado el aspecto numérico hacia las legiones romanas, el Escipión no tenía esa apreciación, ya que no consideraba a los aliados hispanos integrados en sus filas como parte del ejército que hacía grande a Roma. Cneo Cornelio continuaba sin fiarse de sus aliados pese a la entrega en la lucha de los guerreros de los pueblos montañoses, así que, para evitar posibles defecciones, decidió demostrarles cómo se las gastaba un general romano con sus enemigos.

—Da la orden de ejecutar a Hannón —ordenó Cneo Cornelio, sentado tras el escritorio del *praetorium*.

—No puedes hacer eso —objetó Cayo Livio Esturión.

—¿Por qué no? Es un prisionero de guerra, un oficial cartaginés en el que corre por sus venas una fuerte animadversión hacia Roma.

—Aunque sea un perro cartaginés, no podéis asesinar a un lugarteniente de Aníbal con la misma ligereza con la que mandas matar a un simple soldado —arguyó el *tribuni militum*—. No es inteligente.

—¿Qué sugieres que haga con él? —inquirió Cneo Cornelio con aviesa sonrisa.

Cayo Livio Esturión se secó con la mano el sudor que recorría su rostro, repleto de las imperfecciones propias de un soldado, a las que se sumaban las facciones toscas de los Esturiones.

—Tortúralo. Arráncale toda la información que sepa a través del dolor.

—Y finalmente, dale muerte —sentenció el general con gravedad.

—Sí, una muerte útil para Roma y tus intereses, Cneo Cornelio.

—Encárgate tú.

Y lo torturaron, en presencia de un traductor, con la intención de averiguar cuáles eran los pasos que Aníbal pretendía llevar a cabo en Italia. Le arrancaron las uñas y le quemaron los ojos, pero no dijo nada; le cortaron las orejas y varios dedos de los pies, sin embargo, su voz permaneció apagada; finalmente, le sacaron los dientes y solo se consiguió que Hannón llorase de dolor mientras la sangre salía con profusión de su boca. El traductor vomitó y estuvo enfermo varios días ante el recuerdo estentóreo de la tortura.

—¡Crucifícadlo! —ordenó Cneo Cornelio cuando vio la piltrafa en que se había convertido el lugarteniente de Aníbal—. ¿Es esta una muerte útil para Roma, Cayo Livio? —inquirió al *tribuni militum* tras reconocer este que los torturadores habían sido incapaces de sacarle información alguna a Hannón.

—Lo siento, Cneo Cornelio.

En cuanto a Indíbil, rey de los ilergetas, el Cornelio Escipión lo trató como su huésped y lo obligó a firmar un tratado por el que se comprometía a no levantarse jamás en armas contra la autoridad romana. Y para que el general romano tuviese ciertas garantías de cumplimiento por parte del íbero, impuso que lo acompañasen los miembros más destacados de la clase dirigente de su pueblo. Sin nadie que los acaudillase, los ilergetas —fieles al cautivo Indíbil— permanecerían sumisos al poder de Roma.

Cneo Cornelio tenía la intención de prolongar el cautiverio de Indíbil trasladándolo a una pequeña guarnición militar situada en la costa, junto al poblado íbero de Kese. El Escipión puso nombre a este asentamiento de

tropas, Tarraco, con el fin de utilizarlo como cuartel de invierno durante la campaña militar en Hispania. Cneo Cornelio ya solo pensaba en Asdrúbal Barca y en la estrategia a seguir para vencerlo. «Solo un ejército me separa de la gloria», pensaba, pues no dudaba que con una nueva victoria tendría al Senado comiendo de su mano. Creía que la conquista de Cartago Nova estaba muy próxima. Qué equivocado estaba.

Asdrúbal Barca aguijoneaba su montura, seguido de cerca por Himilcón, y no se detuvo hasta que el caballo comenzó a resoplar debido al cansancio. Hacía ya dos jornadas que había atravesado el río Ebro con ocho mil infantes y mil jinetes; y nueve millas antes de que el grueso del ejército alcanzase la plaza de Cissa, en cuyos alrededores se había instalado el campamento cartaginés según informaron los últimos despachos oficiales del lugarteniente Hannón, una avanzadilla descubrió el campamento destruido, repleto de cadáveres y sin los múltiples pertrechos que Aníbal había dejado en Iberia para no cargar demasiado los bagajes en su viaje a Italia. También Cissa parecía una ciudad fantasma, incendiada en su mayor parte, con su población diezmada y el cuerpo de Hannón crucificado pudriéndose en la muralla.

Al conocer la suerte de las tropas que controlaban el paso de los Pirineos, espoleó su caballo en un ataque de rabia y salió al galope por la llanura del sudoeste de Cissa, sorteando la multitud de cadáveres que sembraban ese terreno cercano a la plaza. Himilcón lo seguía, y tras él, a cierta distancia, un nutrido grupo de jinetes. Desmontó con presteza y caminó con pasos pesados entre los cuerpos muertos de sus compatriotas, pisando la hierba roja y el barro reseco de los charcos de sangre. Hincó sus rodillas sobre el suelo empapado por el rocío y se mesó el cabello que le llegaba hasta los hombros. Su alma comenzó a derramar un llanto sordo y corrieron lágrimas de olvido por sus mejillas para mojar su cuidada barba; lágrimas por las que se entregaba a la evidencia de que Hannón sería solo recordado por esta derrota, relegando a la desmemoria de las próximas generaciones los logros que había conseguido en vida, su audacia en el campo de batalla y su profundo amor a Cartago.

—Baal nos ha abandonado —musitó derrotado, sabiendo que Himilcón estaba tras él, silencioso como siempre.

—No han sido los dioses.

Asdrúbal clavó su mirada a lo lejos, en la muralla donde nadie había osado bajar de la cruz el cuerpo destrozado de Hannón por miedo a las represalias romanas.

—¿Quiénes han sido entonces?

—Hannón capitaneaba un gran ejército, quizás superior al romano —observó Himilcón—. La confianza en su superioridad le hizo cometer el mayor de los errores: creerse invencible.

Himilcón tenía razón. Asdrúbal todavía recordaba las enseñanzas de Cimón *el Viejo*. Nunca las olvidó en realidad, siempre las tuvo muy presentes, no para aplicarlas en la batalla, sino más bien como recuerdo de una etapa de su vida que recordaba, a grandes rasgos, feliz. «El camino de la sabiduría del guerrero encierra los secretos para salir victoriosos en la batalla. Estos secretos solo residen en el buen juicio del general, y este, por desgracia, no suele darlo los dioses en el momento crucial de un combate», decía el griego Cimón.

No, los dioses no eran los culpables de la derrota.

—La impaciencia de Hannón ha dado como resultado esta matanza —apuntó Himilcón con gesto desabrido.

—Fue su mal juicio, ¿verdad, Cimón? —inquirió Asdrúbal en voz queda.

Himilcón lo escuchó, pero fingió no haberlo hecho. Asdrúbal tenía la costumbre de hablar solo, como si aquel a quien iban dirigidas sus palabras estuviese presente. Himilcón lo comprendía, puesto que él, a veces, susurraba cosas a su viejo amigo Amílcar; y aunque era consciente de que cualquiera que lo supiera lo tacharía de demente, nunca dejó de hacerlo: susurrar cosas a un amigo muerto al que, en cierto modo, no dejó de percibir su presencia. Lo mismo hacía el Joven, hablar con los que ya no estaban, con la misma naturalidad con la que se ofrecían sacrificios al dios Melqart, divinidad familiar de los Bárcidas.

—Solo ha sido una batalla perdida, Asdrúbal —expresó Himilcón para intentar vislumbrar el inexistente lado positivo de aquella matanza—. Seguro que los romanos estarán ahítos de tan enorme victoria y no esperan que realices ninguna maniobra agresiva que ponga en peligro a sus cohortes, invencibles tras regar estos campos con sangre cartaginesa.

Asdrúbal no movió un músculo, yerto como la muerte y con los labios prietos, sumidos sus ojos en una mirada repleta de odio. «Un guerrero jamás debe odiar ni sentir rabia; en cambio, debe tener la cabeza fría y reconocer el momento oportuno para la acción, ayudado de su conocimiento del terreno y del enemigo». Las palabras de Cimón volvieron a resonar con intensidad en la mente del Barca.

—Primero, debemos incinerar los cuerpos en una gran pira funeraria y realizar adecuadamente el ritual para honrar a los dioses de la navegación. Así, todos podrán ser guiados hacia la *otra vida* —ordenó Asdrúbal—. Y bajemos a Hannón de la muralla; es momento ya de que descanse.

Eso le daba al Barca el tiempo que necesitaba para pensar en la estrategia a seguir ahora que su ejército era el único obstáculo que se oponía a los romanos por el control de las tierras de Iberia. No quería mostrarse ante Himilcón como un general débil llevado por la torpeza y la rabia que proporciona toda derrota.

El fuego terminó por purificar las almas de los muertos y el olor a carne quemada penetró en el orgullo cartaginés de las tropas. Cada hombre deseaba luchar, necesitaba vengar los cadáveres que se consumían en la improvisada pira funeraria hecha con leña y enormes troncos de madera.

Asdrúbal se mantuvo junto a las llamas hasta que se extinguieron por completo, dejando junto a Cissa una enorme masa de cenizas y humo.

---

42 Es probable que se trate de Guissona, a las orillas de río Clo, en la provincia de Lérida.

43 Actual río Po.

44 Eran los dioses que protegían al Estado. Estos dioses no tenían forma ni sexo, es decir, actuaban como fuerzas espirituales.

45 Era el cuarto del *paterfamilias*, donde dormía y recibía a las visitas.

46 La actual Piacenza.

47 El nombre que recibían los dirigentes sin linaje.

48 Territorio ocupado por los galos senones a orillas del Adriático antes de que fuesen expulsados de Italia.

49 Calle en cuesta.

50 Bocacalle.

## V

Asdrúbal *el Joven* ordenó instalar el campamento nueve millas al norte, lejos de la llanura rojiza que arañaba su sueño con crueles pesadillas de sangre y vida; lejos de la ciudad de Cissa, plaza maldita e indigna para hospedar, ni por una sola noche, a un hombre de destino glorioso como se suponía que debía ser el de un miembro de la familia Barca. El campamento desprendía una imagen taciturna al atardecer, con fogatas cada cien metros y vigías apostados a cada veinte pasos, cabizbajos, con la mente puesta en la escena de miles de cartagineses muertos, muchos de ellos con amputaciones salvajes de sus miembros por mor de la caricia del gladius<sup>51</sup> romano. Los sonidos de la naturaleza se iban apagando a medida que las sombras invadían lentamente el campamento, creando una atmósfera de silencio extraña, solo rota por el crujir de la leña al consumirse en las fogatas y el ansia de venganza que azotaba el pensamiento de los soldados.

—¡Venganza! —reclamó Himilcón en la tienda de mando—. Las tropas así lo desean y lo necesitan.

La tienda de mando tenía una decoración sombría. La lobreguez en la que estaba sumergido el espacio simétrico del pabellón ocupado por el general Barca concordaba perfectamente con la escasez iluminativa de tres lámparas de aceite que formaban una especie de triángulo imaginario, acentuando, por la distancia que las separaba, la oscuridad incluso sobre el rostro de Asdrúbal, destacando unas facciones duras e imperceptibles a la luz.

—Ahorraré a Cartago otra nueva derrota, viejo amigo —dictaminó con pesar.

Himilcón se acercó presto al escritorio, con gesto de desaprobación.

—¿Significa eso que no lucharemos?

—Se ha vertido demasiada sangre en los últimos días —se lamentó Asdrúbal recostado sobre el respaldo de su asiento.

—¡Bah! —replicó Himilcón—. Si tu padre viviese, no dudaría en plantar batalla a los romanos.

—Mi padre está muerto para nuestra desgracia.

El Joven pronunció esa frase con una entonación de profunda tristeza y, a la vez, con la firmeza característica de los Bárcidas.

—Perdóname, Asdrúbal —pidió Himilcón como si la rotundidad de la afirmación del Barca le hubiese devuelto la coherencia de ideas perdida ante la visión de miles de compatriotas cuyos cuerpos sin vida habían yacido en el campo de batalla.

—Obtendremos nuestra venganza, pero no seremos tan necios como para cobrársela ahora a los romanos. La paciencia será nuestra virtud y el tiempo, nuestro más fiel aliado; sin embargo, tienes razón en una cosa: nuestras tropas necesitan acción para verter sobre el enemigo la rabia y el ansia que sienten de honrar con sangre el recuerdo de todos aquellos que incineramos en Cissa. —Asdrúbal se levantó y señaló el mapa extendido sobre el escritorio en penumbra—. He enviado una avanzadilla hacia la costa con la intención de averiguar la posición exacta de la flota romana.

—¿Estás pensando atacar su flota desde tierra? —inquirió Himilcón.

—Naturalmente que no. Solo tengo intención de realizar una pequeña escaramuza para que nuestros soldados vean saciada su sed de venganza —arguyó Asdrúbal esbozando una sonrisa enigmática—. Además, el riesgo es mínimo. La lógica militar requiere que sigamos los pasos de las cohortes romanas y que nos enfrentemos a ellos en un terreno ventajoso; pero ¿quién podría sospechar un ataque a su flota desde tierra?

—¡Ni el mismísimo Cneo Cornelio Escipión podría sospecharlo! —exclamó Himilcón entre carcajadas.

Asdrúbal apoyó sus puños sobre la mesa y prosiguió con la explicación de sus intenciones:

—Este ataque servirá para ridiculizar el poder militar romano y dar mayor moral a nuestro ejército. Y te aseguro, amigo mío, que también cumplirá el objetivo de rebajar la extraordinaria euforia de las legiones de Roma.

—Les enseñaremos los dientes, ¿verdad?

—Sí, Himilcón; les haremos pagar por los muertos de Cissa antes de regresar a Qart Hadasht.

—Con tu permiso, pondré al corriente a los lugartenientes.

—Transmite mis intenciones a cada uno de ellos en secreto —puntualizó Asdrúbal—. Hay que ser precavidos, no debemos estar ciegos a la traición.

Himilcón asintió y salió con paso brioso de la tienda de mando. Era ya viejo, rondaba los sesenta años, y, sin embargo, continuaba sirviendo al clan de los Bárcidas y a Cartago con el ímpetu de un muchacho imberbe.

Himilcón fue gran amigo de Amílcar; lloró con amargura su pérdida y, más tarde, la de su yerno Asdrúbal *el Janto*. Tuteló los primeros actos militares de Aníbal, no por haber sido elegido para hacerlo, sino porque el primogénito de Amílcar lo reclamaba, escuchaba su consejo y lo respetaba como a su padre, pues, en cierto modo, los ideales de Amílcar Barca estaban reflejados en Himilcón.

Dos años atrás, Aníbal había comenzado una campaña contra el pueblo de los vacceos al principio de las estaciones cálidas, conquistando rápidamente Hermandica<sup>52</sup>. Entonces, los vencidos animaron al pueblo de los carpetanos a la rebelión contra el predominio cartaginés en aquellos territorios celtíberos; así, se levantó una ofensiva que puso en jaque al ejército de Aníbal. Himilcón asesoró con prudencia al primogénito de la nueva progenie Barca para salir victoriosos de aquel aprieto.

—Atraviesa el río<sup>53</sup> con presteza y establece allí el campamento; pero no lo hagas junto a la orilla, sino a cierta distancia —explicó Himilcón—. Así, incitarás al enemigo a que cruce el río.

—Mientras estén cruzando el río serán vulnerables —apostilló Aníbal, exaltado por la idea de Himilcón.

—En efecto, *joven león*. Será en ese momento cuando cargaremos sobre ellos.

—Utilizaremos la caballería nómada.

Aníbal se sentía optimista ante la batalla que se aproximaba, pues la jovialidad en su carácter era la prueba irrefutable de que por sus venas corría la sangre audaz de los guerreros que hicieron una vez grande a Cartago.

—Casi eres tan buen general como lo fue tu padre —afirmó Himilcón con una profunda sonrisa de satisfacción.

—Y una vez en la orilla, aplastaremos con los elefantes a los que no hayan perecido en el río.

Himilcón asintió conforme. Asió una jarra de vino y lo vertió sobre dos copas hasta que rebosó.

—Aníbal, que la suerte acompañe tus actos por el bien de Cartago —brindó Himilcón alzando la copa.

—Que siempre sea digno de tu amistad y consejo —deseó Aníbal esgrimiendo la otra copa en alto.

Ambos bebieron con ansiedad, mojando sus barbas —la de Aníbal más cuidada y atractiva a los ojos femeninos, al menos para su esposa Imilce, que la de Himilcón— y vertiendo en el suelo parte del vino, jactándose de poseer los rudos modales de soldado; y es que Aníbal consideraba un orgullo comportarse como tal, lejos de las delicadezas a las que eran tan proclives otros generales.

—Buen vino de Iberia —advirtió Aníbal una vez vaciada la copa.

—El néctar de los dioses ofrecido por estos para atemperar el ánimo del *joven león*.

Tres días después, la batalla tuvo lugar tal y como habían planeado aquella tarde en la tienda de mando, aplastando la alianza militar de los vacceos y los carpetanos con una victoria épica.

—Enhorabuena, Aníbal. La victoria ha sido completa —felicité Himilcón. El general cartaginés se limitó a hacer una ligera reverencia con la cabeza, en muestra de respeto y reconocimiento—. Contigo al mando, *joven león*, Cartago revivirá sus tiempos de gloria —prosiguió.

Himilcón llamaba a Aníbal *joven león*, igual que lo hizo Amílcar en vida.

Solo él tenía derecho a hacerlo y a nadie más se lo permitía. Una vez, un lugarteniente muy estimado por el joven general se había atrevido a llamarlo así, Aníbal se giró y le amputó la mano a la altura de la muñeca de un solo tajo con su espada.

—Da gracias a Baal de que somos amigos —espetó con el orgullo propio de un Barca.

A raíz de este suceso, ningún otro cartaginés se atrevió a llamarlo *joven león*. Y ni siquiera el lugarteniente manco por gracia y obra de Aníbal guardó la traición en su corazón. Era demasiado inteligente como para oponerse a la autoridad del Barca y evitó perder la vida en una acción inútil que no encontraría apoyos entre la tropa. Todos admiraban a Aníbal en la misma proporción que temían su agresividad, inculcada desde que era un niño por Amílcar; en cambio, Himilcón lo amaba como al hijo que perdió en la guerra de los mercenarios en Cartago, y ese sentimiento era correspondido por Aníbal hasta tal punto que este hizo recaer sobre Himilcón la tarea de acompañar a su amada esposa Imilce a Gadir y embarcarla hacia la metrópolis cartaginesa en el norte de África, poco antes de marchar con sus tropas a Italia. «Allí estará al amparo de Cartago, fuera de las adversidades de la guerra que estamos obligados, por honor, a librar contra Roma», confesó a Himilcón horas antes de la partida de Imilce de Qart Hadasht.

Imilce era una mujer fuerte y no muy alta, propia de las tierras oretanas de las que procedía (concretamente de Cástulo), de tez morena y suave. Las facciones finas de su rostro eran tan exquisitas que la belleza en ella no se veía afectada por la nariz respingona que lucía con elegancia, y aquellos enormes ojos negros, al igual que su largo cabello, desprendían una profundísima mirada que terminó por cautivar a Aníbal.

—Me desorientan tus ojos —le había susurrado en su oído, tumbados el uno frente al otro, la última noche que yacieron juntos.

—¿Por qué? —había preguntado ella entre risas.

—Porque me ahogo de amor en la oscuridad de tu mirada —había respondido con voz enronquecida para luego transformarse en una traviesa

risa—. Y, por Baal, qué muerte más placentera.

Había abrazado a su esposa y recorrido levemente con los dedos su atractivo y sedoso cuerpo. Imilce había alzado entonces su risa, llenando la estancia con la suavidad de su voz. No obstante, la suave risa de Imilce se había ido apagando; fue desapareciendo en la misma medida que se fue acentuando la profundidad de sus ojos, haciéndose inmensa cuando su mirada se clavó en la costa de Gadir rumbo a Cartago. Himilcón ya no se distinguía entre tantos diminutos cuerpos que poblaban la actividad del puerto. Las lágrimas rozaron las mejillas oscurecidas por el sol de Imilce, y el recuerdo vivo del sentimiento que la unía a Aníbal la consolaba a la vez que le rompía el corazón. También había sitio para el dolor en el alma de una princesa oretana; asimismo, lo había para el *joven león*, cuya susceptibilidad fue en aumento en los meses posteriores a la marcha de Imilce.

La mayoría creyó que el matrimonio de Aníbal con una de las hijas del rey de la Oretania había sido un enlace promovido más por la necesidad cartaginesa de alianzas con los pueblos de Iberia más beligeros (como, sin duda, lo era el oretano) que por el amor; no obstante, el *joven león* supo aprender a amar a una mujer de raza y costumbres distintas a la suya. El amor sobrevivió cuando el pueblo oretano fue sometido a la autoridad militar de los Bárcidas, acallando las lenguas viperinas que nunca otorgaron a Aníbal los sentimientos propios de cualquier hombre. Aníbal amaba a Imilce a pesar del mar que distanciaba sus abrazos.

Asdrúbal sintió también esa facultad de amar que escondía su hermano tras la coraza de la rudeza y la belicosidad. Fue en su partida de Qart Hadasht, en el momento en que se disponía a comenzar su epopeya viajera hacia Italia. Todo estaba dispuesto: setenta mil hombres integrados en las unidades de infantería, equipados con un armamento ligero de varias lanzas y un puñal, a excepción de los aliados íberos que utilizaban la falcata y una espada de dos filos tremendamente letal. Los infantes usaban de escudo la cetra, salvo los que luchaban en primera línea, los cuales se defendían con un escudo largo y oval a semejanza de los galos. Varios centenares de honderos

baleares y expedicionarios ligures completaban las tropas de a pie. La caballería la formaban doce mil jinetes, númeradas en su mayoría, estructurada en contingentes auxiliares de igual forma que los *auxilia* en las legiones romanas. Ese impresionante ejército al servicio de Cartago desfilaba por las calles, y su máximo valedor, Aníbal Barca, al frente de él, a lomos de un caballo blanco.

A las puertas de Qart Hadasht, el *Joven León* desmontó y fue hacia Asdrúbal, que presenciaba la salida de las tropas junto a Himilcón. Lo apretó con fuerza sobre su pecho y le susurró al oído: «Nos veremos pronto, hermano». Sin embargo, Asdrúbal tuvo el presentimiento de que jamás volvería a abrazarlo.

Esa corazonada lo azuzó, de nuevo, en el instante en que se vio solo en la tienda de mando semioscura, triste y silenciosa. Recordó la actitud distante de su hermano menor Magón, que había marchado con Aníbal a Italia. No se querían; ni siquiera desmontó del caballo cuando emprendieron el viaje. Solo un leve gesto con la mano sirvió de despedida, sin descabargar de su montura. Magón se comportaba fríamente con él y viceversa; no obstante, era comprensible: él no lo recordaba entre sus remembranzas más pueriles, y a Magón le ocurría exactamente lo mismo; por ende, nunca se reprocharon el uno al otro el desafecto que se profesaban. Con Aníbal, en cambio, era distinto; el hermano mayor hacía el papel de padre, la figura que siempre le faltó a Magón, pues apenas llegó a conocer a Amílcar.

Estaba cansado, sentía el pulso en las sienes y un agudo dolor de cabeza. «Pienso demasiado», se dijo mientras preparaba él mismo un tónico, incapaz de confiar en ningún esclavo, para apaciguar el azote de las pesadillas en las horas nocturnas. «No debemos estar ciegos a la traición», hizo memoria de lo dicho a Himilcón.

Una vez dejó reposar su exhausto cuerpo sobre el duro e incómodo camastro, sus ojos no tardaron en cerrarse y su mente, en descansar.

La avanzadilla enviada por Asdrúbal a la costa regresó a la mañana

siguiente. Las noticias que trajeron fueron, ante todo, sorprendentes y sus oídos las escucharon estupefactos, pues buena parte de la flota romana se hallaba arribada en la costa, y tierra adentro se encontraban diseminadas las tripulaciones de, al menos, veinte quinquerremes<sup>54</sup>.

—No están sobre aviso de nuestra presencia en estas tierras —afirmó Himilcón profundamente emocionado al darse cuenta de que el factor sorpresa estaría del lado cartaginés en un posible ataque—. Es nuestra oportunidad.

Asdrúbal se levantó de la silla y fijó su mirada en el mapa desplegado sobre el escritorio.

—Tardaremos algo más de una jornada en cubrir, con el grueso de nuestro ejército, la distancia que nos separa de la costa. Los bagajes de la tropa nos retrasarán.

—Utiliza solo la caballería —aconsejó Himilcón—. La marcha será rápida; además, los nómadas son excelentes jinetes cuando se trata de una escaramuza.

Asdrúbal quedó pensativo. El tiempo era vital en su objetivo de sorprender a los soldados de la flota romana y no era recomendable arriesgarse; así que decidió actuar con premura.

—Está bien —repuso al fin—. Quedas al mando de las unidades de infantería ligera y de los expedicionarios ligures. Dejaré también el cuerpo de caballería libiofenicia como apoyo a las tropas de a pie. —Clavó su mirada en los ojos de Himilcón—. Yo me adelantaré con el resto de la caballería hacia la costa.

—No es juicioso permanecer acampados por más tiempo en territorio enemigo —advirtió su lugarteniente.

—No lo haremos. Tú me seguirás con el grueso del ejército, pero sin forzar la marcha. Es posible que necesitemos a la infantería ligera durante la lucha en el caso de que hayan sido puestos sobre aviso de nuestra presencia por los correos del general Escipión.

Y así se llevó a cabo. La caballería nómada —alrededor de unos

ochocientos jinetes— al mando de Asdrúbal Barca marchó hacia el lugar indicado por la avanzadilla, donde se encontraba fondeada poco menos de la mitad de la flota romana. Aguardaron al alba para lanzar con la caballería una oleada mortal sobre los confiados soldados romanos que acampaban fuera de las naves. Estos no fueron advertidos por Cneo Cornelio Escipión, pese a las súplicas del legado Lucio Vinicio para que perentoriamente fuese informada la flota romana, desplazada más al sur, de la nueva situación que se había creado con la victoria sobre Hannón en Cissa. Sin embargo, Escipión prefirió dar prioridad a los despachos oficiales destinados a Roma, tejiendo su particular tela de araña —junto a Cayo Livio Esturión— para granjearse a los sectores más conservadores del Senado en su carrera hacia un futuro consulado no muy lejano.

El legado Aurelio Fabio, no obstante, guardó silencio a sabiendas del error que cometía el Cornelio Escipión. El partido de los Fabios en el Senado esperaba, paciente, los fracasos en la guerra de los miembros más destacados de las familias patricias que habían ido ganando en los últimos años influencia senatorial en detrimento del clan Fabio. El legado conocía bien el carácter belicoso de los cartagineses, pues ya había tenido tiempo de averiguarlo durante el tiempo que estuvo de cuestor del cónsul Claudio Pulcher en la isla de Sicilia durante la primera guerra contra Cartago. A raíz de esto, Aurelio Fabio supuso que Asdrúbal Barca no retrocedería hacia el sur con sus tropas al descubrir la matanza de Cissa y que tampoco se lanzaría a un enfrentamiento a campo abierto contra las dos legiones de Cneo Cornelio Escipión. Por tanto, todo apuntaba a que atacaría por el punto más débil del ejército romano, y este era su flota marítima.

Relegada a un segundo plano en los comienzos de la campaña militar en Hispania, la flota se había diseminado sin ningún orden a lo largo de la costa al norte del Ebro. El legado Aurelio Fabio se limitó, entonces, a guardar silencio y a esperar que la lógica militar diese paso a una realidad mucho más desfavorable para el Cornelio Escipión que permitiese recuperar a los Fabios parte del terreno perdido en el Senado frente a las otras familias patricias.

Al amanecer, los jinetes nómadas provocaron una auténtica sangría entre los cientos de romanos y esclavos que vagaban cerca de la costa confiados en la ausencia de tropas enemigas. Cuerpos mutilados, ensangrentados, desarmados ante el sorpresivo ataque cartaginés. Apenas unos pocos cientos lograron alcanzar los barcos para adentrarse inmediatamente mar adentro. Y al caer la tarde de aquel día, la caballería nómada, sin bajas apreciables, se unió al grueso del ejército comandado por Himilcón que marchaba también hacia la costa. Las noticias de los cientos de romanos asesinados en la escaramuza fueron recogidas por la infantería en medio de una algarabía exacerbada, vitoreando todos el nombre de Asdrúbal Barca, el hermano de Aníbal, que había regado con sangre la memoria de los muertos en Cissa. Y gracias a los muertos romanos, los cartagineses regresaron ahítos de vida a Qart Hadasht.

El legado Aurelio Fabio envió algunas cartas a Roma; en especial, una remitida a su primo Fabio Buteo, aquel que declarase la guerra a los cartagineses en la Asamblea de Ancianos de la misma Cartago. En ella, el legado de Cneo Cornelio Escipión despotricaba contra la soberbia de este y ponía a su primo al corriente de sus actuaciones en Hispania, todas ellas sopesadas para asegurarse un próspero futuro político, dejando de lado los verdaderos intereses de Roma. En otras palabras, el legado acusaba al Cornelio Escipión de traición al pueblo de Roma y al Senado que lo eligió, instigado por un grupo de tribunos y otros oficiales romanos que habían sacado de Cneo Cornelio la promesa de salir beneficiados cuando alcanzase su segundo consulado. Esto último era un embuste por parte de Aurelio Fabio, ya que desconocía esos detalles; sin embargo, no vio mejor oportunidad de estigmatizar la reputación de unas cuantas personas por las cuales no sentía simpatía alguna, verbigracia, el *tribuni militum* Cayo Livio Esturión.

Tampoco el legado Lucio Vinicio quedó muy bien parado en las cartas de su colega. Lo acusó de oponerse débilmente a los poco honorables actos de Cneo Cornelio Escipión; eso sí, tras sobornarlo con promesas, otra vez, de

aumentar el débil capital de los Vinicios. Por todos era bien conocida en Roma la obsesión de la familia de los Vinicios por alcanzar el mandato consular, por lo que las arcas familiares habían ido vaciándose generación tras generación. Por tanto, no extrañó a Fabio Buteo lo que de Lucio Vinicio escribía su primo desde Hispania.

Las promesas parecían ser el arma preferida del general Escipión, acusado, una vez más, al final de la misiva, de permitir la masacre de cientos de soldados romanos pertenecientes a la flota marítima desplazada al sur de la zona de influencia romana. Una flota fuera de todo control estratégico y logístico por parte del *buen* general.

El anciano Fabio Buteo encolerizó tanto su ánimo al término de la lectura de la carta que se rasgó la toga, en cuyo hombro derecho una ancha franja roja le daba la distinción senatorial, de pura rabia.

Apenas comenzada la hora *mane* y a punto de marcharse hacia la *Curia Hostilia*<sup>55</sup> había recibido la misiva; entonces, se había encerrado en el *tablinum* y leído estupefacto las líneas escritas por su primo destacado como legado en Hispania.

Dejó caer al suelo la carta como si le pesase demasiado el papel en el que estaban escritas las palabras acusatorias. Fue un instante. La recogió del suelo y, en un proceso neurótico que se acrecentaba a medida que el silencio de la hora *mane* desaparecía a través de los rincones de la casa casi en penumbra, comenzó a mesarse el escaso cabello que lucía a los lados de la enorme calva que predominaba en el lugar donde otrora creciera un robusto pelo, y a dar vueltas alrededor del escritorio con sus peculiares pasos, pequeños y algo torpes por la edad.

Incapaz de permanecer sentado, llamó a uno de los criados.

—Tráeme una toga nueva.

—Enseguida, *dominus*.

El viejo Fabio Buteo estaba sumido en una hilarante consecución de movimientos espasmódicos que más parecían un ensayo por si algún día se encontrase en el *Forum Romanum* con Cneo Cornelio Escipión; un estado de

nervios que no se suavizó cuando increpó en la *Cura Hostilia*, pataleando como un niño enrabiado, a las familias señaladas por su primo Aurelio Fabio. Naturalmente, él no mencionó la carta recibida de Hispania; pero sí hizo referencia al hecho de que demostraría en los próximos meses la actuación perniciosa del general al frente de las legiones en tierras de la península, dominada en su mayor parte por los cartagineses.

—¡Eso es un embuste! —exclamó, indignado, Lucio Vinicio hijo.

El senador Lucio Vinicio era un hombre cejijunto y de aspecto jovial pese a sus treinta y cinco años de edad. Caminaba algo encorvado y poseía una altura superior a la habitual en un romano de cuna noble y con un andar parecido al de un pato mareado. Sus enemistades, que eran muchas, se mofaban de él llamándolo *el Pato Vinicio*. Y fue con ese andar con el que avanzó unos pocos pasos para sobresalir entre los demás, defendiendo el honor de su familia al escuchar de boca de Fabio Buteo que su padre se había entregado plenamente a la corrupción política antes que a las tareas logísticas para acabar con la supremacía militar de Cartago en tierras de Hispania.

—¿Acaso puedes negar que las cuentas que tu familia presenta a los censores, año tras año, estén menguadas por los sobornos? ¿No ha recibido una importante suma de dinero de las arcas familiares de los Vinicios el que fuera cónsul el año pasado, Lucio Emilio Paulo? —inquirió con tal agresividad Fabio Buteo que provocó un enorme revuelo en la sala.

—¡Eso no es verdad! —terció Lucio Emilio Paulo desde una esquina en la que apenas era perceptible su presencia.

Muchos se levantaron y alzaron sus voces a favor del legado Lucio Vinicio, proclamando también la honradez con la que Lucio Emilio Paulo había ejercido el cargo de cónsul el año anterior. El clamor de los senadores erguidos fue tan fuerte que no dejó escuchar la voz de Emilio Paulo, que inútilmente intentaba defenderse.

—¡La razón asiste mis palabras! —gritó Fabio Buteo.

Todos callaron. La marea de senadores encolerizados cesó de repente. El tono firme y bronco del anciano Fabio hizo desaparecer los sonidos, casi

históricos, de los padres conscriptos pertenecientes a las familias patricias implicadas en las inculpaciones de quien hablaba con la serenidad y confianza de ser portavoz de la justicia y la verdadera lealtad a Roma.

—Tú, Lucio Emilio Paulo, que me acusas de mentir en esta noble reunión —prosiguió—. Tú, que te has mofado siempre del resto de senadores patricios que provienen de familias con mayor alcurnia y *dignitas* que la tuya, pues siempre has considerado que la rama genealógica de los Emilios está por encima de cualquier romano de buena cuna. Dime, ¿cuánto dinero recibiste de los Vinicios para que eligieses al hijo mayor del legado Lucio Vinicio como tu cuestor en el consulado?

Emilio Paulo se abrió paso entre los senadores, a empellones, hasta llegar al centro de la cámara, donde Fabio Buteo se despachaba a gusto. Emilio Paulo miró de soslayo al anciano, descargando en su mirada un odio que no expresó en las facciones estilizadas de su rostro.

—No soportaré más las injurias de un anciano senil y obsesionado en hallar alevosía donde solo se puede encontrar fidelidad a Roma —replicó indignado.

Y sin decir más, asió el borde de la toga a la altura del pecho con la mano izquierda, en un ademán decidido, y abandonó la *Cura Hostilia* con paso seguro y presto.

—Aquí tenéis, padres conscriptos, el silencio de Lucio Emilio Paulo como respuesta a mis preguntas. ¿Qué más pruebas queréis acerca de todo lo que aquí he hablado?

—Todas, Fabio Buteo, ya que te daré la oportunidad de hacerlas públicas —replicó Lucio Vinicio hijo con una gravedad impropia en él—. Defenderé ante los tribunales todas las injurias realizadas hacia mi padre y el honor de mi familia.

Un leve murmullo, una insinuación, un comentario a destiempo y el revuelo de las voces hirientes contra el anciano senador recorrieron, de nuevo, la cámara. El pretor urbano Cayo Atilio Serrano presenciaba la escena acompañado por Lucio Manlio Vulso, pretor de extranjeros. Ambos pretores

habían llegado a Roma la tarde anterior, después de sus desastrosas campañas contra los celtas del valle del Padus, alentados a la insurrección por los embajadores de Aníbal, donde fueron diezmadas las dos legiones comandadas por ellos. Lucio Manlio y Atilio Serrano habían llegado a tiempo de presidir la sesión del Senado; se habían sentado en el estrado situado en un lateral de la cámara, junto a las dos sillas, de fino talle recubierto por un tono plateado, de los cónsules ausentes y en campaña: Escipión, en el norte de Italia y Sempronio Longo, en Sicilia. Por ende, recaía en el pretor urbano la misión de convocar el tribunal.

—¿Quieres denunciar al legado Lucio Vinicio ante los tribunales, Fabio Buteo? —quiso saber el pretor urbano Cayo Atilio Serrano, con aspereza en su timbre de voz.

Fabio Buteo comprendía que si denunciaba a Lucio Vinicio, o a cualquier otro de los que se señalaban en la carta del legado Aurelio Fabio, no podría mantenerlo en el anonimato, pues sería llamado a Roma para hacer públicas en el Foro las pruebas por las que había hecho tan graves acusaciones. ¿Y si realmente no poseyera ninguna prueba real, sino simples confidencias de esclavos u oficiales envidiosos de la influencia que personas del mismo rango tenían sobre el general Cneo Cornelio Escipión? Y si se pudiera demostrar la negligencia de este a la hora de ejercer su mando en Hispania, las inculpaciones del Fabio no dejarían de ser consideradas productos de un mero punto de vista subjetivo agravado por la fuerte y conocida animadversión que la familia de los Fabios sentía hacia los Cornelios Escipiones. También saldría perjudicada la facción de los Fabios si denunciase igualmente a Lucio Emilio Paulo. Los Emilios habían sido en los últimos años los adversarios más acérrimos de los Fabios en las sesiones del Senado, cuyas actas estaban repletas de enfrentamientos verbales que rozaban el insulto más propio de barrios como el *Subura* que de reuniones de hombres a los que se les adjudicaba un fuerte sentido del honor, pues, al fin y al cabo, eran los padres conscriptos que velaban por la prosperidad de Roma. Fabio Buteo sabía que no tenía pruebas lo suficientemente sólidas para demostrar ante ningún

tribunal que Lucio Emilio Paulo, durante su mandato consular, hubiese aceptado dinero de los Vinicios.

Un cónsul que acepta sobornos. La institución militar más prestigiosa de Roma salpicada por el escándalo. Y aunque todos conocían que esta práctica era habitual, no solo entre los cónsules, sino entre los pretores o los cuestores, nadie se había atrevido a denunciar públicamente estas actividades y, mucho menos, a llevar a juicio en el Foro a ningún padre conscripto acusado de estos cargos. Además, los Emilios contaban entre sus clientes con ciudadanos romanos muy poderosos, y eso significaba llevarlos, también a ellos, frente al *judex*<sup>56</sup>.

No, a Fabio Buteo no le interesaba entrar en litigios legales.

—¿Deseas denunciar al legado Lucio Vinicio? —preguntó de nuevo, con impaciencia, el pretor urbano.

Fabio Buteo movió negativamente la cabeza.

—No, *praetor urbanus*<sup>57</sup>. —Una marea de murmullos volvió a azotar la *Cura Hostilia*—. Entiendo que debemos concentrar ahora todas nuestras energías en ganar esta guerra. Ya habrá tiempo.

El pretor urbano asintió con la cabeza, conforme con lo dicho por Fabio Buteo. Lucio Vinicio hijo guardó silencio y se retiró de la sesión del Senado con su peculiar paso de pato mareado, seriamente disgustado por las delaciones, infundadas según él, del anciano Fabio.

Se escucharon, entonces, algunas voces en contra de lo expresado por Fabio Buteo. Entre ellas se encontraba la de Marco Pomponio Matho, cuñado del cónsul Escipión. Pomponio Matho, cónsul trece años atrás, era hermano de Pomponia, esposa de Publio Cornelio Escipión. De fisonomía fuerte y personalidad algo adusta, lideraba, en ausencia de Publio y Cneo Cornelio, con agresividad el partido de los Cornelios Escipiones frente a las demás familias patricias, en especial, los Emilios. La entonación pausada y tranquila con la que comenzó su exposición tranquilizó los nervios y el ambiente se hizo menos tenso.

—Pese a los cientos de muertos romanos que no descansarán hasta haber vertido sangre cartaginesa sobre su recuerdo, no debemos ignorar la batalla ganada con enorme esfuerzo por las dos legiones movilizadas fuera de Italia, con la que se ha conseguido desproteger la retaguardia logística del ejército de Aníbal Barca que no tardará en llegar a tierras de Italia, además de haber fragmentado la ruta que lo unía a sus bases más importantes en Hispania.

»Quizás, la victoria en unas tierras inhóspitas ante un enemigo superior en número haya provocado una confianza ciega y peligrosa. Pero ¿quién puede acusar a Cneo Cornelio Escipión de negligencia? Nuestras tropas se encuentran en una situación muy difícil, no solo presionadas por la máquina de guerra de Cartago, sino también por la multitud de pueblos que conviven en aquellos parajes, casi todos bien avenidos con los cartagineses. Es de ley que el general Escipión diese prioridad a repartir entre todos aquellos que conforman nuestras cohortes el impresionante botín obtenido del enemigo, sobre todo pertrechos, pues apenas había objetos cuyo valor estuviesen más allá de las necesidades de un soldado. Una de las principales misiones de un buen general es mantener fuerte la moral de los soldados; y como buen conocedor de la dura guerra en la que está sumida Roma, Cneo Cornelio Escipión solo se limitó a hacer lo que dictó su razón: dar un merecido descanso a la tropa y tomar las medidas oportunas en la retaguardia del grueso del ejército para prever un posible ataque de los importantes refuerzos enviados por el hermano de Aníbal Barca desde Cartago Nova.

El silencio en la cámara era absoluto. Pomponio Matho avanzó unos metros, introdujo la mano en su toga, en un gesto repleto de gran parafernalia, para sacar de su interior una carta remitida por el general Cneo Cornelio Escipión y esgrimirla ante los ojos observadores de quienes lo rodeaban, tras lo cual continuó hablando:

—Esta carta de Cneo Cornelio Escipión remitida a mi persona pone de manifiesto todo lo que he explicado. Y él mismo se pregunta cómo podría haber adivinado que los cartagineses atacarían la flota romana desde tierra. Indudablemente es un acto suicida para cualquier ejército. Sin embargo, ya

tuvimos tiempo de comprobar durante la primera guerra que nos enfrentó a Cartago, hace más de veinte años, que estos africanos son impredecibles.

»Ni los sacrificios a los *lares praestites* fueron desfavorables ni apuntaron jamás ningún contratiempo, como sin duda ha sido la matanza de nuestros soldados.

—¿Desde cuándo se considera un contratiempo que cientos de romanos sean asesinados por un enemigo, sin duda, desorientado por nuestra victoria en Cissa, pero con la capacidad intacta de realizar tal sangría? —inquirió maliciosamente el anciano Fabio Buteo, volviendo otra vez a la carga con sus inculpaciones en el desastre.

—Si te refieres a que considere la escaramuza de los cartagineses como una batalla, no lo haré, y menos reconocer que fuimos derrotados, pues en estos hechos no se perdieron ninguna de nuestras naves en manos del enemigo —replicó Pomponio Matho, volviendo a alzar al aire la carta de Cneo Cornelio Escipión—. La flota estaba perfectamente situada por el general Escipión, quien colocó una avanzadilla al sur para servir como vigía ante un más que probable ataque de las poderosas naves cartaginesas.

—¿Por qué no fue puesta esta avanzadilla sobre aviso de la presencia de tropas enemigas? ¿Por qué se tomó la determinación de enviar misivas triunfales a Roma antes que a la flota? ¿No es eso negligente? —preguntó el anciano Fabio de forma atropellada.

Pomponio Matho bajó con pesadez el brazo con el que esgrimía la carta de Cneo Cornelio y exhaló un sonoro suspiro de impotencia que toda la cámara pudo escuchar. Ese era el habitual teatro que Pomponio Matho llevaba a cabo en cada sesión senatorial en la que debía defender el terreno político de los Cornelios Escipiones frente a las demás familias. No obstante, la falta de argumentos de la que muchas veces adolecía era suplida por una faceta teatral que, unida a la oratoria sencilla y hueca que casi siempre recurría al patriotismo romano, hacía ganarse la simpatía de casi todos los padres conscriptos que no disputaban con él en esa jornada.

—La negligencia no se encuentra en el general Escipión, sino en los

comandantes de las naves que se entregaron a la desidia en un terreno fronterizo donde las escaramuzas podían ser posibles —respondió Pomponio Matho, alzando su voz aguda sobre las cabezas de los senadores, algo más de doscientos, que asistían a la sesión—. La orden de Cneo Cornelio respecto a la misión de la avanzadilla de la flota era muy clara y jamás fue anulada por ninguna otra. ¿Y cuál fue esa orden? Muy sencilla y clara: constante vigilancia ante posibles movimientos de la flota cartaginesa. Una disposición simple que no cumplieron los comandantes de las quinquerremes movilizadas al sur de nuestra zona de influencia en Hispania.

»El honorable Fabio Buteo se pregunta por qué fue el Senado el primero en ser puesto al corriente de la gloriosa victoria sobre los cartagineses en el norte de Hispania. Solo puedo responder que es obligación de cualquier general o cónsul hacerlo así, pues los ciudadanos romanos tienen el derecho y la necesidad, en épocas de guerra, de ser informados de las buenas noticias antes que nadie. De este modo, la población soportará mejor la carga que supone la subida de los impuestos, en el caso de que esta guerra lo requiriese, para equipar las legiones victoriosas de Roma.

»Y, para finalizar, lanzaré una pregunta a todos: ¿Merece Cneo Cornelio Escipión, un honorable general romano al que todos conocéis, un castigo promovido por la desidia de algunos de sus oficiales y lugartenientes destacados en la flota? Yo creo que no. Estoy completamente seguro de que él sabrá tomar las medidas oportunas para que no vuelvan a suceder hechos tan graves. Por ahora, solo os pido que confiéis en su buen criterio para vencer a los cartagineses en Hispania, pues ya lo ha demostrado estableciendo las alianzas oportunas con las tribus bárbaras de aquellas tierras y con su aplastante victoria en Cissa. Os pido, padres conscriptos, que vuestro silencio sea señal de justicia para el general Cneo Cornelio Escipión.

Marco Pomponio Matho dejó muda a toda la cámara. Con su habitual destreza lingüística acabó con la voluntad de muchos senadores, que entregaban sus simpatías a la facción de los Fabios, para acabar con la carrera política de Cneo Cornelio Escipión. Fabio Buteo también permaneció en un

mutismo forzado. No era el momento de actuar contra sus adversarios en el Senado, pues el muy inteligente Pomponio Matho había abortado con su perorata toda vía de inculpación para Cneo Cornelio.

El pretor urbano Cayo Atilio Serrano declaró cerrada la sesión en medio de un silencio espectral, y los senadores fueron abandonando con lentitud y entre murmullos la cámara.

Ya en la calle, Lucio Emilio Papo caminaba en compañía del candidato para las próximas elecciones consulares, Cneo Servilio Gémino. Ambos habían salido juntos de la *Cura Hostilia* y subían ya por la atestada *Vía Sacra* en dirección al *Clivus Palatinus*. Los mercados generales estaban llenos a la hora *ante meridiem*, y eso hacía que no fuese fácil transitar por la *Vía Sacra*, a no ser que uno prefiriese caminar entre empujones; sin embargo, a Lucio Emilio Papo le agradaba estar inmerso en la multitud, sintiendo el contacto de personas a las que no conocía y con las que jamás intimaría.

—Definitivamente no debes preocuparte por la candidatura de Cneo Cornelio Escipión —aseguró Emilio Papo.

—Es un alivio —dijo Servilio Gémino con un soplo de tranquilidad—. Marco Pomponio Matho ha sido enormemente inteligente en su oratoria, ¿no te parece?

—Pomponio Matho es un excelente manipulador. Y no hay cosa tan sencilla que manipular el raciocinio de los padres conscriptos, cegados casi todos por el odio que se profesan unos a otros, especialmente entre los líderes de las familias patricias de más vieja alcurnia que se empeñan en ser los más patrióticos nobles romanos.

—¿Crees en serio que Fabio Buteo posee pruebas válidas contra Lucio Emilio Paulo?

—Es posible —respondió, secamente, Emilio Papo.

La intersección de la *Vía Sacra* con una de las calles que daban al *Macellum Cuppedenis* provocó que el intenso flujo de personas que iban y venían en aquella estrecha calle en cuesta, conectada a una de las vías principales de Roma, acrecentase el número de viandantes hasta el punto de

llegar a caminar muy lentamente entre continuos roces y apretujones.

—Vigila tu bolsa —advirtió Emilio Papo—. Estas calles están repletas de ladrones.

Servilio Gémino asió una pequeña bolsa con algunos sestercios que portaba en uno de los bolsillos hechos con un simple pliegue interior de su toga senatorial.

Para fortuna de Lucio Emilio Papo, esa multitud que los arrollaba, pues tenía la sensación de andar en dirección contraria al resto, hizo que la conversación que mantenía con Cneo Servilio Gémino fuese interrumpida en el momento más oportuno. Le desagradaba hablar sobre los Fabios y las inculpaciones lanzadas hacia su familia, y si bien era verdad que Emilio Papo no tenía unas buenas relaciones con Lucio Emilio Paulo —orgullosa y pedante—, debía rendirse a la evidencia de que toda acusación realizada con el objetivo de mancillar el noble apellido de los Emilios le afectaba también a él y a toda su progenie, en especial, a su hijo, que esperaba ser elegido edil curil el año próximo.

Cneo Servilio Gémino sabía todo eso y no insistió ante el silencio de su interlocutor, ya que presumía de conocerlo lo bastante bien como para saber que jamás dejaba una conversación a medias si en verdad tuviese algún interés en continuarla.

—Te he concertado un encuentro con Metio Fulvio Gabio, en Tibur, para dentro de tres días —informó Emilio Papo.

El entusiasmo que sintió Servilio Gémino al escuchar esas palabras fue tal que no saltó de alegría porque apenas podía moverse entre tanta gente que lo apretujaba. Se limitó a esbozar una sonrisa que le arrugó escandalosamente las mejillas, lo que significaba que tampoco él escapaba al envejecimiento facial prematuro del que eran víctimas casi todos los Servilios. La vejez penetraba antes en uno de ellos que en cualquier romano. Todo el mundo sabía esto en Roma; y corría por sus calles algún que otro comentario aseverando la realidad de una enfermedad a la que ni los mejores físicos llegados de Iliria supieron encontrar un remedio que retrasase la aparición de

las arrugas en el rostro, afeando considerablemente el aspecto de los Servilios de mediana edad.

—Eso es estupendo, Lucio Emilio.

—Sal de Roma al anochecer. Es recomendable que marches primero a tu villa en Antium y que, desde allí, emprendas viaje hacia Tibur, pues te beneficia que pases desapercibido.

Emilio Papo hablaba con cierta aspereza, muy propia de los Emilios conocidos entre la plebe por la fuerte antipatía que desprendían sus modales patricios. Hablaba con voz queda en medio del enorme bullicio, lo que hacía poco inteligibles sus palabras. Para él no había mejor lugar que la *Vía Sacra* en la hora *ante meridiem* para decir algo importante fuera del alcance de oídos curiosos.

—No regreses hasta pasada una semana —prosiguió—. Ya me encargaré de hacer correr el rumor de que te encontrabas últimamente algo indispuerto y que tu ausencia está siendo obligada por consejo de los físicos.

—Así lo haré.

Cneo Servilio Gémino era consciente de que se jugaba mucho en esta maniobra, quizás toda su vida pública, empero, estaba obligado a actuar con rapidez para no verse inmerso dentro de ese grupo de patricios que jamás alcanzarían el consulado, convirtiendo su futuro político en un océano de decepciones repleto de cargos menores que ocupar bajo la sombra de otros cuyos nombres perdurarían en la memoria de las futuras progenies.

Debía llegar a Antium en poco más de un día e instalarse en su villa para luego cubrir a caballo la distancia que lo separaba de Tibur, con la única compañía de un esclavo; allí se reuniría con el tribuno de la plebe Metio Fulvio Gabio en secreto. Pero ¿dónde tendría lugar ese encuentro? No lo sabía, Emilio Papo no le había contado nada al respecto ni a él se le había ocurrido preguntarlo, preso de la emoción, inusual facultad en un miembro de la familia Servilia, los cuales destacaban mayoritariamente por poseer personalidades de una total inexpresividad tanto emocional como física. Sinceramente, la cuestión no le preocupaba demasiado, pues pensaba

presentarse en la villa del propio Metio Fulvio Gabio una vez hubiese llegado a Tibur. Estaba convencido de que el nombre de su valedor, Lucio Emilio Papo, bastaba para que el tribuno de la plebe interrumpiese su descanso. Y así podía haber sido; sin embargo, Emilio Papo se había encargado de todo y ya Metio Fulvio Gabio había enviado a Antium un correo indicando el lugar y la hora del encuentro.

Todo se dispuso con prudencia. Cneo Servilio Gémino comenzó a soñar con el consulado camino de su villa en Antium, guiado por la intensa luz de la primera luna llena de otoño. Soñaba despierto mientras su montura trotaba por el bosque que lo inundaba todo, unas pocas millas al sur de Roma.

Sueños. Penumbra. La luna.

Solo sueños.

---

51 Espada corta que utilizaban los soldados romanos. Era una adaptación de la falcata ibérica.

52 Actual Salamanca.

53 Se refiere al río Tajo.

54 El navío más utilizado por los romanos en las guerras púnicas, de origen griego.

55 Sede del Senado.

56 Juez elegido por el pretor que actuaba como árbitro en los litigios.

57 Pretor urbano.

## VI

Los baños de Tibur disfrutaban de una gran fama en Italia. Sus instalaciones se consideraban las mejores después de las termas de la propia Roma y eran visitadas por multitud de ricos terratenientes que hacían allí sus negocios y trapicheos. Apenas unos pocos personajes de la vida pública romana visitaban los baños de Tibur, solo aquellos que poseían alguna villa en sus alrededores y, por regla general, no solían ser patricios, pues a la nobleza le llamaba más la costa que una pequeña población en el corazón de la península itálica. Así que nadie prestó atención al desconocido que se había desnudado en los vestuarios con la mirada inquieta, sospechando de las demás personas que hacían lo mismo. Nadie lo reconoció. «Increíble», pensó. Un Servilio que en Roma ni podía pasear sin que varios pares de ojos curiosos lo estuviesen observando entre la multitud, en Tibur a nadie parecía importarle su presencia.

Se anudó una toalla blanca a la cintura y pasó a la habitación contigua, presidida por una fuente circular de cuatro pies de diámetro. Adornada esta en su base con dibujos ovoides de colores desgastados en los que sobresalía el rojo, en su centro podía verse una pequeña y fina cañería por la que brotaba un hilo de agua, que mantenía siempre limpia la depositada en la fuente, para desaguar en continuas corrientes bajo la superficie gracias a unos pequeños orificios en el fondo. Cneo Servilio impregnó su cuerpo en aceite y, con un pequeño rascador, se lo fue quitando despacio, sin prisa, aparentando una calma ficticia, ya que por dentro se sentía completamente excitado y alerta ante cualquiera que pudiera reconocerlo. Si eso ocurriese, sabría perfectamente qué responder ante la, sin duda, malintencionada pregunta que pretendiera indagar en el motivo de su visita a Tibur, tan lejos de Roma y más aún de su lujosa villa en Antium. «Me han recomendado los baños», contestaría convincente; empero, no podría resultar verosímil su respuesta,

pues quien lo conociera sabía que jamás le interesaron los baños, no como muchos otros en Roma, capaces de recorrer centenares de millas para disfrutar de una saludable terapia a base de baños de agua caliente y fría para mejorar sus problemas de circulación sanguínea o aprovechar los beneficios de tal o cual agua para aliviar su reuma. Era difícil creer que viajase hasta Tibur solo por los baños, a sabiendas de sus esporádicas visitas a las termas de la mismísima Roma.

Nada más llegar a su villa en Antium y leer el correo enviado por Metio Fulvio Gabio, la preocupación invadió su ánimo. Hubiese preferido cualquier otro lugar para reunirse con el tribuno de la plebe que los baños públicos; él tenía los suyos propios y detestaba mezclarse con la gente en aquellos lugares. Su escrupulosidad no era propia de un soldado, menos aún de alguien que ansiaba ocupar el puesto de cónsul. Aspiraba a afianzar su posición en el Senado y acrecentar su fortuna personal, y si eso significaba hacer esfuerzos como ignorar la repulsión que le producía compartir los baños, sin duda lo haría.

La terma de agua caliente era realmente confortable y se encontraba en la misma habitación que la fuente circular donde se había aseado primero. El agua mantenía una temperatura cercana a la corporal gracias a un continuo chorro que salía de una estrecha cañería conectada a un horno instalado tras la pared, la cual se hallaba salpicada de dibujos ovoides y de gran tamaño, totalmente acordes con la decoración de la fuente. El Servilio se acomodó en el vaso de agua caliente, de dimensiones rectangulares, en el cual destacaba el color rojo en su simple estructura geométrica. De este modo, la estancia mostraba una exquisita armonía decorativa solo vista en las termas de Roma, cosa poco usual en los baños públicos de las pequeñas villas latinas que solían estar deficientemente decorados y resultaban poco higiénicos a los ojos de un romano.

Tras un buen rato, al fin se relajó con el efecto de la temperatura del agua que cubría su cuerpo. Parecieron desaparecer de su mente las malas sensaciones que lo inundaron momentos antes y cerró los ojos, confiando en

que nadie lo reconocería.

—¿Eres Cneo Servilio Gémino? —fue la pregunta que atravesó sus tímpanos adormecidos para disipar la nebulosa que lo había separado de manera momentánea del mundo de los mortales.

Abrió los ojos aturdido, el corazón le dio un vuelco y una nefasta sombra de fracaso cruzó su pensamiento. Su reacción era la prueba más evidente de que el interrogador no se había equivocado.

—Soy Metio Fulvio Gabio —se presentó—. Emilio Papo no se equivocó al darme tu descripción; también me dijo que eras un hombre de honor, con todos los defectos que tales cuestiones provocan en un patricio.

Cneo Servilio no sabía si agradecer las palabras de su interlocutor o mandarlo a freír setas, que en los alrededores de Tibur se encontraban en abundancia. Optó por lo primero y salió con presteza del baño de agua caliente.

—Sería conveniente que continuases con el orden de los baños, Cneo Servilio —aconsejó el tribuno de la plebe—. Así no levantarás sospechas; aunque en Tibur casi nadie visita los baños si no tiene algún negocio entre manos que resolver. Yo esperaré en el salón.

Los dos accedieron a la habitación donde se encontraba instalado el baño de agua fría, de iguales dimensiones que el anterior. La única diferencia entre ambos era que las paredes habían sido adornadas con figuras de aves y pequeñas embarcaciones rudimentarias. Cneo Servilio se introdujo en el baño y el tribuno de la plebe se sentó en uno de los taburetes de la habitación contigua, conocida como el salón, de tal manera que podían verse el uno al otro.

Metio Fulvio Gabio era un personaje algo pintoresco, de una delgadez alarmante y unas facciones secas e inexpresivas. No era muy alto, y la figura que exhibía, con una toalla atada a su cintura y dejando su tórax al descubierto, era tan ridícula como su voz chillona, pues si uno se fijaba bien en su torso, podía llegar a contar sin dificultad las costillas, incluida la que se rompió hace años, donde le había quedado una ostensible secuela que rompía

la armonía de los huesos que formaban su caja torácica.

El Servilio lo observaba dentro del baño con verdadero asco. Acrecentaba esa sensación su cabello apelmazado, un trapo sucio parecía sobre su cabeza, y suplicaba a los dioses para que el tribuno se quedase cuanto antes calvo para no sentir así esa repugnancia cada vez que alzaba la vista y lo veía rascarse el pelo amazotado que lucía con el aire orgulloso y ridículo de un provinciano. «La reunión será corta», pensó mientras salía del agua fría y se acercaba a Metio Fulvio Gabio. Y no es que tuviese una certeza absoluta sobre la brevedad de la conversación que debía mantener con el tribuno de la plebe; no obstante, estaba decidido a resolver cuanto antes el asunto que lo llevó a Tibur, a sus baños y a la horrorosa contemplación del tórax desnudo de aquel que podría facilitarle el consulado.

—Ambicionas el poder, ¿no es cierto? —inquirió Fulvio Gabio sin desperdiciar una sola palabra.

Cneo Servilio se sentó a su lado, tranquilo en apariencia, pero con el corazón a punto de salirse por la boca ante pregunta tan directa, y respondió:

—Aspiro servir a Roma.

—Como todo buen romano patricio —apostilló el tribuno—. Pero, por favor, no me malinterpretes. Tu ambición te honra en estos tiempos de guerra donde los honores son difíciles de conseguir y el fracaso acecha en cada momento.

—Oh, sí. Y los pocos honores conseguidos serán merecedores de la más alta gloria militar.

—El poder y la audacia van unidas para fortuna de muchos aspirantes al consulado —apuntó Fulvio Gabio acariciándose la barbilla con parsimonia.

—Por eso apoyas a Cayo Flaminio Nepote.

—Él es un *hombre nuevo*, como decís los patricios, sin los escrúpulos que la nobleza proporciona a los generales de familias romanas de vieja alcurnia.

Cneo Servilio tuvo que morderse la lengua para no insultar al tribuno, pues utilizaba un tono bastante ofensivo cuando se refería a los miembros que,

como él, pertenecían a familias con gran *dignitas*. Fulvio Gabio podía hacer mucho por un Servilio ambicioso, sin embargo, Cneo Servilio también era un patricio y no pudo evitar replicarle visiblemente molesto.

—La precaución no puede considerarse una debilidad.

—Claro que no, Cneo Servilio. No era mi intención insinuar tal cosa, aunque debo decirte que muchos en Roma piensan que el cartaginés Aníbal está a punto de llegar a Italia no por su destreza, sino por la naturaleza excesivamente cauta del cónsul patricio Publio Cornelio Escipión.

—Sabes bien que el retraso en la campaña contra los cartagineses se debe a las revueltas de los galos boios del valle del Padus. Fueron tales sucesos los que provocaron la llegada a destiempo de nuestras cohortes a la Galia Transalpina, desembarcadas cerca de Massalia una vez que las tropas de Aníbal habían cruzado ya el Rhodanus.

—Es cierto, pero la plebe es fácilmente moldeable por las habladurías y los comentarios injuriosos de unos cuantos oradores. Tal vez por eso todo el mundo ve a Cayo Flaminio Nepote como uno de los cónsules para el próximo año.

Cneo Servilio permaneció callado, inmerso dentro de sus pensamientos aciagos. Roma entregada al juicio de *hombres nuevos*, sin ningún patricio liderando la guerra; el caos y la destrucción serían inevitables. No. Se negaba a que eso pudiese ocurrir. Cneo Servilio sería el salvador de una renovada Roma, donde demostraría que ningún *hombre nuevo* merecería jamás liderar la República. El patriotismo falso de los tribunos de la plebe no podía imponerse al sentimiento puro del orgullo romano en el que eran educados los *elegidos*, nacidos en el seno de las familias patricias.

—Quiero ser elegido cónsul —aseveró, repentinamente y con firmeza, el Servilio.

—¿A pesar de todos los sacrificios?

—Sí.

—Está bien —continuó Fulvio Gabio, bajando la voz—. Debes saber que hundiré reputaciones intachables para proporcionarte la oportunidad de servir

a la patria. ¿Podrás vivir con ello? —Sus ojos se movían inquietos dentro de las cuencas—. Recuerda que verteré sobre todos los oídos de Roma el veneno de falsos vicios impuros atribuidos a muchos de los que conoces y consideran tu amistad.

Cneo Servilio asintió nervioso antes de decir:

—Quiero ser el primer cónsul de Roma.

El tribuno de la plebe dejó escapar una risita traviesa.

—Eres muy ambicioso.

—Mi ambición hará grande a Roma.

—Emilio Papo ya me puso sobre aviso de tu pasión cuando se trata de política. ¿Sabes una cosa? Me gusta hablar con patricios en cuya pasión se advierte una ambición superior a la que se suele encontrar en un noble.

—¿Qué quieres decir?

—Que percibo en ti una ambición que va más allá de la vulgar intención de aumentar el patrimonio personal a través del mandato consular. Eso es elogiabile.

—Yo soy un Servilio —advirtió orgulloso.

—Ya, ya. Y tu honor está por encima de la muerte —agregó Fulvio Gabio, socarrón, mientras se rascaba su cabello apelmazado—. Esos argumentos están muy vistos en un patricio romano. Ya se te olvidarán esas palabras cuando la muerte ronde de verdad tu cuerpo en plena batalla.

—Estoy preparado para afrontarla.

—Confío en que sea cierto, por tu bien y el de Roma —deseó el tribuno mientras se levantaba del taburete—. Vuelve a Roma. Ya tendrás noticias mías.

—¿Me ayudarás a ser cónsul? —insistió Cneo Servilio.

—Eres poco sutil para ser un Servilio.

Metio Fulvio Gabio salió del salón con paso presto hacia los vestuarios. El Servilio sintió la necesidad de ir tras él y sacarle la respuesta por la fuerza si fuese necesario; no obstante, se mantuvo sentado en el taburete que había

compartido con el tribuno de la plebe.

Cneo Servilio Gémino regresó a su villa en Antium y permaneció allí algunos días, siguiendo las instrucciones de Lucio Emilio Papo. Mientras tanto, este se dedicaba a disculpar su ausencia de Roma en unos momentos tan difíciles.

—Necesitamos que todos los romanos de valía se encuentren en Roma para la posible resolución de cualquier adversidad —exigió Quinto Fabio Máximo Verrucoso.

—¿Desde cuándo consideras a Cneo Servilio Gémino como un hombre de gran valía para Roma? —inquirió Lucio Emilio Papo, tremendamente intrigado ante la posible respuesta de Quinto Fabio Máximo.

—Desde el mismo momento en que decidió presentarse a las elecciones consulares.

El Foro se hallaba repleto de gente, pues se había celebrado un juicio contra dos ediles curiles acusados de malversación de fondos públicos destinados a los juegos y a llevar a cabo algunas obras en las calles de la capital. El resultado del tumultuoso juicio fue la destitución de ambos ediles y la inhabilitación para ocupar cualquier cargo público durante un periodo máximo de diez años, lo que significaba el fin de la vida pública de esos dos personajes, nobles sin apenas *dignitas*, que intentaron aumentar sus respectivas y vacías arcas familiares con el dinero del Tesoro.

—No hay asunto más arriesgado para un romano patricio que recurrir a la corrupción para alcanzar la posición que él cree merecer y a la que no puede acceder por su cuna —observó Quinto Fabio Máximo—. ¿No te parece, Lucio Emilio?

—Eso es un procedimiento muy habitual entre las nuevas progenies de familias sin gran alcurnia —contestó Emilio Papo.

—Sí, es demasiado corriente entre los jóvenes y, a la vez, excesivamente peligroso para Roma que muchos miembros de las grandes familias patricias apadrinen en secreto los deseos febriles de estos impetuosos nuevos nobles

que no conocen el verdadero sentido de la honorabilidad.

Emilio Papo sabía que Quinto Fabio Máximo no derrochaba sus palabras. Cada una de las ideas engendradas dentro de esa pequeña cabeza cubierta, al contrario que muchos de los Fabios, por un espeso cabello blanquecino y vertidas por su lengua de gran orador tenían la función de hundirse en los corazones. Era en los corazones donde residía el honor de las familias patricias enfrentadas en el Senado, y allí apuntaba siempre Quinto Fabio Máximo.

—¿Insinúas que Cneo Servilio Gémino no debería presentar su candidatura al consulado? —inquirió Emilio Papo.

—Oh, no. Los Servilios poseen una reputación intachable marcada por la honorabilidad de sus actos durante generaciones. Y no es un secreto que apoyas en privado su candidatura, aunque públicamente no lo hayas hecho.

—Ya veo que la privacidad no existe en Roma.

—Nunca ha existido —puntualizó Quinto Fabio Máximo—. No obstante, tu decisión de apoyar a un Servilio es totalmente lícita. Por mi parte, no veo ninguna objeción en que lo hagas. Más raro sería que yo apoyase la candidatura de alguien como Marco Minucio Rufo.

—Minucio Rufo no se ha presentado a estas elecciones —informó Emilio Papo.

—Cierto, cierto. Pero no desconocerás que planea hacerlo en las del año siguiente.

—Creo que no tendrá muchas posibilidades. Su mandato consular lo ejerció hace tres años, y aunque su actuación en Iliria fue destacada, el pueblo jamás lo consideró un buen líder. Los Minucios no caen simpáticos a casi nadie en Roma.

—Todo eso dependerá de cómo se desarrollen los hechos en la guerra contra Cartago.

—Es un hombre ambicioso y muy peligroso. Desea el fracaso militar del resto de cónsules para afianzar su carrera hacia su segundo consulado.

—Como todos los jóvenes, Lucio Emilio —apostilló Quinto Fabio Máximo—. Por desgracia, ansían el poder, aunque eso conlleve el final de nuestra hegemonía en Italia.

El gentío que deambulaba por el Foro se interpuso por unos instantes entre Emilio Papo y su interlocutor, y la conversación quedó interrumpida de manera brusca. Al reencontrarse, Quinto Fabio Máximo tomó la palabra:

—Será mejor que nos despedamos.

Lucio Emilio Papo asintió ligeramente con la cabeza.

—La sospecha se advierte en los ojos de cualquier embustero si dos miembros de familias patricias enfrentadas en el Senado conversan apaciblemente en el Foro sobre el futuro incierto de Roma —prosiguió Quinto Fabio Máximo, irónicamente, para aligerar la verdad de sus palabras—. Sin embargo, Lucio Emilio, los embustes son los que mueven el falso patriotismo en los tiempos que corren.

—¿Cómo se encuentra de salud Fabio Buteo? —se adelantó a preguntar Emilio Papo antes de que el Fabio le diera la espalda—. Me han dicho que sufre de unas fiebres terribles.

—Su salud no es mejor que la de cualquier hombre de su edad, teniendo en cuenta que su cuerpo adolece de una artritis que se ha agudizado en los últimos días. Y sí, es verdad, sufre de fiebres altas, aunque no es la primera vez.

—Transmite a Fabio Buteo mis deseos de recuperación.

—Mejor no lo haré. Temo que se agrave más su precario estado si le confieso que un Emilio desea su mejoría física.

Emilio Papo soltó una carcajada.

—Entonces, comunícale mi odio —replicó socarrón.

—Considero tal cosa más adecuada —opinó Quinto Fabio Máximo con una sonrisa burlona—. Ah, Lucio Emilio, harías bien en recordar a Cneo Servilio Gémino que regrese pronto, pues no da muy buena imagen que los candidatos al consulado pululen como hormigas atareadas fuera de Roma.

Emilio Papo asintió, de nuevo, mientras veía perderse entre la multitud a Quinto Fabio Máximo Verrucoso con ese aire animoso que mostraba al andar, portando con dignidad su toga senatorial con la que iba ataviado. Tenía sesenta y nueve años y la vitalidad de un cincuentón. Jamás se entregó al odio visceral que sufrían sus parientes, tanto el enfermizo Fabio Buteo como el legado Aurelio Fabio destacado en Hispania, hacia otras familias patricias que les disputaban la hegemonía en el Senado. Respetaba a todos en la medida que los demás se hacían respetar e intentaba no prejuizar a nadie, a pesar de que, a veces, solía fluir en sus palabras la soberbia que todos los Fabios poseían en mayor o menor grado.

El sobrenombre de Máximo se lo debía a su abuelo Fabio Ruliano, por su audacia demostrada en las guerras contra los samnitas<sup>58</sup>. Quinto Fabio Máximo había sido dos veces cónsul, en el año 233 y 228, censor en el 230 y era una de las cabezas visibles del clan de los Fabios; se mostraba más prudente y conciliador que algunos de sus parientes y en desacuerdo con los muchos radicalismos de Fabio Buteo. Conocido por todos era su deseo de una solución negociada con Cartago antes de la destrucción de Sagunto; sin embargo, en contra de lo que pudiese parecer, odiaba profundamente a los Bárcidas y los consideraba enemigos irreconciliables de Roma. Aun así, defendió durante meses la vía diplomática frente a las familias romanas más beligerantes y, si lo hubiesen dejado, habría entablado secretamente contactos con la facción antibárcida de Hannón en la Balanza de Cartago para anular los apoyos con los que contaba Aníbal Barca en su propio país; pero una vez declarada la guerra, no había vuelta atrás. Solo quedaba la necesidad de acabar con la amenaza cartaginesa hasta reducirla a un simple espejismo donde los miedos de los romanos se vieran reflejados durante generaciones.

Lucio Emilio Papo se reunió con Cneo Servilio Gémino días después de que este regresase a Roma. El otoño ya había penetrado en todos los aspectos de la ciudad: el frío azotaba las noches oscuras, el viento soplaba con tal intensidad que una simple toga resultaba insuficiente para resguardar el

cuerpo del gélido abrazo del invierno que se avecinaba. El semblante de los romanos se caracterizaba por una tiesura inexpresiva; preocupados, tal vez, por la guerra, la tristeza se hacía palpable entre las callejas más inhóspitas de Roma, o al menos, eso sentía Emilio Papo mientras regresaba a su casa por la *Vía Sacra*, poco transitada en los inicios de la hora *suprema*. Su pálida faz resaltaba la preocupación por el inminente acceso del cartaginés Aníbal Barca al valle del Padus. Sí, allí lo esperaría el cónsul Escipión con las legiones para cerrarle el paso a la Etruria. No obstante, intuía alguna estratagema de los pueblos de la Galia Cisalpina que soportaban de mal grado la supremacía romana en sus tierras. Aníbal guardaba alguna sorpresa a Publio Cornelio Escipión, lo sabía, lo sospechaba, pero nadie parecía tomar en serio la teoría de que el movimiento de tropas realizado por Escipión era tan sumamente predecible que ningún enemigo de Roma hubiese emprendido una aventura tan peligrosa como la de Aníbal si no tuviese en mente alguna añagaza con la que sorprender a sus rivales.

Tampoco Cneo Servilio tomaba en serio sus apreciaciones pesimistas acerca de la guerra. Él estaba convencido, en el fondo de su corazón, de que la guerra sería corta, de que las tropas de Aníbal caerían derrotadas en el primer enfrentamiento contra las descansadas legiones del cónsul Escipión. Publio Cornelio Escipión era tremendamente lógico, incapaz de tomar una decisión que escapase a su peculiar sentido de lo racional. «Piensa que es imposible llegar al valle del Padus si no es pasando por Placentia», cavilaba Emilio Papo. Y tenía razón. Roma estaba repleta de grandes hombres de valía; empero, casi todos ineptos frente a la extraña mente de un bárbaro como Aníbal, curtido en decenas de batallas en Hispania y educado por el mejor estratega del mundo mediterráneo. Emilio Papo también conoció al griego Cimón, hacía muchos años, cuando había visitado Roma para instruir al nieto de Fabio Ruliano. Aunque resultase imposible de creer por muchos, Quinto Fabio Máximo Verrucoso recibió las clases de Cimón cuando este aún no era un anciano ni lo llamaban con el apodo por el que años más tarde sería conocido: el Viejo. Ya casi nadie se acordaba de Cimón; había muerto trece años atrás, en Utica, donde hubo vertido toda su sabiduría en los pergaminos

que escribió frente a esa costa de aguas doradas al norte de África. No era justo que el legado escrito por Cimón fuese recogido por los Bárcidas mientras él, Emilio Papo, debía conformarse solo con su memoria, donde guardaba los recuerdos de algunas de las enseñanzas del griego, pues de niño se escondía tras una celosía, en la casa de Fabio Ruliano, y era testigo de cómo Quinto Fabio Máximo, en edad ya de aprender el arte de la estrategia, recogía ensimismado las palabras sabias de Cimón.

Eran otros tiempos. Los Fabios y los Emilios mantenían buenas relaciones, aunque siempre estuvieran condicionadas por las aspiraciones políticas del *paterfamilias*. Lucio Emilio Papo siempre admiró a Quinto Fabio Máximo, entre otras cosas, porque jamás su sentido del honor se había visto nublado por el odio de sus parientes hacia él y su familia. Eran romanos patricios y con eso bastaba para que la sed de poder jamás fuese saciada sin que eso significara la traición a Roma y a todos aquellos audaces capaces de defenderla de las amenazas externas. Ellos pertenecían a otra época muerta, olvidada por las pasiones exacerbadas de patriotas que no veían más allá de su propia ambición personal. Y quizás fuese por ello que sus respectivas familias jamás tolerasen una correcta relación amistosa entre los dos cuando el futuro político de los demás parientes estaba en el aire por el cruce de acusaciones de corrupción. A pesar de todo, Quinto Fabio Máximo y Lucio Emilio Papo eran ya demasiado viejos para rupturas.

«La reunión con el tribuno de la plebe fue satisfactoria», le había dicho Cneo Servilio Gémino. Emilio Papo sabía ya eso, Metio Fulvio Gabio le había informado a través de una nota:

*Lucio Emilio, te recuerdo que la próxima vez que me pidas un favor te cobraré, pues con este mi deuda queda saldada. No he visto en ese Servilio nada malo que pueda objetar para negarle el acceso al consulado ni para no comprender por qué lo apoyas y animas cuando la guerra llama a las puertas de la misma Roma.*

*Debo recordarte que no estamos acostumbrados a librar nuestras batallas tan cerca del corazón de nuestra patria, pues siempre hemos optado por la*

*política expansionista que, tanto tu familia como muchas otras, han propugnado en la Cura Hostilia. Por todo eso, es primordial para nuestra propia supervivencia como nación, que nuestros líderes sean fuertes en sus determinaciones y demuestren en el campo de batalla la honorabilidad que todo romano posee. Sé que tú, Lucio Emilio, eres un hombre de honor, y tu elección no puede estar por debajo de la reputación de tus actos. Por tanto, he decidido ayudar a Cneo Servilio Gémino a que sea elegido cónsul, pues te aseguro que será el único candidato patricio óptimo para ocupar con honor el cargo de cónsul junto a Cayo Flaminio Nepote.*

*El Servilio me transmitió el deseo de ser el primer cónsul de Roma. ¿No te parece demasiado ambicioso? Me gusta la ambición en un patricio, es la única virtud que soporto en un noble y que no me hace rechinar los dientes. ¿Crees que conseguirá desempeñar con honor el papel de primer cónsul de Roma? Yo opino que todo es posible.*

Lucio Emilio Papo tuvo la certeza de que Cneo Servilio sería cónsul de Roma. Así se lo dijo, con la sequedad propia de los Emilios.

—Roma necesitará de tu astucia para vencer a Aníbal, Cneo Servilio —predijo.

—Si no es antes derrotado por el cónsul Escipión.

—¡Escipión no es rival para el cartaginés! —exclamó Emilio Papo lleno de rabia—. Es demasiado previsible.

Cneo Servilio no abrió la boca. Tenía la sensación de haberlo ofendido, y cuando alguien ofendía a un Emilio, era mejor ser tragado por la tierra que soportar el malhumorado carácter por el que eran famosos.

—Recuerda, amigo mío —prosiguió apoyando las manos sobre sus hombros mientras acercaba el rostro al del Servilio—. La amenaza que representa Aníbal Barca se cernirá sobre nosotros como la peste y convertirá en cenizas los cimientos de Roma si no dejamos de considerarlo poco menos que un pretencioso soñador.

—Es un loco, Lucio Emilio.

—Sí, pero su locura no reside en la demencia.

—¿Dónde si no?

—En el odio, Cneo Servilio.

El odio. Ese fiel aliado. Cuando cualquiera crecía con la fuerte aversión que Aníbal Barca había sentido ante todo lo romano, el odio se convertía en el único subterfugio donde hospedar la locura de sangre que escondía su mente.

La sangre, solo ella, lavaría el odio del cartaginés, y ese rencor se haría más grande mientras más se sumergiera en el fluido rojo de la vida. Emilio Papo pensaba eso cuando entró en el *atrium* de su casa. Uno de los esclavos le entregó un correo.

—Lo trajeron esta misma tarde, *dominus* —informó el esclavo.

Emilio Papo se encerró, como siempre que recibía correo, en el *tablinum* y lo leyó. Era de Quinto Fabio Máximo Verrucoso.

*Fabio Buteo ha muerto a causa de la pertinaz fiebre que se ha negado a abandonar su cuerpo durante los últimos días. Los físicos han dicho que era demasiado viejo, pero la verdad es que nunca supieron la naturaleza de su mal y el origen de las fiebres tan altas que sufrió intermitentemente en el ocaso de su vida. Sé que debe importarte bastante poco esta noticia, pero te considero mi amigo y es obligación de amistad informarte personalmente de lo acontecido.*

*Aunque eres Emilio, sé que no te alegras, al contrario que algunos de tus parientes, caso de Lucio Emilio Paulo, quien celebrará esta noticia con una de esas fiestas ruidosas que tanto disgustan a los vecinos.*

*Recibe mis respetos.*

Emilio Papo envió rápidamente a Quinto Fabio Máximo una nota de pésame, asegurando su asistencia a los funerales de Fabio Buteo, un romano ilustre y de honor en palabras del Emilio.

Y así, la muerte, la sangre y la vida se mezclaron para hacer de esa fría

noche de otoño la más oscura de todas las que había conocido Lucio Emilio Papo.

Sangre. Vida. Muerte.

Y odio.

---

58 Habitantes del Samnio, región de la antigua Italia al este del Lacio y de Campania y al oeste del Adriático.

## VII

El otoño en África no llegaba a ser frío. El ambiente seguía impregnado por el último aliento cálido estival, suavizado por el viento fresco que venía del mediterráneo. Las calles de Cartago, cada vez más estrechas y largas a medida que se acercaban a la febril actividad de los puertos, todavía no estaban sumidas en la lobreguez taciturna que inundaba ya Roma. Cartago tenía otra vitalidad: su urbanismo desprendía una iluminación intensa, sin apenas rincones oscuros; todo era luz, color; nada austero en la estructura de sus edificaciones, con fachadas decoradas en tonos alegres, luminosos, al estilo púnico. Y las gentes, bulliciosas, se movían entre empujones en las plazas y sus calles colindantes, amplias en contraposición a la estrechez de las que daban a los puertos. Y en las plazas, los templos de Baal Hamón, dios tutelar de Cartago, de Tanit y de Melqart —convertido por Amílcar en divinidad familiar de los Bércidas— velaban por el florecimiento del mundo púnico.

Desde las ventanas de la villa que la familia Barca poseía en las afueras de la metrópolis norteafricana, Imilce podía llegar a ver, en la colina de Byrsa, la impresionante obra arquitectónica: el templo dedicado a Eshmun Asclepios. Este templo era el más majestuoso de toda Cartago, con su escalera de más de sesenta peldaños; sin embargo, a los ojos de Imilce, carecía de la bella sencillez de aquel dedicado al mismo dios que dominaba la bahía de Qart Hadasht.

Echaba de menos los abrazos voluptuosos, los susurros de amor, los besos suaves de Aníbal; también añoraba los peculiares efluvios que las plantas aromáticas exhalaban por las calles de la nueva Cartago, muy distinta a la capital africana. Cartago olía a carne quemada, a cadáveres sacrificados a los dioses para que estos fuesen magnánimos con los cartagineses. El *tofet*<sup>59</sup> emanaba un hedor insoportable para el olfato de la esposa oretana del Joven

León. Recordaba aún con gran espanto el sacrificio *molk*<sup>60</sup> realizado días atrás, cuando se conocieron en Cartago las noticias del desastre militar del lugarteniente Hannón en el norte de Iberia. La pequeña escaramuza de Asdrúbal Barca sobre la flota romana, que provocó la matanza de cientos de romanos a manos de la caballería núnida, fue considerada insuficiente por la Asamblea del Pueblo y el Consejo de Ancianos para borrar el recuerdo de los miles de cartagineses caídos junto a la ciudad íbera de Cissa. Así, la Asamblea del Pueblo autorizó a los sufetas la realización del cruento sacrificio *molk* para que el favor de los dioses volviera a recaer sobre los cartagineses en la guerra contra Roma.

Llevaron a decenas de niños de corta edad, miembros de familias muy reputadas, hacia una impresionante estatua de bronce del dios Baal Hamón, caracterizada por tener extendidas hacia abajo las palmas de sus manos. Bajo sus pies se abría una gran fosa que ardía en llamas, proporcionando un intenso calor a todos aquellos que, apretujados y expectantes, ansiaban presenciar en los alrededores de la estatua del dios el sacrificio de decenas de niños que gozaban de la pureza requerida por la gran divinidad. El sumo sacerdote del templo de Baal Hamón, ataviado con una túnica talar de lino, encabezaba la comitiva ritual; tras él se disponían una decena de sacerdotes más, miembros de la aristocracia púnica, y los sufetas que desempeñaban el cargo en aquel año.

Las madres, contenidas en su dolor, acompañaban en procesión a los pequeños —algunos de ellos aún sin cumplir su primer año de vida— por el camino hacia la efigie donde iban a ser inmolados en el fuego. Se consideraba una ignominia que una madre llorase durante el sacrificio, pues así se deshonoraría ella y la muerte de su hijo resultaría inútil al estar mancillada por la negativa de la mujer a ceder de buen grado a Baal Hamón lo que más amaba.

Por Cartago corrían muchas historias sobre madres que, carcomidas por el dolor del sacrificio, se habían precipitado voluntariamente a las brasas para

compartir el mismo destino que sus hijos, estigmatizando a su familia durante generaciones y negando a sus miembros el derecho a ocupar cualquier cargo dentro del clero cartaginés, sea cual fuese la tarea del culto y el templo del dios.

La llegada al *tofet* se rodeaba de gran fausto, con cantores, músicos e iluminadores cerrando la comitiva, que trasmitían una alegría en contraste con el pesar de los progenitores de las víctimas. La muerte de niños inocentes apaciguaría la ira de los dioses, y estos, ahítos de sufrimiento, devolverían, indulgentes, su protección a Cartago. Todo eso era motivo de algarabía; no obstante, a Imilce le resultaba terrible, incomprendible que sacrificasen a niños para alimentar el maltrecho valor de los cartagineses. Cerró los ojos y dejó de ver los preparativos del sacrificio que estaba a punto de llevarse a cabo; y regresó con su imaginación a Cástulo, a la calma de los campos de olivos, al sonido del viento agresivo del este y al calor extenuante que castigaba a la Oretania.

Ya no escuchaba el crepitar de las llamas en el *tofet*, ni los lloriqueos de los niños cuando los dejaban sobre la superficie lisa de las manos de bronce de Baal Hamon, ni los alaridos de las víctimas cuando resbalaban y caían sobre la fosa en llamas, ni las oraciones que el sumo sacerdote ofrecía al dios cuando una muerte se sumaba a las demás, ni los gemidos sordos que lanzaban las madres cuando veían caer a sus hijos en las brasas, ni contemplaba sus ojos húmedos agazapando el dolor y las lágrimas por la pérdida irrecuperable de parte de ellas; solo sentía el viento acariciando su faz morena mientras le susurraba al oído la verdad de la Gran Madre. Escuchaba las risas de las niñas que jugaban en los pastos mientras ella solía buscar el refugio de la sombra ante el pertinaz sol que bañaba las tierras de su patria. «Vamos, Imilce, ven con nosotras», le reclamaban las demás niñas, hijas de grandes guerreros oretanos muy cercanos a su padre, el rey. Ella negaba con la cabeza. «No seas cobardica», le insistían. Sin embargo, ella no se movía del abrigo que la sombra del árbol le proporcionaba. Se limitaba a observar cómo sus amigas se revolcaban sobre la hierba seca del estío.

El estruendo de los tambores que intentaban acallar los gritos de los niños la hizo volver a la cruda realidad del *tofet*, a su hedor y a las oraciones de los sacerdotes.

Desde las ventanas de la villa de los Barca, Imilce intentaba olvidar. No quería rememorar el sacrificio *molk* a pesar de que su mente volvía una y otra vez al *tofet* consumiendo los pueriles cuerpos inmolados en el fuego. El mismo fuego que desprendían las antorchas de Cástulo cuando Aníbal Barca visitara, ufano, al rey de los oretanos para pedirle la mano de su hija.

Se había ataviado para la ocasión con un manto de lana que envolvía su esbelta figura hasta los pies y una fina túnica de lino larga hasta los tobillos para cubrirse; y como complemento de tan magnífico atuendo, un pequeño velo para esconder su rostro y unos escarpines de cuero de color rojo. Aníbal apenas se fijó en su rostro en aquella ceremonia parsimoniosa, puesto que bajó la mirada cuando estuvo, por un momento, delante de ella. Nadie pareció percibirlo, solo ella; sin embargo, Aníbal le demostró así, con ese rápido e imperceptible gesto, el respeto que profesaba hacia aquella joven princesa a la que conoció cuando acompañaba, tiempo atrás, a Asdrúbal *el Janto* a la corte oretana para firmar un tratado de amistad después de que los cartagineses fustigasen las tierras de la Oretania y depusieran a su jefe, ejecutándolo junto a decenas de sus más aguerridos guerreros. El dolor por la muerte de Amílcar Barca había sido saciado y se impuso otro rey a los oretanos, hermano del traidor ajusticiado por el Janto y padre de Imilce.

Sí. Echaba de menos las tierras de Iberia. Cartago no se parecía en nada a la Oretania; no obstante, se resistía a abandonar sus señas de identidad. Aunque los peinados que adornaban su cabeza poco tenían que ver ya con los complicados tocados que lucía cuando era una niña, no dejó de utilizar las diademas y mitras propias de su patria, al igual que los brazaletes, pulseras y pendientes que entre la aristocracia cartaginesa no estaban bien vistos por el excesivo lujo en su talle y sus grandes dimensiones.

Aun así, se sentía inmersa en una soledad agresiva que ni la hermana de Aníbal, Adabala, era capaz de mitigar. Adabala había contraído matrimonio

con Naravas, un jefe númerida de gran linaje, cuya familia siempre había mantenido viejos vínculos con Cartago, que había ayudado en gran medida a Amílcar Barca durante la cruenta guerra contra los mercenarios. En aquel momento, Naravas aseguraba la lealtad de los númeridas a la empresa de su cuñado Aníbal y, por consiguiente, a la nación cartaginesa.

—Los recuerdos, a veces, hacen más difícil la espera —adivinó Adabala mientras se sentaba junto a ella, que no dejaba de mirar por la ventana.

—Cartago es tan... —Detuvo las palabras de sus labios.

—¿Distinta?

—No; extraña —puntualizó sin dejar de mirar el paisaje que se abría ante sus ojos, con el enorme templo de Eshmun Asclepios al fondo y, más allá, el puerto mercantil abriéndose al mar que la separaba de su esposo.

Adabala sonrió ligeramente. Estaba esplendorosa con aquella sonrisa cautivadora tan suya. El cabello negro y largo, recogido parcialmente por una pinza, acariciaba su cuello casi al descubierto. La mirada casquivana de sus ojos, de fuerte gradación castaña, iluminaba un cutis exento de imperfecciones. Y su voz apaciguaba la aflicción de los sentidos.

—¿Cómo es Cástulo? —quiso saber Adabala.

—Mi tierra está repleta de luz —contestó Imilce en medio de una especie de éxtasis iluminador—. El aire huele a flores silvestres y la tierra es fértil. El calor castiga los cuerpos en verano, pero es una sensación placentera, lejos del frío de los territorios del norte en invierno.

—Es un lugar hermoso.

—Sí, lo es.

Imilce miró con los ojos húmedos a Adabala. Parecía esforzarse por querer llorar, pero ya no tenía más lágrimas que derramar. Llevaba meses entre sollozos arropados en la intimidad de sus aposentos, pues no quería ofender a la anciana madre de su esposo, Elishat, y producir en ella la sospecha de que no era feliz en Cartago.

—Los tiempos son difíciles.

—Siempre lo han sido —apostilló Imilce—. No he vivido con Aníbal ni un solo año que no haya tenido que marchar con sus ejércitos a guerrear.

—Mantener un imperio no es tarea fácil —advirtió Adabala.

—Pero yo no quiero pueblos a los que gobernar. Solo necesito estar junto a Aníbal, trabajar los campos y disfrutar de nuestros hijos mientras crecen fuertes bajo el abrigo de Cástulo.

—¿Y el honor? ¿Dónde queda el honor en el corazón de mi hermano?

—¿Qué importa el honor si estamos con la persona a la que amamos, Adabala?

Adabala se levantó y miró hacia otro lado, evitando caer en la mirada dulce y atormentada de Imilce. Y es que ella comprendía, en el fondo del corazón, las palabras de la esposa de su hermano. Naravas se había casado con ella hacía casi veinte años y le había dado dos hijos, pero no disfrutó jamás de la compañía de su esposo. A los nómidas no les importaban sus mujeres; las trataban como meros instrumentos a través de los cuales se aseguraban una futura prole donde sus nobles apellidos perdurasen. Adabala amaba a Naravas, y este la respetaba por ser descendiente de Amílcar Barca y hermana de Aníbal.

Respeto. Era lo único que recibiría del jefe nómida Naravas.

Amor. Solo eso podía entregar Adabala.

—La vida para un cartaginés no vale nada sin honor —replicó Adabala.

—Para una princesa oretana, la soledad es la peor de las condenas.

Ambas estaban condenadas. Imilce sufría por la lejanía del amor y Adabala, por su ausencia. Todo sería más fácil si hubiesen tenido la fortaleza de Elishat. La viuda de Amílcar, de sesenta y dos años, mantenía intacta la solidez mental que tanto la había ayudado cuando tuvo que sufrir las largas ausencias de su esposo. Y en aquellos días trágicos, marcados por los correos infaustos de la masacre de Cissa que llevaron a realizar el sacrificio *molk*, recibía habitualmente en la villa de los Barca a Cartalón, senador que velaba por los intereses de los Bárcidas en la Balanza y que, en presencia también del nómida Naravas, informaba de los últimos sucesos acaecidos en el

Consejo de Ancianos.

—En la sesión de ayer, Hannón atacó con gran virulencia a tu hijo Asdrúbal —informó Cartalón con semblante serio—. Lo acusó de no tener las agallas suficientes, además de asegurar, voz en grito, que tu hijo posee una grave carencia en lo que se refiere a estrategia y logística militar para enfrentarse a las legiones de Roma y vengar a los muertos de Cissa.

—Ese viejo zorro...

Naravas, con un mohín, detuvo los improperios que estaba a punto de lanzar contra la figura de Hannón al percibir la mirada inquisidora de Elishat.

—Hannón siempre detestó a mi esposo, y ahora concentra su odio en mis hijos —dijo la anciana con suave firmeza, dejando los adminículos de bordar con los que siempre distraía las tardes—. Eso no es nada nuevo, Naravas.

El nómida asintió, mohíno, con la cabeza.

—Se formó gran revuelo en la Asamblea del Pueblo al conocerse los ataques hacia los Barca, puesto que, mi señora Elishat, tampoco Aníbal se libró de la furia acusadora de Hannón.

—¿Qué dijo de mi leal hijo?

Cartalón echó una furtiva mirada a Naravas, y este movió levemente la cabeza de arriba abajo. El senador no se atrevía a contar detalladamente a Elishat los ataques con los que el líder de la facción antibárcida arremetía contra los hijos de Amílcar.

—Hannón acusó a Aníbal de alta traición, considerándolo el responsable absoluto de los miles de muertos en Cissa. Utilizó palabras dolorosas para los oídos de los que respetamos y admiramos a tu familia, mi señora Elisaht.

—¿Qué palabras? —inquirió la anciana, con un temblor en su mano derecha, en cuyo dorso repleto de manchas negruzcas se marcaban fuertemente las venas; un tembleque que se hacía más evidente cuando algo alteraba sus nervios.

—Llegó incluso a decir que tu hijo tenía secretamente firmado con los romanos un tratado de amistad en el que se comprometía a dar a Roma la

excusa que necesitaba para acabar con la nación púnica.

—¡Eso es absurdo! —exclamó, malhumorado, Naravas.

—Tan absurdo como asegurar que Asdrúbal no llegó intencionadamente a tiempo de socorrer al lugarteniente Hannón en el desastre de Cissa, puesto que al clan Bárcida no le interesa ganar esta guerra.

—¡Por Baal! ¿No hubo nadie de nuestra facción que se atreviese a hacer tragar a ese miserable sus palabras? —quiso saber Naravas notablemente disgustado.

—Sí, lo hubo, noble Naravas —respondió Cartalón—. El senador Himilcón alzó su voz, abochornado por tales injurias.

—Ah, Himilcón. Leal servidor de nuestra causa —apostilló Elishat, esbozando una sonrisa en sus labios fruncidos.

El senador Himilcón siempre fue uno de los miembros del Consejo de Ancianos que defendió los principios políticos de Amílcar y su progenie con más ahínco si cabe desde que estos se ausentaron de Cartago para afrontar la nueva y fructífera campaña en Iberia. Nada tenía que ver este Himilcón con aquel que, elegido almirante de la flota cartaginesa, aconsejaba sabiamente a Asdrúbal Barca; empero, nadie de la facción antibárcida de Hannón lo superaba en valor y patriotismo.

—Himilcón acusó a Hannón de embustero —prosiguió Cartalón animoso—. Pues si de ellos dependiera, habrían entregado, con el rabo entre las piernas, Cartago y todas sus riquezas a Roma o a los mercenarios africanos que amenazaron nuestra integridad como nación. Además, recordó a todos los presentes el juramento que Aníbal realizó, junto a su padre, en un altar de Baal Hamón cuando todavía era un niño. En este ritual juró que jamás entablaría amistad con los romanos ni sus aliados, y reprochó la acusada falta de memoria de muchos de los senadores partidarios de Hannón que aplaudían sus injurias.

La anciana sonrió satisfecha mientras disminuía de manera visible el temblor que azotaba su diestra y mostraba sus encías huérfanas de algunas piezas dentales. Las que todavía sobrevivían en su boca se hallaban

débilmente agarradas a la carne vieja que cubría la base de una dentadura otrora fuerte y sin mácula, tan blanqueza que, cuando sonreía, producía un bello contraste con su fuerte tez morena. Los ojos de Elishat permanecían extremadamente vivos dentro de la profundidad de sus cuencas, y sus cejas alargadas, negras como su cabello por el uso del tinte, coronaban las órbitas oculares con noble distinción. Su cuerpo no llevaba mal el paso de los años, aunque apenas pudiese alargar los cortísimos paseos por los jardines de Amílcar debido a las varices que poblaban sus delineadas piernas, provocándole un dolor agudo e intenso que solo se veía aliviado al tumbarse con los pies en alto. Pese a todo, su figura seguía siendo estilizada y recordaba, aún en el ocaso físico de su belleza, el fuerte atractivo de su aspecto juvenil, cuando los años trataban con benevolencia aquel cuerpo sinuoso de mujer.

—¿Hubo alguna réplica a Himilcón? —preguntó, secamente, el núnida.

—Hannón se revolvió en su asiento y gritó a los cuatro vientos que la traición estaba de parte de los Bárcidas. No era lógico, continuó diciendo, que Asdrúbal no hubiese utilizado todo el potencial de nuestra flota militar para acabar con la romana, dispersada de forma negligente a lo largo de la costa, en vez de atacar por tierra con la caballería núnida a las tropas enemigas de dichas naves. Según él, con este acto se demostraba la falta de interés de Asdrúbal por hacerse con las trirremes romanas, optando por una escaramuza inútil y desperdiciando la oportunidad de aniquilar buena parte de la flota marítima del general Escipión en Iberia.

—Qué Baal lo maldiga, a él y a sus descendientes, por el bien de la propia Cartago —maldijo Elishat con rabia al tiempo que se levantaba con lentitud del asiento que había ocupado durante horas, ante el quejido de sus riñones tras tan prolongada inmovilidad.

—No te preocupes, mi señora Elishat. Según mis cuentas, Aníbal pronto terminará su travesía por los Alpes y pondrá en jaque a las legiones romanas —la tranquilizó Naravas.

—Tras la llegada de tu hijo Aníbal a Italia, todo cambiará a nuestro favor

en el Consejo de Ancianos —indicó Cartalón mientras seguía con la mirada el estoico caminar de la anciana.

—Jamás tendremos el pleno apoyo del Consejo de Ancianos, buen Cartalón, ni los sufetas apoyarán ciegamente las acciones de mis hijos.

—Al menos dominamos la Asamblea del Pueblo —insistió el senador en su particular búsqueda, empeñado en hallar algo positivo entre los últimos acontecimientos aciagos para la familia Barca.

—Al pueblo le gustan los líderes fuertes —afirmó Elishat—. No fue difícil para Amílcar, mi esposo, y más tarde para Aníbal, hacerse con las simpatías de los más influyentes dentro de la Asamblea. Sin embargo, debemos estar agradecidos a Baal por tal cosa.

La anciana llamó a su criada de mayor confianza, con voz de gallina clueca. Se llamaba Cardia y llevaba a su servicio más de treinta años. Pertenece a una de las muchas tribus nómadas de Mauritania y, aunque su cuna tenía cierto linaje, ella había sido una de las víctimas inocentes de la guerra de los mercenarios, pues Cardia era hija de uno de los grandes guerreros mauritanos que secundó a Matos y a Esendio en su ofensiva contra Cartago. Tras la derrota de los mercenarios a manos de Amílcar, fortalecido por la poderosa caballería nómada de Naravas, los familiares de los sublevados fueron hechos esclavos y destinados a realizar las tareas más diversas. Cardia tuvo suerte; Amílcar se había fijado en ella, en su incipiente belleza —algunos dijeron que se enamoró de sus enormes ojos oscuros y su tez acaramelada—, y la recogió en su casa para el servicio personal de los Bárcidas. La verdad fue que nunca hubo entre Amílcar y Cardia un contacto íntimo, quizás fuese porque en verdad el patriarca de los Barca quedara realmente encandilado con aquella beldad mauritana. Posiblemente, Amílcar la respetó por amor, y ella pudiera ser que también llegara a amarlo de tal modo que jamás necesitaran abrazarse físicamente. El sentimiento entre ambos fue tan fuerte que solo una mirada había bastado para calmar el fragor de dos cuerpos ansiosos por ser amados. Así vivieron hasta que Amílcar marchó a Iberia. Años más tarde, Cardia sufrió un envejecimiento repentino

provocado por la ausencia definitiva de su amo y señor; no obstante, continuó con su obligación y siguió cuidando a la esposa del hombre al que amó y con quien sintió el estremecimiento de la pasión ante su presencia, que se convertía en absoluta cuando la miraba con sus vivaces ojos. Se acariciaban con la vista, y Cardia acababa tan extenuada tras uno de esos momentos en los que su amo la escrutaba con todo detalle, que le bastaba para sentirse plena, satisfecha, como si hubiese hecho el amor durante horas con Amílcar.

Elishat no había sido ajena a este sentimiento, pero lo permitió, pues era consciente de que Cardia jamás osaría tocar a su esposo, y ya ella se ocupaba de que Amílcar jamás se quedara a solas con su criada mauritana. Sin embargo, eran otros tiempos, la vejez afectaba a todos y el patriarca de los Barca había muerto hacía algo más de una década. Cardia se convirtió en la mejor compañía para Elishat, tal vez su amor por Amílcar las unió de manera extraña. Apenas hablaban y, en cambio, ambas se necesitaban y sentían que juntas eran capaces de detener el tiempo mientras paseaban al caer la tarde por los jardines de Amílcar.

—Disculpad, nobles caballeros —concluyó Elishat, cogiendo del brazo a Cardia, que había llegado precipitadamente al ser reclamada por la anciana—. Es hora de mi paseo por los jardines, los físicos así me lo han recomendado, y en la estación en la que nos encontramos la noche se cierne con rapidez sobre mi cuerpo viejo, necesitado del calor del sol.

Cartalón y Naravas hicieron una leve reverencia a la vez que Elishat salía con paso débil de la estancia, sujeta con sus manos al brazo de su criada. Pese a su deteriorado estado de salud, la anciana mantenía ese porte de dignidad del que siempre hizo gala. La nobleza de sus movimientos rápidos y seguros de antaño perduraba en la lentitud de los gestos propios de su edad. Tan perspicaz como en sus años florecientes, Elishat abrumaba a todos con su capacidad mental, dirigiendo en las sombras de un anonimato imposible — todo el mundo en Cartago sabía que el consejo de Elishat era seguido con fiel acatamiento— los movimientos políticos de los partidarios del clan Bárcida en el Consejo de Ancianos.

Era una mujer virtuosa, sin complejos y llena de un profundo sentimiento del deber. Jamás lamentó los años en los que estuvo separada de su esposo Amílcar. Primero, la guerra de Sicilia; después, la revuelta de los mercenarios en Cartago; más tarde, la campaña en Iberia. «A mi esposo le aguarda un destino glorioso», justificaba de ese modo la soledad conyugal a la que parecía estar condenada. Para ella nunca fue una condena el hecho de ver pasar la vida tras una celosía, con la única compañía de sus hijas, en especial de Adabala. Naravas sentía un profundo respeto por Elishat y jamás prohibió a su esposa que la visitase; así, Adabala acudía casi a diario a la villa donde se había criado, junto a su anciana madre. También Naravas disfrutaba de la presencia de su suegra, pues le hacía rememorar otros tiempos en los que la juventud inundaba las paredes enjalbegadas de la gran villa de los Barca.

Los famosos jardines de Amílcar se encontraban desiertos. Solo paseaban por ellos Elishat y Cardia, sin decirse nada, solo añorando los tiempos perdidos, los amores frustrados de la criada y la plenitud jovial de la anciana.

—Todo está tan tranquilo, Cardia —musitó Elishat.

Cardia la miró de soslayo, tremendamente sorprendida. Nunca le había hablado directamente; durante años de paseos por los jardines, Elishat no se había dignado a dirigirle la palabra.

—Así es, señora.

¿Por qué aquel día era distinto a los anteriores? Cardia se preguntaba una y otra vez si quizás la hubiese perdonado por amar a su esposo Amílcar. O quizás fuese solo una debilidad en su carácter. Las personas se vuelven más vulnerables con la edad, y eso tal vez permitiera acoger la virtud de prescindir de los resentimientos que durante años atormentaron el corazón de una mujer tan orgullosa como Elishat. La inesperada actitud de la anciana confundía aún más a Cardia; ella, una criada que se había acostumbrado a permanecer muda como una estatua mientras la viuda de Amílcar requería su presencia para pasear cada tarde por los bellos jardines de su hogar, y en aquel instante, Elishat le había hablado. Se percibía cierta dulzura en su voz de gallina clueca; sin embargo, una mujer morigerada como aquella siempre hablaba

con ese acento suave incluso cuando sembraba de odio las palabras ejecutadas por su garganta.

—¿No escuchas las risas de los niños? —preguntó la anciana, esbozando en sus labios secos una discreta sonrisa.

—No, señora.

—Si cierras los ojos podrás oírlas. —Elishat cerró los ojos, confiada en la guía de Cardia para no tropezar, y prosiguió—: El pasado perdura entre estos jardines.

—Yo lo respiro, señora —se atrevió a decir Cardia.

—El olor añejo de lo vivido —observó Elishat mientras aspiraba el aire perfumado del jardín—. Yo también lo percibo.

La piel atezada de Elishat era distinta a la acaramelada de Cardia, y ese contraste entre ambas era más evidente mientras paseaban con sus brazos enlazados en un peculiar nexo para no caer en el abismo del pasado. No obstante, los jardines de Amílcar sobrevivían al paso de los años mejor que las dos. Elishat abrió los ojos y fue consciente de aquella incómoda verdad. Los ingentes jardines, con sus laberínticas veredas, se abrían paso entre multitud de flores y plantas, muchas de ellas desconocidas por aquellas tierras norteafricanas.

De pronto, se sintió cansada, como si los años le cayeran encima de golpe, y se dirigió presta, junto a su criada, hacia un pequeño banco de piedra bajo la égida que proporcionaba la sombra de un árbol de loto cuyas hojas caducas, de color verde claro, habían comenzado a caer. Desde allí pudieron apreciar cómo las anémonas, con sus flores grandes de colores, competían con las hojas de las aspidistras escondidas en las sombras, más simples, pero no por ello de menor belleza. Las adelfas y las ésulas, con su fruto venenoso, se mezclaban con las buganvillas mientras los abedules flanqueaban el camino hacia un pequeño lago de aguas celestes en cuya orilla crecían grandes palmeras al estilo de los oasis del desierto húmeda; y más allá del estanque, árboles achaparrados estrechaban el paso que desembocaba en un pequeño bosque de terebintos.

El olor a añejo exhalaba de todos los rincones del jardín. El eco de las voces de Aníbal, Asdrúbal y Giscón, primogénito del almirante Adherbal que luchó junto a Amílcar en la guerra de Sicilia, perduraban aún, sumergidas en los juegos pueriles; empero, nadie jugaba ya por aquellos caminos de tierra. Adherbal y Amílcar habían fallecido, y sus respectivos hijos hacían la guerra a Roma. El eco volvió a sonar solo para los oídos de Elishat y una lágrima avanzó por su arrugada mejilla.

—Sigamos con el paseo, Cardia. No es bueno pararse en un mismo sitio demasiado rato.

Ambas se irguieron y continuaron avanzando sin alejarse en exceso de la casa.

—Amabas a mi esposo, ¿no es cierto? —inquirió Elishat.

Cardia quedó extasiada ante las dulcemente agresivas palabras de la anciana, pronunciadas con una excelente dicción en contraste con lo habitual, ya que la falta de algunas piezas dentales producía un seseo gracioso en sus palabras. No obstante, en ese momento el seseo había desaparecido para dar paso a un tono de voz que poco tenía que ver con aquel de gallina clueca que había adquirido algunos años atrás debido a la senectud.

—Así es, señora.

El tono timorato de la respuesta de Cardia fue a parar a un silencio molesto para la criada y no menos para Elishat.

Ninguna de las dos se atrevió a romperlo.

El sonido de los pasos lentos progresando sobre la superficie de tierra rompía, irresoluto, el mutismo que las separaba. Cardia intentó liberar levemente su brazo de la presión que las manos de la anciana ejercían. Imposible. Elishat lo sujetaba con fuerza.

—Él también te amaba —declaró Elishat, taciturna—. Nunca me lo dijo, pero siempre lo intuí. Su mirada delataba la pasión de sus pensamientos hacia ti.

—Señora, juro por la memoria de mis antepasados que jamás hubo entre nosotros ni un roce que pudiera considerarse voluptuoso —intentó

disculpase Cardia, hecha un manojo de nervios y atrapada entre las manos de su ama.

—Lo sé. Te vigilé bien.

Cardia no supo qué decir. Se quedó muda ante el hecho de que Elishat le hablase con aquella libertad sobre la pasión que sintió hacia Amílcar. La verdad era que ambos se habían visto en pocas ocasiones y siempre rodeados de otras personas. Hijos, yernos, amigos, compañeros de armas, criados, esposa. Anhelaron estar en soledad, abrazarse, besarse, estremecerse con las caricias de los dedos del amado, sentir en sus oídos el susurro de frases de amor mezcladas con la risa aviesa del amante. Se imaginaron haciendo el amor suavemente mientras el sonido de la lira acariciaba las hojas multicolores de los árboles de loto de los jardines. Sin embargo, no lo hicieron, ni un solo beso compartido acarició sus labios; solo se miraron y fantasearon sentirse entregados el uno al otro. En eso se basó el adulterio que Amílcar había cometido con Cardia. Y Elishat lo sabía.

—Gracias por haberlo amado —declaró la anciana, aflojando la presión de sus manos sobre el brazo de Cardia.

Cardia no habló. No hacía falta, todo estaba dicho. El conocimiento no daba la felicidad, y Elishat conocía muchas cosas de las que parecía no tener la más mínima idea. La anciana no era feliz. Solo en el ocaso de su vida se le ocurrió agradecer a Cardia su amor por el esposo muerto, aunque únicamente Baal sabía las veces que tuvo que reprimirse para no azotarla en público hasta la muerte por haber sido humillada como esposa del gran patriarca Bárcida. Sin embargo, con la adversidad de la muerte rozando ya su propia sombra, Elishat no podía hacer otra cosa que no fuese darle gracias a la bella Cardia por el virtuoso amor que sintió hacia Amílcar.

La edad maltrataba el sentido común de la anciana, pues la contradicción en la que se movía era propia de una conducta degenerada. Compartir largos paseos por el jardín con la beldad que amó a su esposo no era razonable desde el punto de vista de la moral cartaginesa; sin embargo, Elishat no estaba por la labor de ser razonable. Su vida llegaba a su fin y solo quería

acabar sus días con las personas que significaron algo para el hombre al que tanto amó, Amílcar Barca. Y Cardia era una de ellas.

---

59 Santuario relacionado con el ritual sacrificial del molk. Es un lugar sagrado donde se han encontrado múltiples restos arqueológicos, y según las últimas investigaciones, apuntan a la hipótesis de que el tofet podría ser una necrópolis iniciática infantil.

60 Sacrificio infantil rodeado de enorme crueldad, en el que los niños eran inmolados en el fuego para satisfacer a los dioses. El sacrificio molk fue practicado por los fenicios, los hebreos y los cartagineses.

## VIII

La luz entraba en el *praetorium* con apocada intensidad. El frío del otoño, acompañado por la estrechez de las horas solares, se había asentado definitivamente en las bellas tierras de Hispania. El escritorio estaba suficientemente alumbrado por dos lucernas con mechas de hebra de lino, y delante de la mesa el legado Aurelio Fabio esperaba una respuesta de Cneo Cornelio Escipión.

—¿Quieres abandonar esta guerra para volver a Roma? —preguntó el Escipión, incrédulo.

—Sí. Quiero tu permiso para asistir a las exequias de mi primo Fabio Buteo.

El general guardó silencio mientras se acariciaba con parsimonia la barbilla. Al fin, objetó:

—No llegarás a tiempo. El mar está embravecido y retrasará enormemente tu viaje.

—Me arriesgaré —replicó el Fabio con determinación.

—Además, no puedo prescindir de uno de mis legados mayores. El próximo año, la campaña contra los cartagineses será muy dura y todos tenemos una importante labor que llevar a cabo.

El legado apoyó las manos sobre el escritorio y escrutó con una mirada agresiva al general Escipión.

—Quiero obtener la licencia de buen grado —insistió.

—No. Tu labor es demasiado importante para que ahora te niegues a responder ante Roma. No puedes escabullirte de la responsabilidad a la que te debes como patricio romano y legado mayor del ejército.

El Fabio soltó una sonora carcajada nerviosa. La paciencia se le estaba acabando.

—No me hagas reír, Cneo Cornelio. Desde que desembarcamos hace meses no has mostrado el mínimo interés por mi labor en esta guerra. Licénciame.

Cneo Cornelio se inclinó sobre la mesa y cruzó las manos con la mayor tranquilidad que pudo hacerlo, pues en su interior se sentía nervioso por la actitud ofensiva de Aurelio Fabio.

—Mañana te daré una respuesta al comienzo de la hora *mane* —le hizo saber al legado con enorme tiesura, muy propia de los Cornelios Escipiones.

En realidad, Cneo Cornelio deseaba licenciarlo. Al fin y al cabo, su legado mayor pertenecía a una familia patricia cuya aversión hacia los Cornelios Escipiones era hartamente conocida por todos. Si lo dejaba regresar a Roma, se quitaba un peso de encima y, lo más relevante, desaparecía de su espalda la sombra siempre vigilante del Fabio. Según le había escrito Pomponio Matho, tenía en él a un enemigo del que sería preferible alejarse; empero, Cneo Cornelio ansiaba entorpecer los deseos del legado. Disfrutó como un niño en aquella audiencia, negándose una y otra vez a darle la licencia. El rostro rubicundo de Aurelio Fabio parecía estallar, al borde de un ataque de histeria, moviendo sus ojos con gran rapidez dentro de sus cuencas.

—Volveré mañana, Cneo Cornelio.

El legado respiró hondo y se marchó del *praetorium* altivo. El general esbozó una aviesa sonrisa mientras Cayo Livio Esturión accedía al despacho por un lateral donde estaban acomodados los criados personales del Cornelio Escipión, los cuales miraban atónitos al *tribuni militum* a la vez que este escuchaba la conversación con el Fabio, agazapado tras unas cortinas que separaban el habitáculo del servicio de las estancias del general. Los criados lo observaban embobados, sumidos en el brillo plateado que la débil luz del atardecer hacía desprender de su coraza, en la que se perfilaban los detalles de su torso, y en la lujosa faldilla que lucía con incrustaciones de oro en las tiras de cuero.

—Sería juicioso que le dieses permiso para regresar a Roma —opinó Esturión.

Cneo Cornelio enarcó las cejas.

—¿Sería juicioso?

—Sí, Cneo Cornelio, aunque ya sé que a ti te gustaría más impedírselo. Tu odio hacia los Fabios obnubila tu buen juicio.

—En Roma tendría libertad plena para confabular contra mí y mis parientes en el Senado.

Cayo Livio Esturión se sentó en una silla frente al escritorio y miró con firmeza al Cornelio Escipión, quien tenía la mirada perdida entre las sombras del *praetorium*, certificando que la noche estaba cayendo, inexorable, sobre el campamento romano de Tarraco.

—¿Prefieres tener al legado Aurelio Fabio a tu lado?

—No sé qué hacer —confesó Cneo Cornelio mientras cabeceaba insistentemente.

—Escribe esta noche una carta a Pomponio Matho explicándole el riesgo que aceptas al dejar marchar a tu legado. Ponlo sobre aviso para que esté alerta ante cualquier maniobra extraña que intente, y déjalo regresar a Roma. Él no es un soldado como nosotros, Cneo Cornelio, es un político. Deja que los políticos afines a tu familia, como sin duda lo es Pomponio Matho, controlen a Aurelio Fabio.

El general se quedó en silencio, acariciándose el lóbulo de la oreja derecha.

—Es posible que tengas razón.

—Claro que la tengo —aseguró el *tribuni militum* levantándose de la silla como impulsado por un resorte y apoyando sus manos abiertas en el escritorio—. Si redactas inmediatamente la carta, saldrá hacia Roma un correo en una embarcación rápida antes de que Aurelio Fabio emprenda el camino de regreso. ¡Y juro por mis antepasados que en tres días estará en manos de Pomponio Matho!

Cneo Cornelio continuó pensativo.

—Puede resultar —masculló entre dientes—. Pomponio Matho es un gran

orador, capaz de desarmar los argumentos de cualquier padre conscripto.

—Es un hombre de honor, bien lo sabes. ¿A qué persona mejor podías delegar la salvaguardia del honor de tu familia en el Senado?

El Cornelio Escipión sufrió una metamorfosis en su ánimo, antes apocado y ahora grávido de un vigor inusitado en el talante bastante precavido del general.

—Avisa al escriba, Cayo Livio. Tengo una carta que enviar a Roma con urgencia.

El *tribuni militum* salió en busca del escriba; mientras tanto, Cneo Cornelio se puso a reflexionar eufórico sobre la siniestra sonrisa que la suerte le regalaba. Estaba a punto de librarse del mayor impedimento para tener auténtica libertad de movimientos en Hispania, ya no habría nadie que le pusiera trabas a la hora de tomar tal o cual decisión. Hacía semanas que consideraba al legado Aurelio Fabio simplemente un estorbo que interfería una y otra vez en sus intereses personales. Los Cornelios Escipiones se jugaban algo más que una victoria en el campo de batalla; del futuro de esta guerra dependería el porvenir político de todos, incluidos los de la siguiente generación, entre los que ya sobresalía Publio Cornelio Escipión hijo<sup>61</sup>. El joven Escipión acompañaba a su padre en el valle del Padus, pacientes ambos a la espera de que Aníbal llegase a la Galia Cisalpina. En él se adivinaban las cualidades que hicieron a su familia grande e imprescindible para Roma. La debilidad de su cabello, que empezaba a clarear por la coronilla, lo hacía parecer un hombre de más edad; no obstante, solo tenía diecisiete años, aunque ganaba en valor a su tío Cneo Cornelio, y este lo sabía. Tal vez lo envidiase; sin embargo, lo amaba, no como a sus hijos Cneo y Publio —todavía demasiado jóvenes para servir con las armas a los intereses de la patria romana—, pero el afecto era lo suficientemente sólido como para velar por su futuro político. También Marco Pomponio Matho velaba por el honor de los Cornelios Escipiones en el Senado durante las virulentas sesiones donde cada familia patricia arremetía contra su oponente para ganar terreno dentro de las instituciones de poder de la República. Además, Pomponio

Matho mantenía informados a Cneo Cornelio, en Hispania, y a Publio, en el norte de Italia, de los acontecimientos más relevantes que azotaban al Senado. De este modo, Cneo Cornelio Escipión averiguó que el legado Aurelio Fabio había estado enviando misivas en secreto a su primo Fabio Buteo, descalificando sus actos como general y acusándolo de alta traición por negligencia en la toma de decisiones fundamentales para el buen curso de la campaña militar en Hispania.

Cuando recibió la carta de Pomponio Matho, Cneo Cornelio Escipión se sentó al abrigo de la luz de las dos lucernas que alumbraban su escritorio y leyó.

*Fabio Buteo se ha despachado a gusto en el Senado con Emilio Paulo y con tu legado mayor Lucio Vinicio. Los ha acusado, nada menos, que de traición. A Emilio Paulo lo acusó de aceptar sobornos durante su consulado el año pasado, en especial, de tu legado, para que Vinicio hijo accediese al puesto de cuestor. No será necesario explicarte las acusaciones que vertió hacia Lucio Vinicio, pues puedes imaginártelas a raíz de las realizadas contra Emilio Paulo.*

*Tampoco creas que Fabio Buteo fue condescendiente contigo o tu hermano el cónsul. En tu persona vertió la ofensa de que antepones tu futuro político a la finalización rápida y exitosa de la campaña en Hispania contra los cartagineses. Pocos senadores desconocen tu deseo de ejercer un segundo consulado, y eso no es bueno, mi buen amigo. La ambición en tiempos de guerra debe estar supeditada a la prudencia y a las victorias militares. Tanto es así que dudo de que tu hermano Publio logre una prórroga del consulado si no consigue resultados positivos ante el cartaginés Aníbal, quien está a punto de llegar al valle del Padus. Y esta actitud prudente, sin duda, beneficiará a tu familia y relanzará la prometedor carrera de tu sobrino Publio Cornelio Escipión hijo. Por consiguiente, y aunque no soy muy dado a dar consejos, pues considero que los romanos virtuosos deben tomar sus propias decisiones por iniciativa propia, sin que*

*nadie influya en aquellas, me siento en la obligación de aconsejarte que cubras tus espaldas en aquellas tierras hostiles. Cerca de ti tienes espías dedicados a escribir cartas a sus familiares, en las que transforman tu valor y buen hacer en acciones viles y pusilánimes. Sí, ya habrás adivinado de quién te estoy hablando, de tu legado Aurelio Fabio. ¿Quién si no iba a enviar misivas a Fabio Buteo?*

*Acaba con el enemigo, pero antes hazlo con el que te observa desde cerca y confabula contra ti a través de cartas repletas de embustes.*

Cneo Cornelio dejó un momento de leer. Clavó su puño en el escritorio con un golpe seco y maldijo para sí a su legado mayor. «La sombra de los Fabios siempre presente para nuestra desgracia», pensó. Con gesto grave, siguió leyendo.

*La sesión del Senado donde fueron puestas en duda la honorabilidad, no solo de los Cornelios Escipiones, sino también de los Vinicios y los Emilios, resultó ser un espectáculo triste y bochornoso donde un anciano atacaba como un desesperado a todos aquellos que suponían un obstáculo para que los Fabios alcanzasen los puestos de poder deseados por casi todos los de su familia. Y digo casi todos, puesto que el honorable Quinto Fabio Máximo Verrucoso permaneció en silencio y con el rostro disgustado durante la cruenta intervención, repleta de injurias, de Fabio Buteo. ¿Qué quiere decir eso?, pues que Quinto Fabio Máximo no comparte las palabras acusadoras del encolerizado anciano. Eso es bueno, Cneo Cornelio, puesto que la oposición de un miembro de los Fabios resta, sin duda, credibilidad a las acusaciones. Con esto no quiero decir que sea cierto lo dicho por Fabio Buteo, ya que a sus ojos actuaste negligentemente, y sabes que mi mente desprecia esa posibilidad.*

*Sabes que Quinto Fabio Máximo es una de las personas más influyentes de Roma. Dos veces ha sido cónsul y ha ocupado el cargo de censor entre ambos mandatos consulares. Es un hombre sobrio, amante de la tranquilidad y lo austero, y audaz como lo fue su abuelo Fabio Ruliano, del que heredó el*

*sobrenombre de Máximo. También es un importante punto de referencia para los Fabios porque, al igual que sus parientes, siempre defendió la posibilidad de evitar la guerra contra Cartago utilizando esa diplomacia de la que tantas veces sacó provecho Roma. No obstante, una vez declarada la guerra, se convirtió en uno de los pilares que consideran a Aníbal y su familia enemigos irreconciliables de nuestra patria, azuzando la acción militar romana como respuesta a la soberbia púnica. Pero no te confundas, Cneo Cornelio, que Quinto Fabio Máximo Verrucoso es, al fin y al cabo, un Fabio, y como tal dice cosas en público que no agradan a muchos. Lo último que le oí decir en el Foro fue su deseo incumplido de haber podido entablar negociaciones con los adversarios de Aníbal Barca en Cartago, y así debilitar los apoyos que el partido de los Bárcidas tiene en su propio país. Oh, Cneo Cornelio, ¡qué barbaridad! Al escuchar todo esto alzamos nuestras voces en pro del sentido común. Y nuestras plegarias surtieron efecto, pues Quinto Fabio Máximo puntualizó que aquello era un sueño y, como tal, era irrealizable. «Solo queda hundir nuestras espadas en la carne cartaginesa», dijo enfático. Y, por Júpiter, que la verdad asistió a sus palabras.*

*Disculpa, Cneo Cornelio, me estoy yendo por las ramas. Como te iba contando, los pretores Cayo Atilio Serrano y Lucio Manlio Vulso regresaron a Roma justo a tiempo de presidir la sesión del Senado. Habían finalizado su desastrosa labor en la campaña contra los celtas del valle del Padus, relegados del mando por tu hermano. Es verdad que los celtas del norte están espoleados por las noticias de las tropas de Aníbal en el valle del Padus, asunto que alimenta su odio contra nosotros, pero su entusiasmo en la batalla contra nuestras tropas no justifica la incapacidad de los pretores en cuestiones de estrategia militar. Las legiones que comandaban eran disciplinadas y estaban bien entrenadas, por lo que parece increíble que nuestro ejército quedase diezmado por las desordenadas hordas celtas. Teniendo en cuenta esto, comprenderás la actitud de tu hermano y la postura de ambos pretores en el Senado intentando pasar desapercibidos. Te preguntarás, entonces, qué hizo el avergonzado praetor urbanus, Cayo Atilio*

*Serrano. Pues bien, Cayo Atilio solo preguntó, me sorprendió que lo hiciese hasta dos veces, a Fabio Buteo si deseaba denunciar públicamente al legado mayor de tu ejército, Lucio Vinicio. ¿Y qué crees que contestó Fabio Buteo? Simplemente dijo que no. Fue muy astuto, ya que no tenía en su poder pruebas lo suficientemente sólidas como para ganar ningún juicio, pero sembró la duda en muchos padres conscriptos. Acto seguido, Lucio Vinicio hijo se retiró muy disgustado de la cámara.*

*Tras lo sucedido, creí que sería el momento más oportuno para tomar la palabra y deshacer todo el daño que Fabio Buteo ha realizado a nuestras familias. Créeme, restablecer la honorabilidad de tus actos en Hispania y los de tu hermano no fue tarea fácil. Fabio Buteo había derramado en los oídos de los padres conscriptos argumentaciones verosímiles para aquellos que no tienen en estima a los Cornelios Escipiones. Sin embargo, conseguí desenredar la maraña de acusaciones del anciano, y el honor familiar está a salvo.*

*La historia nos observa y los dioses nos acompañan, Cneo Cornelio.*

La hora *mane* había comenzado, trayendo consigo los fríos venideros del invierno que se avecinaba. En el *praetorium*, Aurelio Fabio esperaba erguido la respuesta definitiva de Cneo Cornelio Escipión sobre su petición de ser licenciado de sus obligaciones en Hispania para asistir en Roma a los funerales de su querido primo Fabio Buteo. El general estaba sentado tras el escritorio, inclinado y con las manos entrelazadas sobre los mapas que cubrían la superficie. Había redactado una extensa carta a Marco Pomponio Matho durante la noche y se la había dado al correo, que ya había partido hacia Roma a lo largo de la hora *suprema*. «La carta debe ser entregada en casa de Marco Pomponio Matho por tu propia mano, antes de cuatro días», le dijo a un sannita elegido por Cayo Livio Esturión como correo. La lealtad de aquel hombre nacido en el Samnio hacia el Escipión estaba más que demostrada, ya que tras la victoria de Cissa denunció ante el *tribuni militum* que había sido víctima de un soborno para asesinar al general por parte de un ilergeta que se había hecho pasar por cerretano. Gracias a la confesión del

samnita, el espía ilergeta fue ajusticiado acorde con la ley romana, es decir, decapitado. Cayo Livio Esturión se fiaba del samnita, y eso le bastó al general Escipión.

—¿Y bien? —inquirió, impaciente, el legado.

Cneo Cornelio levantó la vista despacio y observó por un instante la figura del Fabio: altivo, con la coraza esplendorosa, las manos a su espalda bajo la capa que rozaba el suelo; la faldilla de cuero encima de una túnica púrpura, y el cordón rojizo, símbolo del cargo que ocupaba, recorría su tórax desde el hombro hasta la cadera. Era una estampa brillante, propia de los dioses. «Marte reencarnado», pensó el general. Y es que parecía una deidad envejecida que apenas había perdido la majestad de su juventud. «Es una pena que sea un Fabio», volvió a decir para sí.

—Aquí tienes. Con este documento autorizo tu baja en mi ejército —concluyó mientras introducía en un cilindro la carta de licenciamiento—. Eres libre para partir hacia Roma.

El legado avanzó unos pasos y cogió el cilindro que el general le ofrecía.

—Transmite a tu familia mi pesar por la muerte de Fabio Buteo.

—Así lo haré, Cneo Cornelio.

—He pertrechado una pequeña nave compuesta por cinco remeros y una escolta propia de tu rango y tu *dignitas*.

El legado asintió ostensiblemente en señal de agradecimiento, que más tarde se convertiría en ingratitud, mientras maldecía a los antepasados del general Escipión al ver la embarcación que le había proporcionado para realizar el viaje de regreso a Roma.

Era un barco de transporte fenicio con capacidad para siete remeros, sin embargo, Cneo solo le había entregado cinco, lo que significaba que no tendría remeros de refresco durante la travesía y que con los que disponía no conseguiría la máxima velocidad que la nave podía alcanzar. Estaba provista de mástil para desplegar una pequeña vela que el legado consideraba insuficiente para conseguir un óptimo ritmo de navegación. Además, también poseía un pesado mascarón de proa con forma de cabeza de caballo que hacía

aumentar, aún más, el peso de la nave. Por consiguiente, dejó en tierra todo aquello que consideró prescindible para aligerarla, y así, con los cinco remeros y escoltado por tres soldados, Aurelio Fabio partió hacia Roma bordeando la costa hasta llegar a Emporion. Allí cambió de embarcación, contratando una nave con dos órdenes de remos, carente de mástil y velas, capaz de alejarse de la costa y adentrarse mar adentro en busca de una ruta más directa y rápida hacia Roma. Contrató en el puerto al doble de remeros necesarios para que los relevos en los remos fuesen continuos, con el fin de mantener una buena velocidad con la que recorrer en el menor tiempo posible la distancia que lo separaba de la capital romana.

Prometió pagar a todos generosamente, incluido al armador, una vez llegados a Roma. Este armador, de nombre Posino Sidón, hizo embarcar a uno de sus administradores en el barco para que se asegurase de que el legado romano cumplía con el precio estipulado por el alquiler de la embarcación. Como todo buen propietario, era desconfiado, sobre todo con aquellos que hacían valerse de sus altos cargos militares para contratar sin dinero en efectivo un barco y una tripulación cuyo coste rondaba los cuatro mil sestercios. El legado sabía que no llegaría a tiempo a los funerales de Fabio Buteo; empero, no le importaba demasiado, puesto que ya nada podía hacer por su primo. Solo ansiaba instalarse en Roma y continuar la tarea llevada a cabo en el Senado por parte de Fabio Buteo, impregnada por el odio instintivo que sentía hacia los Cornelios Escipiones y los Emilios principalmente, aunque tampoco escapaban a su labor destructiva familias patricias de menor *dignitas* como eran los Servilios, los Vinicios o los Minucios. El legado pensaba que esta guerra proporcionaría la posibilidad al clan Fabio de hundir a sus máximos rivales en el Senado, los cuales habían ido ganando terreno durante las últimas décadas en las instituciones más importantes de la República. Asimismo, sabía que tenía que enfrentarse a su pariente Quinto Fabio Máximo Verrucoso, puesto que este no era partidario de aprovechar las oportunidades que esta guerra ofrecía a los Fabios para recuperar la supremacía en los cargos políticos más relevantes. Quinto Fabio

Máximo era un patriota exacerbado que solo pensaba en una Roma victoriosa, fuera de cualquier cuestión que implicase el ascenso al poder de una familia patricia u otra. Un estratega de ideas nuevas; mal visto por muchos en el Senado y un político moderado dentro de los límites de su propio patriotismo. No tenía miras políticas más allá de la imaginada parada de las legiones triunfantes por las calles de la capital, con Aníbal y sus hermanos tras ellas, encadenados de pies y manos, sin detenerse a pensar si aquellos que encabezaban el desfile eran los miembros de las familias contrarias a la facción de los Fabios en la *Cura Hostilia*.

El viento soplaba con fuerza en alta mar y la embarcación avanzaba con rapidez a través de las aguas del Mediterráneo. El hortator se encargaba de que los remeros no aminorasen la velocidad, siendo los relevos constantes y el sonido del tambor cada vez más monótono. El legado, acodado sobre su rodilla, miraba desde la borda el horizonte acuoso en dirección a Roma. Sumergido en sí mismo, pensaba que su nombre, Aurelio Fabio, pronto sería conocido entre aquellos que siempre lo consideraron la perenne sombra de Fabio Buteo. Ahora que él faltaba, el noble nombre de Aurelio Fabio resurgiría del olvido para quedar plasmado en la memoria de las próximas progenies.

Dos días más tarde llegaron al puerto de Ostia y, desde allí, cabalgó hacia Roma escoltado por los tres soldados y el administrador del armador Posino Sidón. Las exequias de Fabio Buteo se habían celebrado a lo largo de la jornada anterior, dos días después de que la carta enviada por Cneo Cornelio Escipión llegase a manos de Marco Pomponio Matho.

Una vez en su casa del *Germalus Palatine*, Aurelio Fabio pagó los cuatro mil sestercios al administrador y despidió a la escolta.

Apenas hizo caso a su esposa, una fémina muy delgada que mostraba en la ebúrnea piel de su rostro, excesivamente arrugado, las consecuencias de una vida sin carencias de lujos, pero donde la felicidad se había ausentado demasiados años. Y solo al final de la existencia, cuando la soledad empezaba a llamar con frecuencia a la puerta, la esposa fiel se había dado

cuenta de que todo era efímero, excepto el frío que calaba hasta los huesos si se dormía en un lecho vacío. Ni el horrible mascarón que Aurelio Fabio se empeñó en colocar para adornar la cerradura de la entrada principal lograba asustar a la sombra de los recuerdos, de igual modo que lo había hecho cuando resplandecía la juventud en ella y acompañaba a su esposo a algunas de esas fiestas patricias tan aburridas y odiosas. Las miradas aviesas de los invitados, obligados a ser galantes por su posición y linaje. La sonrisa de algunos, aún imberbes, mientras imaginaban una noche de amor con la beldad que tenía por esposa el afortunado Aurelio Fabio, pues solo en los sueños podían llegar a rozar el cuerpo de una mujer tan inalcanzable. En cambio, otros muchos deseaban la muerte del Fabio para así poder aspirar al matrimonio con ella, ya que nadie dudaba de que la pena pudiese estropear tanta belleza. Cuánto echaba de menos Marcia todo aquello. *Marcia la bella*, le llegó a sus oídos la expresión por la que era conocida en toda Roma, dejando a un lado sus apellidos patricios con poca *dignitas*. ¿A quién le importaba que su origen estuviese en la familia de los Lelios? ¿A quién le interesaba ese detalle si era la beldad más codiciada? Todos suspiraban por su abrazo y no entendían cómo había podido haber contraído matrimonio con Aurelio Fabio, tan áspero en su carácter como poco agraciado en su rostro, donde los rasgos faciales algo toscos provocaban que se notase en exceso la nariz torcida y los ojos saltones. Nada que ver con su esposa Marcia. Sin embargo, el destino quiso que ella envejeciera de manera escandalosa y él, como buen Fabio, mantuviese su horrible aspecto juvenil. En el fondo, todo esto le producía a Aurelio Fabio una satisfacción ilimitada, ya que no debería preocuparse por la infidelidad de Marcia. «¿Quién desearía amar a una anciana?», pensaba socarrón. Y quizás tuviese razón en creer que nadie se sentiría atraído por su esposa; ni él se sentía con fuerzas para amarla. Así que no fue extraño que solo un ligero beso en los labios sellase su bienvenida y los meses de ausencia.

Aurelio Fabio se aseó en el *balnea*<sup>62</sup> y después se encerró, sin cenar, en el *tablinum* mientras las sombras de la noche se extendían con celeridad por la

capital romana.

Aquel otoño en Qart Hadasht era distinto a cualquier otro. Era el primero de una guerra contra Roma y la primera vez que los habitantes de aquella bella ciudad sentían miedo. El miedo paseaba a sus anchas por las calles que daban al puerto, cuya actividad comercial se había visto mermada por la cercanía, al norte, de la flota militar romana; además, las naves militares enemigas estaban fondeadas también en Sicilia, pues el rey Hierón de Siracusa había pactado con los romanos la defensa de la gran isla y de algunos archipiélagos pequeños cercanos, como las islas Eolias y Melitai<sup>63</sup>. Veinticinco naves de guerra en las costas sicilianas bajo el mando de Sexto Pomponio, lugarteniente del segundo cónsul Tiberio Sempronio Longo, provocaron que el comercio se restringiese por mar al norte de África.

Tampoco la noticia de que Aníbal había irrumpido ya en Italia y la conquista de Taurinorum<sup>64</sup>, tras tres días de asedio, hicieron que menguase el terror que sentían los habitantes de Qart Hadasht, puesto que la ocupación de la capital de los taurinos no demostraba nada a los ojos de los temerosos cartagineses que habían presenciado el horror de Cissa y la virulencia de las legiones romanas. Sin embargo, en Roma, esta noticia se vivió con gran estupor. Sempronio Longo dejó al pretor Marco Emilio la custodia de la isla de Sicilia y partió hacia la costa adriática para unir sus fuerzas a las del primer cónsul Publio Cornelio Escipión. El primer enfrentamiento con Aníbal estaba cerca.

Asdrúbal Barca era consciente del temor que se respiraba por cada rincón de aquella hermosa ciudad fundada por Asdrúbal *el Janto*, a pesar de las buenas noticias que los correos traían desde Italia. Necesitaba una buena táctica que, al reanudarse las hostilidades en primavera, hiciese menguar el poderío militar romano de un solo golpe. Desechó la idea de emprender una ofensiva contra las tropas terrestres de Cneo Cornelio Escipión, no quería ni necesitaba una derrota tan desastrosa como la de Cissa. La moral de las legiones enemigas estaría en alza desde entonces, de tal modo que de seguro

estarían organizando ya la conquista de Qart Hadasht. Sin embargo, la flota de guerra cartaginesa se encontraba indemne incluso en lo que se refería a la moral de las tropas embarcadas, pues era harto conocida la superioridad marítima de los cartagineses. Así que Asdrúbal Barca decidió equipar las cincuenta quinquerremes, dos cuadrirremes y cinco trirremes que conformaban su flota, además de armar diez quinquerremes más.

Los astilleros de la ciudad, en contraposición a la escasa actividad de los demás sectores marítimos y comerciales, comenzaron a sumergirse durante aquel otoño taciturno en una actividad febril, desde las primeras luces del alba hasta la puesta de sol. Los carpinteros púnicos eran expertos en utilizar la técnica de construcción naval denominada *en concha*. Primero, levantaban el eje de la quilla, el estrave y el codaste, tres piezas de madera cuya función era sostener el armazón del barco: concretamente, el codaste sostenía la armazón de popa y el estrave, la de proa, siendo la quilla el madero que unía a ambas; después, se construía el armazón y, más tarde, se colocaba el casco. El grado de especialización de los carpinteros les permitiría construir las diez quinquerremes dentro del plazo que Asdrúbal Barca había impuesto.

Contaban con carpinteros que habían trabajado en los astilleros de la mismísima Cartago, con una técnica distinta a la denominada *en concha*. Se trataba de una manera de construir las naves de guerra bastante más compleja y elaborada, con la ventaja añadida de que se construían con mayor celeridad. Se lo comunicaron al ingeniero naval, y este lo transmitió a Asdrúbal. En un principio, el Barca mostró cierto interés, lo que le hizo reunirse con los carpinteros que aseguraban conocer tal técnica. La reunión fue corta, puesto que el Joven se sintió abrumado ante el torrente de un lenguaje profundamente técnico. Le hablaron de cómo en la quilla se fijarían las planchas con clavijas que formarían el fondo de la carena, para luego formar el armazón hasta la línea de flotación a través de once trancaniles, uniendo los baos y las latas de la cubierta con los maderos del costado. Después, introducirían en esa especie de casco inacabado unos maderos que atravesarían la quilla y servirían de base a las cuadernas. Estos maderos, de

nombre varengas, quedarían ensamblados a las cuadernas con clavijas y espigas. Y se montarían, a continuación, las dos caras del armazón que terminarían tensando la parte superior del casco, haciendo que la superficie de la borda fuese extremadamente rígida.

Al finalizar los carpinteros tan aparatosas explicaciones, Asdrúbal se acarició el mentón y fijó su mirada en el ingeniero naval.

—¿Conocen el resto de los hombres esta técnica? —inquirió.

—No, general. Casi todos han sido excelentemente instruidos en la antigua técnica de construcción naval llamada *en concha*.

—Pues, entonces, que los carpinteros continúen trabajando como hasta ahora —dictaminó—. No disponemos de tiempo para perderlo en enseñarles.

Eso fue todo. Asdrúbal sospechaba que las legiones romanas estarían en las puertas de Qart Hadasht al finalizar el verano si no actuaba rápido. Todas sus esperanzas estaban depositadas en la flota púnica. Una victoria por mar desequilibraría la guerra a favor de los cartagineses, pues el general Cneo Cornelio Escipión quedaría aislado en Iberia. Entonces solo sería cuestión de tiempo. Los romanos no recibirían refuerzos ni apoyo logístico desde Roma, ya que la ruta marítima estaría cerrada por la poderosa flota púnica y la terrestre, dominada por Aníbal.

Asdrúbal estaba obligado a plantar cara al enemigo por mar y tierra. La necesidad hacía que la victoria fuese obligada. «Y por Baal que lo conseguiré», pensaba, recostado sobre su camastro. «Lo conseguiré», se repetía a sí mismo mientras cerraba los ojos y la oscuridad inundaba sus deseos.

---

61 El más famoso de todos los Escipiones, vencedor en el año 202 a.C. de Aníbal Barca en Zama. Gracias a su victoria, adquirió el sobrenombre de Africano.

62 Nombre con el que se designaban los baños privados.

63 Actual isla de Malta.

64 Actual Turín.

## IX

Pasado el ecuador del otoño se produjo el primer enfrentamiento entre las legiones romanas comandadas por el cónsul Publio Cornelio Escipión y el ejército cartaginés de Aníbal Barca. No fue una batalla común, sino que se redujo a un choque brutal entre la caballería de los respectivos ejércitos. El cónsul Escipión había salido de su campamento con la caballería y los *jaculatores*<sup>65</sup> a explorar el terreno, para acabar cruzándose con la caballería cartaginesa y númera de Aníbal.

Entraron en batalla los respectivos cuerpos de caballería con una enorme virulencia; además, los *jaculatores* luchaban también cuerpo a cuerpo, puesto que muchos jinetes cartagineses habían desmontado y emprendido la lucha contra los lanzadores de jabalinas romanos. La cruenta lucha se prolongó sin un vencedor claro, hasta que irrumpieron por la retaguardia romana los jinetes númera cabalgando sin freno. Aníbal había sido muy astuto al colocar a la caballería númera en los flancos mientras concentraba en el centro toda su caballería pesada. De este modo, los númera envolvieron a las tropas romanas cerrándoles el camino hacia la retirada. Por consiguiente, las tropas a caballo del cónsul Escipión se retiraron de forma desordenada en pequeños grupos.

Durante aquel enfrentamiento, Publio Cornelio Escipión hijo comandaba una *turma*<sup>66</sup> con la misión de velar por la seguridad personal de su padre, el cónsul. Cuando la victoria en el combate estuvo del lado cartaginés y buena parte de los escuadrones cabalgaron en su huida ante la mortal efectividad de la caballería númera, que también había dado buena cuenta de los *jaculatores*, el primer cónsul de Roma quedó gravemente herido y rodeado por tres jinetes enemigos decididos a rematarlo. En ese momento, Escipión hijo, haciendo gala de un valor solo adjudicable a los héroes que salpicaban la historiografía romana con las más nobles acciones, salió en ayuda de su

padre seguido de la *turma* que comandaba y asestó con su espada una estocada sobre el cuerpo de uno de los cartagineses que intentaba acabar con la vida del máximo representante militar del poder senatorial romano. Los dos púnicos que quedaban sobre sus monturas se volvieron para devolver el golpe y se encontraron con el acero de las espadas del resto de la *turma* penetrando en sus carnes como brasas mortales quemando el alma. Tras esto, la caballería romana se retiró desesperada al campamento emplazado a pocas millas al sur.

El cónsul Escipión quedó gravemente herido, sin apenas poder ejercer el mando; no obstante, con la claridad mental suficiente para dar la orden de levantar sin dilación el campamento y cruzar el río Padus por un puente provisional que inmediatamente después destruirían para evitar que las tropas cartaginesas, lanzadas a una frenética persecución, pudiesen llegar a la otra orilla. Publio Cornelio Escipión sabía que los cartagineses terminarían por atravesar el río, sin embargo, la imposibilidad pasajera de cruzarlo le daba un poco de tiempo, el suficiente para curar sus heridas y volverse a enfrentar en el campo de batalla.

Tal fue la desordenada retirada de las legiones que cientos de buenos soldados no tuvieron tiempo de pasar a la otra orilla antes de que el puente fuese destruido y quedaron a merced de los cartagineses. Una vez que los romanos, desperdigados a lo largo de la orilla septentrional del Padus, fueron interceptados por las tropas púnicas, los galos exigieron al general Barca que autorizase la matanza de todos ellos. Aníbal no cedió ante las exigencias galas y decidió apresarlos, manteniéndolos con vida para escarnio de Roma. «Sus fieros soldados hechos prisioneros por las bárbaras hordas cartaginesas», se mofaba el Barca, concedor del trato denigrante que se le daba a Cartago por parte de los orgullosos padres conscriptos. El orgullo de Roma siempre había residido en su ejército, sobre el que estribaba la altanera actitud de los romanos, y ahora este se encontraba a manos de mercenarios. No había mayor humillación para la nación fundada por Rómulo y Remo ni mayor satisfacción para un cartaginés como Aníbal Barca.

Mientras tanto, Escipión establecía su campamento al oeste del río Trebia, cerca de Placentia, confiando en que los refuerzos de su colega, el cónsul Sempronio Longo, no tardarían en llegar. Según el último despacho recibido, las legiones de Sempronio Longo habían partido ya de Ariminum<sup>67</sup>, en la costa adriática.

—Es una gran noticia —dijo el cónsul Escipión, obligado a hacer reposo ante la grave herida de su pierna derecha.

El *praetorium* se encontraba excesivamente iluminado a petición del cónsul. En realidad, Publio Cornelio Escipión hacía gala de un renovado pánico a la oscuridad desde que lo hirieran en la refriega contra la caballería enemiga. Solicitaba continuamente a sus criados lámparas para alumbrar, y de paso calentar también, la estancia donde yacía y sufría espasmos por el intenso dolor que emanaba de su herida. La luz lo mantenía despierto. En el fondo temía a la muerte, aunque él no fuese ningún cobarde. No quería morir dejando su tarea inacabada.

—Necesito solo unos días para sanar mis heridas —masculló entre una nueva acometida de dolor, acompañada de gemidos estentóreos.

Los presentes en el *praetorium*, entre los que se encontraban Escipión hijo y el *tribuni militum* Cayo Lelio, se miraron con preocupación.

—Solo preciso unos días para restablecerme —insistió mientras se secaba el sudor febril que perlaba su frente.

El Cornelio Escipión comenzó entonces a sumirse en un sueño involuntario. No quería dormir. Temía la oscuridad a la que se iba entregando; no obstante, el tónico contra el dolor que el físico le había suministrado unido a la fiebre que, poco a poco se adueñaba de su cuerpo y obnubilaba su mente, lo obligaron a rendirse plácidamente al sueño.

—No te preocupes, Publio Cornelio —tranquilizó Cayo Lelio a Escipión hijo al percibir la preocupación en su joven rostro—. El físico ha asegurado que su vida no corre peligro.

—Lo sé —contestó este mientras observaba el cuerpo dormido de su padre yaciendo en el camastro.

Pese a que Cayo Lelio fuese sobrino de Aurelio Fabio, sus simpatías no residían en el clan de los Fabios precisamente. Y aún era más evidente la antipatía hacia ellos durante aquella campaña en el valle del Padus, pues Cayo Lelio y Publio Cornelio Escipión hijo terminaron siendo compañeros de batalla unidos por la sangre y la vida. No tenían la misma edad, pues existía una diferencia de doce años entre ambos; no obstante, su amistad no se vio afectada en lo más mínimo por este detalle. Escipión hijo, de diecisiete años, tenía un fuerte carácter, propio de los Cornelios Escipiones, aunque muy distinto al del resto de los jóvenes romanos de su edad, preocupados en exceso por encontrar una buena esposa con la suficiente dote que asegurase las aspiraciones políticas de todo joven patricio. Publio Cornelio Escipión hijo no era así ni se comportaba como un advenedizo noble empeñado en aumentar su patrimonio a través de un buen matrimonio. Su máxima preocupación era Roma, su grandeza, hasta el punto de dejar atrás su *dignitas* personal para dedicar sus esfuerzos en aumentar la de su patria.

Los labios prietos de Escipión hijo, junto a su nariz aquilina, sobresalían en unas facciones dominadas por una sobria tiesura y escasa expresividad. La debilidad de su cabello era ya evidente a una edad tan temprana, algo que le desagradaba y le hacía sentirse muy molesto, en especial cuando alguien hacía referencia a su incipiente alopecia en presencia suya. Era cejijunto y poseía unos enormes ojos negros con los que lanzaba temerosas miradas que desconcertaban a muchos. Esa cualidad la poseyó ya desde niño; apartado de los juegos pueriles de los demás por propia iniciativa y excesivamente reservado, jamás tuvo amigos en su infancia, nunca los deseó ni le hicieron falta. Pasaba horas en compañía del *paterfamilias*, en el *tablinum*, para ser testigo de los asuntos que atendía; todos ellos relacionados con los muchos clientes cuyos intereses salvaguardaba. Todas las mañanas se poblaba el *atrium* de personas que ansiaban tratar con Publio Cornelio Escipión, hombre de honor y futuro cónsul de Roma, pues a nadie escapaba que su padre ejercería el mandato consular a corto plazo. Así, Escipión hijo observaba cada día con orgullo, sentado en una pequeña silla en la esquina más sombría

del despacho, cómo su padre manejaba a aquellas marionetas, inmundicia romana que se vendía al mejor postor por unos cuantos sestercios, pero a la vez, necesaria para todo aquel que aspirase al consulado; los mismos que en aquel momento luchaban con la oratoria y el soborno para que le fuese prorrogado el *imperium* de su consulado al año siguiente.

—Estoy preocupado —confesó Escipión hijo mientras paseaban sin rumbo fijo por el campamento.

—¿Por qué? —preguntó Cayo Lelio en el momento de detener sus pasos—. Los últimos correos han traído buenas noticias.

Escipión hijo también se detuvo y encaró al *tribuni militum* con esa mirada de águila que siempre se adivinaba en sus ojos cuando algo lo hacía sentir intranquilo.

—Es solo cuestión de días que las tropas del cónsul Sempronio Longo se unan a las de tu padre —insistió Lelio.

—Eso es lo que me preocupa. Mi padre, el primer cónsul, se encuentra muy débil, y Tiberio Sempronio Longo tomará el mando de todas las legiones. —Escipión hijo guardó silencio un instante mientras miraba las montañas más allá de la empalizada del campamento militar—. Y eso, amigo mío, debe evitarse.

—Pero no hay forma de impedirselo. Es la ley.

—Sí, es la ley de Roma que acabará con todo nuestro ejército. Sempronio es un hombre tremendamente irascible y posee una confianza extrema en sus acciones. Estoy seguro de que se precipitará, puesto que aspira a la gloria militar de igual modo que ansía aumentar su fortuna personal, aunque sea a costa de la muerte de miles de romanos y aliados itálicos. A él le importa tanto esta guerra que no desaprovechará la oportunidad de enfrentarse al cartaginés Aníbal y probar suerte. Oh, amigo mío, el destino de Roma y de sus soldados no debe estar en manos de un hombre así. Y menos de la Fortuna.

Cayo Lelio se mantuvo en silencio, reflexionando sobre las palabras del Escipión.

—Eso no sucederá —concluyó el *tribuni militum*—. El cónsul Escipión sanará sus heridas antes de la llegada de Sempronio Longo, y este no tendrá más remedio que acatar las órdenes dictadas por tu padre.

Sin embargo, Publio Cornelio Escipión no terminaba de recuperarse, atacado por terribles fiebres nocturnas que le impedían conciliar el sueño. Mientras tanto, el ejército cartaginés de Aníbal ya había atravesado el Padus y puesto cerco a la villa de Clastidium<sup>68</sup>, conocedor de las grandes cantidades de trigo que almacenaba allí el ejército romano. Sin el abastecimiento necesario de trigo para alimentar las legiones, estas no podrían subsistir en aquellas tierras del norte donde la mayoría de los galos estaban de parte de los púnicos; eso, sin tener en cuenta que, en la precipitada huida de las tropas del cónsul Escipión, habían abandonado buena parte de las vituallas en la orilla septentrional del río Padus, de las cuales se apropió el enemigo.

Clastidium no tardó en rendirse. Cuando el comandante de la plaza, el mesapio Dasio de Brindisium<sup>69</sup>, avistó a lo lejos el ejército cartaginés, no dudó en entregarles la ciudad. Aníbal recibió con los brazos abiertos al mesapio y a todos aquellos que renegaron de su fidelidad a Roma, haciendo ingresar en su ejército a la felona guarnición de la villa. Tras esta conquista, el cónsul Escipión trasladó el campamento a la orilla oriental del río Trebia, y Aníbal dispuso el suyo a escasas millas del romano.

Las noticias de la derrota del cónsul Escipión cerca del río Tesino y la posterior traición de la guarnición de Clastidium llegaron con celeridad a Roma, y ello sirvió para que los senadores se enzarzaran en discusiones inútiles sobre las causas reales por las que se había llegado a una situación tan sumamente delicada para las tropas destacadas en la Galia Cisalpina; no obstante, todos, sin excepción, terminaban por sentirse impotentes y temerosos ante los futuros acontecimientos. Aurelio Fabio arremetía una y otra vez contra la actuación de Publio Cornelio Escipión, consiguiendo los aplausos de más de un tercio de la cámara sin que Marco Pomponio Matho pudiera hacer nada por evitar los apoyos de muchos padres conscriptos a las

palabras del Fabio.

Lucio Cornelio Léntulo Caudino, príncipe del Senado y pontífice máximo, presenciaba con los labios prietos aquella vocería. Sentado en el estrado, aguardaba silencioso el momento en el cual tomar la palabra y lanzar sus zarpas contra Aurelio Fabio, puesto que esta vez Pomponio Matho era incapaz de desarmar con su oratoria fácil sus argumentos. Había resultado ser tremendamente astuto en el arte del razonamiento metódico, además de consagrarse como un gran conocedor de las estrategias dialécticas utilizadas por Marco Pomponio Matho. Mientras tanto, Quinto Fabio Máximo Verrucoso, a quien todas las miradas observaban de soslayo —incluida la del príncipe del Senado— permanecía sumido en su habitual silencio sepulcral.

Buena parte de los miembros de las familias opuestas a los Fabios conocían el desacuerdo de Quinto Fabio Máximo con la línea agresiva que sus parientes se empeñaban en llevar a cabo en la *Cura Hostilia*. Aurelio Fabio no era ajeno a esta circunstancia y lo visitó en su segundo día en Roma después de su regreso de Hispania.

—Nuestra familia ha de estar unida, Quinto. —Fueron las primeras palabras hacia él.

—En eso estoy de acuerdo contigo —secundó Quinto Fabio Máximo a la vez que se arrellanaba en la silla.

—El resto de familias patricias solo buscan sus intereses en esta guerra que destruirá Roma.

—En eso también estoy de acuerdo.

Aurelio Fabio adelantó su cabeza para acercarse más al rostro hierático de Quinto Fabio Máximo antes de volver a hablar:

—Debemos evitarlo, querido Quinto.

—Y así podrás buscar tus propios intereses mientras nuestros soldados mueren por defender la verdadera Roma. ¿No es esa la Roma a la que aspiras?

—¡No seas idiota! —replicó.

Aurelio Fabio se levantó del asiento y comenzó a dar vueltas por el *tablinum*.

—Debes lealtad a la familia de la que procedes —le recordó.

Quinto Fabio Máximo cruzó las manos sobre el escritorio y se inclinó levemente hacia él.

—Yo solo debo lealtad a Roma —puntualizó, haciendo enrojecer de furia las órbitas oculares de Aurelio Fabio.

—Es inútil razonar contigo, Quinto —protestó sacudiendo la cabeza por pura impotencia.

—En eso estoy igualmente de acuerdo, Aurelio. No soy razonable cuando se trata de anteponer tus ambiciones políticas al porvenir de Roma.

—Roma estaría a mejor recaudo si nuestra familia accediera a los puestos más relevantes del Estado.

—¿Acaso ansías convertirte en cónsul?

—¿Y por qué no? La *dignitas* de nuestra familia es impecable; además, tú llegarías a ser príncipe del Senado —arguyó, entusiasmado, Aurelio Fabio.

—No me conoces bien. No aceptaría tal título.

—¡No digas tonterías! Nadie en su sano juicio rechazaría ese nombramiento.

—Quizás tengas razón. No hay ni una sola alma en Roma que rehusara ser nombrado príncipe del Senado. Y es posible que yo, Quinto Fabio Máximo, esté loco; pero créeme si te digo que la patria no necesita más aspirantes a convertirse en príncipes del Senado o pontífices. ¿O quizás dudabas de que desconocía tus pretensiones, más fuertes aún que la de ejercer el consulado, de ingresar en el colegio de pontífices? —Quinto Fabio Máximo se levantó de la silla tras el escritorio y avanzó unos pasos hasta llegar a Aurelio, quien no paraba de moverse de un lado para otro en el extremo opuesto del *tablinum*—. Déjame decirte que pretendes emprender un camino que no es el correcto para llegar a ser uno de los catorce sacerdotes de Roma. No debes olvidar que el pontífice máximo es Lucio Cornelio Léntulo Caudino, y tus

cartas enviadas desde Hispania a nuestro querido y finado Fabio Buteo nada ayudaron a tus propósitos, puesto que acusabas no solo a los Emilios, sino también a los familiares del pontífice máximo, de traición a Roma.

Aurelio Fabio guardó silencio con la mirada baja, como un niño que estaba siendo reprendido.

—Es la verdad, Quinto —replicó sin atreverse a levantar la vista.

—No. Nadie está en posesión de la verdad. Ni Roma es la imagen eterna de la virtud que nos empeñamos en dar a nuestros vecinos.

—Roma es la luz.

—Y la oscuridad, mi querido Aurelio —puntualizó Quinto Fabio Máximo sentándose tras el escritorio con gesto cansino—. Roma es todo aquello que anhelamos y poseemos al tiempo: humanidad. Por eso, los romanos corrompemos todo lo que tocamos, incluso la lealtad y el honor.

Aurelio Fabio puso ceño ante esas palabras. No le interesaba lo más mínimo que su actitud corrompiera el honor de Roma si con ello llegaba a controlar la lealtad de los romanos, quienes llegarían a tomar el concepto de honor de los Fabios como modelo con el que educar a las futuras progenies. Tampoco le conmovía la retórica de Quinto Fabio Máximo sobre qué era verdaderamente Roma ni que la ambición fuese señal degenerativa de la virtud. Él solo quería saber si le ayudaría a enterrar el prestigio de las familias rivales patricias, a base de embustes si fuese necesario, para que la facción de los Fabios recuperase en el Senado el terreno perdido en las últimas décadas por miembros débiles e ineptos frente a personajes carismáticos como los Cornelios Escipiones, los Minucios o los Emilios.

—¿Me ayudarás, Quinto? —Alzó la vista, inquisitivo.

—¿A retorcer las entrañas de la patria para satisfacer tu ambición? No, no lo haré.

—¡Eres tozudo!

—Y romano, Aurelio —apostilló Quinto Fabio Máximo—. No lo olvides.

—¡Pues tozudo y romano! —exclamó, enfadado, Aurelio Fabio antes de

abandonar el *tablinum*.

Lucio Cornelio Léntulo Caudino se levantó de su asiento y alzó la mano derecha. Las voces de la cámara cesaron y, con una mirada severa, recorrió los rostros de los trescientos senadores que asistían a la sesión.

—Honorables padres conscriptos, ¿desde cuándo se ha convertido en un gallinero el Senado? ¿Acaso los romanos nos transformamos en gallinas cluecas cuando el peligro acecha en las tierras de la mismísima Italia? Yo digo que no. Roma es el presente y el futuro, y aquel que lo dude, que alce su voz en este preciso momento. Después, yo me retiraré de la vida pública, pues me niego a servir a una nación repleta de cobardes que lo único que buscan es asegurar sus fortunas y sus miserables vidas.

La cámara al completo permaneció en silencio, aunque a Aurelio Fabio le hubiera complacido que alguien hubiese alzado la voz y que Lucio Cornelio Léntulo Caudino se hubiese retirado, dejando vacante el puesto de pontífice máximo y la oportunidad para que un patricio con *dignitas* suficiente entrase a formar parte del colegio de pontífices. Y ese no sería otro que él mismo, dispuesto a todo, incluso a mandar asesinar al otro Fabio, que era pontífice desde hacía muchos años, si alguien se opusiera abiertamente a su nombramiento como pontífice en ausencia de Lucio Cornelio Léntulo Caudino, puesto que el título de pontífice estaba destinado a las personas de una misma familia. Sí, envenenaría a su pariente en el colegio de pontífices con algunos de esos brebajes que preparaban las brujas sirias, a las cuales localizaría sin problemas en el *Macellum* haciendo algunas preguntas y descargando una buena bolsa repleta de sestercios en las manos de cualquiera que no tuviera escrúpulos para mostrarle el agujero donde estas arpías extranjeras sobrevivían en medio de un ambiente pestilente e insalubre.

No obstante, nadie alzó la voz en la cámara para desgracia de Aurelio Fabio. Todo se tornó silencio y respeto para el príncipe del Senado, que aprovechó para reanudar su discurso.

—Los galos del norte nos han traicionado, excepto los cenómanos y los

vénetos, quienes siempre han demostrado ser amigos fieles a Roma. Decidme, padres conscriptos, ¿es eso también culpa del cónsul Publio Cornelio Escipión? Sé muy bien que Clastidium era un importante enclave donde nuestras legiones podían proveerse de trigo durante meses si la campaña así lo requería. Sé que los mesapios de Calabria, lugar de donde procedía el general que mandaba la guarnición de Clastidium, nos han traicionado, pues precisamente Roma jamás había contado con grandes simpatías por aquellas tierras. Sé que nuestras esperanzas residen en las legiones del segundo cónsul, Tiberio Sempronio Longo. Partieron hace varias jornadas al encuentro del maltrecho ejército de Publio Cornelio Escipión, que no dispone apenas de caballería y carece del cuerpo de *jaculatores*, además de los cientos de bajas en infantería destinada a proteger a los zapadores.

—¡Seiscientos hombres! —Se oyó una voz desde las últimas filas.

Ese fue el detonante para que comenzasen a escucharse voces en contra del cónsul Escipión. La cámara se sumió en un revuelo donde los senadores patearon y protestaron airosos acerca del precipitado desmantelamiento del campamento romano en la orilla septentrional del Padus que provocó el apresamiento por parte de los cartagineses de cientos de soldados de infantería.

—¡Un ejército consular en desbandada por obra y gracia de la caballería enemiga! —gritó Aurelio Fabio.

—¡Es vergonzoso para Roma! —exclamaron muchos senadores, sin duda aguijoneados por el comentario hecho a viva voz por el Fabio.

—¡Escuchadme, padres conscriptos! —reclamó la atención de la cámara Cornelio Léntulo—. ¿Habríais preferido que el cónsul Escipión hubiese perdido todo su ejército?

—¡No, Lucio Cornelio! —Se escuchó a alguien agazapado entre la multitud de senadores.

—Pues eso habría ocurrido si nuestras legiones se hubiesen reorganizado y plantado batalla a las tropas del cartaginés Aníbal. —Cornelio Léntulo hizo una pausa y se adelantó hasta el centro de la sala—. En cualquier libro de

estrategia podéis encontrar fácilmente la respuesta a la cuestión que hoy invade el corazón de muchos en esta sesión. ¿Deberíamos haber hecho frente a los cartagineses en vez de huir como cobardes? No; esta es la respuesta, puesto que es evidente que la caballería es una parte importantísima en nuestro esquema militar. Así pues, y teniendo en cuenta esto, el cónsul Publio Cornelio Escipión actuó con el mejor juicio que se le puede pedir a un buen general. Él no arriesgó su ejército en un combate que sabía perdido. Conocedor, sin duda, del exceso de héroes romanos yaciendo en campos ensangrentados, estimó más perentorio salvaguardar vidas que admirar la audacia de unos valientes que dieran su vida por la patria, aunque esto conllevara el hecho de que algunos tachasen su actitud de cobarde.

Lucio Cornelio Léntulo Caudino giró sobre sí mismo, con los brazos extendidos y la mirada clavada en la masa de senadores que se hallaban a su alrededor, silenciosos y expectantes ante las palabras del príncipe del Senado.

—Aquí me tenéis, portavoz de la verdad. Los embustes hay que dejárselos a falsos romanos, como Aurelio Fabio —prosiguió mientras apuntaba con el dedo índice a este, lo que provocó una nueva marea en la cámara, donde se mezclaron pitidos, vítores, pataleos y aplausos—. Sí, padres conscriptos; él, un Fabio que ha servido en el ejército durante años; y todavía arguye que por salvar de la destrucción a las legiones a su mando, el cónsul Publio Cornelio Escipión merece poco menos que la degradación pública de Roma.

—¡Retira lo que acabas de decir! —exigió el injuriado entre el acrecentado revuelo que la intervención del príncipe del Senado había provocado entre todos los senadores asistentes.

—Antes debes retirar tú las ofensas realizadas hacia la persona del cónsul Escipión —replicó Cornelio Léntulo.

—¡Eso jamás!

Y tras estas palabras, el alboroto en la cámara creció hasta el punto de no entender nadie lo que decía el de al lado. El pretor urbano, Cayo Atilio Serrano, miraba estupefacto al pretor de extranjeros, Lucio Manlio Vulso. Ambos eran testigos de cómo la masa de senadores, enfurecidos los unos con

los otros, vociferaban mientras en las puertas de la *Cura Hostilia* y en los peldaños que accedían a ella las gentes acudían, curiosas ante tal escándalo, y se apretujaban para presenciar la bochornosa escena.

Los diez tribunos de la plebe, entre ellos Metio Fulvio Gabio, se levantaron de las sillas dispuestas en posición perpendicular al estrado, donde estaban colocados los asientos curules vacíos de los cónsules y los ocupados por los pretores. Cayo Atilio Serrano decidió, a la sazón, cerrar la sesión del Senado que parecía haberse convertido en un mercado del *Subura*, repleto de impropiedades poco dignos para la nobleza de Roma.

Los tribunos de la plebe convocaron de inmediato la Asamblea plebeya e informaron al pueblo de Roma de la vergüenza que habían sentido al considerarse romanos cuando asistieron a la humillante sesión del Senado que había tenido lugar aquella misma mañana. Las voces de los senadores habían ensordecido los oídos de cualquiera. Acusaron a los patricios de no tener la solución para acabar con la guerra emprendida contra Cartago. Por consiguiente, qué mejor romano para aplastar a los púnicos bajo el poder de las águilas plateadas, insignia de las poderosas legiones de Roma, que un *hombre nuevo*. Y ese era, sin duda, Cayo Flaminio Nepote.

Las dos legiones del cónsul Tiberio Sempronio Longo se encontraban a menos de diez millas del campamento romano. Los zapadores y agrimensores marchaban en avanzadilla, con la intención de llegar al campamento levantado por el cónsul Escipión, junto al río Trebia, con el tiempo suficiente de ampliarlo y dotarlo de la capacidad suficiente para albergar a las legiones de apoyo. Con los zapadores, también viajaba Sempronio y una *turma* de caballería.

—¡Roma está salvada! —exclamó, con gran regocijo, Publio Cornelio Escipión mientras veía la figura de Sempronio Longo retirar el faldón de tela que tapaba la entrada al *praetorium*.

El cónsul Escipión se encontraba ya bastante restablecido, aunque aún no pudiera montar a caballo y tuviera que ayudarse de un cayado para caminar,

algo que quedó patente cuando intentó levantarse de su asiento tras el escritorio. Los vendajes de su pierna derecha se encontraban manchados. La herida todavía supuraba de forma ostensible pese a que el físico había decidido reducir la frecuencia del cambio de las vendas debido a su evolución positiva.

—¿Te encuentras mejor, Publio Cornelio? —se interesó Sempronio con gesto conciliador—. Tus despachos me llegaron al poco de salir de Ariminum.

—Ahora que estás aquí me encuentro mucho mejor.

—Celebro que así sea.

Escipión sirvió una copa de vino puro y se la ofreció a Sempronio.

—¿No me acompañas? —preguntó el segundo cónsul a la vez que tomaba asiento con un quejido—. Mis posaderas están demasiado acostumbradas a la forma de la silla de mi montura.

—El maldito físico me ha prohibido beber vino. Asegura que retrasa mi recuperación.

Escipión se sentó no sin dificultad tras el escritorio, pues apenas doblaba la pierna herida. Sempronio lo advirtió y se alegró por ello. No se alegraba del mermado estado físico de su colega, sino de la oportunidad que le ofrecía el Destino. Había casi transcurrido el tiempo de su consulado sin haber participado en ninguna acción meritoria por su parte; no obstante, al final de su mandato, tenía la oportunidad de acaparar el mando absoluto de las legiones, puesto que el primer cónsul de Roma se encontraba en condiciones penosas para ponerse al frente del ejército en una batalla que Tiberio Sempronio ansiaba librar pronto, antes incluso del solsticio de invierno.

—Dentro de poco contaremos con un ejército de más de cuarenta mil hombres, Publio Cornelio.

—Por desgracia, perdí mis *jaculatores* y casi toda la caballería en la refriega contra Aníbal.

—Y casi la vida —puntualizó Sempronio mientras daba otro sorbo a la copa casi vacía de vino.

—Juro que hubiese preferido perderla antes de huir derrotado. Oh, Tiberio Sempronio, ¿qué habrán dicho de mí en Roma?

—Nadie que te conozca se habrá atrevido a llamarte cobarde por lo ocurrido. Sería un embuste. Además, la desventura ha marcado a tus legiones o, al menos, eso es lo que deduzco de los continuos despachos que me has enviado.

—Eso es cierto —afirmó Escipión afligido—. Cómo olvidar que nuestros *auxilia* de origen galo también se sublevaron, siguiendo el ejemplo de sus hermanos de raza, y asesinaron a los soldados romanos que encontraron a su paso. Una muerte horrible, Tiberio Sempronio, fue la que encontraron mis hombres mientras dormían confiados en la lealtad de esos perros galos. ¡Les cortaron la cabeza! Oh, sí, un final horrendo para un romano. —Lanzó un fuerte suspiro y miró a Sempronio a los ojos—. Después de la espantosa matanza se pasaron al lado de los cartagineses: dos mil infantes y cerca de doscientos jinetes. La cruda realidad es que me he quedado sin cuerpo de caballería.

—No te atormentes más. Sabes tan bien como yo que la fuerza de nuestro ejército siempre ha residido en la solidez de la infantería. La caballería siempre ha sido un elemento complementario en nuestra maquinaria de guerra.

Sempronio se levantó y dejó su copa vacía sobre el escritorio, tapando parte del mapa de piel que Escipión tenía extendido.

—Pero enfrentarnos a los púnicos con nuestra caballería, en evidente inferioridad numérica, sería una locura. Debo reconocer, con enorme pesar, que la caballería de Aníbal es la más virulenta, ágil y veloz que he visto en todos estos años en el ejército —aseguró el convaleciente cónsul.

—Te aseguro que, antes de un mes, Aníbal habrá sido derrotado, y yo entraré triunfante en Roma al frente de las valientes legiones que hoy comandamos —aseveró Sempronio, ahíto de sí mismo y de la gloria de sus futuras victorias militares.

Escipión bajó la mirada, taciturno, y la clavó en el vendaje de su pierna

aún no restablecida para el combate.

—Creo que sería sensato, al menos por ahora, desechar la idea de realizar ofensiva alguna contra Aníbal.

—¿Qué dices? —preguntó Sempronio enarcando las cejas—. Comprendo que tus heridas infligidas durante el combate te hayan hecho ser en exceso precavido contra las hordas cartaginesas, pero no debes olvidar que somos superiores en número.

—Es cierto, dentro de unos días superaremos a Aníbal en hombres de infantería; pero la caballería...

—¡La caballería no será un problema! Dispondremos la nuestra en los flancos, como siempre, en apoyo de los *jaculatores* y las primeras líneas de infantería.

—Sin embargo, Tiberio Sempronio, si permanecemos aquí durante el invierno, pacientes, obligaríamos a Aníbal a atravesar el río Trebia para atacar nuestras posiciones.

—¿Pretendes que nuestras legiones estén recluidas mientras Aníbal saquea libremente el territorio de los galos cenómanos y vénetos, nuestros aliados, Publio Cornelio? ¿Será el saqueo y la muerte a manos de los cartagineses el precio que pagarán por permanecer fieles a Roma?

—No quiero decir eso, y tú bien lo sabes. —Escipión se inclinó hacia delante—. Sé que nuestro deber es proteger a los aliados, y más si son los únicos galos que han negado a entregar sus hombres y pertrechos al ejército enemigo. Los protegeremos, sin duda; enviaremos constantes patrullas que supervisen la seguridad de los galos cenómanos y vénetos dentro de nuestras posibilidades. Solo te pido que reflexiones. No es juicioso movilizar el grueso de nuestras tropas durante el invierno.

—Las legiones de Roma jamás han sido intimidadas por potencia enemiga alguna, y no lo estarán bajo mi mando.

—¡No seas orgulloso! —El primer cónsul se levantó como impulsado por un resorte, como si la herida de su pierna hubiese sanado ante la tozudez de Sempronio—. Aníbal es más peligroso de lo que imaginas. Se ha ganado el

favor de casi todos los pueblos de la Galia Cisalpina, y estos, movidos por su odio contra todo aquello que sea romano, alimentan el fervor guerrero de las tropas cartaginesas, cuyo general no se atreverá a cruzar las heladas aguas del río Trebia durante los meses de invierno. Mientras tanto, en Roma se elegirán a los cónsules para el año que viene y decretarán nuevas levadas, reclutarán varias legiones y estas se unirán a nosotros a comienzos de la primavera. Entonces aplastaremos al ejército púnico si no lo han hecho antes los galos que ahora vitorean el nombre de Aníbal y de Cartago. Los galos son inestables de carácter y me temo que, al no existir lucha que apague su ardor guerrero, se sublevarán antes de que acabe el invierno al sentirse engañados por las promesas falsas que Aníbal les hiciera en el otoño de acabar con las legiones romanas.

—¿Y el reconocimiento a nuestra labor? —replicó Sempronio notablemente alterado—. La gloria quedará en manos de otros, Publio Cornelio.

—¿Es que solo te interesa la gloria de la victoria? ¿Dónde queda el interés de Roma?

—Roma somos nosotros, ¿no te das cuenta?

Escipión se dejó caer en la silla para permitir el reposo a su maltrecha pierna, afectada por un dolor que la misma rabia le había hecho no sentir. Reclamaba el buen juicio a Sempronio Longo sin conseguirlo, puesto que la ambición obnubilaba el sentido común del segundo cónsul.

Sempronio era demasiado ambicioso, tanto que entregaría a su madre desnuda a los lobos si con ello alcanzaba la gloria. Poseer el defecto de la codicia no estaba mal mirado en aquella Roma que ya no conocía la honradez en la vida pública. Todo el mundo mostraba una avidez desmesurada por alcanzar algún puesto de influencia dentro del sistema político romano. Los plebeyos ansiaban ser tribunos de la plebe y hacerse clientes de algún patricio que aspirase al consulado o a algún otro puesto nada desdeñable de la élite política, pues los tribunos de la Asamblea de la plebe tenían la facultad de vetar las decisiones del Senado o las nuevas leyes; de esos vetos salían

siempre beneficiados aquellos nobles a los que servían. Este era el caso del cónsul Publio Cornelio Escipión, o el de Lucio Emilio Papo. Sin duda, los tribunos de la plebe eran los dueños del futuro de Roma. Ellos decidían en realidad quiénes iban a ser elegidos cónsules, ya que podían levantar la reputación de cualquiera del mismo modo que echaban por tierra la de las personas que no contaban con sus favores políticos. Así, por obra y gracia del tribuno de la plebe Metio Fulvio Gabio, el patricio Cneo Servilio Gémino sería elegido cónsul para desgracia de los demás candidatos. Y Cayo Flaminio Nepote sería también nuevo cónsul para el año siguiente, puesto que toda la Asamblea plebeya lo apoyaba, no en balde era un *hombre nuevo* y había sido tribuno de la plebe muchos años antes.

Todo ese intercambio de favores era habitual en la vida pública romana. El segundo cónsul Tiberio Sempronio Longo también contaba con los servicios de dos tribunos de la plebe que lo habían ayudado a tomar posesión del puesto de privilegio del que en aquel momento gozaba; sin embargo, sus influencias en la Asamblea habían desaparecido casi por completo. Marco Araico dejaba el cargo de tribuno de la plebe en ese mismo mes de diciembre y su segundo valedor, Cayo Rufo, había muerto de forma repentina durante el verano. Por consiguiente, Sempronio sabía que si todavía quedaba alguna esperanza de que el Senado le prorrogase su consulado, sería a través de una victoria militar frente a Aníbal.

«¡Tiberio Sempronio Longo, el salvador de Roma!», lo aclamaría el populacho mientras conducía, con el rostro impregnado del rojo de la victoria, una cuádriga dorada por el *Vicus Triumphalis* hasta la zona del *Velabrum*, donde se dividiría el desfile para volver a unirse en el *Circus Maximus*. Sería un verdadero espectáculo. Roma rendida a sus pies a la vez que avanzaba por la *Vía Sacra* y el *Clivus Capitolinus* y desembocaba en el templo de *Júpiter Optimus Maximus*. Sí, un verdadero sueño.

Publio Cornelio Escipión compartía ese sueño, pero a diferencia de Sempronio, no le obsesionaba. Creía firmemente en que el Destino guiaba la vida de todos, y si uno no estaba destinado a disfrutar del triunfo, por muy

ansiado que este fuese, ni los esfuerzos más encomiables podrían llegar a hacerlo realidad. Escipión era consciente de ello del mismo modo que Sempronio se negaba a entregarse a una de las evidencias más tristes de la vida. Él no estaba predestinado a regresar a Roma victorioso. Escipión lo supo desde que lo vio aparecer apartando el toldo de la entrada al *praetorium*. Con la altivez con que portaba su coraza de piel y la capa roja sobre su espalda —que casi le llegaba hasta el suelo—, y por sus andares, provocando el movimiento hipnótico de izquierda a derecha y viceversa, de las tiras de cuero de su faldilla, que también adornaban sus hombros, supo que no era el hombre adecuado para vencer a Aníbal. Una ilusión en exceso grande para un romano codicioso y demasiado seguro de sí mismo.

Aníbal Barca supo en los días sucesivos de la llegada al campamento romano de las legiones del segundo cónsul Sempronio Longo. Los galos insurrectos que habían abandonado el bando romano para pasarse al cartaginés, informaron al general Barca de los rumores que corrían sobre la persona del segundo cónsul Tiberio Sempronio Longo antes de su llegada al campamento de Escipión. Y gracias a estos rumores, Aníbal dedujo que trataba con un romano que se vanagloriaba de una enorme confianza en sus acciones, por muy imprudentes que estas pudiesen parecer, y que mostraba abiertamente un continuo menosprecio a sus enemigos. Supo de los sueños de grandeza militar que albergaba su mente y de la cualidad que más le interesaba a Aníbal: su extrema iracundia. No obstante, toda aquella información no dejaba de estar basada en los rumores con que la tropa común, de escaso linaje, distraía sus momentos de descanso; además, el general Barca no se fiaba de los galos.

El cartaginés comenzó a tejer su particular tela de araña donde atrapar a las legiones comandadas por Sempronio Longo, pues el cónsul Escipión aún no estaba recuperado y tuvo que ceder también el mando de sus tropas consulares a un pletórico Sempronio, convencido de la superior naturaleza romana frente a los bárbaros púnicos.

Aníbal decidió hostigar el territorio de los galos cenómanos, amigos de

Roma. En cuanto el cónsul Sempronio tuvo noticia de los ataques indiscriminados de los destacamentos cartagineses por tierras cenómanas, salió presuroso del campamento romano y cruzó el Trebia con buena parte de las tropas. Dispuso la caballería en formación ofensiva y colocó en los flancos a un fuerte contingente de *jaculatores*.

Los jinetes númeridas apenas plantaban batalla, sino que se acercaban en pequeños grupos hacia el grueso de la caballería romana y lanzaban sus jabalinas. Era solo una provocación por parte del enemigo. Escipión hijo y el *tribuni militum* Cayo Lelio lo sabían.

—General —advirtió Cayo Lelio inclinándose sobre la silla del caballo a la altura del cónsul Sempronio—. Todo esto es muy extraño. He tenido la desagradable oportunidad de ver en acción a la caballería númerida y juro que no actúan así.

Sempronio miró con curiosidad a Lelio.

—¿Cómo actúan si no es de la manera más vil, impredecible y menos honorable que existe? —inquirió con incredulidad y desgana ante la observación de su oficial.

—Son letales —intervino Escipión hijo, quien montaba un caballo tordo y acompañaba a la montura de Cayo Lelio—. Los africanos no rehúsan tan descaradamente la lucha. Su actitud más bien parece un intento de provocación.

—¿Y qué esperabais de unos bárbaros?! —exclamó Sempronio inquisitivo—. No olvidéis lo dicho por el augur al amanecer: «Los *lares praestites* nos son favorables en el día de hoy».

Acto seguido, hizo un leve movimiento con la mano que agarraba las riendas y puso en movimiento el caballo, cabalgando hacia una de las *turmas* de la caballería romana.

En los breves enfrentamientos que se sucedieron, la victoria fue siempre para Tiberio Sempronio Longo, algo que le hizo aumentar la confianza en sus propias cualidades como general, de las que hacía gala constantemente en presencia del cónsul Escipión. Y en las posteriores reuniones que mantuvo

con este en el *praetorium*, no se cansó de jactarse de su buen hacer como estratega.

—Atacamos por tres frentes, Publio Cornelio —narró Sempronio entusiasmado ante su aparente victoria contra los destacamentos cartagineses mandados por Aníbal—. Naturalmente, posicioné al grueso de la caballería en el centro y a pequeños escuadrones en los flancos como apoyo a los *jaculatores*. La carga contra el enemigo fue tan severa que apenas nos vieron acercarnos, las tropas púnicas iniciaron su huida, llenos de terror; aunque pudimos alcanzar a la retaguardia del ejército africano y le infligimos algunas bajas que seguramente servirán para intimidar su ánimo más belígero.

Publio Cornelio Escipión escuchaba atónito el relato de su colega. ¿Podía ser verdad lo que oía? ¡Pues claro que lo era! Su hijo ya le había contado lo sucedido en aquella escaramuza contra los jinetes nómadas; sin embargo, también le había transmitido su extrañeza ante el comportamiento de aquellos. «¿Cómo pueden huir de nosotros con tal ímpetu si hace un mes casi destrozan el cuerpo de caballería de dos legiones?», se preguntaba el joven Escipión en presencia de su padre. No tenía respuesta, nadie la tenía, ni siquiera el *tribuni militum* Cayo Lelio.

—Sin duda, hemos preparado ya el terreno para la ofensiva final contra Aníbal —prosiguió Sempronio—. Los *lares praestites* están de nuestro lado.

—Pero sigo creyendo que este no es el mejor momento para la batalla —replicó Escipión, arrellanándose en el asiento.

Sempronio puso ceño.

—¿Por qué? —protestó con una agresiva mirada inquisitiva.

—Porque se acercan los fríos del invierno y el agua del río Trebia cada día está más helada.

Escipión hablaba sin ambages y con una calma imposible de fingir, todo lo contrario que las enfatizadas palabras de su colega.

—Esta mañana atravesamos el río Trebia con la caballería y los *jaculatores* sin problemas.

—Cuando las primeras nevadas caigan sobre los Alpes, te prometo que no

habrá ser humano que resista la temperatura que alcanzará el Trebia —objetó Escipión sin inmutarse ni un ápice su tono de voz, que continuaba extrañamente sosegado.

—Iniciaremos la ofensiva antes de que llegue el invierno.

Escipión guardó silencio. La prudencia era otra de sus virtudes; sin embargo, Tiberio Sempronio Longo no la poseía. «Una desgracia para todos», pensó, puesto que, obligado a ceder el mando de sus tropas consulares al no haberse recuperado aún de su grave herida en la pierna, poco más podía hacer para evitar el desastre.

También Sempronio adolecía de varias cualidades, tan perniciosas en los romanos cual ceguera en los ojos de un vigía, que se resumían en el acto de no escuchar. Solo oía. Creía que la historia militar de Roma se escribía con nuevas hazañas, totalmente ajenas a las lecciones que los viejos maestros estrategas, diseminados por los hogares patricios romanos, impartían con tesón. La necedad de su colega provocaba en Escipión un sentimiento que amalgamaba desprecio y pena.

A Sempronio únicamente le agradaban los panegíricos de unos cuantos ilusos que jamás habían salido de la capital y que no habían sufrido las penalidades de una dura campaña militar. En definitiva, eso era Sempronio: un iluso elegido segundo cónsul que, durante el año de su mandato, no había tenido la oportunidad de adquirir la gloria de la victoria. Publio Cornelio Escipión, convencido de que su colega caería en el error de buscar el enfrentamiento contra los cartagineses antes de que acabase su consulado, escribió cartas dirigidas a Marco Pomponio Matho y al príncipe del Senado, Lucio Cornelio Léntulo Caudino. En ellas, detallaba su difícil situación; obligado a ceder el mando de sus legiones y necesitado del reposo que sus heridas requerían, profetizaba el desastre de la derrota debido a la insensatez del segundo cónsul. En palabras de Escipión, la postura de su colega no era la más lícita en aquellos momentos, pues anteponía la impaciencia y los sueños de gloria personal al interés de Roma. Por ello suplicó al príncipe del Senado que hiciera acopio de toda la fuerza posible ante la *comitia centuriata* para

que no le fuese prorrogado el consulado a Sempronio.

*Sería una necesidad que le prorrogasen su imperium durante otro año para darle la oportunidad de destruir más legiones; pues si no encuentra ocasión, estoy seguro de que las hallará mientras busca la gloria que hará perdurar su nombre en la memoria de las venideras generaciones de romanos, casi todos huérfanos de padre gracias a él.*

Con este párrafo, Escipión dio por terminada la misiva dirigida al príncipe del Senado. Acto seguido, la introdujo en un cilindro metálico, que después selló, y le entregó la carta a un oficial recomendado por el Cayo Lelio, junto con un documento en el que estaba impreso su sello anular en el que autorizaba a cambiar de montura cuantas veces fuesen necesarias, sin que los encargados de las cuadras en las villas latinas cobrasen, so pena de ser acusados de colaboracionismo con los enemigos de la patria. Era perentorio que el correo cabalgase sin descanso hasta Roma antes de que Sempronio Longo se lanzase al combate.

Aquel día de finales de otoño amaneció con una lluvia tan gélida que parecía aguanieve; al menos esa era la sensación de los soldados romanos cuando el agua acariciaba su piel y enfriaba con rapidez sus cuerpos. Faltaban tan solo dos días para el solsticio de invierno y la temperatura había bajado notablemente durante la última semana. La nieve había comenzado a poblar las cimas de las montañas que, a lo lejos, resplandecían bajo la apocada luz solar y salpicaban de una belleza sublime el horizonte.

Hacía casi dos semanas de la refriega entre la caballería del cónsul Sempronio y los destacamentos números, donde las *turmas* romanas hicieron, con su sola presencia, que los auxiliares cartagineses rehusaran el combate. Sin embargo, para el orgulloso Sempronio, su caballería había vencido a los números. Nada de aquello era real. Los jinetes números no quisieron luchar y se retiraron en completo desorden de manera intencionada, puesto que Aníbal quería que Sempronio creyese que tal huida del enemigo se debía al ímpetu de sus tropas consulares.

La lluvia pareció, por un momento, convertirse en una incipiente nevada.

Las primeras luces del alba todavía no habían llegado cuando la caballería nómida volvió a aparecer después de dos semanas. Cruzaron el río Trebia y comenzaron a provocar la ira de Sempronio lanzando jabalinas contra los vigías del campamento romano.

—Realiza el sacrificio —ordenó Sempronio al augur.

—Debemos esperar al alba, general.

—¡No podemos esperar! —gritó, iracundo, el cónsul—. La caballería enemiga se mofa de nosotros delante de nuestro campamento. ¡Haz el sacrificio!

El augur no se atrevió a darle una nueva negativa y procedió a cumplir la orden.

—Los augurios son buenos. Los *lares praestites* nos son favorables hoy —dictaminó el augur una vez realizado el sacrificio.

Entonces Sempronio organizó precipitadamente a los *jaculatores*, la caballería y el grueso del ejército en formación de ataque. Los soldados se encontraban ateridos de frío y hambrientos, puesto que el cónsul, ansioso por la victoria, no les había dejado tiempo de engullir alimento alguno. Mientras tanto, el agua de lluvia seguía acariciando la piel de aquellos que formaban la infantería, debilitando de manera ostensible la fortaleza necesaria para que cada hombre pudiese sostener las armas y el escudo.

—¡Esto es una locura, general! —exclamó el *tribuni militum* Cayo Lelio—. Los hombres están hambrientos y muertos de frío.

Sempronio espoleó su caballo y se encaró con Lelio.

—¡No hay tiempo! La batalla ya está aquí. No la hemos buscado, pero está aquí. Los soldados entrarán en calor con la lucha.

—¡No es cierto! —gritó Escipión hijo, omnipresente acompañante de Cayo Lelio—. Hay tiempo suficiente para que todos coman y se calienten junto a las fogatas. Aún no ha amanecido y la batalla no se libraré hasta que la luz del nuevo día alumbre los campos.

—Eso es lo que Aníbal espera que haga, pero no será así —replicó Sempronio, seguro de lo que decía—. Atacaremos con la caballería y la infantería ligera antes de que amanezca. Sembraremos los campos de cartagineses muertos, y la luz del alba los bañará.

—Recupera el sentido común, general —rogó el *tribuni militum*—. Por el bien de Roma.

—¡Libraremos la batalla ahora! —reafirmó Sempronio con elocuente contundencia—. Cuando esto acabe, ambos seréis acusados de indisciplina. —Se inclinó sobre el caballo hasta tener su rostro a un solo palmo del de Escipión hijo—. Ni tu padre, joven Escipión, podrá salvarte del juicio en el Foro.

Los tres jinetes estaban empapados de la fina lluvia helada que calaba los huesos. A Escipión hijo no le asustaban las amenazas de un *hombre nuevo* y lo demostró mirándolo descarado a los ojos. El tiempo se había detenido. El agua bañaba con suavidad sus cuerpos sentados sobre las respectivas monturas, erguidos e indolentes, ante el frío de la noche agonizante. Continuaban mirándose sin pestañear. Cayo Lelio sentía en sus propias carnes la tensión de aquellas miradas entrecruzadas, grávidas de un odio visceral.

—Los *lares praestites* están de nuestro lado —concluyó, al fin, Sempronio justificando su postura, notablemente incomodado por la mirada directa del hijo del primer cónsul.

Escipión hijo no pertenecía a la misma clase que Tiberio Sempronio Longo. Era superior; él lo sabía y lo demostraba de forma involuntaria en cada gesto. Había nacido en el seno de una familia patricia muy antigua, cuyos orígenes se perdían en la época en que Roma estaba gobernada por reyes. El linaje de los Cornelios Escipiones era uno de los más puros, romanos de pura cepa, y eso se notaba cuando alguno de ellos miraba directamente a los ojos.

Sempronio terminó apartando la vista. Parecía dubitativo, inerme pese al poder de la varilla de marfil rematada con la figura de un águila dorada,

símbolo del *imperium* consular concedido por el Senado, que empuñaba con la diestra. Con un repentino y brusco movimiento de las riendas, el cónsul salió al galope aprovechando el espacio existente entre las primeras líneas de la infantería ligera y se detuvo una vez hubo llegado junto a uno de los cuerpos de caballería situado en los flancos.

—Es un idiota tozudo —masculló el *tribuni militum* con los dientes apretados para sofocar la rabia ante la clamorosa ineptitud de Sempronio.

—Un *hombre nuevo* ansioso de gloria, mi buen amigo —puntualizó Escipión—. Simplemente es eso.

—Pues solo encontrará gloria para lavarse el culo.

Cayo Lelio y Escipión hijo observaron impotentes la carga de la caballería sobre los jinetes nómadas; estos, al percatarse de que cerca de cuatro mil caballeros romanos cabalgaban hacia sus posiciones, comenzaron una huida que los llevó a atravesar el río Trebia con una agilidad pasmosa. La infantería ligera romana avanzó con notable rapidez y en perfecta formación hacia la orilla occidental. Sempronio estaba dispuesto a acabar con la caballería nómada y ni las aguas heladas del Trebia le impedirían alcanzar la victoria.

—¡Que crucen el río! —ordenó el cónsul.

Y así se hizo. Los *jaculatores* llegaron a la otra orilla completamente exhaustos, con sus miembros ateridos por el efecto de la baja temperatura del agua, tanto que apenas eran capaces de sostener sus armas. El suelo que pisaban se había convertido en un enorme lodazal por la lluvia: la superficie era inestable y blanda, el barro hacía resbaladizo el terreno y en algunas zonas se hundía y dificultaba aún más la marcha. Los hombres caían al suelo ante la carencia de fuerzas, y la inanición comenzó a hacer estragos en muchos de ellos.

De repente, se escuchó una especie de estruendo ensordecedor que hizo mover aún más la tierra bajo los pies de la fatigada infantería ligera. La caballería y el grueso del ejército romano todavía tardarían algún tiempo en atravesar el río; mientras tanto, la luz del amanecer llegaba despacio y las sombras desaparecían bajo la claridad del alba incipiente. Sobre un farallón

se recortó la silueta de un bárbaro de dimensiones impresionantes, con un hacha en su mano derecha y una cetra en la izquierda protegiendo el torso. Una apariencia salvaje a los ojos de un romano. Tenía el cabello largo recogido en una trenza e iba ataviado con calzones y pieles que cubrían el pecho a modo de casaca. Parecía ser un gallo. ¡Un bárbaro gallo traidor a sus señores romanos! Un salvaje de las montañas.

Lanzó un grito en un lenguaje acerbo, ininteligible para los *jaculatores*, impropio de los galos itálicos, que produjo en ellos un estado de alarma. Como pudieron, se reorganizaron en formación defensiva y esperaron. Sabían que la peor de sus pesadillas estaba a punto de cernirse sobre ellos: el estruendo que cada vez sentían más cerca no era otro que el grueso del ejército cartaginés.

Sobre un otero cercano, Aníbal había dispuesto sus tropas. Había desplegado en una sola y extensa línea a la infantería pesada, compuesta por veinte mil hombres; después, colocó en los flancos dos cuerpos de caballería de cinco mil jinetes cada uno. Sin embargo, no era ese ejército el que temían los *jaculatores*, sino la avanzadilla que se acercaba inexorable a su encuentro: ocho mil infantes frente al grueso de la infantería ligera del cónsul Sempronio que solo contaba con seis mil hombres.

El fatal encuentro entre ambos cuerpos de infantería no se hizo esperar. Los aullidos de dolor llegaron hasta los oídos del propio Sempronio cuando atravesaba, con el grueso de las legiones, y no sin dificultad, el cauce del río Trebia, cuyo caudal por aquellas fechas había crecido de manera considerable.

La infantería ligera de Aníbal arrolló a los *jaculatores*. La matanza tomó tales proporciones que muchos romanos retrocedieron intentando atravesar de nuevo las heladas aguas del río para salvar sus vidas. La sangre embadurnó el barro y los sollozos de los soldados romanos llegaron hasta las posiciones donde Aníbal esperaba a las legiones de Sempronio, ya cercenadas de su infantería ligera.

—¡Ahí escucháis el llanto de los romanos! —gritó Aníbal a su tropa—.

¡Eso es Roma!

La lluvia caía a raudales y los cuerpos de los *jaculatores* romanos, aplastados por la infantería ligera cartaginesa, se acumulaban sobre la orilla occidental del río Trebia. Cuando Sempronio por fin llegó a tierra firme al frente de su caballería, las tropas de Aníbal ya se habían retirado, dejando solo unos cuantos centenares de soldados, en su mayoría heridos, desperdigados entre los cadáveres de sus compañeros. El cónsul descabalgó de su montura, se desprendió del casco ático de plumas rojas que protegía su cabeza y comenzó una caminata a través de los cuerpos que yacían mutilados en el barro.

La batalla resultó un desastre. Miles de cuerpos de valientes soldados romanos cercenados, pisoteados, aplastados; tirados sobre el lodazal, algunos vivos aún. Sempronio miró a su alrededor y atisbó la mirada moribunda de un soldado que agonizaba tumbado sobre otros cadáveres. La respiración entrecortada ante un hilo de vida hizo estremecer al cónsul. El soldado miró a su general con una mezcla de tristeza y orgullo. Se iba; sí, la vida escapaba despacio de su cuerpo junto a la de sus compañeros mientras sentía cómo el aire escapaba de sus pulmones, incapaces de inspirar una nueva bocanada que los llenase. Su mirada se hacía más intensa, su nariz parecía agrandarse a medida que el tórax se movía con espasmódicos impulsos cada vez más rápidos y las órbitas oculares sobresalían en demasía dentro de ese rostro marcado por la palidez de la muerte. Cuando dejó de respirar, sus ojos vidriosos quedaron clavados en la figura de Sempronio Longo.

La caballería se desplegó a lo largo de la orilla, en perfecta formación ofensiva. El cónsul echó un último vistazo a la multitud de romanos muertos, unos encima de otros. Se volvió a colocar el casco ático y montó en su caballo, abatido pero sediento de venganza y sangre.

—¡Malditos bárbaros! —exclamó, voz en grito, Sempronio, trotando al frente de las distintas *turmas* de caballería—. ¡Hoy mismo nos bañaremos todos en sangre cartaginesa!

Los jinetes aullaron al escuchar las palabras envalentonadas del cónsul.

Eran hijos todos de la gran loba que amamantó a Rómulo y Remo, y como lobos despedazarían los miembros de cada uno de los cartagineses que los esperaban pocas millas al oeste.

Pronto el grueso del ejército terminó de atravesar el Trebia y Sempronio hizo formar las dos legiones a su mando, situando la caballería en los flancos; lo que quedaba de infantería ligera lo colocó en primera línea y a la infantería pesada, reforzando el centro. Sempronio, junto con algunos *tribuni militum* y una *turma*, tomó una posición elevada desde donde podría dirigir la batalla y reorganizar las posiciones ofensivas del ejército, dependiendo de las necesidades más perentorias, durante el transcurso de la lucha.

Desbordado de un odio irracional, el cónsul no dio descanso a la tropa después del enorme esfuerzo que había supuesto para los hombres cruzar las gélidas aguas del río. Comenzó a avanzar y, al poco, la marcha se detuvo repentinamente.

—Esperaremos aquí —ordenó Sempronio.

El ejército de Aníbal era ya visible y avanzaba a buen ritmo. Las luces del día habían hecho desaparecer las escasas sombras nocturnas que abrigaron la matanza de los *jaculatores* romanos por parte de la infantería ligera cartaginesa. A las legiones les entró el miedo en el cuerpo cuando vieron aparecer por encima de las cabezas de los jinetes púnicos a unos animales enormes con cuernos y trompas larguísimas; sobre ellos estaban situados algunos arqueros. Muchos romanos no habían visto en su vida un elefante, y en ese momento quedaron extasiados ante la majestuosidad del animal. «¿Cómo venceremos a tales bestias?». Esa era la pregunta que flotaba en el aire, entre las miradas de pánico que se intercambiaban. También a Tiberio Sempronio Longo le discurría por la mente esa pregunta junto con muchos otros pensamientos, victoriosos naturalmente. «Seremos héroes igualables a Quirino si logramos salir victoriosos», se decía el general. Pero los soldados no tenían muy claro si lograrían vencer a aquel ejército cuya caballería doblaba en número a la suya. Entre las líneas de los hambrientos romanos, algunos *tribuni militum* y los centuriones escupían por sus bocas palabras de

aliento a los soldados más bisoños para que encontrasen el valor mientras veían acercarse las tropas de Aníbal, cuya primera línea estaba compuesta por íberos, galos y africanos que vociferaban en lenguajes extraños para los pueblos de refinada lengua como lo era el romano y sus aliados latinos. Las lenguas acerbas bárbaras no estaban hechas para los oídos de un pueblo elegido por los dioses para dominar el mundo, destinado a hundir su espada en todo aquel que no aceptase unir su destino al de Roma.

Las legiones de Sempronio lucharon feroces contra los cartagineses. La caballería romana se vio superada en todo momento por la virulencia de los jinetes nómadas y los elefantes, que aplastaban a aquellos caballeros que habían logrado zafarse de las estocadas enemigas. Muy pronto, los flancos de las cuatro legiones quedaron al descubierto. A pesar de que la infantería romana iba ganando terreno a medida que la batalla transcurría, la carencia de caballería que protegiese los flancos permitió que los honderos baleares y los piqueros púnicos abriesen una brecha dentro de las líneas romanas. Una vez fraccionado el grueso de las tropas de infantería, decenas de soldados romanos intentaron retroceder; sin embargo, el hermano de Aníbal, Magón, atacó por la retaguardia con un millar de infantes y un ingente cuerpo de caballería, impidiendo la huida.

Aquellas tropas habían estado agazapadas cerca del lecho de un río que discurría paralelo al Trebia y esperado pacientemente el momento idóneo para atacar a la infantería romana, demostrando a Sempronio que jamás eligió el terreno donde librar la batalla, sino que había caído, como un pánfilo, en un ardid planeado por Aníbal, auspiciado notablemente por la arrogancia del cónsul. ¿De qué le servía ahora la soberbia cuando millares de romanos caían fulminados por el enemigo?

Las legiones fueron cayendo una a una de tal modo que, antes del comienzo de la hora *ante meridiem*, la lucha ya había acabado. Sempronio fue obligado por algunos oficiales a abandonar el campo de batalla para evitar así entregar la vida de los hombres de la *turma* que tenían la misión de protegerlo, puesto que su carácter impulsivo estuvo a punto de lanzarlo

contra la fuerza que había destrozado sus tropas.

El recuerdo de aquella masacre quedaría indeleble en las mentes de los pocos que sobrevivieron al *desastre del río Trebia*, tal y como lo calificaron en Roma cuando la noticia se propagó por sus calles. Aurelio Fabio volvió a exigir en el Senado responsabilidades de lo sucedido a Publio Cornelio Escipión y, claro está, a Tiberio Sempronio Longo.

—La pérdida, no solo de un ejército consular, sino de dos, es un crimen para la patria —arguyó el Fabio mientras Pomponio Matho exculpaba al cónsul Escipión.

Más contemporizador parecía estar el príncipe del Senado y pontífice máximo, Lucio Cornelio Léntulo Caudino, al argumentar que la salida de esta delicada situación no estaba en acusar a los dos cónsules electos de *pérdida del ejército* y que más bien residía en la comparecencia ante los padres conscriptos del máximo responsable de la derrota, que a sus ojos era Sempronio Longo.

—Llamemos a Roma al cónsul Tiberio Sempronio Longo —ordenó el príncipe del Senado, de pie en el centro de la sala—. Llamémoslo y que explique cómo pudieron ser aniquiladas cuatro legiones bajo su mando.

—Los despachos oficiales remitidos a esta ilustre cámara informan del severo tiempo invernal que ya se sufre en la Galia itálica; el cónsul Sempronio apunta esto como la causa principal de la derrota tan descomunal de su ejército —informó Lucio Emilio Paulo, levantándose discretamente de su asiento en las primeras filas.

—¡Vamos, Lucio Emilio! ¡Sabes tan bien como yo que ningún ejército romano ha sido vencido jamás por una ventisca o una nevada! —objetó, en tono de mofa, el Fabio, irguiéndose orgulloso en su asiento.

Un nutrido grupo de senadores comenzó a patalear, azuzado por las palabras del Fabio. Emilio Paulo volvió a tomar asiento, desinteresado en fomentar una discusión con un personaje que tanto lo odiaba por el simple hecho de ser un Emilio.

—Llamemos a nuestra presencia al cónsul Tiberio Sempronio Longo —repitió el príncipe del Senado—. Estoy seguro de que acabará con las dudas sobre su buen hacer en la batalla que nos inunda a todos.

Lucio Cornelio Léntulo Caudino hizo una pausa intencionada. Nadie osó interrumpirla, y todos y cada uno lo siguieron con la mirada a través de su deambular por el amplio espacio destinado a los discursos de los padres conscriptos.

—Después —reanudó su oratoria—, y como la ley prescribe, presidirá las elecciones consulares.

—¡Debe ser juzgado por traición! —replicó, otra vez, Aurelio Fabio.

Buena parte de los senadores comenzaron, de nuevo, a patalear.

—¿Y qué conseguiríamos con eso? —inquirió Cornelio Léntulo—. ¿Acaso alguien en esta sala piensa que el cónsul Sempronio Longo sacrificó intencionadamente sus tropas? No, claro que no. El hombre del que pedís su cabeza para entregarla al pueblo tiene muchos defectos, pero no es ningún traidor. No debemos darle al pueblo la sensación de que hemos colocado ineptos al frente de nuestros ejércitos. La moral de las gentes debe seguir siendo alta, y eso, compatriotas, no lo obtendremos si montamos un espectáculo en el Foro, donde todos puedan ver cómo enviamos al exilio a un senador que ha ocupado el cargo consular. ¡Roma no necesita víctimas, sino héroes!

Una amplia mayoría de la cámara estalló en aplausos ante las palabras del pontífice máximo. Quinto Fabio Máximo Verrucoso no aplaudió; empero, en su rostro se columbró un gesto de satisfacción. Estaba de acuerdo con las palabras de Lucio Cornelio Léntulo Caudino: Roma necesitaba héroes, hombres valerosos que estuviesen por encima de sus intereses personales; no como su pariente, Aurelio Fabio, quien desdeñaba a aquellos que vitoreaban la intervención del príncipe del Senado.

—Es vergonzosa para Roma una derrota tan estrepitosa frente al cartaginés Aníbal —reconoció Cornelio Léntulo mientras bajaba la escalinata de la *Cura Hostilia*.

—Ciertamente, es algo humillante —secundó Lucio Emilio Papo—. Y muy pernicioso para la moral de nuestros ejércitos.

—Querrás decir para el resto de las tropas que han logrado sobrevivir. Emilio Papo carraspeó antes de preguntar, no sin cierto temor.

—¿Por qué has defendido con tal ímpetu a Tiberio Sempronio Longo?

—¿Tú qué opinas de todo esto, Lucio Emilio? —inquirió Cornelio Léntulo al tiempo que aumentaba la cadencia de sus pasos.

—Pues, lo que todos: que Tiberio Sempronio Longo es el culpable de la muerte de treinta mil hombres, aunque él asegure en los despachos oficiales que las condiciones del tiempo fuesen extremas. Un general con buen juicio no habría plantado cara al enemigo en tal situación.

—Eso es cierto; pero si hacemos lo que el bastardo de Aurelio Fabio promueve, ¿en qué estado quedaría nuestra posición? Nosotros formamos el Senado, y el Senado es Roma. No te equivoques, Lucio Emilio, Roma no la compone el pueblo ni esos tribunos de la plebe que se venden al mejor postor y que son capaces de vetar cualquier decisión de los padres de la patria.

El Foro había quedado atrás y ambos se internaban en la *Vía Nova* a muy buen ritmo.

—Eso no ocurriría si se promoviera una nueva ley por la que se volviera a la tradición más antigua de nuestros antepasados.

—¿Te refieres a que el Senado ejerza su *autorictas* después de que voten las asambleas populares? Eso es una utopía, viejo amigo. Cualquier nueva ley que apuntase en esa dirección sería inmediatamente vetada por la Asamblea de la plebe, puesto que sus tribunos perderían buena parte de la influencia política de la que ahora gozan. Además, he oído decir que tienes importantes clientes dentro de dicha Asamblea, ¿no es cierto, Lucio Emilio?

Emilio Papo dudó por un instante.

—Tengo algunos clientes, Lucio Cornelio, pero no son más importantes que los intereses de nuestra clase.

—Eso te honra.

Los dos encararon la pronunciada cuesta del *Clivus Palatinus*, y el ritmo de los pasos se redujo.

—Ven esta noche a cenar a mi casa —invitó Cornelio Léntulo.

—Allí estaré, Lucio Cornelio.

—Hasta la noche entonces.

Ambos se separaron, puesto que la residencia de Lucio Cornelio Léntulo Caudino era de las primeras del *Germalus Palatine*, y la de Lucio Emilio Papo estaba situada algo más adelante, en una zona no tan lujosa como en la que vivía el príncipe del Senado y pontífice máximo.

---

65 Infantes armados con una jabalina y con un equipo ligero que consistía en un escudo redondo y en un *gladium*.

66 Escuadrón de la caballería romana.

67 Actual Rímini.

68 Actual Casteggio.

69 Actual Brindisi.

## X

La cena que Lucio Cornelio Léntulo Caudino ofreció a Lucio Emilio Papo resultó ser un banquete propio de los dioses. La mesa cuadrada del comedor se fue llenando a lo largo de la noche de aceitunas negras y verdes, de lirones untados con miel y de salchichas fritas a la parrilla, higos africanos, carne de buey, langosta, pescado aderezado con una salsa picante, ternero hervido, cerdo asado, pasteles, frutas y uvas; todo ello bañado en litros de vino aguado.

Los dos comensales varones llevaban gruesos calcetines de lana. El comedor estaba ambientado con dos braseros, gracias a los cuales se disfrutaba de una temperatura suave en contraste con la gélida que se padecía por las calles de Roma en aquel invierno de inicio nefasto para los romanos.

Emilio Papo, recostado sobre la camilla situada a la derecha del triclinio que ocupaba el príncipe del Senado, intentaba saciar con mesura su apetito, pues no quería parecer un glotón deseoso de devorar sin mesura aquellos manjares servidos por criados discretos que no levantaban jamás la mirada.

—Una cena extraordinaria, propia de los dioses —elogió Emilio Papo mientras engullía un trozo de carne de cerdo.

—Tu presencia lo merece —contestó Cornelio Léntulo.

—Eres muy amable, Lucio Cornelio —agradeció para luego llenar su boca con un nuevo trozo de carne, esta vez, de ternero hervido.

El príncipe del Senado no volvió a abrir la boca hasta que Fluvia, su esposa, quien había estado discretamente presente en la cena, decidió retirarse a sus habitaciones para dejarlos solos.

Fluvia era una mujer romana ejemplar. Fiel, sumisa y amante de su esposo, representaba a la perfección el papel virtuoso de la mujer del príncipe del Senado y pontífice máximo. Apenas salía de su casa y pasaba las horas

tejiendo tapetes, casi sin recibir visitas; las pocas que recibía eran de la esposa del cónsul Publio Cornelio Escipión, Pomponia.

—Hoy Lucio Cornelio me ha dicho que tu hermano Marco ha tenido una intervención gloriosa en el Senado —comentó Fluvia sin apartar la vista del tapete.

—¿Hablas con tu esposo de esas cosas? —preguntó, extrañada, Pomponia.

—No exactamente; solo me cuenta algo cuando está de buen humor.

—¿Y hoy lo estaba?

Fluvia miró a Pomponia, que hacía gala de esa nariz respingona idéntica a la de su hermano Marco Pomponio Matho.

—Pues sí. Hoy tenía un humor excelente.

Pomponia se levantó y deambuló por la acogedora sala de estar en la que Fluvia pasaba horas, la cual daba a un bello jardín peristilo en el que destacaban unas columnas acopladas, adornadas en su capitel con motivos alegóricos.

—¿Eres feliz, Fluvia?

—Sí, lo soy.

—Al menos tú tienes cerca a tu esposo —musitó en tono taciturno mirando hacia el jardín.

—¿Es tan dolorosa la ausencia, Pomponia? —inquirió Fluvia con inocencia.

—Duele hasta matar.

Entonces, se echó a llorar de repente. Fluvia dejó los adminículos de tejer y la estrechó entre sus brazos. Y allí, como una madre que consuela a la hija que nunca tuvo, pues era bastante más mayor que la sollozante Pomponia, suavizó con su cálido abrazo el vacío de la ausencia del amante.

Fluvia y Lucio Cornelio Léntulo Caudino no tuvieron descendencia. «Tu esposa es estéril», le habían dicho los físicos; sin embargo, esto no fue obstáculo para que siguiera amándola del mismo modo que lo hiciera cuando su piel ebúrnea aún brillaba en los días claros de sol. Había desechado la

posibilidad del divorcio y había asumido que moriría sin hijos y que su *dignitas* personal quedaría desperdigada entre sus familiares más directos. Cornelio Léntulo se sentía demasiado viejo como para no aceptar lo inevitable, aunque aquella noche junto a Lucio Emilio Papo hiciera gala de una vitalidad extraña que achacó a los higos africanos, pues había escuchado que poseían propiedades revitalizantes. Por esto, los habían servido en la copiosa cena que acababa de finalizar, ya que necesitaba que las fuerzas no lo abandonasen tras llenar el estómago, porque quería hablar con Emilio Papo a solas.

—Bebamos un vino que no esté aguado —propuso—. Es un caldo de Falerno, suave y delicioso.

Cornelio Léntulo dio una palmada y aparecieron dos criados portando un ánfora cerrada con un tapón de arcilla que destaparon, colando su contenido, y vertiéndolo en dos cráteras, una para cada comensal.

—Está mal visto beber vino puro, lo reconozco; pero sería una lástima desperdiciar este caldo tan refinado adulterándolo con agua —arguyó el anfitrión—. ¿No piensas lo mismo, Lucio Emilio?

—Sí, sería lamentable.

Los criados se marcharon, no antes de dejar las cráteras rebosantes de vino. Emilio Papo tomó una de ellas y bebió despacio, saboreando aquel vino añejo guardado por Cornelio Léntulo en sus bodegas desde hacía tres lustros, pues se fijó que en el tapón de arcilla venía grabado el año de la cosecha a la que pertenecía: DXXI.

—Fue una buena cosecha la de aquel año —afirmó mientras le daba un buen trago a su crátera.

—Así es; una de las mejores después de acabada la guerra de Sicilia contra Cartago —puntualizó el príncipe del Senado a la vez que apoyaba el codo izquierdo sobre un cojín y soportaba la cabeza con la palma abierta de su mano, con la mirada aquilina sobre el rostro de su huésped—. No obstante, no te he invitado a cenar solo para que pruebes el excelente vino que guardo en mis bodegas.

Emilio Papo miró a Cornelio Léntulo con curiosidad.

—He recibido varias cartas de Publio Cornelio durante las dos últimas semanas —prosiguió—. Incluso antes de que los despachos oficiales de Sempronio Longo infectaran con mentiras los oídos de los padres conscriptos. En ellas, nuestro primer cónsul vierte toda la verdad sobre la derrota junto al río Trebia.

—Muchos senadores no creen en los despachos llegados del frente.

—Sí, muchos sospechan abiertamente que Sempronio Longo es un traidor que sacrificó a treinta mil hombres en pos de su gloria personal; no obstante, no hay pruebas que consoliden tales acusaciones para que sea juzgado por traición en el Foro.

—De todos modos, Lucio Cornelio, no podemos juzgarlo por traición.

—Bien sabes que no encontraría mayor satisfacción que la de destrozarse la reputación de un *hombre nuevo*, un plebeyo que osa codearse con los de nuestra clase. Somos los legítimos romanos, elegidos por Quirino para gobernar la masa del pueblo. Pobres zoquetes que no sabrían ni limpiarse el culo si no fuese porque nosotros se lo enseñamos.

Cornelio Léntulo tragó algunas uvas con enorme deleite mientras su huésped bebía de la cratera, evitando así interrumpir la perorata del anfitrión, quien con esa pausa intentaba que su interlocutor tomase la palabra y dejase ver su parecer. Ante el silencio de Lucio Emilio Papo, el príncipe del Senado reanudó su razonamiento una vez que dio cuenta del resto de las uvas.

—Oh, Lucio Emilio, pero otra cosa es animar a la plebe a que juzgue a un cónsul de Roma. ¿En qué nos convertiríamos entonces? Yo te lo diré: en verdugos que pronto cercenarían sus propias cabezas a la mínima sospecha que tuviesen sus enemigos.

—Ya me imagino a Aurelio Fabio encolerizado y mandando a los tribunales a más de la mitad de los padres conscriptos por considerarlos traidores al honor que todo buen romano debe poseer —bromeó.

—¡Los tribunales se colapsarían!

—Es cierto, pero Roma sería la depositaria de unos valores

extraordinariamente virtuosos —se mofó Emilio Papo.

Ambos rieron con entusiasmo. El deporte preferido de Lucio Emilio Papo desde la llegada a la capital de Aurelio Fabio consistía en burlarse de él a la mínima oportunidad que se le presentase. Y, por Júpiter, que a Lucio Cornelio Léntulo Caudino también le empezaba a gustar la sana afición de reírse, aunque fuese del Fabio.

—Los dos conocemos perfectamente la formación de combate de nuestras legiones —aseveró Cornelio Léntulo—. Cada legión está articulada en manípulos formados por dos centurias a las que pueden integrarse los *vélites*<sup>70</sup>. En el combate, los manípulos de *hastati* se colocan en primera línea, apoyados por los *vélites*, después posicionan a un manípulo de *principes* entre los intervalos que dejan los de la primera línea para luego rellenar con los *triarii*, reforzados también con *vélites*, los huecos dejados por los manípulos de *principes*. La caballería se sitúa en los flancos y los *jaculatores*, como apoyo a las primeras líneas. Nuestro ejército tiene la flexibilidad de apretar o abrir las líneas dependiendo de las peripecias de la batalla. —Dio un sorbo a su crátera—. Pues bien, esto tan elemental que he dicho parece que el cónsul Sempronio Longo lo desconocía, o esa fue la sensación que tuve cuando me enteré, gracias a las cartas de Publio Cornelio, del extraño despliegue de tropas que realizó durante la batalla junto al río Trebia.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, intrigado, Emilio Papo.

—Que si Sempronio Longo fuese acusado de *pérdida del ejército*, sería despojado inmediatamente del rango consular, confiscados todos sus bienes y desterrado de por vida a la cloaca más inmundicia de Italia.

—Sería condenado más bien por su incompetencia.

Cornelio Léntulo se rebulló en el triclinio y continuó argumentando:

—En efecto, y no sería justo que el primer cónsul de Roma pagase los platos rotos de una mente inútil para la guerra.

—¿Y qué podríamos hacer para evitarlo? —insistió Emilio Papo.

—Pues negarle a Sempronio Longo el acceso al proconsulado en favor de mi pariente Publio Cornelio Escipión.

—¿Y cuál es el destino que tienes pensado para el procónsul Escipión? —volvió a preguntar.

Lucio Cornelio Léntulo bajó la mirada, pensativo, hacia la cratera que aún contenía buena parte del vino servido por los criados.

—Lo ideal sería mantenerlo en la Galia itálica.

—Muchos en el Senado se opondrán a tal cosa arguyendo que fue uno de los responsables de la pérdida de dos ejércitos consulares frente a las tropas cartaginesas.

—Lo sé —afirmó Cornelio Léntulo—. Por eso he pensado que podía ser más útil para Roma enviarlo a Hispania, junto a su hermano Cneo Cornelio.

—¿Y desplazar a Cneo Cornelio Escipión del mando cuando el hispano ha sido el único frente que nos ha dado alguna satisfacción? Nadie querrá hacerlo, y menos tras la clamorosa victoria de nuestras legiones en Cissa —coligió Emilio Papo—. Además, debes tener en cuenta los numerosos acontecimientos extraños acaecidos en los territorios romanos desde que comenzó el invierno.

—Sí, he oído hablar de ellos —observó Cornelio Léntulo, sentándose en el borde del triclinio—. Dicen incluso que, en el *Forum Holitorium*<sup>71</sup>, una mujer parió cuando llevaba solo seis meses de gestación y que el recién nacido gritó «¡triunfo!».

—¡Y en el Picenum cayó una lluvia de piedras! —apostilló Emilio Papo imitando al anfitrión, pues resultaba una actitud malsana que el huésped permaneciese recostado una vez que el primero hubiese abandonado tal postura.

—Sin embargo, esas son cosas que no deben hacernos perder el juicio ni castigar a uno por los errores de otro. Debemos convencer a la mayoría de la cámara de que, mandando a Publio Cornelio a Hispania con *imperium* proconsular, no estamos destituyendo a un buen general como lo es su

hermano Cneo, sino que estaríamos reforzando el mando de nuestro frente hispano con dos mentes privilegiadas para la batalla. Con tal ventaja, alcanzaremos la victoria frente a un enemigo mermado moralmente, a la cabeza del cual tenemos a Asdrúbal Barca, hermano de Aníbal: un cartaginés limitado en lo que se refiere a sus cualidades logísticas y estratégicas.

—¿Cómo sabes tanto de ese tal Asdrúbal? —inquirió Emilio Papo tras un eterno sorbo por el que casi acaba su ración de vino—. Los despachos de Cneo Cornelio no dicen nada a ese respecto.

—No lo sé —declaró Cornelio Léntulo entre carcajadas—. Pero, al fin y al cabo, solo es un cartaginés como cualquier otro.

—¿Dirías lo mismo de su hermano Aníbal?

—Lo mismo —aseguró, convencido de su teoría, que alzaba a los romanos a la categoría de semidioses, ya que Cornelio Léntulo creía firmemente que los hijos de Roma contaban, desde el nacimiento, con el favor de los dioses para dominar el mundo conocido y erguir el *vexillum* de las legiones en todas y cada una de las naciones bárbaras.

—Él ha derrotado a nuestros ejércitos, no lo olvides.

—Ese es el gran problema de muchos de los padres de la patria, Lucio Emilio; que hacen gala de una mente obtusa dominada por el miedo y la superstición. Nos dicen que Aníbal es un semidiós, y nosotros no hacemos otra cosa que ponernos a temblar como una barragana ante el nuevo amo bárbaro de Roma. Nos dicen que es capaz de provocar las más crueles muertes con solo recitar oraciones oscuras a los dioses púnicos, y sin duda buena parte del Senado se pondría a adorar a las deidades africanas con más ímpetu como nunca lo hicieran a las de Roma. Aníbal venció a las legiones por la mala cabeza de Sempronio Longo y la incapacidad manifiesta de Publio Cornelio de hacerse con el mando, debido, como ya sabemos, a la convalecencia de sus heridas de guerra. Cualquier otro, entre los que te incluyo, lo habría vencido con facilidad. Y eso es lo que quiero demostrar trasladando a Publio Cornelio a Hispania con *imperium* proconsular prorrogable hasta que la amenaza púnica desaparezca de aquellas tierras.

—¡Cuenta con mi apoyo! —exclamó Emilio Papo entusiasmado.

—Sin embargo, ¿tendremos el apoyo de tu pariente Lucio Emilio Paulo? —inquirió Cornelio Léntulo antes de dar un largo sorbo a su crátera.

—Hablaré con él. Le encantará la idea de apoyar la moción de prorrogar el consulado a Escipión, teniendo en cuenta que nuestro odiado Aurelio Fabio opta por juzgarlo en el Foro ante todo el pueblo.

—Sería excelente, pues también ha sido elegido tribuno de la plebe uno de los clientes de Publio Cornelio, un tal Mario Felpino: un banquero de Lavinium, un mal bicho en definitiva, que labró su fortuna cobrando intereses desorbitados a los armadores de Ostia y de la misma Lavinium.

—Abogará entonces por la prórroga del *imperium* consular de Escipión.

—Desde luego —confirmó Cornelio Léntulo al tiempo que se levantaba del triclinio y dejaba su crátera a medias encima de la mesa cuadrada del comedor.

—Existe un detalle importante que no ha quedado claro: el futuro de Sempronio Longo. Si no es conveniente que sea juzgado por *pérdida del ejército*, ¿qué será de él? —preguntó Emilio Papo de pie, ya frente a Cornelio Léntulo—. No podemos borrarlo de un plumazo de la vida pública.

—Ah, sí. Tiberio Sempronio Longo... Cuando regrese a Roma para presidir las elecciones, pues hay que evitar a toda costa que se nombre un cónsul *suffectus*<sup>72</sup>, tendrá que volver a la Galia itálica al frente de nuevas tropas; no obstante, sus funciones serán limitadas. Es muy probable que el Senado le prohíba entrar en batalla.

—Según tus palabras, solo tendría la misión de guiar nuestras tropas hasta el lugar donde se le indique y esperar allí a que sea relevado por el próximo cónsul electo —coligió Emilio Papo escéptico.

—Así será casi con toda probabilidad —aseveró Cornelio Léntulo—. Ninguno de los despachos de Sempronio Longo ha sido lo suficientemente convincente como para que algún padre de la patria consienta darle, de nuevo, la oportunidad de destrozar otro ejército.

—Sempronio Longo gozaría de un *imperium* consular limitado por el Senado. Eso nunca ha ocurrido. El *imperium* de un cónsul electo siempre ha sido intocable.

—Hasta ahora, Lucio Emilio. Hace ya bastantes días, envié un correo a Publio Cornelio pidiéndole que remitiese otro a Mario Felpino para que instara a este a promover una nueva ley que nos permita hacerlo —explicó Cornelio Léntulo mientras paseaba frenético de un sitio a otro del comedor—. Si todo se cumple como tengo planeado, Felpino presentará, en pocos días, ante el Senado, el proyecto de ley por el que podamos restringir el *imperium* consular a cualquier cónsul que, con su actitud, demuestre ser un inepto para el mando militar.

—Me aventuro a presagiar que el Senado la aprobará sin apenas oposición —apostilló Emilio Papo, quieto y observando el deambular nervioso de Cornelio Léntulo.

No es que el príncipe del Senado y pontífice máximo fuese un hombre poco calmoso, sino más bien que su mente trabajaba al ritmo del movimiento de sus pies; y en ese momento, se encontraba hiperactiva.

—No tengas la menor duda, Lucio Emilio. —De repente, se detuvo—. Además, te digo que la Asamblea de la plebe vitoreará el nombre de Mario Felpino, puesto que los ánimos están muy alterados por el desastre del río Trebia. ¿Y a qué nos conduce esto? A que se lo piensen dos veces esos cónsules plebeyos, indignos de llevar tal rango, cuando decidan dejar en manos de la Fortuna las tropas consulares bajo su mando; aparte de que aseguraremos la prórroga del *imperium* consular de Publio Cornelio. De esto último nos encargaremos nosotros envenenando los oídos de los padres conscriptos indecisos para que desoigan los argumentos de ese bastardo de Aurelio Fabio.

—¡Qué inspiración, Lucio Cornelio!

Los dos rieron con grandes carcajadas que amenazaron con desencajar sus mandíbulas.

Lucio Cornelio Léntulo Caudino apoyó, en la *Cura Hostilia*, la intervención de Mario Felpino, más tarde aclamado por la Asamblea de la plebe. La nueva ley fue aprobada por unanimidad ante el regocijo de todos. «No habrá jamás un segundo Tiberio Sempronio Longo», opinaron muchos.

Cayo Flaminio Nepote no pensaba igual. Su elección como cónsul en los comicios que estaban a punto de celebrarse era ya un hecho. Y, en aquel justo momento, una nueva ley amenazaba con restringir su *imperium* si sus acciones no llegaban a ser del agrado del Senado. Él pensaba que, para vencer a Aníbal Barca, haría falta algo más que sentido de la legalidad: se necesitaba audacia para osar derrotar al cartaginés, no edictos ni nuevas leyes. La misma audacia que tuvo en el río Trebia Tiberio Sempronio Longo, al que, días más tarde de la aprobación de la nueva ley de Mario Felpino, encontró nervioso en el centro de la ilustre cámara ante las inquisitivas miradas de los padres conscriptos.

Ataviado con su panoplia de gala, sin la espada de empuñadura dorada ni la vaina de cuero, y con las manos en la espalda, agazapadas tras la capa roja, separada dos palmos del suelo de mármol, y con la cabeza baja, parecía un dios caído en desgracia. Intentaba dar explicaciones de su conducta, sin muchas esperanzas de que fuesen admitidas como buenas por la masa de senadores furiosos que escuchaban, indolentes, cómo Sempronio Longo repetía una y otra vez que las circunstancias climáticas habían condicionado la increíble derrota de las legiones consulares romanas. Cerca de treinta mil muertos; todos ellos se pudrían a la intemperie, puesto que no tuvieron modo de recoger los millares de cadáveres y hacerles un enterramiento digno de un romano. Todos los padres conscriptos sentían vergüenza ante las mismas palabras que habían escuchado en boca del pretor urbano Cayo Atilio Serrano cuando leyó ante la cámara los funestos despachos oficiales.

No obstante, el verdadero revuelo se formó cuando Sempronio Longo informó que el cónsul Escipión, convaleciente aún de sus heridas, tuvo que refugiarse en la ciudad de Placentia, pues las tropas de Aníbal habían cruzado el Trebia con la intención de ocupar el terreno confortable en el que estaba

dispuesto el campamento romano, cerca de la orilla oriental del río. Solo los galos cenómanos y los vénetos seguían siendo fieles a Roma. Además, los aliados latinos integrados en las legiones dentro de los *auxilia* habían recibido la libertad por parte del cartaginés Aníbal; en cambio, a los soldados con ciudadanía romana los condenaron a duros trabajos y eran escasamente alimentados.

—¿Cómo llegaron tales noticias a tus oídos, Tiberio Sempronio? —inquirió Quinto Fabio Máximo Verrucoso con gesto grave.

—Muchos de los *auxilia* liberados volvieron a incorporarse en nuestras tropas, resguardadas en Placentia, donde el cónsul Publio Cornelio Escipión y yo mismo fuimos informados —respondió.

—¿Y Aníbal no decidió sitiar Placentia? —preguntó, de nuevo, Quinto Fabio Máximo.

—No, no lo ha hecho; al menos hasta que emprendí mi viaje de regreso a Roma —contestó, hierático, Sempronio Longo, sin atreverse a mirar a los ojos a su interlocutor. «Esa era la diferencia entre un *hombre nuevo* y un patricio», pensó Lucio Cornelio Léntulo Caudino, sentado en el estrado con los labios prietos y sumido en un silencio ya habitual en él.

Muchos, con Aurelio Fabio a la cabeza, vociferaron y abuchearon a Sempronio Longo; este, inmóvil en medio de la cámara, sin que balancease una sola de las tiras de cuero de su faldilla, aguantó estoico la tempestad. Tardaron algún tiempo en calmarse los senadores iracundos, agotados de realizar gran variedad de acusaciones con desmesurado ímpetu. Sin embargo, Sempronio Longo parecía impasible cual estatua de terracota; había levantado hacía tiempo la vista y miraba al frente, y más disimuladamente a los senadores que gritaban su nombre y manchaban el honor de su familia con insultos poco adecuados para sus refinadas gargantas. Se quedaría con aquellas caras. Guardaría en su memoria los rostros desencajados por la furia. Jamás olvidaría el odio que hacia él expresaron por el único hecho de servir a Roma lo mejor que supo.

—¡Gracias a los dioses! —exclamó Lucio Cornelio Léntulo Caudino

mientras bajaba la escalinata que daba acceso a la sede del Senado—. Pues el pueblo de los vénetos es el que nos asegura que las tropas del cónsul Escipión puedan recibir, a través del río Padus, las vituallas necesarias para pasar el invierno.

—Debemos organizar los envíos de víveres lo antes posible, Lucio Cornelio —aconsejó Quinto Fabio Máximo, quien, junto a Lucio Emilio Paulo, acompañaba al príncipe del Senado.

—Tienes razón —reconoció Cornelio Léntulo—. Necesitaremos una persona competente que pueda realizar esta tarea con destreza y buen juicio.

—Podríamos dársela a Lucio Manlio Vulso —sugirió Emilio Paulo.

—Manlio Vulso es un zote —espetó Quinto Fabio Máximo con voz queda.

—Puede ser un militar algo torpe... —terció Cornelio Léntulo.

—Un inepto que no supo sofocar ni siquiera la revuelta de los celtas boios el otoño pasado —interrumpió Quinto Fabio Máximo.

—Sin embargo —prosiguió el príncipe del Senado—, necesitamos más sus dotes de marino que sus nulas cualidades para el mando militar.

—Debo reconocer, aunque no me guste, que Lucio Manlio Vulso tiene ascendientes muy arraigados al mar —afirmó Quinto Fabio Máximo meneando la cabeza.

—Él ha navegado más que todos nosotros —añadió Emilio Paulo al tiempo que asía con dos dedos un pliegue de su toga a la altura del pecho.

—Su pretorado está a punto de acabar y hasta él mismo sabe que no le será prorrogado por la derrota contra los celtas boios —concluyó Cornelio Léntulo—. Es la persona idónea para organizar el envío de las vituallas a través del río Padus.

—¿Y cuántos barcos harán falta? —preguntó Quinto Fabio Máximo.

Cornelio Léntulo se quedó pensativo por un instante, acariciándose el mentón con su huesuda mano.

—Yo creo que una flota bastará —concluyó—. Hay que tener en cuenta

que cuando enviemos nuevas tropas a la Galia itálica, sería conveniente establecerlas en nuestra otra colonia importante de la Cisalpina, en Cremona. Así aseguraremos dos plazas muy valiosas para nuestros intereses en el valle del Padus.

—Dos ciudades, Placentia y Cremona, que pueden perfectamente ser abastecidas a través del cauce del río —apostilló Emilio Paulo.

—Así es —confirmó, satisfecho, Cornelio Léntulo—. Serán cerca de cincuenta mil hombres a los que tendremos que alimentar durante el invierno.

—Eso costará bastante dinero —objetó Quinto Fabio Máximo—. ¿Podrá el Tesoro soportar tales gastos?

—Reduciremos el peso del as<sup>73</sup> si es necesario —contestó Cornelio Léntulo con pasmosa rapidez.

—La devaluación de la moneda no es la solución —refutó Emilio Paulo.

—Pero es la mejor medida que podemos adoptar —afirmó el príncipe del Senado—. Nuestras legiones están formadas básicamente por pequeños propietarios de tierras, todos ellos muy endeudados. Si devaluamos el as, sus deudas también se reducirán.

—No olvidemos que los agricultores soportan el esfuerzo que supone reclutar varias legiones —añadió Quinto Fabio Máximo, ya convencido con la idea—. Y una alegría en medio de este caos no les vendrá mal.

—Si con esto evitamos que los más jóvenes huyan para eludir su reclutamiento —advirtió Emilio Paulo.

—Los jóvenes agricultores, Lucio Emilio, no intentan escapar de sus obligaciones para con la patria. Lo que ocurre es que no pueden permitirse abandonar sus cosechas cuando las deudas ahogan su futuro —explicó, en tono condescendiente, Quinto Fabio Máximo.

—De todos modos, no hay futuro sin Roma —dictaminó Emilio Paulo, de personalidad profundamente marcada por la diferencia de clases.

Lucio Emilio Paulo había crecido en un ambiente caracterizado por la supremacía patricia de una familia que se consideraba superior al resto; y esta

lacrata que arrastraba desde la infancia lo hacía comportarse con sus iguales como un aristócrata desfasado y caduco en ciertos momentos, en especial, si las clases más bajas a la suya salían beneficiadas por alguna medida promovida por alguien de los de su clase.

—Yo me encargaré de hablar con los cuestores del Tesoro —dijo Cornelio Léntulo—. Y ellos mismos presentarán las cuentas a los padres conscriptos.

—¿Lo conseguiremos?

—Por el bien de Roma espero que sí —deseó, esperanzado, Quinto Fabio Máximo con semblante escéptico.

—El erario estará de acuerdo —aseveró, tajante, Cornelio Léntulo—. Me alegra que, por una vez, olvidemos nuestras rencillas familiares, Quinto Fabio, y trabajemos en común para ganar esta guerra —añadió a la vez que le palmeaba la espalda.

—Primero está Roma —concluyó este.

Las elecciones consulares se habían celebrado. Cneo Servilio Gémino y Cayo Flaminio Nepote fueron los aspirantes más destacados en las votaciones de la *comitia centuriata*, que aglutinaba a los romanos en cinco clases, cada una de ellas determinada por el carácter económico de sus miembros. No obstante, la sorpresa surgió cuando Servilio Gémino se convirtió en el candidato más votado por la centuria de la tercera clase, gracias, en parte, a la labor que Metio Fulvio Gabio había realizado durante sus dos últimos meses como tribuno de la plebe.

El nombramiento de Cneo Servilio Gémino como primer cónsul fue inevitable. Fulvio Gabio había sobornado con cantidades nada desdeñables a personajes influyentes dentro de las centurias de algunas clases; en concreto, de la tercera y la cuarta. La reputación del resto de candidatos patricios fue mancillada con injurias durante las reuniones que tuvieron lugar en el Foro, donde, subidos a la tribuna de los Espolones, arguyeron a voz en grito los muchos vicios de los que eran víctimas casi todos los aspirantes al consulado para el próximo año; todos menos, claro está, Cneo Servilio Gémino y Cayo

Flaminio Nepote.

Servilio Gémino era la máxima representación de la honorabilidad y honradez romana, en palabras de Fulvio Gabio, quien aprovechó las acusaciones de corrupción que el finado Fabio Buteo había lanzado al inicio del otoño contra Lucio Emilio Paulo. «Con Cneo Servilio nada de esto ocurrirá», había proclamado el tribuno de la plebe mientras hacía llegar el impoluto prestigio personal del Servilio hasta los barrios más marginales de Roma. «No habrá un patricio mejor que Cneo Servilio para comandar nuestras legiones consulares contra Aníbal», había argumentado Fulvio Gabio en el Senado cuando fue recriminado por los demás candidatos por atreverse a macular el buen nombre de sus familias con embustes propios de una barragana del *Subura*. «Si las barraganas tuviesen la misma talla moral que Cneo Servilio, sin duda, tendrían mi apoyo para que les fuese ofrecido el mando de las legiones consulares», había respondido a las imprecaciones del resto de aspirantes al consulado. Mientras tanto, Cneo Servilio Gémino había permanecido sentado, sin mover un músculo para defenderse (no necesitaba hacerlo), mirando de soslayo a su valedor Lucio Emilio Papo, cuyo rostro fue dominado por un rictus de satisfacción.

De nada sirvieron las quejas de las familias patricias perjudicadas por la telaraña de acusaciones tejida por Fulvio Gabio ante el cónsul encargado de presidir las elecciones, puesto que el sistema electoral funcionó de manera ejemplar.

Cayo Flaminio Nepote, visiblemente disgustado, tuvo que conformarse con el puesto de segundo cónsul. Él, un *hombre nuevo*, ansiaba encabezar la lucha en la guerra contra Aníbal, empero, la nueva posición de Cneo Servilio Gémino como comandante en jefe se lo impedía.

—¡Es un contratiempo, una profunda desgracia para Roma! —chilló Flaminio Nepote—. Yo, que he puesto nombre a la ruta que atraviesa los Apeninos, condenado a ser un simple segundo cónsul en favor de un Servilio.

—El primer cónsul es débil —tranquilizó Tiberio Sempronio Longo.

—¡Bah! Como casi todos esos patricios —despreció Flaminio Nepote—.

El Senado no quiere darse cuenta de que Aníbal debe ser vencido con el arrojo de hombres audaces, como tú y yo, Tiberio Sempronio.

—Estoy de acuerdo; pero, en vez de percatarse de esta lógica, esos carcamales han intentado acusarme de *pérdida de ejército*. ¡Cómo quieren que derrote al cartaginés sin que se produzcan bajas!

—Menos mal que entre esos carcamales a veces hay atisbos de inteligencia —observó Flaminio Nepote—. Me refiero al príncipe del Senado y a Lucio Emilio Paulo. Ellos te han salvado de que seas pisoteado por toda Roma en el Foro.

—Tampoco les interesaba —advirtió Sempronio Longo, engreído.

—Un general que ha gozado de *imperium* consular debería ser intocable —afirmó Flaminio Nepote, desviando cautelosamente la conversación.

—Y así era, Cayo Flaminio, hasta que Mario Felpino impulsó la ley por la que el Senado puede limitar el *imperium* de un cónsul si sus acciones no cuentan con el beneplácito de la ilustre cámara. Mírame, me han puesto al frente de dos legiones que tengo que trasladar hasta Placentia con la orden de eludir cualquier acción ofensiva contra el enemigo a toda costa, aunque la situación se nos presente favorable.

—Es indignante —apostilló Flaminio Nepote—. Ese Mario Felpino es cliente de Publio Cornelio Escipión y se ha vendido a los intereses de la clase patricia.

—¿Y quién no se vende hoy día en Roma? —preguntó, cabizbajo, Sempronio Longo.

—Yo no, Tiberio Sempronio —respondió con voz altisonante Flaminio Nepote—. Jamás.

Cneo Servilio Gémino conoció la noticia de su nombramiento la misma tarde de las elecciones. Sin pérdida de tiempo, abandonó la pequeña fiesta familiar que daban en su honor y se encaminó hacia la casa de Lucio Emilio Papo, en el *Germalus Palatine*.

—Gracias, Lucio Emilio —dijo nada más entrar al *tablinum*, sonriendo y

mostrando una impecable dentadura.

—Dáselas al tribuno de la plebe Metio Fulvio Gabio —replicó secamente.

De nuevo, la sequedad de los Emilios. Servilio Gémino odiaba esa faceta de su máximo valedor, puesto que le provocaba un desconcierto que intentaba disimular lo mejor que podía.

Emilio Papo se incorporó de su asiento e invitó al flamante primer cónsul de Roma a sentarse en la silla de los clientes.

—Brindemos —invitó, asiendo una jarra de vino aguado, que siempre tenía en el despacho, con la que llenó dos copas doradas—. Todos los días no es uno elegido primer cónsul.

Emilio Papo ofreció una de las copas a Servilio Gémino.

—Creo, Cneo Servilio, que el futuro de Roma está ahora en tus manos, y en las de Cayo Flaminio Nepote —continuó diciendo mientras volvía a tomar asiento tras el escritorio—. Solo te pido que controles a tu colega. Lo conozco demasiado; es impetuoso y actúa sin pensar antes. Ya tenemos bastante con un Tiberio Sempronio Longo como para que otro *hombre nuevo* vuelva a destrozar un ejército consular.

—¿No lo admirabas? —inquirió Servilio Gémino algo confuso.

—Así es. Admiro su determinación noble; sin embargo, la nobleza en los actos muchas veces no va acompañada del buen juicio.

—Entiendo —asintió Servilio Gémino, esbozando una sonrisa en su rostro envejecido—. Quédate tranquilo.

—Asegúrate de hacerlo por el bien de Roma.

—Brindemos por Roma y su futuro. —Alzó la copa Servilio Gémino.

—Por ti entonces.

Los dos bebieron hasta apurar sus copas. Luego, Servilio Gémino se despidió, dejando a Lucio Emilio Papo en la penumbra del *tablinum*, reflexionando sobre el futuro. Tan incierto se presentaba el porvenir como desconcertante era aquella Roma en que le había tocado vivir, grávida de sanguijuelas sedientas de la *dignitas* ajena para poder enriquecer la sangre

pobre que corría por muchos hombres plebeyos, ansiosos por ver abrirse las puertas de la nobleza para ser cerradas por ellos mismos, transformados en los peores elitistas dentro de una clase a la que no pertenecían por nacimiento. Ese era el caso de Tiberio Sempronio Longo, un *hombre nuevo*, cuya enorme fortuna le había posibilitado un matrimonio con una joven patricia de la familia de los Minucios. No obstante, Sempronio Longo nunca estuvo a gusto en su nueva posición y siempre buscaba la compañía de sus iguales, como Cayo Flamínio Nepote.

Esta era la Roma que le había tocado vivir, repleta de gentes de moral corrompida. Lucio Emilio Papo sabía que estos personajes no eran verdaderos patriotas a pesar de que caminasen altivos por su condición de ciudadanos romanos y que, engraidos, mostrasen su ascendencia carente de *dignitas*. No eran más que nuevos nobles de linaje dudoso que iban cercando la libertad de movimientos de los padres de la patria con nuevas leyes. Así había ocurrido en la primavera del año que estaba acabando.

El tribuno de la plebe Quinto Claudio propuso, a instancias de Cayo Flamínio Nepote, una nueva ley por la que quedaba prohibido a los padres conscriptos el comercio por mar. Pese a la oposición de casi todo el Senado, la ley fue aprobada por la Asamblea de la plebe con el nombre de *Lex Claudia* y puesta en práctica. Mediante esta ley, fueron confiscados decenas de barcos con una capacidad superior a trescientas ánforas. Los propietarios de estos barcos no eran otros que los senadores más relevantes de la *Cura Hostilia*, entre los que se encontraban Lucio Cornelio Léntulo Caudino, príncipe del Senado y pontífice máximo, Lucio Emilio Papo y hasta Quinto Fabio Máximo Verrucoso. Todos ellos se enriquecían con el comercio marítimo de trigo, especias y vino establecido con algunas colonias griegas de Hispania, la misma Cartago, Egipto e incluso con toda la costa de la Iliria, infestada esta última de piratas.

¿Y qué tipo de negocio podían realizar con barcos de carga inferior a trescientas ánforas? Ninguno. Cayo Flamínio Nepote había condenado a la ruina los negocios establecidos por muchos senadores patricios, afirmando

que sacaban partido de su posición política y social para enriquecerse fraudulentamente. «¿Y qué había de malo en eso?», inquirían los senadores afectados por la *Lex Claudia*. Nada.

Sí; ese era el hombre al que debía controlar el nuevo primer cónsul de Roma, Cneo Servilio Gémino. Otro *hombre nuevo* que no aportaría nada.

—Solo oscuridad en esta penumbra —musitó Emilio Papo.

Y rogó a los dioses para que no fuese cierto su pensamiento, que su pesar fuese tan efímero como ese soplo débil con el que había apagado la tenue lumbre de la lucerna de su escritorio. Con solo acercar su rostro a la pequeña lámpara de aceite y realizar un simple gesto, la oscuridad inundó el *tablinum* con la misma facilidad, quizás, con que Roma podría ser vencida. En realidad, cabía la posibilidad de que todos estuviesen a merced de un soplido de Aníbal Barca. Y las lumbres que debía apagar tal vez fuesen cónsules como Tiberio Sempronio Longo o Cayo Flaminio Nepote; romanos los dos que apenas alumbraban sus pasos. El destino de Roma era incierto, pues el ingenio militar de sus generales no brillaba más que las corazas doradas de sus panoplias.

---

70 Los soldados más jóvenes y los más pobres eran agrupados, formando los vélites, cuyo número era de mil doscientos por legión.

71 Mercado de verduras.

72 Cuando los cónsules electos estaban imposibilitados para presidir en Roma las elecciones consulares, se elegía otro cónsul que supliese la ausencia del cónsul encargado de presidirlas.

73 Moneda romana de bronce, de menor valor de todas.

## XI

*Año 217 a.C.*

La profusión de acontecimientos extraños que durante el invierno envolvieron no solo a Roma, sino al Lacio, Etruria y hasta el Picenum, amedrentaron a la población hasta el punto de que el colegio de pontífices, con Lucio Cornelio Léntulo Caudino a la cabeza, ordenó a los decenviros que consultasen los libros sibilinos para expeler de la patria el conjunto de malos presagios que la amenazaba.

El Senado también ordenó que cualquier romano que guardase en su casa libros de profecías, de fórmulas de rezos o rituales de sacrificios debía entregarlos al pretor urbano antes de las calendas<sup>74</sup> de abril.

—El pueblo está asustado, Lucio Cornelio —advirtió Lucio Emilio Papo—. Muchos en Roma creen que los dioses están contrariados.

—Y por eso rinden culto a deidades extranjeras, ¿no es cierto? Los seguidores de la diosa Cibeles infestan ya nuestras calles —farfulló Cornelio Léntulo—. Sin embargo, toda esa invasión de dioses extranjeros cesará una vez que los decenviros hayan consultado los libros sibilinos y contrarrestado los prodigios que nos rodean.

Roma vivía con gran preocupación y temor los hechos que asaltaban sus vidas desde que Aníbal arrasara las tropas consulares de Tiberio Sempronio Longo. El miedo había entrado en la mente de todos cuando un cuervo bajó volando hasta el templo de Juno y se posó sobre el cojín sagrado de la diosa; además, en la región de Amiterno, se habían visto fantasmas con apariencia humana, ataviados con túnicas blancas, que deambulaban a sus anchas, puesto que nadie se atrevía a acercarse a ellos para abordarlos. Y si todo esto no fuese suficiente, llegó a Roma un despacho oficial del cónsul Escipión, antes incluso de que Sempronio Longo partiese con nuevas tropas hacia la

Galia itálica. Junto al despacho oficial, Publio Cornelio Escipión adjuntaba una carta remitida al pontífice máximo y príncipe del Senado, en la que narraba un suceso extraordinario ocurrido en los cuarteles de invierno de Placentia.

*Por los dioses, Lucio Cornelio, que creí que mis centinelas se estaban mofando de mí cuando me contaron lo ocurrido en una de las puertas menores de la ciudad de Placentia.*

*Según me dijeron entre balbuceos, Cayo Lelio, uno de mis tribuni militum más leales, estaba pasando revista, en la hora suprema, a los puestos de guardia que ordené establecer en toda la muralla que rodea la ciudad. La noche estaba en calma y, de repente, un enorme lobo apareció de la oscuridad y se lanzó contra Lelio, quien cayó de espaldas al suelo ante la sorpresa del ataque. No obstante, el lobo no lo atacó, sino que se limitó a olfatear las ropas de mi oficial mientras este permanecía yerto, sin hacer ningún movimiento brusco para no provocar la furia de aquella bestia que, en palabras del propio Lelio, vertía de su boca un líquido espumoso. Tras unos momentos dramáticos, en los que los centinelas no osaron lanzar ningún venablo contra el lobo por temor a herir al tribuni militum, la bestia de la noche agarró con sus fauces la empuñadura dorada de la espada, guardada dentro de la vaina de cuero, y la desenvainó suavemente para luego llevársela a las profundidades oscuras de los campos.*

¿No es extraño ese comportamiento en un lobo? Los lobos no atacan a los hombres, y menos aún si estos están reunidos junto a una fogata. La loba es el símbolo de nuestra identidad, pues amamantó a Rómulo y Remo, los fundadores de esta gran Roma a la que servimos. ¿Será una señal de los dioses para que nos cuidemos bien de la amenaza cartaginesa? En realidad, Lucio Cornelio, no sé qué pensar. Los soldados están asustados. Temen que regrese de nuevo el lobo y arrebatase el vexillum de nuestras legiones. Si eso llegase a ocurrir, juro por Júpiter que no habrá oficial ni soldado que se atreva a plantar batalla a los ejércitos de Aníbal.

*El miedo es muy peligroso en los corazones de los soldados, y más cuando*

*están hastiados de ver tanta sangre y destrucción como los de mis legiones, o lo que queda de ellas. Confío en que mi colega, Tiberio Sempronio Longo, regrese pronto y traiga nuevas tropas, animosas e ignorantes de la verdadera virulencia de las huestes cartaginesas. Los ánimos están todavía afectados por la escena de miles de romanos yaciendo sobre el barro o ahogados en el río Trebia; aunque sabemos que Aníbal no atacará hasta la primavera, puesto que las nieves han caído sobre toda la Galia itálica. Además, tenemos conocimiento, gracias a los espías cenómanos infiltrados en las tropas de Aníbal, de que el general cartaginés se ha refugiado en la capital de los celtas boios, donde se dedica a enmascarar su rostro cubriendo su cabeza con pelucas y utilizando distintos ropajes cada día para así confundir a los que intenten atentar contra su persona.*

*Entregaremos nuestro destino a la voluntad de los dioses, Lucio Cornelio, quienes vierten su cólera sobre Roma y los romanos. Al menos eso piensan todos los soldados. Sinceramente, yo también lo pienso.*

Esta misiva, leída por Lucio Cornelio Léntulo Caudino en una sesión extraordinaria del Senado, levantó gran espanto entre todos los padres conscriptos. A raíz de esto, se apremió a los decenviros para que terminasen lo antes posible las consultas a los libros sibilinos y realizasen los sacrificios necesarios para que el favor de los dioses volviese del lado de los romanos, como hasta entonces siempre había estado.

Para la lluvia de piedras acaecida en el Picenum, se decidió que fuesen llevados a cabo, durante nueve días, sacrificios a los doce dioses en el *Porticus Deorium*. Roma entera se purificó a través de ofrendas a la diosa Juventud y a las demás deidades que los decenviros indicaron; quizás la más extraordinaria de todas fuese la realizada a Juno. Las matronas romanas consagraron a la diosa una estatua de bronce colocada en una de las siete colinas de la ciudad, en el monte Aventino; asimismo, el Tesoro hizo ofrendas por valor de cuarenta libras de oro.

El propretor, Cayo Atilio Serrano, fue elegido por el Senado para que supervisase los sacrificios y ofrendas necesarias para aliviar el espíritu

religioso de todos los romanos, convulsos por la sucesión de tan extraños sucesos.

—Excelsa labor tienes, Cayo Atilio —le confesó Cornelio Léntulo.

—No será tarea difícil. Los romanos están muy asustados ante todos estos hechos insólitos que nos rodean —replicó Atilio Serrano.

—¿Y crees todo lo que se cuenta? —inquirió el príncipe del Senado.

Cayo Atilio se vio sorprendido por una pregunta tan impropia en aquel que ostentaba el cargo de pontífice máximo. Se rascó la cabeza sin saber qué contestar y al final confesó:

—Creo que estamos sufriendo la ira de los dioses; si no fuese así, ¿cómo se pueden explicar las derrotas tan estrepitosas ante Aníbal?

—Eso es un asunto militar que poco tiene que ver con la superstición de la gente. Nuestras legiones siempre están auspiciadas por los *lares preastites*, y recuerda que Sempronio Longo afirmó que estos fueron siempre favorables antes de iniciar la batalla contra los cartagineses junto al río Trebia.

—Entonces, ¿no eres de la opinión de que todas las señales son de origen divino? —quiso saber Atilio Serrano, carcomido por la curiosidad de conocer el verdadero parecer del pontífice máximo.

Cornelio Léntulo miró a izquierda y derecha para cerciorarse de que nadie los escuchaba, acercó la cabeza al rostro del propretor y le susurró en voz queda:

—Ciertamente, algunas señales son de origen divino; pero otras muchas no son más que producto de la imaginación febril del pueblo. Claro está, debemos apaciguar todos sus miedos y dar respuesta a cada una de sus inquietudes. Así que tenemos que realizar todos los ritos expiatorios que los decenviros han prescrito con escrupulosa devoción. Serás, Cayo Atilio, el verdadero salvador de Roma y de las almas de los pobres romanos que la habitan.

Los ánimos de las gentes se vieron apaciguados a medida que los ritos y sacrificios fueron realizándose; y pronto, todos aquellos romanos, temerosos de la ira de los dioses, fueron recuperando la prepotencia que los

caracterizaba. Los insólitos fenómenos misteriosos de aquel invierno dieron paso a los primeros cielos límpidos de la primavera y al *dilectus*<sup>75</sup>.

En el *dilectus*, una gran multitud acampaba junto al Capitolio. Las treinta y cinco tribus de Roma estaban representadas por los hombres movilizables y aptos para realizar el servicio militar dentro de las filas de las nuevas legiones. Cneo Servilio Gémino y Cayo Flaminio Nepote observaban la leva, impertérritos y ataviados con la panoplia de gala.

Treinta *tribuni militum* se repartían entre las cinco legiones que el Senado había decretado reclutar. Lo normal habría sido formar cuatro, dos bajo el mando de cada cónsul; sin embargo, la situación era crítica tras el desastre del Trebia. Tiberio Sempronio Longo había salido hacía más de un mes con diez mil hombres hacia Placentia, y era necesario completar cinco legiones más para proteger los dominios romanos de ultramar, así que dos legiones serían enviadas a la isla de Sicilia, otra a Cerdeña, y dos se quedarían en Roma para protección de la propia capital.

La cuestión sobre la enorme cantidad de hombres movilizados había sido muy debatida en el Senado. Aurelio Fabio despotricó, de nuevo, contra los cónsules del año anterior y los elegidos para el año que estaba discurriendo, quienes presidían la sesión ocupando su lugar en el estrado, sentados sobre las sillas de fino talle y recubiertas de un barniz plateado. Junto a ellos, el nuevo pretor de extranjeros, Marco Pomponio Matho, el pretor Tito Otalicio y el propretor Cayo Atilio Serrano observaban hieráticos cómo el Fabio, con la toga arremangada, gesticulaba y se movía con verdaderos espasmos propios de un loco. La totalidad del estrado censuraba las palabras de Aurelio Fabio, empero, nadie se levantó y reprendió al senador, puesto que Flaminio Nepote era lo suficientemente inteligente para no enfrentarse abiertamente a un patricio en su primer acto público como nuevo cónsul; y a Cneo Servilio Gémino le traía al fresco que un Fabio quisiera deshonorar la institución consular si tenía el apoyo de los Emilios, lo que, a su vez, le aseguraba el de los Cornelios Escipiones. Ya saldría alguno de sus valedores en su defensa,

estaba seguro, y pararía los pies al paranoico Aurelio Fabio.

—¡Son ineptos! —chilló—. Los cónsules de este año traerán la desgracia a Roma, en especial, Cayo Flaminio; un *hombre nuevo* de igual talante que su antecesor en el cargo, de mal recuerdo para todos, puesto que no hay que olvidar que él causó la muerte de casi treinta mil romanos a orillas del Trebia.

—¡Deja de chillar! —exclamó Cornelio Léntulo—. ¡Pareces una mujerzuela del *Subura*! ¿Acaso intentas hacernos creer que el pueblo de Roma ha elegido mal a los generales con *imperium* consular durante dos años seguidos? Pues si es así, deberíamos suprimir las elecciones consulares. ¡Y que la *comitia centuriata* decida según tu consejo! —Se escucharon algunas risas entre los senadores, algo más tímidas en las primeras filas—. Un consejo, padres conscriptos, basado en un patriotismo romano que nadie en esta sala jamás ha poseído, ni aquel que haya ocupado jamás el doble cargo que recae sobre mi persona. ¡Ya está bien! Estoy cansado de escuchar discursos aciagos y contaminados de odios personales. ¡La *dignitas* de Roma está por encima de cualquiera! A partir de ahora, solo quiero escuchar las voces unánimes de todos los componentes de esta ínclita cámara pronunciando el mensaje a los bárbaros cartagineses de que Roma es una nación nacida de los Dioses y que está auspiciada por Ellos. Y lo demostraremos con las cinco legiones reclutadas entre las tribus de Roma, además de las dos formadas que, bajo la guía de Sempronio Longo, están ya en Placentia.

—¡La movilización es excesiva! —replicó el Fabio.

—Pues dile eso a quienes perdieron al esposo, al hermano, al padre o al hijo en el río Trebia —farfulló Cornelio Léntulo—. Y explícales, cuando Aníbal llegue a las puertas de Roma, que la leva fue excesiva mientras sus familias mueren de hambre porque sus cosechas han sido holladas por los púnicos y no les ha quedado más remedio que refugiarse en la ciudad; entonces, la peste aparecerá. Sí, primero brotará en los barrios más pobres y se extenderá como una plaga de langosta por toda Roma. —Permaneció en silencio unos segundos mientras miraba con tiesura a los casi trescientos

senadores que asistían a la sesión—. ¿Alguien en esta cámara desea que esto ocurra?

Voces de negación, meneos de cabeza, miradas bajas, rostros asustados ante el panorama desalentador que había esbozado el príncipe del Senado. Todo surgió con la misma rapidez con que una oleada de venablos se cierne sobre el enemigo, inundando la sala con tal ímpetu que Cornelio Léntulo tuvo que alzar la mano durante unos instantes para que el silencio acallase todas esas voces que clamaban contra un destino fatal.

—La leva es necesaria para salvar a la patria, tanto como la misma devaluación del as para proteger los intereses de aquellos a los que encomendamos nuestra defensa.

—No obstante, estimado Lucio Cornelio, el Tesoro está corriendo con unos gastos que no puede hacer frente durante mucho tiempo —intervino Sexto Gabro, uno de los cuestores del Tesoro—. Debo recordar a esta ilustre cámara que los abastecimientos necesarios para las legiones en la Galia itálica a través del Padus nos cuestan cerca de un millón de sestercios al mes.

—¿Y qué precio le pondrías a tu futuro o al de Roma, Sexto Gabro? —inquirió Quinto Fabio Máximo Verrucoso, avanzando entre la masa de senadores hasta llegar al centro de la sala.

La repentina aparición de Quinto Fabio Máximo sorprendió a todos, incluido Lucio Cornelio Léntulo. No solía intervenir mucho en las discusiones del Senado a no ser que aquello que fuese a decir resultase tan importante para él como para Roma. Con la mano sujetando uno de los pliegues de su toga, comenzó su discurso:

—Nadie conoce a Aníbal. Ninguno de nuestros generales puede imaginarse cómo funciona una mente como la suya, formada en los principios tácticos de los grandes estrategas helenísticos y madurada bajo la supervisión de un maestro griego, Cimón *el Viejo*.

Un murmullo recorrió a gran velocidad las gradas. Pocos desconocían la figura de un maestro estratega tan brillante como Cimón; sin embargo, muy pocos sabían que el mismo Quinto Fabio Máximo había sido instruido por él

mucho antes de que viajase a Cartago para poner sus conocimientos al servicio de los Bárcidas.

Lucio Emilio Papo lo sabía; espiaba de niño las lecciones impartidas por el griego a un joven Quinto Fabio en casa de su abuelo Fabio Ruliano.

—Aníbal nació para luchar contra Roma —prosiguió—. Nació para aplastar bajo sus pies la nación que consumió a su padre Amílcar, el héroe cartaginés de la guerra de Sicilia. Utilizará planteamientos muy extraños para desconcertar a nuestras tropas en el campo de batalla; realizará añagazas en las que nuestras legiones serán eliminadas. Él provocará a nuestros altivos cónsules; ya lo hizo con Tiberio Sempronio Longo y lo volverá a intentar con los nuevos. —Señaló con el dedo a Cayo Flaminio Nepote y Cneo Servilio Gémino, quienes se encontraban sentados en el estrado presidiendo la sesión—. Solo os digo, generales, que cuidéis vuestras mentes de arranques patrióticos contra el cartaginés, pues pereceréis en el campo de batalla junto a las legiones consulares.

Tras decir esto, regresó a ocupar su sitio en la grada. Y el murmurio que dejó en los senadores no acabó hasta que el primer cónsul dio por finalizada la sesión.

La intervención de Quinto Fabio Máximo perduró en la memoria de cada senador y corrió por los oídos de todo caballero gracias a los tribunos de la plebe, quienes desde la tribuna de los Espolones se encargaron de difundirlo, añadiendo nuevas palabras y frases que lo embellecieron y que dejaron en el pueblo romano un estigma de discurso legendario. Nadie se había atrevido a decir a los cónsules, en su cara y en el Senado, que eran altaneros y que, si continuaban con esa actitud, terminarían yaciendo muertos en los campos de la Galia itálica. Se rumoreaba, incluso, que Quinto Fabio conocía a Aníbal en persona, y mucho antes se había relacionado con su padre Amílcar; eso explicaba el porqué de su postura pacifista y negociadora con Cartago antes de la guerra y sus duros enfrentamientos con Lucio Cornelio Léntulo Caudino en el momento de definir la naturaleza de la embajada enviada al Consejo de Ancianos de Cartago después de la toma de Sagunto por Aníbal.

—¡Eso es absurdo! —gritó en el *tablinum* mientras era informado por clientes suyos de las habladurías de la plebe—. ¡No me conocen en absoluto!

Sin embargo, la *dignitas* de Quinto Fabio Máximo jamás fue mancillada con rumores de traición, puesto que todo el mundo en Roma conocía su postura respecto a Aníbal Barca.

—Los Bárcidas son el enemigo principal de Roma —aseveró en presencia de Cornelio Léntulo mientras bajaba la escalinata de la *Cura Hostilia*, días antes del proceso de reclutamiento de soldados en el Capitolio—. Algún día sería posible firmar la paz con Cartago, pero para ello debemos aniquilar la amenaza que suponen Aníbal y sus seguidores.

—No hay en Cartago ningún amigo de Roma —puntualizó Cornelio Léntulo.

—Sí los hay, Lucio Cornelio. Un senador de nombre Hannón es nuestro máximo partidario, no de Roma, sino de la paz.

—¿Desde cuándo Roma busca la paz en vez de la victoria? —inquirió, sarcásticamente, Cornelio Léntulo.

—Desde el momento en que Roma solo elige cónsules que destrozan sus propios ejércitos por su incapacidad manifiesta para el mando —sentenció Quinto Fabio Máximo con una rotundidad tal que dejó mudo al propio príncipe del Senado.

Lo cierto era que Quinto Fabio Máximo Verrucoso había salido muy fortalecido por aquel discurso en el Senado. Todavía perduraban los ecos de sus palabras dirigidas a los cónsules mientras estos, en la cúspide de la escalinata que ascendía al templo de *Júpiter Optimus Maximus*, observaban cómo los *tribuni militum* designaban a cinco hombres de complexión casi idéntica para destinarlos a cada una de las cinco legiones que el Senado había aprobado con el apoyo mayoritario de los padres conscriptos. Así, una primera tribu de las treinta y cinco iba abasteciendo, de cinco en cinco, a cada una de las legiones hasta finalizar la lista de los hombres movilizables para el ejército. Después, se recurriría a los miembros de las demás tribus hasta que se cubriese el número de soldados a reclutar, que ascendía a cerca de

veinticinco mil hombres.

Cayo Flaminio Nepote no dejaba de cavilar sobre el discurso de Quinto Fabio Máximo. El segundo cónsul se rebullía por dentro al pensar que las advertencias acerca del patriotismo exacerbado iban dirigidas a él y, en menor medida, al primer cónsul Cneo Servilio Gémino. Allí estaban ellos, los que lo acusaban de poseer una mente altanera como la de Tiberio Sempronio Longo, en mitad de la escalinata del templo, donde se agrupaban el mismo Quinto Fabio Máximo con Lucio Emilio Papo, Lucio Cornelio Léntulo Caudino y Lucio Emilio Paulo. Ellos no aceptaban la savia rejuvenecedora de los *hombres nuevos*, quienes significaban un verdadero estímulo para la vida pública romana. Sempronio Longo era un patriota, y Flaminio Nepote también, incluso Servilio Gémino, pese a su origen patricio, parecía comportarse por el momento como tal. La victoria sobre Aníbal debía cimentarse sobre el patriotismo, y eso era precisamente lo que pensaba Flaminio Nepote, un *hombre nuevo* que pretendía convertirse en el hombre que salvara a Roma de la amenaza de los cartagineses; algo en lo que el patricio Publio Cornelio Escipión había fracasado. No le importaba el hecho de que debiera compartir su gloria futura con un Servilio de rostro arrugado y semblante adusto, puesto que este jamás ensombrecería su figura triunfal resplandeciente en la biga dorada.

*Los tres Lucios* fue como dio en llamar Quinto Claudio, antiguo tribuno de la plebe y propulsor de la *Lex Claudia* que tanto encendió los ánimos de los padres de la patria, a Lucio Emilio Papo, Lucio Cornelio Léntulo Caudino y Lucio Emilio Paulo.

—*Los tres Lucios* son tan peligrosos como una epidemia de peste — susurró Quinto Claudio a Marco Araico.

—Sin embargo, esos tres han evitado que Sempronio Longo fuese humillado en el Foro.

—Un excónsul juzgado en el Foro. ¿Tú te crees la farsa, Marco?

—¿A qué te refieres? —quiso saber Marco Araico.

—Todo ha sido una farsa. Ni Sempronio Longo tuvo la más mínima posibilidad de ser acusado de *pérdida de ejército* ni el príncipe del Senado se opuso a ese proceso porque no deseaba presenciar el juicio contra un *hombre nuevo* que ha disfrutado del *imperium* consular. Hay algo más escondido tras la aparente defensa de Lucio Cornelio Léntulo.

Marco Araico lanzó una mirada inquisitiva a Quinto Claudio.

—En mi opinión —continuó diciendo—, el principal objetivo del príncipe del Senado era desprestigiar a los cónsules plebeyos, admitiendo el error de uno de ellos para luego arrojárselo como a un niño indefenso ante los lobos patricios encabezados por Aurelio Fabio. Cornelio Léntulo ha sido muy inteligente. Demostró a todos que los *hombres nuevos* necesitan estar bajo el abrigo de la nobleza elegida por los dioses para gobernar Roma.

El tono de sorna de las últimas palabras de Quinto Claudio sonó en los oídos de Marco Araico con enorme violencia, con la misma impetuosidad que había utilizado en la primavera pasada para defender en la *Cura Hostilia* la *Lex Claudia* frente a los senadores patricios. ¡Cómo soportó los insultos del finado Fabio Buteo! Fue una gesta propia de un héroe. «Cerdo, adúltero, afeminado, barragana de Cayo Flaminio Nepote». Todo eso tuvo que aguantar y mucho más, empero, nada obnubiló su objetivo de llevar a buen puerto el proyecto de ley que el mismo día presentaría a la Asamblea de la plebe: subido en la tribuna de los Espolones, habló a todos de los insultos de Fabio Buteo y de los abucheos del resto de nobles romanos que no querían renunciar a engordar sus ya infladas bolsas en pro de los caballeros. Los aplausos de los que abarrotaban el Foro fue ensordecedor y la ley fue aprobada para disgusto de los padres de la patria.

—Lo tengo decidido. Voy a presentar mi candidatura a pretor para el año que viene —afirmó Quinto Claudio.

—Estamos en primavera, Quinto. Aún quedan muchos meses para las siguientes elecciones; además, gozas del favor de Cayo Flaminio Nepote, y este tiene muchos enemigos en el Senado.

—Dentro de unos días parte hacia la Galia itálica con nuevas tropas y

acabará con ese Aníbal antes del otoño —aseveró Quinto Claudio.

—El futuro se presenta incierto después del desastre del río Trebia —coligió Marco Araico—. El miedo campa a sus anchas por el mismísimo *Campus Martius*.

—Sí, muchos senadores patricios están acongojados en su ánimo hasta el punto de decretar la permanencia en Roma de dos de las cinco legiones que se están reclutando como fuerzas urbanas ante una posible llegada de las tropas cartaginesas hasta las murallas —dijo Quinto Claudio.

—Será mejor que, por ahora, guardes en secreto tus intenciones de presentarte al pretorado a finales de año —advirtió Marco Araico—. No vaya a ser que Flaminio Nepote fracase en su misión de aniquilar la amenaza púnica y te arrastre hacia la mierda en la que lo sumergirían nuestros estimados padres de la patria.

—No se atreverán a juzgar a un general con *imperium* consular —replicó Quinto Claudio—. De nuevo, *los tres Lucios* se encargarán de que no ocurra. No les interesa que eso acontezca.

—Lo harán. Y *los tres Lucios* no moverán un dedo para salvar a Flaminio Nepote del exilio. Recuerda que él instigó la *Lex Claudia* que tú defendiste con uñas y dientes y que afectó a muchos patricios —arguyó Marco Araico.

—No se atreverán.

—Sí, se atreverán.

Las legiones se reclutaron entre diecisiete de las treinta y cinco tribus; eso sin contar las seis de las que eligieron, semanas antes, las dos legiones que marcharon a Placentia bajo el mando de Tiberio Sempronio Longo. Los *tribuni militum* rechazaron a todos aquellos de aspecto famélico, por lo que la leva requirió que se sorteasen dos tribus más de las que tenían previstas los escribas. Estos manejaban tablillas de cera con las listas de los hombres movilizables de cada tribu.

Se celebró entonces el *sacramentum*<sup>76</sup>. Los nuevos soldados reclutados prestaron juramento a los *tribuni militum*, y estos, a su vez, a los dos

cónsules. En todo el Capitolio se pudo escuchar a cerca de veinticinco mil hombres pronunciar al unísono el *sacramentum* como si fuesen una sola y potente voz: la voz de Roma, que renacía de la muerte de miles de romanos a las orillas del Trebia; la voz única de la grandeza de un pueblo nacido en el seno divino y auspiciado por los dioses.

*Con este juramento, nuestras vidas quedan consagradas a los numina<sup>77</sup>. Nuestra fidelidad a nuestros generales será inquebrantable en el campo de batalla. Nos comprometemos a morir antes de abandonar las insignias y a no cometer ninguna acción que sea contraria a la ley.*

A continuación, el primer cónsul, Cneo Servilio Gémino, asintió con la cabeza y se adelantó, con una zancada, para situarse frente a Cayo Flaminio Nepote y dejarle caer una advertencia sobre las nuevas tropas, con la habitual parafernalia propia de este ceremonial.

—Quien falte a su juramento será castigado con la muerte. Juro esto a los *numina*.

El *dilectus* finalizó justo cuando la tarde comenzaba a manchar las calles con la penumbra que anunciaba el pronto comienzo de la hora *suprema*. Dentro de unos días, los nuevos soldados serían llamados y repartidos en las distintas unidades dentro de sus respectivas legiones.

Cayo Flaminio Nepote ansiaba el momento de partir hacia la Galia itálica. La ilustre cámara senatorial había dispuesto que el propretor, Cayo Atilio Serrano, partiese con dos cohortes hasta Cremona, donde aguardaban las legiones del procónsul, Publio Cornelio Escipión. Una vez allí, le entregó a este un despacho oficial del Senado por el cual se lo relevaba del mando y se lo instaba a regresar lo antes posible a Roma.

—¡Al fin! —exclamó Publio Cornelio Escipión al leer el despacho delante de Cayo Atilio Serrano—. Me envían a Hispania, junto a mi hermano Cneo.

—Me alegro por ti, Publio Cornelio.

—Esta campaña en la Galia itálica me ha retrasado en mi verdadera misión

en tierras hispanas.

—Tu hermano ha hecho una buena labor allí —puntualizó Atilio Serrano.

—Es un buen general; pero ahora, Cayo Atilio, juntos, aniquilaremos a las tropas cartaginesas en su propio terreno. ¿Sabes? Ellos lo llaman Iberia, y se ha convertido en la segunda patria de Aníbal. Allí ha fundado una segunda capital, de nombre Cartago Nova, desde donde gobierna ese rico territorio a sus anchas.

—¿Lograrás conquistar Cartago Nova? —inquirió, incrédulo, Atilio Serrano.

—La conquistaré o moriré en el intento —aseveró Escipión.

---

74 Primer día del mes.

75 Día fijado para el reclutamiento de tropas.

76 Juramento de lealtad que prestaban los soldados romanos a su general. Era el fundamento jurídico de la condición de soldado y constituía un lazo personal de carácter religioso entre el soldado y su general en jefe.

77 Nombre con el que los romanos designaban a las deidades incorpóreas más importantes de Roma, sin sexo ni aspecto definido.

## XII

Cneo Cornelio Escipión parecía estar muy nervioso. Desde que las dos naves marsellesas regresaran al puerto de Tarraco, su ánimo se hallaba en un estado de creciente agitación. Cayo Livio Esturión ya lo había visto antes así: a lo largo de la jornada anterior a la batalla de Cissa. El Cornelio Escipión se limitaba a pasear de un lado a otro del *praetorium*, con las manos a la espalda y moviendo los labios como si hablase, pero sin emitir sonido alguno.

—Si mi hermano Publio estuviese aquí, vería todo con mayor claridad —le confesó a Cayo Livio Esturión.

—Tu hermano pronto llegará a Hispania. El verano está cerca y los últimos despachos del Senado sostienen que vendrá pasada la primavera.

—¡Pero la batalla es ahora, no en verano! —gritó el general, preso de un ataque de pánico. El *tribuni militum* prefirió callar ante su estado de susceptibilidad—. Él sabría cuál sería la mejor estrategia a seguir. Estoy confuso. No puedo atacar por tierra, puesto que las tropas cartaginesas nos superan en más de cuatro mil hombres. Una legión entera, Cayo Livio. Y si lo hago por mar, nuestras posibilidades son muy escasas. ¿Qué haría mi hermano? —farfulló.

—Cuentas con el factor sorpresa —apuntó Esturión—. Según las naves marsellesas, cuarenta barcos de guerra totalmente pertrechados están fondeados en la desembocadura de un río. Sin duda, las tripulaciones de estos barcos, conscientes del poderío de su flota, se encuentran confiadas en que no atacarán por mar. La sorpresa, Cneo Cornelio, puede ser una gran aliada.

—No puedo atacar a la flota púnica. Solo disponemos de treinta y cinco naves; además, la mayoría de nuestros soldados no son aptos para una batalla naval. —El Cornelio Escipión detuvo sus perdidos pasos y quedó pensativo unos instantes—. ¿Qué haría mi hermano?

—Olvida a tu hermano, Cneo Cornelio. Tú eres el vencedor de Cissa, ¿o

acaso lo has olvidado? Tu sombra se cierne sobre Roma. Estás al frente del único ejército que ha conseguido vencer a los cartagineses. Sí, Cneo Cornelio, tu hermano fue derrotado en el valle del Padus, y también lo fue Tiberio Sempronio Longo; sin embargo, tú has alumbrado la esperanza de miles de romanos, de los padres de la patria, de todos los latinos que aman a Roma tanto como tú y yo.

El general miró fijamente a Cayo Livio Esturión, enarcó una ceja y se le acercó.

—Está bien, atacaremos por mar —susurró el Cornelio Escipión mientras lo miraba a los ojos—. Tienes agallas, Cayo Livio, al hablarme así.

—Me considero tu amigo y tu fiel servidor.

—¡Decididamente, compartiré mi gloria contigo! —exclamó Cneo Cornelio—. Imagínate a los dos en una biga, recorriendo la *Vía Sacra* hasta el templo de *Júpiter Optimus Maximus*.

—Primero, habrá que vencer a los cartagineses.

Cneo Cornelio sirvió vino en dos copas y alargó el brazo para ofrecer una a su *tribuni militum*.

—La diosa Fortuna está con nosotros —apostilló, eufórico, el general.

Cayo Livio Esturión bebió un pequeño sorbo del vino aguado. El Cornelio Escipión había sido siempre bastante inestable en sus cambios de humor, una faceta de su personalidad que se había ido acentuando a medida que el duro invierno finalizaba y la primavera abría paso a nuevas actividades militares. Temía cada vez más a su general y, aunque no recibiera de muy buen grado la noticia de que el procónsul, Publio Cornelio Escipión, se pondría al frente de los ejércitos destacados en tierras hispanas, acabó alegrándose. Sí, Cayo Livio Esturión terminó sacrificando sus proyectos de acceder al pretorado y de compartir la gloria del triunfo en el desfile por las calles de Roma en pos del futuro.

El paranoico Cneo Cornelio Escipión estuvo extrañamente unido a la bebida durante los meses de inactividad, en los que se empeñó en abusar del vino puro en pesadas cráteras de plomo. ¡Qué distinto de aquel legado mayor

del cónsul Publio Cornelio Escipión que fue destinado a Hispania tras el regreso inesperado de su hermano a Italia! El legado mayor ascendido a general en jefe de dos legiones enteras para imponer el orden romano en todo el territorio hispano, afectado por la influencia cultural y militar cartaginesa, se había ido convirtiendo en un reflejo de sí mismo. Borracho cada noche, convertía los días en un suplicio para su Estado Mayor debido al mal humor que le acarreaban las tremendas resacas. Las reuniones en el *praetorium* eran grotescas y algunas rayaban el ridículo.

—¿Qué tal está nuestro *huésped* Indíbil? ¿Se encuentra a gusto entre tanta austeridad romana? —preguntó Cneo Cornelio como casi todas las mañanas.

Todas las miradas se clavaron, una vez más, en Cayo Livio Esturión, molesto por la función casi diaria de contestar a las mismas preguntas.

—General, diste órdenes hace varias semanas de dar la libertad a Indíbil para que regresase a territorio ilergeta, y retuviste aquí a los hijos de los jefes más representativos de su pueblo.

—Ah, sí, es verdad. No me acordaba. Así nos aseguraremos la paz con esos bárbaros.

—Una sabia decisión —apostilló Lucio Vinicio.

El resto de oficiales miraron al legado con un claro gesto de desaprobación en sus caras. La actitud del general en jefe era imperdonable, empero, los halagos innecesarios por parte de un adulator nato como Lucio Vinicio sostenían la agazapada intención de granjearse su favor. Algo, por cierto, inútil, puesto que siempre se hallaba ebrio y su raciocinio se veía cada día más mermado.

—Necesito beber agua —pidió Cneo Cornelio—. La sed nubla mis pensamientos.

Y como en otras ocasiones, después de beber agua, la reunión acabó sin el más mínimo requerimiento por parte del general de los informes de sus oficiales.

—Espero que el invierno acabe pronto —comentó Cayo Livio Esturión mientras se alejaba con otros dos oficiales del *praetorium*.

—Confiemos en que, llegada la primavera, el general no haya perdido el buen juicio —deseó uno de los oficiales.

—Si no fuese así, deberíamos sopesar la posibilidad de relevarlo del mando —opinó otro—. Yo no pienso perecer en el campo de batalla por culpa de una borrachera.

—¿Os referís a un motín? —inquirió, perplejo, Esturión—. Estáis locos si pensáis que voy a participar en tal cosa.

—¿Prefieres morir por servir a un hombre que, a este paso, no distinguirá la mano izquierda de la derecha?

—Moriré por Roma, no por ningún hombre.

Cayo Livio Esturión aligeró el paso para dejar atrás a los dos oficiales. No participaría en aquello. Aunque Cneo Cornelio no estuviera en sus cabales, él podría dominarlo, no tenía la menor duda. Así podría evitar que destruyese el ejército con una decisión impulsiva y escasamente meditada. El *tribuni militum* aconsejaría a su general como hasta ahora lo había hecho. No obstante, Cneo Cornelio cada día se mostraba más impredecible y maniático. Apenas se envolvió con el *sagum* de su abuelo pese al frío intenso que se sufría durante los primeros días de la primavera, con cielos límpidos y aromas de plantas silvestres en flor.

Esturión no quería ver la cruda realidad: Cneo Cornelio estaba perdiendo el buen juicio por mor de la bebida. En realidad, a él poco le importaba ya eso. Había renunciado a la gloria y a su ansiado pretorado. Prefería vivir; se sentía aliviado ante la llegada del procónsul y hermano de Cneo, Publio Cornelio Escipión, quien arribaría en la costa hispana una vez que la primavera estuviese avanzada y próximo el verano. Y el tiempo volaba en la vida militar.

Se las ingenió para mantener a la tropa ocupada y en forma durante los meses de inactividad.

—Los soldados estarán ocupados y se ejercitarán; además, es aconsejable que sientan que este campamento va a convertirse en un asentamiento fijo y sólido, sustentado en cimientos de piedra —le había dicho Esturión a Cneo

Cornelio al inicio del invierno.

—Sólido como los cimientos de Roma.

—Tarraco será una bella ciudad, con puerto marítimo y punto de referencia para las operaciones militares fuera de nuestro área de influencia.

—¡El primer puntal de una nueva provincia romana! —exclamó el Cornelio Escipión—. Me gusta. Encárgate tú de esta tarea, Cayo Livio.

El *tribuni militum* agradeció a Cneo Cornelio que lo designase para organizar las obras de construcción de la nueva ciudad, puesto que se aburría como una ostra viendo pasar los cortos días de la estación fría sin tener nada imaginativo que hacer. Solo paseaba por el campamento romano, observando cómo la tropa vagaba, hastiada de tanta tranquilidad y sin saber en qué invertir su tiempo fuera de las horas de guardia estipuladas por los centuriones de cada manípulo.

La función de capataz distrajo la mente de Esturión. Supervisaba la labor de los jefes de zapadores con el consejo inestimable de un viejo arquitecto ateniense, de nombre Zonarás, que vivía sus últimos años en una austera villa en la colonia griega de Emporion. Fue el *primus pilus*<sup>78</sup> quien lo puso en contacto con el griego, puesto que había oído hablar de él durante el breve tiempo que Cneo Cornelio utilizó la colonia como centro de operaciones militares, dejando allí una fuerte guarnición para proteger el puerto mientras el general se dedicaba a establecer alianzas con los pueblos montañeses.

A lo largo de los siguientes meses invernales, los caminos pedregosos que unían Tarraco con el poblado íbero de Kese fueron sustituidos por calzadas romanas sin baches y cómodas para el transporte de mercancías. También se trabajó con denuedo en la construcción del puerto de Tarraco, auténtica obra titánica que no dio tiempo de acabar antes de llegar la primavera. Se habían construido buena parte de los malecones diseñados por Zonarás; el griego diseñó el puerto de tal manera que pudiera controlarse la entrada y salida de los barcos hacia alta mar gracias a un paso de unos ochenta pies de ancho, delimitado por los dos malecones, todavía en construcción.

—Un puerto a semejanza del que se construyó en Cartago —advirtió

Zonarás.

En realidad, no era tan sofisticado como este. El puerto de Tarraco, al contrario que el de la capital púnica, no separaba la zona militar de la mercantil y carecía de cadenas de hierro que cerraran el tránsito, así como del islote desde el cual el navarca debía controlar el tráfico de embarcaciones desde alta mar hasta el puerto. No obstante, Cayo Livio Esturión lo creyó y así se lo transmitió a Cneo Cornelio.

—¡Excelente! Pronto contaremos con un puerto que hará a Tarraco inexpugnable por mar.

Cneo Cornelio bebió de su cratera rebosante de vino puro.

Nada cambió con la primavera. El general agazapaba tras la embriaguez su miedo a la derrota, pues no sopesaba la idea de que el fracaso maculase su camino hacia la gloria en Roma. Pero Cayo Livio Esturión había logrado que abandonase por un momento su miedo y decidiese atacar con la flota y hacer frente a las cuarenta naves cartaginesas fondeadas en la desembocadura del río que delimitaba la zona de influencia romana. El *tribuni militum* confiaba en la sorpresa de una acción audaz, y Cneo Cornelio se hizo el valiente al entregarle su confianza; sin embargo, Esturión intuía que no podría controlar la actitud paranoica del general por mucho más tiempo y oraba a los dioses para que el procónsul no tardase en desembarcar en Emporion.

Asdrúbal la abrazaba. Rodeaba con sus brazos el cuerpo desnudo de aquella mujer, enredando sus dedos entre el cabello negro de la sílfide que podía pasar, a sus ojos, como hija del mismísimo Baal. Besaba sus labios, humedecidos por el aliento ávido de la pasión; acariciaba sus muslos dorados; admiraba las formas simétricas de su espalda; susurraba su nombre: Lania.

Conoció a Lania cuando regresaba a Qart Hadasht con todas sus fuerzas terrestres intactas: más de doce mil hombres y un cuerpo de caballería de más de dos mil jinetes, entre númidas, mauritanos y libio-fenicios; además de veintiún elefantes y una mermada flota, compuesta por cinco quinquerremes y nueve trirremes, que navegaba pegada a la costa y paralelamente a las

tropas de a pie. Los apocados ánimos de los derrotados hacían que la marcha fuese lenta, en demasía, tal vez, teniendo en cuenta que los romanos controlaban las rutas por mar ahora que la flota cartaginesa había sido derrotada. Cabía la posibilidad, Asdrúbal lo sabía, de que Cneo Cornelio Escipión llevase a cabo una gran ofensiva naval contra Qart Hadasht, empero, pensaba que el general romano no era lo suficientemente audaz como para realizar tal cosa.

—¿No crees que los romanos puedan tomar la iniciativa ahora que nuestro poder naval está muy debilitado? —inquirió Himilcón apesadumbrado.

—Para hacer eso se necesitan muchas agallas, y el general romano no las tiene. Puede que las tengan sus oficiales y consejeros, pero el romano nos teme y por eso eludirá un ataque tan al sur —arguyó Asdrúbal mientras se recostaba en la silla, cansado y desanimado ante todo lo sucedido.

El Joven sabía que Cneo Cornelio tenía miedo, siempre lo había tenido. Ya tras la derrota cartaginesa en Cissa, no quiso enfrentarse abiertamente a los púnicos, aún a sabiendas del impacto desmoralizador que la batalla había producido en las tropas. Si no lo había hecho entonces, tampoco lo haría en aquel momento. Así que decidió dar media vuelta y regresar sin prisa a los cuarteles de invierno de Qart Hadasht, dejando a un general, llamado Bóstar, la custodia de los hijos pertenecientes a las familias más ilustres de las tribus íberas, concentrados por Aníbal en Sagunto, plaza gobernada por Abílix, un íbero con ascendientes familiares de reputado linaje dentro de su pueblo, que mostraba gran lealtad a los cartagineses. Bajo las órdenes de Bóstar, Asdrúbal dejó también un destacamento con varios centenares de soldados de infantería y un cuerpo de caballería por si acaso los romanos cruzaban el río Ebro hacia el sur.

Bóstar era un gran cartaginés. Su finado padre había luchado bajo las órdenes de Amílcar Barca en la guerra de Sicilia y en la revuelta de los mercenarios; y desde aquellos años toda su familia había servido al clan Bárcida en el campo de batalla o en el Consejo de Ancianos en Cartago.

—¿Por qué Bóstar, Asdrúbal? —quiso saber Himilcón.

—Porque es un hombre noble.

—Es ingenuo y demasiado joven para estar al frente de nuestra vanguardia.

—Es un hombre noble —repitió.

Y nada más abandonar Sagunto en dirección a Qart Hadasht, Asdrúbal penetró en el territorio del pueblo de los contestanos. En Ilici, una de sus ciudades costeras más importantes, decidió descansar. Lania era una muchacha contestana perteneciente a una familia muy reputada en su tribu, en edad ya de casarse con un buen guerrero de familia ilustre. Asdrúbal la vio andar con ese aire delicado que rezumaba sensualidad por todos los poros de su piel; observó su cabello, largo y negro, moverse al ritmo armonioso de sus pasos y se deleitó con aquel rostro bello que no se atrevía a mirarlo. Caminaba con la leve majestad de una diosa, hipnotizando a cualquiera que se parase a admirar sus movimientos cual sirena fascina a los marinos.

La noche siguiente, esa mujer de ojos traviosos y mirada agazapada fue llamada a los aposentos en los que el reyezuelo contestano había acomodado al Joven.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Asdrúbal.

—Lania —le contestó con la mirada baja.

—No te impresiono, ¿verdad?

—No.

Lania levantó fugazmente la vista al Barca para luego volver a bajarla de inmediato.

—Nadie se atreve a mirarme así —dijo Asdrúbal.

—¿Cómo? —inquirió sin saber a qué se refería.

—Como tú acabas de hacerlo.

Ella volvió a levantar la vista para posar esos fascinantes ojos sobre su figura. «Oh, qué descarado. Delicioso descarado», pensó Asdrúbal.

—Te crees superior a mi pueblo porque vistes tu cuerpo con corazas y mandas a tantos soldados que nos aplastarían a una orden tuya —replicó

Lania, altiva y con firmeza—. Pero no controlas tu destino; estás en manos de la fortuna, no de los dioses.

—¿De qué dioses? ¿Los tuyos o los míos?

—Lo divino lo impregna todo, joven general. Solo hay que escuchar y saber interpretar las señales.

Asdrúbal se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Tú sabes interpretarlas?

—¿Y quién no?

A partir de aquel encuentro, Lania visitó a Asdrúbal todas las noches. Él la escuchaba con verdadera fascinación, deslumbrado tanto por su atractiva apariencia como por sus palabras. Y de repente, una de esas noches, no pudo reprimir su impulso y su boca acarició los deseables labios de aquella mujer, y ella dejó escapar lágrimas de emoción y aceptó el amor de un hombre tan distinto a los de su pueblo con un corazón cristalino y bello. Él se abrió a ella, y ella a él; y este terminó aceptando que su destino estaba en manos de las circunstancias y jamás retornaría a la de los dioses.

Lania miró fijamente a los ojos de Asdrúbal mientras se entregaba a la pasión. Él acarició su espalda desnuda, y ella se le acercó al oído y le habló con voz queda en un dialecto desconocido para un cartaginés. La voz de Lania se entremezclaba con sus recuerdos, y la remembranza se hacía más fuerte con solo cerrar los ojos y dejar de mirar la figura simétrica de la amante. «Nuestra flota ya no existe», oyó decir a Himilcón, escondido tras la voz suave de Lania que seguía susurrando extraños sonidos consonantes.

El rostro del viejo Himilcón se encontraba desencajado y su ánimo, hundido ante el desastre de la flota cartaginesa. Los romanos habían atacado con sus trirremes de improviso. Nadie podía preverlo, ni siquiera Himilcón, almirante de la flota y el primer estupefacto de todos al ver cómo las tripulaciones se embarcaban, torpes, y eran atacadas por las naves romanas gracias a un mástil inclinado que, mediante un sistema de poleas, dejaba caer sobre el puente un pesado hierro en forma de pico de cuervo,

transformándose aquel mástil en una pasarela por la que abordaban a las trirremes cartaginesas. Himilcón no podía creerlo, los romanos habían convertido un combate naval en una lucha cuerpo a cuerpo, donde asestaban estocadas mortales con el *gladium* a los tripulantes púnicos. La batalla fue encarnizada y rápida. Los cartagineses muertos eran lanzados desde la borda por los propios soldados romanos, y los que aún vivían se tiraban al agua, ahogándose muchos de ellos al no saber nadar. Fue una masacre que el Joven, desde la orilla, contempló sin poder hacer nada para remediarlo.

Asdrúbal abrió los ojos. Ya no veía barcos ardiendo ni muertos flotando sobre la superficie enrojecida del mar; solo estaba ella, Lania, acariciando con los dedos su rostro, cuya barba, algo descuidada, escondía sus facciones. La mujer lo besó a la vez que él cerraba de nuevo los ojos, y el sonido que producía el choque de las falcatas y los *gladium* comenzó a martillar, otra vez, sus oídos. Se revolvió en el lecho y, de improviso y con fuerza, asió con ambas manos los hombros de Lania.

—¿Qué te ocurre? —preguntó dulcemente la contestana.

—Nada.

Su mirada serena, junto con el silencio, fue apaciguando despacio el temor de Asdrúbal.

—Te amo —susurró con voz ronca.

Ella no dijo nada; solo pegó sus labios a los del amante, y este correspondió con fruición a la necesidad de Lania.

¿Habría tenido él, Asdrúbal Barca, alguna posibilidad de haber vencido a la flota de esa Roma fuerte e implacable? Himilcón sobrevivió a la batalla, embarcado en una trirreme que navegó hacia mar abierto en dirección sur, junto con otras ocho; y cinco quinquerremes, las únicas que pudieron salvarse de ser abordadas por la flota romana. No, jamás tuvo la más mínima oportunidad de salir victorioso. A él, Cimón *el Viejo* le había enseñado que una batalla naval en nada se parecía a un combate en tierra; sin embargo, los romanos alteraron los conceptos transmitidos por el griego.

No obstante, nada importaba en aquel momento, en aquella noche en los

aposentos del general Barca en la que amaba a Lania. Solo importaban ellos y el amor que sentían el uno por el otro. Los amantes disfrutaban de sus cuerpos, gozando hasta el extremo más inimaginable, perdiendo el control de sus sentidos, revolcándose sobre el camastro donde casi todas las madrugadas habían despertado las pesadillas en la mente del Joven; en esa noche no, había decidido dejarse arrastrar por la pasión de la contestana.

El alba descubrió dos cuerpos dormidos, abrazados y satisfechos, pletóricos de tanto amor.

Más tarde, las lágrimas empaparon el rostro de Lania, y Asdrúbal lloró para sus adentros mientras partía hacia Qart Hadasht.

—La guerra no es para una mujer —se lamentó Asdrúbal cuando el sol rozó sus cuerpos y despertó a los dos amantes.

—Quiero estar a tu lado.

—Siempre estarás en mi corazón. Cuando esta guerra acabe y destruyamos a los romanos, volveré a por ti y te tomaré como esposa —prometió Asdrúbal acariciando la tez morena de la muchacha.

Ella sollozó abrazada a él, y Asdrúbal maldijo a Roma por obligarlo no solo a una guerra que jamás deseó, sino también, por separarlo de la mujer a la que amaba.

«Maldita Roma», pensó mientras cabalgaba al frente de su ejército en dirección sur. Entonces, se estremeció. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. No volvería a verla jamás. Aquella idea se hacía más fuerte a medida que avanzaba bordeando la costa hacia Qart Hadasht, al frente de sus cerca de catorce mil hombres. Lo que quedaba de la flota cartaginesa comandada por el viejo Himilcón podía verse no lejos del litoral navegando a buen ritmo.

—Lania, eres mi luz —susurró.

Uno de sus lugartenientes cabalgaba muy cerca de él y lo oyó musitar algo ininteligible a sus oídos, puesto que las palabras parecían escaparse instintivamente de la boca del Barca.

—General, ¿me hablas? —preguntó.

Asdrúbal miró al lugarteniente con gesto mohíno y extrañado ante la pregunta.

—Hablo conmigo mismo y con Melqart<sup>79</sup> —respondió con gesto ausente.

El dios Melqart lo escuchaba; él sabía de su angustia al pensar que jamás volvería a gozar de la dulce compañía de Lania y que ella no tendría más oportunidades de poder susurrarle aquellos extraños vocablos bajo la sombra de la pasión. Nunca más estarían tumbados sobre el lecho divino en el que Lania convertía el duro camastro de madera y colchón de plumas donde reposaban los huesos cansados de un guerrero.

El dios Melqart comprendía su zozobra y la aliviaba. Asdrúbal oraba para sí a la divinidad familiar. A cada milla recorrida, más cerca de Qart Hadasht se hallaba y, también, más lejano quedaba el territorio contestano donde Lania lloraba su soledad.

Sin embargo, el dios Melqart lo escuchaba.

La primavera de límpidos cielos que se vivía en Cartago fue sacudida por los despachos oficiales que llegaban de Iberia. El Consejo de Ancianos se convulsionó ante las noticias de la derrota de la flota más potente del mundo mediterráneo. Y no solo esos acontecimientos produjeron un gran pesar entre los senadores cartagineses, sino que, a los escasos días de recibir los despachos de Asdrúbal, un nuevo correo llegó a la metrópolis norteafricana. En él se informaba de que una escuadra de la otrora débil flota romana, fortalecida por la veintena de trirremes cartaginesas capturadas tras la desastrosa batalla naval, además de asolar la costa de Iberia, había atacado Ebussus con tal ímpetu que una delegación de baleares había solicitado entrevistarse con Cneo Cornelio Escipión para pedir el fin de las hostilidades.

—El Consejo de Ancianos está cada vez más nervioso, mi señora Elishat —informó el senador Cartalón.

Elishat se encontraba sentada en un cómodo diván, a la sombra de un árbol de loto. A ella le gustaba sentarse en los jardines cuando la primavera los inundaba de olores placenteros.

—¿Cómo pueden estarlo? Las noticias de mi hijo Aníbal son muy satisfactorias, ¿no es así, Naravas? —replicó.

Naravas miró a Cartalón un instante, dubitativo.

—¿No es así? —preguntó de nuevo, impaciente.

—Mi señora Elishat —se decidió a hablar el nómida—. Tu hijo tiene muchos enemigos dentro del Consejo de Ancianos; y si bien es verdad que su aplastante victoria sobre los romanos en el otoño tranquilizó a los sufetas, la infortunada campaña militar de tu otro hijo, Asdrúbal, acrecienta en la Balanza el temor a una nueva guerra perdida contra Roma.

—Tan creciente es el temor a un nuevo fracaso frente a los romanos que el Consejo de Ancianos ha dado ya la orden a los astilleros de Cartago para que armen con urgencia una flota de setenta trirremes que se prevé esté lista llegado el verano —añadió Cartalón—. Muchos en la Balanza piensan que es perentorio recuperar cuanto antes el control de las rutas por mar, después de perderlo tras la derrota naval de Asdrúbal.

—¡Cobardes! —chilló Elishat con su voz de gallina clueca—. Mis hijos son el mejor seguro para que la victoria se decante de nuestro lado. Incluso Asdrúbal terminará venciendo a los romanos en Iberia; estoy convencida. Y cuando eso ocurra, el Consejo de Ancianos se arrastrará ante los Bárcidas disculpándose por la desconfianza depositada en mi progenie.

—Hannón y los suyos... —intentó replicar Cartalón.

—Traidores a Cartago, dirás —interrumpió Elishat.

Cartalón calló, sin atreverse a manifestar sus pensamientos ante la inquisitiva mirada iracunda de la anciana.

—Hannón envenena los oídos de los sufetas y de todos aquellos que están dispuestos a escucharlo —se decidió a advertir Naravas.

—¿Y los senadores de nuestra facción también lo escuchan? —inquirió Elishat.

—Algunos se muestran displicentes con su postura; sin embargo, hay otros que no lo son tanto, en especial, desde que Ebussus se pasó al bando romano

—informó Cartalón, nervioso ante los ojos hieráticos de Elishat.

—Desde las escalinatas del templo de Eshmun Asclepios, Hannón vocifera contra Asdrúbal con una oratoria vacía, pero que llena los corazones de los muchos cartagineses temerosos —explicó Naravas.

—¿Todos los días? —preguntó la anciana al tiempo que clavaba en el húmeda sus ojos, extremadamente activos, dentro de las profundas cuencas.

—Sí, mi señora Elishat.

—El populacho es un arma poderosa. Mi esposo se ganó el favor de las clases más bajas, y eso lo catapultó al poder. —Los ojos se le humedecieron al recordar al finado Amílcar—. No quiero que Hannón consiga lo mismo. Sería como manchar el recuerdo de mi esposo.

—Lo comprendemos, mi señora; pero ¿cómo podemos pararle los pies? —inquirió Cartalón carente de ideas.

—La mayoría del pueblo apoya aún a tus hijos —aseguró Naravas, acercándose a Elishat—. Vitorean sus nombres por el recuerdo de tu esposo y mi amigo, si me permites decirlo. La memoria de Amílcar Barca todavía resuena en la mente del vulgo. Hannón lucha, pues, contra un fantasma, un ideal que pervive en la memoria de todos los cartagineses. El héroe de Sicilia, ¿recuerdas? No hace tanto tiempo.

—A mí me parece que ha pasado una eternidad —confesó la anciana mientras una lágrima resbalaba por su arrugada mejilla.

—El senador Himilcón, mi señora Elishat, recordó al Consejo de Ancianos los muchos sacrificios que tuvo que realizar tu esposo para restaurar la prosperidad en Cartago y su determinante acción de conquistar Iberia para sustentar nuestra economía, muy maltrecha por las excesivas compensaciones de guerra que debíamos pagar a los romanos —intervino Cartalón—. Gritó que Amílcar, y tus hijos más tarde, había salvado nuestra nación de la bancarrota, lo que hubiese significado el final de Cartago.

A Cartalón se le iluminó el rostro mientras perdía su mirada allende el bosque de terebintos, como si estuviese vislumbrando sobre el horizonte al senador Himilcón desgañitarse.

—Los aplausos, mi señora Elishat, inundaron la sala mientras Hannón agachaba la cabeza y permanecía callado sin saber qué replicar ante la contundencia de las palabras de Himilcón.

—Sin embargo, Hannón se está ganando al populacho —replicó la anciana entrecruzando los dedos.

—Así es —reconoció Naravas—. Los apoyos que no termina de conseguir en el Consejo de Ancianos los busca en la gran explanada junto al templo de Eshmun Asclepios.

—¡Eso es lo que hay que evitar! —volvió a chillar Elishat, acentuando su voz de gallina clueca.

—¿Cómo? —volvió a preguntar Cartalón.

La anciana se quedó pensativa un instante. Su mirada se clavó en algún punto inconcreto del jardín. Parecía mirar a todos lados y a ninguno, y su rostro, deslucido a causa de las muchas arrugas, pareció, por un momento, recuperar buena parte de la belleza que en su juventud la hizo famosa en toda Cartago.

—Enviad a la explanada del templo a hombres favorables a nuestra causa; que se entremezclen entre las gentes que escuchan los embustes de Hannón y que levanten la voz en contra de sus palabras. Sería conveniente que algunos llevarsen bajo sus ropas palos y puñales.

—¿Eso último es totalmente necesario? —interrogó, censor, Cartalón.

—Lo es —aseveró Elishat con gran decisión—. Si nuestras voces no son lo suficientemente fuertes, la violencia sí lo será.

El senador miró nervioso a Naravas, quien no exteriorizó ningún tipo de escrúpulo a lo expuesto por Elishat.

—El uso de la fuerza no es justificable —farfulló en un arranque de valor.

—Tampoco lo son los embustes que Hannón lanza en cada sesión del Consejo de Ancianos —intervino el nómada.

—Necesitamos hombres audaces y con gran determinación, joven Cartalón —puntualizó la anciana—. ¿Eres tú uno de esos?

—Soy un buen cartaginés, senador de la Balanza, no un alborotador.

—Y no lo serás. Mi yerno se encargará de todo.

Elishat lanzó una mirada a Naravas, y este asintió conforme.

—Es mejor que tú e Himilcón, por vuestra condición de senadores, no os veáis implicados en esto.

Cartalón respiró aliviado. Aunque sabría el origen de la formación de aquellos grupos que durante las próximas semanas intimidarían a quien pusiera en tela de juicio la actuación de los Bárcidas en la guerra contra Roma, él se sentiría exento de todo remordimiento. No haría nada para que la violencia desapareciese; no obstante, tampoco la organizaría ni tendría el poder suficiente dentro de la facción Bárcida como para poner remedio a los desmanes de unos pocos radicales armados. Sin embargo, el senador Himilcón era distinto; su reputado apoyo a los hijos de Amílcar Barca había sido largamente demostrado, y sobre él recaería la responsabilidad respecto al hecho de controlar a las masas armadas. La facción de Hannón le pediría explicaciones. A Himilcón sí, pero no a él.

—Los sufetas creerán que las violentas revueltas del pueblo son provocadas por la oratoria diaria de Hannón y sus partidarios —le aseguró Naravas mientras abandonaban la residencia de Elishat.

—Por tanto, los sufetas instarán a Hannón a que renuncie a cotorrear en la explanada del templo de Eshmun Asclepios.

—Así es. ¿No te parece brillante?

—Brillante y peligroso, Naravas.

—¿Y dónde encuentras grandes victorias sin riesgo?

—Es posible que tengas razón.

—La tengo, senador.

—Es posible.

Los dos bajaron en silencio la cuesta de la colina de *Byrsa*, en dirección al centro de la ciudad.

Una semana más tarde, el primero de los muchos grupos organizados por el nómada Naravas hizo su aparición en la explanada del templo de Eshmun Asclepios, vociferando en contra de Hannón, quien, desde la mitad de la escalinata de acceso al templo, peroraba contra Asdrúbal *el Joven* y su incompetencia para el mando militar.

De repente, Hannón se vio sorprendido por decenas de voces que vitoreaban el nombre de Asdrúbal y Aníbal.

—Los leones de Amílcar Barca —exclamaban.

—Los elegidos por Melquart —chillaban.

—¡No hagáis caso a unos alborotadores traidores a Cartago! —gritó, nervioso, Hannón.

—Hannón es el verdadero traidor; el amigo de Roma —arremetieron contra él.

Los secuaces de Hannón intentaron hacer callar por la fuerza a algunos que clamaban a favor de los Bárcidas. Entonces el caos inundó la explanada y los puñales y palos hicieron acto de presencia. En ese momento, Hannón huyó, escoltado por una decena de partidarios, hacia una de las calles estrechas que conectaba con los puertos y, desde allí, a salvo ya de los alborotadores, se dirigió por el camino más directo hacia su residencia en las afueras de la capital, no muy lejos de la colina de *Byrsa*.

Al anochecer, el panorama era estremecedor; casi un centenar de cuerpos yacían en el suelo de la explanada, bañados en su propia sangre. Apuñalados, apaleados, con los miembros rotos y algunos con las cabezas destrozadas.

—¡No dejaré de clamar verdades en la escalinata del templo! —exclamó, enfurecido, el viejo Hannón mientras deambulaba de un sitio para otro, inquieto tras conocer el alcance de la revuelta.

—Corres peligro —le avisó uno de sus partidarios.

—Pues yo también llevaré escolta armada. No acallarán mi voz con unos cuantos energúmenos —replicó.

—Son asesinos —puntualizó otro de los suyos.

—Pues me escoltarán asesinos —refunfuñó Hannón.

Los enfrentamientos fueron cada vez mayores y más graves. El pueblo no se atrevía a acudir a escuchar a Hannón por temor a los alborotadores. El terror caló hondo en el vulgo. Hasta los sufetas le recomendaron que acabase con aquella situación y dejase de hablar al pueblo desde la escalinata del templo de Eshmun Asclepios.

Hannón se negó. Pidió explicaciones al senador Himilcón, y este confesó ante los sufetas que no tenía idea de quién o quiénes organizaban esos grupos armados tan violentos. Hannón no le creyó y volvió a negarse a los requerimientos de los dos magistrados que ejercían el sufetato. Ante esta situación, no les quedó otra opción que prohibir los discursos públicos por la seguridad de los ciudadanos cartagineses.

Y así, los violentos alborotadores desaparecieron con la misma rapidez con la que habían hecho acto de presencia en uno de los lugares más emblemáticos de la capital norteafricana, derramando la sangre del populacho desencantado por la actuación de los hijos de Amílcar Barca, quienes habían llevado a la guerra contra Roma a una nación hastiada de tanto sufrimiento. Los tiempos gloriosos en los que el mítico marino Hannón había realizado su periplo por la costa atlántica de África no retornarían a Cartago, ni sus gentes disfrutarían de la prosperidad de décadas no belicosas impuestas por el dominio del comercio marítimo. Todo el mundo añoraba aquellas épocas de riqueza y tranquilidad, sin ninguna Roma que amenazase el modo de vida cartaginés.

Todo aquello era un sueño. Una quimera.

La quimérica esperanza de Aníbal.

---

78 El centurión más antiguo de la legión.

79 Dios cartaginés convertido en divinidad familiar de los Bárcidas. Algunas inscripciones aluden a este dios como resucitador de la divinidad, *esposo de Astarté*.

### XIII

Las legiones destacadas en la Galia itálica, bajo el mando de Tiberio Sempronio Longo y el propretor Cayo Atilio Serrano, comenzaron a moverse una vez que la primavera hubo deshecho la nieve de los campos y las altas cumbres.

Cayo Atilio Serrano movilizó sus tropas a través de la costa adriática hasta llegar a Ariminum, donde lo esperaba el primer cónsul, Cneo Servilio Gémino, con un pequeño contingente armado destinado a completar el cuerpo de caballería de las dos legiones. Desde aquella nueva posición, al norte de los montes Apeninos, los romanos bloqueaban el acceso hacia el Picenum y los territorios aliados de Umbría.

Por su parte, Tiberio Sempronio Longo llevó sus dos legiones desde la ciudad costera de Lucca, en la Toscana, hasta Arretium<sup>80</sup>, donde el segundo cónsul Cayo Flaminio Nepote aguardaba unir las dos legiones urbanas a las otras dos comandadas por Sempronio Longo. El Senado cedió al electo cónsul Flaminio Nepote las dos legiones que, en principio, habían sido reclutadas para defender a Roma, puesto que tenía la misión de cubrir el paso de la Galia itálica hacia la alta Etruria. Si Aníbal llegaba hasta el territorio etrusco, la capital romana estaría a merced del cartaginés. Por ende, los padres conscriptos decretaron aumentar al doble las fuerzas asentadas en Arretium.

No obstante, esa decisión se había tomado tras un arduo debate en la *Cura Hostilia*. Los Cornelios Escipiones, con el procónsul Publio y el príncipe del Senado al frente, los Emilios y los Fabios, se opusieron a dar a otro *hombre nuevo* como Cayo Flaminio Nepote el mando absoluto de cuatro legiones. No querían que un segundo Sempronio Longo aniquilase otro ejército. Tras una discusión que se alargó desde el alba hasta la hora *de meridie*, se decidió al fin ceder el mando de más de veinte mil hombres a este, con la condición de

no atacar abiertamente a Aníbal si accedía a la alta Etruria por el Apenino toscano con la intención de tomar la *vía Aurelia* o la *vía Casia*, en la región de Umbría. Debería esperar los refuerzos de las legiones del primer cónsul, Cneo Servilio Gémino, destacado en Ariminum.

Una vez acabada la sesión, los senadores abandonaron la *Cura Hostilia* en pequeños grupos, hablando entre ellos, preocupados y cabizbajos ante el incierto futuro.

—Le será fácil a Servilio Gémino unirse a las fuerzas de Flaminio Nepote a través del alto valle del Tíber en caso de que Aníbal penetre en la Etruria — comentó Lucio Emilio Papo mientras descendía por la escalinata que daba acceso a la sede del Senado.

—De lo que no estoy tan seguro es de que Flaminio Nepote reserve sus fuerzas para la batalla antes de la llegada de las legiones del primer cónsul — opinó Publio Cornelio Escipión.

—Confiemos en que hayamos aprendido de nuestra derrota en el río Trebia —puntualizó Cornelio Léntulo, príncipe del Senado.

—Los *hombres nuevos* nunca aprenden —apostilló, pesimista, Quinto Fabio Máximo.

—Espero que no tengas razón —deseó Emilio Papo.

—Yo también —volvió a decir el Fabio.

—Por el bien de Roma —añadió el príncipe del Senado.

El grupo de senadores se dispersó por el Foro, entremezclándose con las gentes que se arremolinaban en derredor de la tribuna de los Espolones, donde el tribuno de la plebe, Mario Felpino, informaba a los caballeros romanos de la segunda clase sobre la decisión del Senado de volver a confiar el futuro de Roma a la persona del plebeyo Cayo Flaminio Nepote ofreciéndole el mando de las dos legiones urbanas y las de Tiberio Sempronio Longo.

El verano acababa de llegar y el calor comenzaba a ser abrasador en las calles de Roma; sin embargo, ningún personaje importante de la vida pública

romana había abandonado aún la capital por lugares como Antium, Cumas o Minturnae, donde el calor se hacía más llevadero.

Desde el inicio de la hora *mane*, los padres conscriptos fueron reunidos en la *Cura Hostilia*, en una sesión extraordinaria convocada por Lucio Cornelio Léntulo Caudino, príncipe del Senado y pontífice máximo.

Los casi trescientos senadores cuchicheaban entre sí, haciendo conjeturas sobre las razones por las que se les había convocado con las primeras luces del alba, cuando todavía el Foro se hallaba casi desierto y nadie peroraba en él aún. El príncipe del Senado, junto al pretor urbano, Tito Otalicio, y el pretor de extranjeros, Marco Pomponio Matho, observaba hierático desde el estrado cómo los senadores iban acomodándose en las gradas y tomando asiento.

Cuando el silencio parecía dejar atrás los murmullos malhumorados de muchos de los asistentes, Lucio Cornelio Léntulo Caudino se levantó y avanzó hacia el centro de la sala.

—Padres conscriptos, hoy Roma vive uno de sus días más terribles — anunció apesadumbrado—. Esta pasada noche ha llegado un despacho oficial de nuestro primer cónsul, Cneo Servilio Gémino. Las noticias, ilustres senadores, son pésimas. No obstante, vuestros oídos no merecen escucharlas a través de mis palabras afligidas, sino de las del propio Servilio Gémino. Nuestro pretor urbano, Tito Otalicio, leerá íntegramente el despacho oficial remitido por el primer cónsul a esta ínclita cámara, donde se narran los nefastos acontecimientos acaecidos.

El príncipe del Senado volvió a sentarse entre un creciente aluvión de susurros inquisitivos por parte de los padres conscriptos. Tito Otalicio miró de soslayo a Lucio Cornelio Léntulo, quien asintió ligeramente con la cabeza. Inmediatamente después, el pretor urbano se irguió y comenzó a leer en voz alta el despacho oficial del cónsul Cneo Servilio Gémino.

*Ilustres padres conscriptos. Yo, Cneo Servilio Gémino, primer cónsul de Roma, informo que las legiones de Cayo Flaminio Nepote han sido*

*aniquiladas por el enemigo. La derrota ha sido total. Más de veinte mil romanos, incluido el propio Cayo Flaminio Nepote, han sido asesinados en las orillas del lago Trasimeno.*

*Aníbal accedió a la alta Etruria por un angosto camino al oeste de Arretium, entre el valle del Arno y el Auser. El cartaginés provocó la ira del cónsul Flaminio Nepote, devastando buena parte del ager publicus. Mi colega movilizó su ejército en persecución del enemigo, incumpliendo las órdenes restrictivas del Senado referentes a la prohibición de entrar en combate hasta que mis legiones no se hubiesen unido a las suyas.*

*Yo, Cneo Servilio Gémino, primer cónsul de Roma, estando en conocimiento de las devastaciones del cartaginés y sabedor del talante de mi colega, decidí enviar en avanzadilla a mi cuerpo de caballería con la esperanza de que se agregasen a las legiones de Flaminio Nepote antes de entrar en batalla. Sin embargo, llegó demasiado tarde y toda mi caballería fue también aniquilada por la del enemigo. Aníbal le tendió una trampa no lejos de Cotona, en la llanura costera de Tuoro delimitada por dos desfiladeros junto al lago Trasimeno.*

*Ante tales noticias, resguardé, en las fortalezas de la vía Casia, a mi ejército de la batalla a campo abierto, pues sin caballería no tenía posibilidad alguna de victoria. Aníbal ha accedido a la región de Umbría y ha arrasado el Picenum. Mientras tanto, mis legiones continúan incomunicadas en Ariminum, y sospecho que este despacho será el último si no se decretan levas de emergencia y son enviadas nuevas tropas a Umbría y el Picenum. Es perentorio salvaguardar el territorio de nuestros aliados itálicos de la devastación cartaginesa.*

*Roma resistebit.*

Tras ser leído el despacho oficial por el pretor urbano, Tito Otalicio, se formó tal revuelo en la cámara que parecía como si el propio cartaginés Aníbal ascendiera ya por la escalinata hacia la mismísima sede del Senado. Los lamentos, la consternación y el miedo infestaron la sala. Algunas decenas

de senadores se levantaron precipitadamente de las gradas y abandonaron la reunión con los ojos humedecidos por las lágrimas al enterarse por medio del despacho de la segura muerte de sus familiares, que engrosaban las filas de las legiones comandadas por Cayo Flaminio Nepote. Ante el dramatismo de la situación, el pretor urbano dio por finalizada la sesión hasta la atípica hora *de meridie*.

¡Qué desgracia! El cartaginés había sembrado Roma de viudas, de huérfanos, de padres con finada descendencia, de progenies diezmadas. El horror asesino de los púnicos hizo temblar los cimientos mismos del Foro Romano cuando el pretor de extranjeros, Marco Pomponio Matho, proclamó desde la tribuna de los Espolones la estrepitosa derrota del segundo cónsul, Cayo Flaminio Nepote.

¿Quién impediría a Aníbal que marchase con todo su ejército hacia Roma? ¿Quién imposibilitaría que sus bárbaras hordas hollasen las cosechas en los campos de Umbría y la Etruria y, de paso, incendiasen las casas con los inquilinos dentro? Nadie. Buena parte de Italia estaba a su merced, campaba a sus anchas por los territorios latinos del norte de Roma. Y el terror ya había ahondado en el corazón de los romanos.

Los senadores volvieron a reunirse en la *Cura Hostilia* al inicio de la hora *de meridie*. Lucio Cornelio Léntulo Caudino ordenó que las puertas permaneciesen abiertas para que el pueblo fuese testigo de todo cuanto en aquella ínclita cámara fuera a decirse. El príncipe del Senado se levantó de su asiento y caminó despacio hacia el centro de la sala, donde apenas había sitio para pasear mientras peroraba.

—Padres conscriptos —comenzó diciendo—. La situación es crítica. Cneo Servilio Gémino se encuentra aislado con sus tropas en Ariminum, sin cuerpo de caballería y, por tanto, indefenso ante las huestes de Aníbal que asolan la región de Umbría y el Picenum tras derrotar y dar muerte al segundo cónsul junto con las cuatro legiones puestas bajo su mando, a orillas del lago Trasimeno.

Lucio Cornelio Léntulo hizo una pausa en su oratoria para mirar con

severidad a los senadores que, desde las gradas, lo miraban con tiesura y aflicción. Nadie se atrevía a hablar, ni siquiera Aurelio Fabio, cabizbajo y repitiéndose a sí mismo que la razón estaba con él cuando desconfió públicamente de las aptitudes militares de los cónsules electos.

—Necesitamos dar una respuesta rápida al pueblo de Roma —continuó—. Una respuesta eficaz ante la amenaza cartaginesa. Necesitamos a alguien con la fuerza necesaria para liderar a esta Roma atemorizada y hacerla resurgir como la gran nación que una vez arrebató la isla de Sicilia a los púnicos. Necesitamos nombrar un dictador.

La cámara se sumió en un torrente de voces que protestaban al unísono contra tal nombramiento. Hacía casi setenta años que el Senado no elegía un dictador, y el último había sido Hortensio, artífice de la *Lex Hortensia*, en el año 457 *ab urbe condita*<sup>81</sup>. Esta ley disponía que las decisiones de un grupo de plebeyos obligaran también a los patricios, anulando la *autorictas patrum* del Senado. Aquella *Lex Hortensia* había producido una herida en el orgullo de los nobles romanos que todavía perduraba en muchos de ellos.

—¡No lo necesitamos! —gritó Aurelio Fabio—. Todos sabemos lo que el último dictador hizo con la *autorictas* de esta ilustre cámara. —Se adelantó unos pasos hasta llegar a la altura del príncipe del Senado—. ¿Acaso lo habéis olvidado todos? La *Lex Hortensia* fue tan perjudicial para nuestra clase como lo es la corrupción a la que se prestan los tribunos de la plebe. —El Fabio echó una maliciosa mirada a Mario Felpino, quien tuvo que enmascarar la suya mirando hacia otro lado—. Además —prosiguió—, es necesario que uno de los cónsules electos nombre al dictador, cosa que veo improbable, puesto que Flaminio Nepote ha muerto y Servilio Gémino se encuentra incomunicado en Ariminum.

—Entonces tendrá que elegirlo la *comitia centuriata* —dijo Cornelio Léntulo con aviesa sonrisa.

—¡Es inaudito! —exclamó el Fabio—. Jamás un dictador ha sido elegido por la *comitia centuriata*.

—No hay ley que lo prohíba —dictaminó el príncipe del Senado—. Y

seguro que el tribuno de la plebe, Mario Felpino, estará encantado de redactar una que lo permita en los próximos días.

El tribuno de la plebe asintió satisfecho. Mario Felpino era un gran legislador; contaba entre sus leyes aquella que, a finales del año pasado, permitiera al Senado restringir parcialmente el *imperium* de los cónsules. *Lex Felpina* fue llamada; empero, muchos dudaban de que la vigencia de esta ley sobreviviese más allá del cargo tribunicio de Felpino.

—No será necesario —intervino Lucio Emilio Papo—. Redactar una nueva ley que haga legal la elección de un dictador por parte de la *comitia centuriata* requiere un tiempo del que no disponemos. —Asió con una mano la orla de su toga y avanzó hacia el centro de la sala, compartido por el príncipe del Senado y Aurelio Fabio—. Mientras nosotros discutimos cómo debe ser elegido un dictador, los propios territorios romanos, e incluso los de nuestros aliados itálicos, son devastados por el enemigo.

—¿Consideras baladí tal debate, Lucio Emilio? —inquirió, malicioso, el Fabio.

—Oh, no, mi querido Aurelio. Solo considero inútil tu verborrea porque levanta dolor de cabeza y no aporta nada a esta situación.

Algunos senadores dibujaron en su rostro una ligera sonrisa. Quinto Fabio Máximo Verrucoso fue uno de ellos, hastiado de la oratoria vacía de su pariente, quien miraba más por sus intereses personales que por el bien de Roma. Y eso era difícilmente soportable en un Fabio. Aurelio parecía recordar al finado Fabio Buteo; sin embargo, eran muy distintos. Quinto Fabio Máximo conoció bien al ilustre anciano, y este jamás olvidó la responsabilidad que un senador patricio debía tener para con la patria, y que consistía, a grandes rasgos, en trabajar para aumentar la *dignitas* de Roma en detrimento, si fuese necesario, de la de uno mismo. No, Aurelio Fabio jamás toleraría esforzarse en balde por Roma, puesto que los hombres como él nunca serían generosos con sus iguales si no percibían claramente algún provecho por el que mereciera la pena trabajar. Y eso horrorizaba en extremo a Quinto Fabio Máximo Verrucoso.

—¡Las leyes deben cumplirse! —chilló, encolerizado por el tono socarrón de Emilio Papo.

—Yo opto por elegir un dictador hasta que se celebren las próximas elecciones consulares —opinó el expretor Cayo Terencio Varrón.

Era lógico que Terencio Varrón quisiera poner un límite temporal a la dictadura, pues aspiraba al consulado y ya había comenzado a hacerse de clientes, muchos de ellos demasiado costosos, y de apoyos dentro de la Asamblea de la plebe. Los orígenes de aquel *hombre nuevo* eran modestos, y muy en silencio había comenzado su carrera en el *cursus honorum*. Después de su etapa tribunicia se había presentado al puesto de pretor, siendo elegido a las primeras de cambio gracias a los amigos que se granjeó, casi todos pertenecientes a la primera y segunda clase, durante su año de tribuno de la plebe.

—Yo opino lo mismo —levantó la voz Lucio Manlio Vulso—. No hay necesidad de prorrogar esta magistratura excepcional durante más tiempo.

—Lo encuentro justo —dijo Aurelio Fabio.

—Está bien —accedió Cornelio Léntulo—. Elegiremos un dictador con plenos poderes civiles y militares hasta la celebración de las elecciones curules. A lo largo de todo este tiempo, las magistraturas quedarán bajo su control y podrá revocar el veto de los tribunos de la plebe.

Todos los presentes en la cámara, menos, claro está, los tribunos de la plebe, aplaudieron entusiasmados las palabras del príncipe del Senado entre tanto volvía a ocupar su asiento, al igual que Aurelio Fabio.

—Yo conozco a un hombre justo —observó Emilio Papo, que todavía no había ocupado su sitio en las primeras gradas—. A un romano ilustre; el único, me atrevo a decir, capaz de actuar con ecuanimidad, consciente de la verdadera peligrosidad que supone el cartaginés Aníbal, incapaz de abusar del poder que otorga la dictadura. Este hombre no es otro que Quinto Fabio Máximo Verrucoso.

Aurelio Fabio llevó su mano a la boca para ahogar un grito. «Increíble», pensó. «El puesto de dictador para un Fabio».

—Quinto Fabio fue instruido en su juventud por el mismo maestro estratega que educó en el arte de la guerra a los hijos de Amílcar Barca, esos que ahora asolan los territorios romanos y latinos —prosiguió Emilio Papo—. Sí, padres conscriptos, el griego Cimón *el Viejo* enseñó al nieto de Fabio Ruliano.

Lucio Emilio Papo alargó su brazo derecho para señalar a Quinto Fabio Máximo, quien no se mostró sorprendido de lo ocurrido.

—¿Aceptas, Quinto Fabio, el honor que te entrega esta ínclita cámara? —preguntó Emilio Papo con gran parafernalia.

—¿Lo aceptas? —inquirió el príncipe del Senado desde su asiento.

—¡Acéptalo, Quinto Fabio! —vociferaron más de un centenar de senadores, entre ellos Aurelio Fabio. Quinto Fabio Máximo dio unos pasos hasta quedar frente a Lucio Emilio Papo.

—Acéptalo —invitó, cordialmente, Emilio Papo, con la palma de su mano derecha extendida—. Y conduce a Roma a la victoria.

—Soy viejo para la guerra, pero si el Senado así lo quiere, aceptaré el cargo.

La cámara explotó en un ensordecedor aplauso, secundado por el pueblo que, congregado en el Foro, asistía desde las enormes puertas de la *Cura Hostilia* a la sesión.

—¡Roma está salvada! —exclamó, entusiasmado, Emilio Papo mientras regresaba a su lugar en las gradas.

Cuando los aplausos aminoraron, Cayo Terencio Varrón hizo audible su voz sobre aquel ruido entusiasta que emanaba de las gargantas de casi todos los senadores.

—¡Un momento, senadores! —vociferó—. Según la ley, es costumbre que el propio dictador elija al *magister equitium*<sup>82</sup>, su lugarteniente. No obstante, hoy, aquí, se quiere elegir a un dictador sin arreglo a ella; por tanto, sería justo que el hiparca sea también elegido por la *comitia centuriata*.

—Eso es innecesario —gruñó Cornelio Léntulo—. Ya es bastante que

cedamos al pueblo la responsabilidad de ratificar la persona elegida por el Senado para salvaguardar el futuro de Roma. Esta cámara tiene sus responsabilidades y sería una actitud pusilánime por nuestra parte dárselas al pueblo cuando la situación es desfavorable.

—La ley es la ley, y cuando la ley se infringe, se quebranta para todo aquello que esta prescribe —replicó Terencio Varrón.

Se escucharon algunos aplausos, no muchos, pero sí los suficientes para que el príncipe del Senado viese peligrar el consenso logrado en la persona de Quinto Fabio Máximo. Cornelio Léntulo se levantó de su asiento y dirigió una profunda mirada de odio a Terencio Varrón.

—Que la *comitia centuriata* ratifique a Quinto Fabio Máximo como dictador y que designe al hiparca —sentenció el príncipe del Senado.

—¡Que el hiparca sea Marco Minucio Rufo! —Se escuchó de repente en las gradas. A continuación, el nombre de Marco Minucio Rufo se propagó rápidamente por la cámara, como una plaga. Cornelio Léntulo alzó la vista hacia los asientos que ocupaban Lucio Emilio Papo y Quinto Fabio Máximo, estupefactos y preocupados ante la posibilidad de que Minucio Rufo fuese el *magister equitum*.

Marco Minucio Rufo había ejercido el consulado tres años atrás y se había distinguido por sus acciones militares en Iliria. Su hermana estaba casada con el excónsul Tiberio Sempronio Longo, y Minucio Rufo, al igual que su cuñado, mostraba un talante agresivo e irascible. Sin embargo, jamás había demostrado en Iliria ser un buen general, puesto que sus acciones siempre estuvieron supervisadas por su colega, Publio Cornelio Escipión Asina, primo del procónsul Escipión. Este ya había zarpado al frente de una armada y ocho mil soldados desde Ostia, al encuentro de su hermano Cneo Cornelio en Hispania. Minucio Rufo era un excelente soldado, audaz y terrible con el *gladium*; le encantaba entremezclarse con la tropa y luchar hombro con hombro junto a sus soldados.

Quinto Fabio Máximo era consciente de esto. Él no necesitaba a un soldado como lugarteniente, sino a un general que actuase con mesura ante

las provocaciones del cartaginés Aníbal. Sí, Fabio Máximo sabía de las provocativas acciones del Barca y tenía previsto actuar de igual manera, evitando la lucha hasta que las tropas galas del cartaginés, en extremo impacientes, lo obligasen a cometer un error. Un paso en falso de Aníbal y lo tendría donde quisiera. Fabio Máximo elegiría el terreno más propicio y lo aplastaría con sus legiones. Aníbal caería en la misma trampa en la que habían caído los precedentes cónsules derrotados. La única diferencia sería que la añagaza estaría meditada por el septuagenario dictador de Roma y la llevaría a cabo el mismo Aníbal, confiado en la ineptitud de los generales romanos a los que hasta entonces se había enfrentado.

Quinto Fabio Máximo no era un pésimo estratega como sus antecesores. No, no lo era, brillaba por sus conocimientos en lo referente a estrategia y logística. Ya lo había hecho en sus dos consulados anteriores, y lo demostraría otra vez frente al cartaginés. Sería una labor ardua que requeriría el esfuerzo de un hiparca tenaz y medurado en sus objetivos, y Marco Minucio Rufo no poseía ninguna de esas cualidades.

El príncipe del Senado terminó aceptando la candidatura de Marco Minucio Rufo al *magister equitum*, con el visible disgusto de Quinto Fabio Máximo y Lucio Emilio Papo.

Tras esto, se dio por terminada la sesión.

Dos días más tarde, la *comitia centuriata* ratificó la decisión del Senado respecto al nombramiento de Quinto Fabio Máximo Verrucoso como dictador y de Marco Minucio Rufo como *magister equitum* hasta la celebración de las próximas elecciones consulares.

—Es un hombre irascible que, además, odia a los de mi familia —protestó, exaltado, Quinto Fabio Máximo a Lucio Emilio Papo.

—Será difícil de controlar.

—Bastantes preocupaciones tengo ya con Aníbal como para hacer de niñera de mi propio hiparca —se quejó Fabio Máximo.

—Lo que no comprendo es por qué Cayo Terencio Varrón se ha tomado

tantas molestias para que Minucio Rufo fuese elegido *magister equitium* —se preguntó Emilio Papo—. Se ha pasado estos dos días vociferando su nombre por la zona de los comicios y explicando a todos la conveniencia de que un hombre joven y activo como Minucio apoyase las decisiones de un dictador ya viejo.

Fabio Máximo comenzó a reírse de forma repentina y ruidosa.

—Eso es cierto, Lucio Emilio, ya estoy viejo —admitió sin dejar de reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que hayan elegido a un anciano como salvador de Roma.

—No lo entiendo —reconoció Emilio Papo, extrañado por el buen humor que mostraba Quinto Fabio Máximo—. Te humillan Terencio Varrón y tu *magister equitium*, y no se te ocurre otra cosa que tomártelo a mofa.

—Cayo Terencio Varrón aspira a ser cónsul el año próximo, y lo mejor de todo esto es su creencia de que, apoyando a Marco Minucio Rufo, se asegura el consulado, pues cree ciegamente que sobre mi *magister equitium* recaerá toda la gloria de la victoria —dijo Fabio Máximo conteniendo la risa.

—Minucio Rufo confunde el patriotismo con el atrevimiento en el campo de batalla.

—Eso es, Lucio Emilio; estoy convencido de que mi *magister equitium* disputará mi nueva magistratura.

—Pero sería un tremendo error —apuntó Emilio Papo escandalizado.

—¿Y qué esperabas del cuñado de Tiberio Sempronio Longo? —inquirió Fabio Máximo mientras perdía su mirada en los cielos límpidos de una Roma abrasada por el calor.

—La verdad, confiaba en que hubiese aprendido de él.

—Es la ambición lo que hace caer en el mismo error a esa clase de romanos —coligió Fabio Máximo—. Como cayeron Sempronio Longo y Flaminio Nepote, y si el destino no lo evita, mi *magister equitium* y Cayo Terencio Varrón.

—Es más lógico que un bárbaro como Aníbal padezca de tales defectos.

—Te equivocas, Aníbal no es tan osadamente estúpido como lo fueron en su momento Sempronio Longo o Flaminio Nepote —arguyó Fabio Máximo—. Yo diría que es excesivamente prudente; el cartaginés jamás entabla batalla si no percibe que le es favorable la situación para alcanzar una victoria.

—Pero no negarás que es muy ambicioso trayendo la guerra a territorio itálico —replicó Emilio Papo.

—Sí; sin embargo, su ambición es envidiable, pues se mezcla con la prudencia. Por desgracia, ese no ha sido el caso de los generales romanos derrotados, y siento decir que tampoco creo que lo sea el de muchos que aspiran al consulado.

—Entonces deberíamos arrojarlos a todos por la roca Tarpeya<sup>83</sup> antes de que masacren más legiones —opinó Emilio Papo en tono socarrón.

Quinto Fabio Máximo lo miró sorprendido, sumido en ese silencio que tanto molestaba a los interlocutores del nuevo dictador de Roma.

—¿¿Qué?! —exclamó Emilio Papo enarcando una ceja.

—No creí que fueses un hombre que apoyase tales medidas radicales —dijo Fabio Máximo irónico—. Me gusta que lo seas.

—Soy un romano —aseveró Emilio Papo, algo incómodo ante las dudas acerca del patriotismo que había mostrado Fabio Máximo—. Sacrificaría mi vida por el honor de mis antepasados y por Roma.

—Jamás lo he dudado.

Un desagradable silencio surgió entre ambos. No se miraban, sino que admiraban, a lo lejos, la roca Tarpeya.

—Será divertido, ya lo verás —afirmó Fabio Máximo intentando cambiar de tema—. Marco Minucio Rufo tratará de hundir mi magistratura a través de escaramuzas políticas con el apoyo de Cayo Terencio Varrón.

—¿Tan convencido estás?

—Lo estoy.

—Entonces no nos aburriremos en los próximos meses —observó Emilio

Papo.

—Te aseguro que no.

—Y mientras Roma agoniza, sus políticos se divertirán con los bufones del Senado, luchando encarnizadamente por hacerse con el consulado —apostilló, burlonamente, Emilio Papo.

Fabio Máximo no dijo nada.

Solo contestó su silencio.

—Es una pena, Lucio Emilio, ¿no es cierto? —dijo al fin el nuevo dictador mientras una sombra recorría su viejo rostro—. Roma a merced de unos buitres.

—No dejaremos que destruyan lo que los de nuestra clase han levantado con tanto esfuerzo a lo largo de más de quinientos años —aseguró Emilio Papo—. Esta Roma fuerte, inquebrantable, no la ha construido ninguno de esos *hombres nuevos* a los que soportamos. La alcurnia de nuestras familias es tan antigua que se pierde en la época del rey Tulo Hostilio. Nosotros representamos a la verdadera Roma, no esos plebeyos de orígenes abyectos que entrelazan su sangre con la nuestra para conseguir arrebatarnos la *dignitas* que ellos no poseen por su cuna no patricia. La grandeza de Roma es eterna y nadie podrá acabar con ella.

El sol se escondía y el viento comenzó a refrescar ligeramente el ambiente abrasador del verano en Roma. La hora *de meridie* tocaba a su fin para dar un respiro a los habitantes de la capital, que pronto se sumergiría en la hora *suprema*.

—Confío en ello —concluyó Fabio Máximo.

El cielo empezaba a enrojecerse por el oeste, aunque las sombras se resistían aún en aparecer por las calles. El Foro iba quedando desierto; los romanos se acostarían aquella noche con la esperanza de ver desaparecer la amenaza cartaginesa antes del equinoccio de otoño, de poder gritar, sin miedo a equivocarse, que Roma sería eterna.

«Sí, Roma es eterna», pensó Quinto Fabio Máximo Verrucoso.

---

80 Actual Arezzo.

81 Año 287 a.C.

82 Maestro de caballería.

83 Lugar de ejecución de los ciudadanos romanos condenados por traición y asesinato. Esta roca estaba situada en los límites de la misma Roma.

## EPÍLOGO

Aquella noche sin luna resultaba demasiado oscura para un corazón temeroso como el de Asdrúbal Barca. El puerto de Qart Hadasht se encontraba en calma y sus calles, casi desiertas; solo los mendigos se veían obligados a desafiar al espíritu nocturno y cruel que dimanaba de las pesadillas más oscuras del ser humano.

Tumbado en el duro camastro, cerró los ojos y una oscuridad mortecina invadió sus sentidos. No oía ruido alguno ni tampoco veía la lobreguez de sus aposentos que solía invadir su ánimo sin poder jamás hacerla desaparecer por muchas lámparas de aceite que hiciera colocar sobre las paredes y la mesa, siempre ocupada por mapas de piel desplegados a lo largo de toda su superficie. Aquella noche, la lobreguez desaparecía casi de forma mágica.

No rememoraba los jardines de su padre, apenas podía recordar el rostro de su hermano Aníbal después de un año sin percibir su presencia. A Magón sí lo recordaba; sin embargo, no dejaba de ser un extraño por cuyas venas corría la misma sangre pura del linaje Bárcida. ¿Qué remembranza ocuparía la mente de Asdrúbal con tanta intensidad como para ofuscar las escenas felices de su niñez, corriendo por los caminos de los bellos jardines de Amílcar? Sí, los jardines; en aquellos años de guerra solo paseaban por ellos la anciana Elishat, madre del *joven león* de Cartago, y su fiel criada Cardia.

La figura de una mujer tan hermosa como los mismos jardines de Amílcar era la responsable de que desapareciesen los recuerdos pueriles, y lo atormentaba dulcemente con el insomnio: Lania. Ese era su nombre. Contestana de nacimiento y cartaginesa de corazón. El rostro de su amada lo inundaba todo. En la penumbra, parecía verla con esa sonrisa mágica y un resplandor en la mirada; incluso parecía escuchar su voz aflautada mientras susurraba palabras en un dialecto desconocido para un cartaginés.

Palabras de pasión.

Lenguaje de amor.

—El sueño más grande al que aspirar —murmuró Asdrúbal.

Un sueño muy distinto al de Aníbal, al de Cartago.

—Lania —suspiró en voz queda.

El sueño de Cartago se había convertido, tras tantos meses de lucha, en una pavorosa pesadilla. La imagen del lugarteniente Hannón crucificado en la muralla de Cissa, pudriéndose y con su rostro inanimado mirando en dirección a Qart Hadasht, no lo abandonaba. Los campos sembrados de cuerpos sin vida yaciendo sobre la llanura rojiza de Cissa sería incapaz de olvidarlos. Jamás borraría de su memoria el rostro demudado de Himilcón cuando le informó de que la flota cartaginesa había sido aniquilada por la romana. Y en medio de esa tempestad de muerte, desolación, desesperanza, surgía ella. Lania se llamaba. Una contestana de corazón puro.

El sueño de Asdrúbal.

Se movió en el camastro para desentumecerse y las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas y a empapar la barba descuidada. Lloró. No por su sueño, sino por el de su patria, el de su finado padre y el de su amado hermano, Aníbal.

El sueño de Cartago.

## AGRADECIMIENTOS

A Lola Gude, Ilu Vílchez y a todo el equipo de Selección BdB, por creer en mí y en mi obra literaria. A Mimi Romanz, por su profesionalidad, sus sabios consejos y su buen hacer a la hora de corregir este manuscrito. A mi hijo Juan Carlos, por interrumpirme cada dos por tres y enseñarme que existe vida más allá de la literatura; y a la tata Nana, por alargar estas interrupciones y colaborar así a que esta novela llegara a término. Y a todas las personas que me han animado a lo largo de los años y me han hecho creer que seguir escribiendo merecía la pena.

Si te ha gustado

*El sueño de Cartago*

te recomendamos comenzar a leer

*Pan con chocolate*

de Ana Castellar

*Selección RNR*

# PAN CON CHOCOLATE

*Ana Castellar*



Romance Actual

Capítulo 1

Daniela terminaba de abrocharse la cremallera de la cazadora, parecía que el invierno ya estaba llegando. Salió del edificio de la universidad, estaba esperando que sus hermanas fueran a recogerla. Hoy había acabado antes de tiempo su turno de limpiadora en la universidad, a las afueras de Gijón, y la habían llamado para pasar a recogerla en coche e ir juntas a casa. Ellas también habían terminado pronto en el trabajo y así le evitaban la caminata hasta casa. Miró su móvil al salir, un mensaje de las chicas le avisaba que llegarían un poco tarde debido a un atasco en la autopista. Siguió caminando unos pasos; apenas había coches ya aparcados. Se fijó en los arbustos que se movían por el viento. Su corazón dio un vuelco cuando vio salir correteando de entre el ramaje a dos niñas pequeñas. Se asustó al sentirse observada por la más pequeña de las jóvenes, la cual avisó a la otra pequeña de la presencia de Daniela. Ambas, al verla, se apresuraron hacia una furgoneta que estaba aparcada en un lateral del aparcamiento. Daniela, asustada, llamó a sus hermanas para contarles lo que estaba viendo, sin saber por qué necesitaba tenerlas al otro lado del teléfono. Estaba en una situación desconocida y tenía miedo, no sabía qué hacer. Sus hermanas le pidieron que volviese al edificio, que esperase su llegada y que la acompañarían después a aquel vehículo. Daniela les dijo que ya era tarde, pues ya se estaba acercando. Si aquellas niñas se habían asustado solo al verla a ella, con más gente se pondrían más nerviosas. Al otro lado del teléfono, Laura y Alba esperaban, nerviosas, a que les diera noticias sobre lo que iba ocurriendo. Daniela susurraba. Aquella furgoneta llevaba días aparcada en ese mismo lugar, y aunque apenas se había fijado, no recordaba a nadie merodeando cerca de ella. Se acercó con miedo a la ventanilla trasera; estaba tapada. Entonces se arrimó a la de delante y apenas vio nada. Había bolsas, mantas; estaba sucia y desordenada. De repente, unas mantas se movieron. Daniela se asustó y dio unos pasos atrás, pero se volvió a aproximar y vio como estas volvían a agitarse. Daniela pudo ver la manita de una niña que sujetaba uno de los extremos.

—Hola —susurró Daniela en apenas un hilo de voz—. Hola —volvió a decir después de aclararse la garganta—. ¿Estáis solas? ¿Necesitáis algo? —

Daniela no recibió ninguna respuesta, esperó unos segundos, mirando aquellas mantas que ahora permanecían inmóviles. Pensó en el miedo que quizás les estaba causando al estar allí, entonces decidió alejarse un poco. Mientras aguardaba la llegada de sus hermanas, iba contándoles cómo, a pesar de la quietud del interior del vehículo, estaba segura de que en él seguían las niñas. Ella se quedó unos metros alejada, tal y como sus hermanas le habían pedido, mirando la furgoneta.

Se volvió a acercarse.

—No tengáis miedo, solo os quiero ayudar, ¿dónde están vuestros papás? ¿Habéis cenado? —Daniela no recibió respuesta. El viento azotaba fuerte y movía los arbustos. Daniela se giró al oír el motor de un coche; eran Alba y Laura. Lo aparcaron a unos pocos metros y se acercaron a Daniela.

—¿Te han dicho algo?

—No, y tampoco he visto a nadie cerca, pero estoy casi segura de que esta furgoneta lleva aquí al menos dos días, no recuerdo si más tiempo. Y si las han dejado abandonadas, ¿qué hacemos?

—No podemos marcharnos, la noche va a empeorar y está haciendo mucho viento.

—¿Llamamos a la policía? —Las tres se quedaron en silencio pensando que esa sería la mejor opción. La ventanilla del conductor se bajó unos centímetros y una de las niñas se asomó.

—No llaméis a la policía, por favor, mi papá va a venir, ahora está trabajando, no llaméis a la policía, por favor.

Daniela se acercó a la ventanilla.

—¿Dónde trabaja tu papá? ¿Y tu mamá?

—No tengo mamá, y papá vendrá ahora, no tardará.

—¿Tenéis hambre? —le preguntó Laura, acercándose un poco más. Recordó que había estado hablando con Alba del hambre que tenían y de qué prepararían de cena mientras hacían la compra en el supermercado, y al ver a aquella niña allí, pálida de frío, temblando, se dio cuenta de que quizás

llevaban días sin comer nada.

—Sí —les respondió la niña.

Las tres se miraron.

—Buscaré en el coche —contestó Alba—, quizás encuentre algo que no haya que calentar ni cocinar. —Aunque hacía unas horas que habían hecho la compra antes de ir a buscar a Daniela, no recordaba qué habían comprado. Miró las bolsas, vio leche, pan y unas tabletas de chocolate, y en unos minutos improvisó unos bocadillos de chocolate.

Mientras aquella pequeña observaba a Alba y a Laura revisando en el coche, la otra niña salió, abrazando un peluche, de la parte de atrás de la furgoneta y se puso al lado de su hermana, que la miró como reprendiéndola por no obedecer y le agarró la mano. La mayor miraba a Daniela, estaba confusa, sentía miedo al tenerlas allí, no quería que llamasen a la policía, pero tampoco quería que se fuesen. Aquel viento y el movimiento de la furgoneta le estaban dando mucho miedo, aunque no lo reconocería.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Lola. ¿Y tú?

—Me llamo Daniela.

—¿Nos vas a dar comida?

—Sí, mis hermanas están preparando algo de cena. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Sofía.

—¿Sois hermanas?

—Sí —le respondió Lola—, ella es mi hermana mayor, y yo soy la pequeña.

—¿Y dónde está mamá, está con papá trabajando?

—No tenemos mamá —contestó Sofía, seria.

Laura y Alba se acercaron con la comida y con unos *bricks* de leche.

—Baja un poco más la ventanilla, no entran los bocadillos. —Sofía la miró y tras observar a Lola, decidió hacerlo. Alba les dio el pan con chocolate y fue abriendo los *bricks* de leche para dárselos.

—¿Lleváis muchos días aquí? ¿Durmiendo en la furgoneta?

—Sí, esta es nuestra casa hasta que papá consiga otra —reveló Lola.

Las niñas comían y bebían. Daniela, Laura y Alba las observaban sin poder evitar la tristeza que les generaba el verlas allí, tan frágiles, tan desvalidas. Había pasado al menos una hora, ya se sentían cómodas con ellas, y Sofía les había pedido que esperasen hasta que llegase su papá. Las tres aceptaron. Lola le dijo a Sofía que tenía pis, antes no le había dado tiempo y después de beber, ahora no podía aguantarse. Daniela, al oírla, le dijo que ella la acompañaría, ya eran amigas y podían confiar en ellas. Sofía abrió la puerta de la furgoneta y Lola salió rápidamente. Sofía se debatía entre acompañar a Lola y dejar sola la furgoneta, su única casa.

—No os alejéis mucho —acertó a decir.

—Estamos aquí detrás, no te preocupes.

De vuelta a la furgoneta, Lola abrazaba a su peluche y cogía la mano de Daniela.

—¿Cómo se llama tu perrita?

—Fiala. —Lola se lo acercó un poco más—. El nombre se lo puso papá, es *fía*, de Sofía, y *la*, de Lola.

Daniela sonrió, ella también tenía perritos en su casa. Le contó que se llamaban Kas y Lichis.

—Me gustaría conocerlos —respondió Lola.

Desde lejos, Matías vio lo que estaba sucediendo: sus hijas estaban con unas mujeres, una de ellas ayudaba a Lola a subir a la furgoneta. No entendía qué podía estar ocurriendo. Sintió pánico, un pánico que durante unos segundos lo paralizó. Caminó rápidamente hacia la furgoneta, tenía que resolver aquella situación. Pensaba en cómo salir de allí, la furgoneta no tenía gasolina, había terminado rápido su trabajo para estar con sus hijas y al día siguiente iría a por la gasolina, en su mano agarraba con fuerza una bolsa de plástico con algo de comida que había comprado para cenar esa noche.

—Mira, ese es mi papá —grito Sofía al verlo acercarse.

—Sí, es papá, ya está aquí —confirmó Lola.

Las tres hermanas se giraron al escuchar a las niñas.

—Meteros dentro —les dijo Matías—. ¿Qué queréis? ¿Que hacéis aquí?

—Nos han dado la cena, papá, son nuestras amigas —respondió Lola.

—Sí, es verdad, papá, son nuestras amigas —le confirmó Sofía.

—Gracias por la cena. ¿Cuánto os debo? Nos tenemos que ir.

—Nada, solo han sido unos bocadillos.

—Gracias —les respondió Matías esperando que se fueran.

Las hermanas se despidieron de las niñas y caminaron hacia su coche. Antes de entrar al coche, Daniela se giró, lo vio fuera esperando a que ellas se fueran, «no tienen a donde ir», pensó Daniela, dio media vuelta y se dirigió a Matías; sus hermanas le siguieron.

—¿Qué quieres? —le preguntó Matías molesto y nervioso. Las niñas sonrieron al verlas de nuevo.

—Hace una noche horrible y va a empeorar, y si tú y ellas queréis... podéis pasar la noche en nuestra casa. —Daniela miró a sus hermanas, estaban sorprendidas de aquel ofrecimiento sin consultarles—. Vivimos lejos, pero será mejor que pasar la noche en este lugar, podréis tomar algo caliente y... no sé, daros un baño caliente...

—¿Qué quieres a cambio?

—Nada, no podría dormir sabiendo que estáis aquí. He visto esta furgoneta aparcada varios días y tu cara me suena, te he visto dentro del edificio, lleváis días así...

—Queremos ayudarte y ayudar a Sofía y Lola —terminó la frase Laura.

—Papá, vamos con ellas —intervino Sofía. Él las miró, Lola le sonreía mientras agarraba a su peluche. Matías le sonrió, y ella cogió su cazadora y bajó de la furgoneta.

—Lola, espera. No sabéis nada de mí, puedo ser peligroso, haceros daño o robaros cuando os quedéis dormidas, seré un desconocido en vuestra casa —les decía mientras agarraba la mano de Lola fuertemente para que no se fuera.

—Tú tampoco sabes nada de nosotras, no estás tan fuerte como crees

—Somos más... Soy Daniela.

—Matías.

—Ellas son Laura y Alba —las presentó Sofía

—De acuerdo, pasaremos esta noche en vuestra casa. —Lola se soltó de su mano y corrió a la de Daniela. Ella la cogió en brazos, y Lola se abrazó a ella.

—Yo duermo contigo y así conozco a tus perritos.

—Vale, nuestro coche es aquel, ¿vamos? —Sofía cogió su cazadora, bajó de la furgoneta y se agarró a la mano de Matías.

—Sí, vamos. —Matías cogió una bolsa de deporte de la furgoneta y la otra de plástico con la comida que había comprado. Cerró el vehículo y caminó hasta el coche de ellas.

Como Laura les había dicho, en unos minutos llegaron a su calle, aparcaron en una zona cercana y se dirigieron a la casa. Era un edificio viejo y se veía un portal sucio. «Da algo de miedo», pensó Matías, dudaba de su decisión. Era en un quinto piso, sin ascensor y las escaleras estaban descuidadas. Nada más entrar, se sintió tranquilo, se veía limpio, amplio y acogedor, y dos perritos salieron a recibirlos. Lola los saludó.

—¿Quién es Lichis y quién es Kas?

—Mira, esta es Kas, la negrita, y el rubito es Lichis. Ven, Sofía, acércate, no hacen nada, están así porque están contentos de que estéis aquí. —Daniela miró a Matías—. No hacen nada, tranquilo, son muy buenos.

Matías sonrió.

—Es que no soy muy de perros, nunca he convivido con ninguno.

—¿Y Fiala, papá?

—Sí, Fiala es lo más cerca que he estado de uno.

—Pasad, no os quedéis en la puerta.

Alba dejaba las bolsas de la compra en la cocina, ayudada por Laura; las dos desaparecieron por el pasillo después. Daniela les enseñó el baño, el salón y la cocina, y se disculpó, quería quitarse los zapatos y ponerse el

pijama; el *orbayu* la había empapado. Matías dejaba la bolsa en el salón mientras ayudaba a Lola a quitarse la cazadora. Sofía entró en el baño, Laura entró en el salón con una pequeña estufa para que la casa se fuera calentando. Alba apareció con unas camisetas para ofrecérselas como pijamas, Matías las aceptó, sabía que en la maleta todo lo que había era ropa sucia.

—Si quieres, podemos poner una lavadora mañana —le dijo, bajito, Alba—. Aquí, con el viento que hace, la ropa se seca enseguida.

—Gracias —le dijo Matías.

—Voy a hacer café para calentarnos un poco. ¿Tenéis hambre? ¿Qué os apetece? ¿Quieres café, Matías?, le preguntó Daniela

—Sí, gracias, me vendrá bien —le contestó mientras la seguía a la cocina.

Alba entró después, buscaba algo de cena en la nevera, habían llegado muy tarde y no le apetecía cocinar.

—Podemos cenar unas tortillas francesas, es lo más rápido. A mí, las albóndigas y las lentejas no me apetecen nada.

—A mí tampoco —dijo Sofía mientras entraba en la cocina, contenta con su pijama improvisado, enseñándoselo a Matías—. ¿Tienes chocolate?

—Sí. Entonces hacemos unos bocadillos con chocolate y leche caliente, ¿vale? —le preguntó Daniela.

—Sí —respondieron Sofía y Alba.

—Matías, ¿tú también quieres pan con chocolate?

—Yo me comería las lentejas o las albóndigas, lo que me deis, estoy muerto de hambre —contestó mientras colocaba en la mesa las tazas que Alba le iba dando.

Daniela calentó las albóndigas y las lentejas, mientras Laura preparaba los bocadillos. Lo colocaron en la mesa y empezaron a cenar. Hablaban del frío que hacía, de los perros, de la cena. No querían preguntar por qué habían acabado en aquella furgoneta, querían que se sintiesen cómodos. Matías cenó todo lo que había calentado Daniela, no pudo evitarlo, había pasado mucha hambre y aquellos platos le reconfortaron el cuerpo y el alma. Miró a sus

hijas, estaban sonrientes, cenaban y hablaban de lo que les gustaba el chocolate. Lola decidía si le gustaba más el blanco o el negro, y se reían cuando se metía un trocito de cada uno en la boca, y Sofía le decía que no hiciese eso. Laura y Alba se fueron a una de las habitaciones en compañía de las niñas. Daniela recogía los platos con la ayuda de Matías, que se ofreció a fregarlos.

—No hace falta, Matías, en unas horas estaremos en pie, si sigues queriendo fregarlos, lo puedes hacer mañana, ahora vamos a la habitación para que veas dónde vais a dormir esta noche.

—Mañana buscaré otro sitio, no os molestaremos. Gracias por dejarnos quedarnos aquí esta noche y por la cena.

—No es necesario que mañana os vayáis, os podéis quedar unos días, Matías, no hay prisa, y teniéndote aquí me creeré mejor cocinera de lo que soy, porque a Laura y a Alba no les hacían mucha gracia las albóndigas.

Matías sonrió.

—Todo estaba muy bueno, y gracias.

—Venga, vamos. —Daniela lo agarró de la mano y lo llevó hasta la habitación. Allí, las hermanas ponían sábanas limpias y mantas a un colchón grande.

—Espero que estéis cómodos aquí. Os dejo más mantas por si tenéis frío —les señaló Laura.

—El colchón está nuevo —interrumpió Daniela—. Es que ves así la habitación llena de cajas y puedes pensar que está sucio o viejo, pero apenas se usó.

—No os preocupéis, ayer pasamos la noche en la furgoneta, hoy dormiremos muy bien.

Sofía se sentó encima del colchón.

—Esto está mejor que la furgoneta —les dijo Sofía.

Lola corrió a su lado.

—Sí, está muy blandito.

Alba destapó la cama y, rápidamente, se metieron dentro.

—Buenas noches —les dijo Laura.

—Buenas noches —se despidió también Alba.

Sofía y Lola les dieron las buenas noches a la vez.

—Gracias por todo, que descanséis —les respondió Matías.

—Podéis dormir hasta la hora que queráis, no os preocupéis, descansad y tapaos bien. Buenas noches.

—Otra noche dormiré contigo —le dijo Lola incorporándose en la cama—. Hoy me quedo con papá.

—Me parece muy bien, cuando tú quieras. Buenas noches, princesas.

—Buenas noches, y gracias por todo.

Por unas horas, la casa se quedó en silencio. Solo el ruido del viento golpeando contra las persianas molestaba el sueño.

Matías se despertó por una llamada a su móvil. Concertó la cita que le pedían. Eran las doce del mediodía y no se escuchaban ruidos en la casa. Se levantó con cuidado de no despertar a sus hijas, que todavía dormían. Vio luz en una habitación del fondo que tenía la puerta entreabierta y, según se iba acercando, oyó el sonido de alguien tecleando en el ordenador.

—¿Se puede? —preguntó, tímidamente, Matías.

—Sí, claro, hola. ¿Ya estáis despiertos? ¿Qué tal habéis pasado la noche?

—Bien, hacía tiempo que no dormía tan bien, y Sofía y Lola siguen dormidas.

—¿Quieres café?

—Sí.

—Pues manos a la obra, vamos a hacer café. Té enseñare nuestra cafetera, es un poco especial y tiene sus trucos.

—Me sirve si queda un poco de anoche o de esta mañana, no quiero molestarte.

—No, ni hablar, el café recalentado es asqueroso en olor y sabor. Lo mejor es el café recién hecho, además, siempre sale más barato si lo haces para más

gente, y me sirves de excusa para tomar otro.

—¿Y tus hermanas?

—Están trabajando.

—No habréis dormido mucho por nuestra culpa, la noche ha sido larga, y no estaré haciendo que pierdas un día de trabajo.

—No, tranquilo, solo trabajo unos días a la semana limpiando en la universidad y el resto del día lo dedico a trabajos de todo tipo que puedo hacer en casa, así que estoy en mi hora del café.

Matías sonrió.

—Me alegro. Encima de que me haces un favor, no me hubiese gustado causarte más trastornos.

Daniela puso sobre la mesa galletas y magdalenas, sirvió los cafés y miró a Matías.

—¿Llevabais muchos días en la furgoneta?

—Aquí, en Asturias, unas semanas, y viviendo en la furgoneta, varios meses. —Los dos se quedaron en silencio—. Mis hijas apenas se han quejado en este tiempo, ni del frío, ni del hambre, ni del miedo, pero en cuanto os vieron y nos disteis esta oportunidad... Ya viste a Lola, saltó corriendo. Lo han pasado mal, no he sido un buen padre.

—No digas eso, Matías, las tienes a tu lado y cuidas de ellas. Apareciste con una bolsa para la cena, y tú también aceptaste que te ayudásemos. Eso es ser un buen padre. Debe haber sido muy complicado llegar a tu situación.

—Sí, pero todo mejorará en unos días. Juntaré dinero y buscaremos una habitación, y todo se habrá solucionando.

Daniela le sirvió otro café.

—Come algo, las penas con pan son menos, o algo así es el dicho.

—Sí, creo que sí, y es cierto, gracias.

—Gracias a ti por no hacernos daño ni robarnos. ¿Algo así dijiste anoche? —Daniela sonrió, dándose cuenta de que aquel comentario no había sido el más adecuado—. Yo...

—Sí, lo dije. Veros allí fue... Pero también dijisteis que no era tan fuerte como me creía. —Los dos sonrieron—. Se me olvidaba, vi los perros en la cama...

—No te preocupes, son muy tranquilos, por no decir vagos. Cuando llegaron de su paseo, vieron la puerta entreabierta, una cama calentita y no se lo pensaron dos veces. No tengas miedo.

—¿Miedo a qué? —preguntó Sofía entrando en la cocina.

—A los perritos, tu papá estaba preocupado porque se quedaron durmiendo con vosotras.

—Son muy buenos, papá, y no tienes que tenerles miedo, yo les hablaré de ti para que se porten bien contigo.

Matías cogió en cuello a Sofía y la besó.

—¿Qué quieres de desayunar? Tenemos galletas, algunos cereales, pan...

—Pan con chocolate blanco —respondió Lola desde la puerta de la cocina. Daniela la cogió y la sentó en la silla, al lado de Matías y Sofía. Mientras Daniela calentaba la leche y Matías les hacía los bocadillos, Lola le dijo a su padre, muy bajito, que nunca había comido tanto, que se tenían que quedar allí a dormir más veces. Matías besó a Lola y se quedó sin saber qué decir, no podía levantar la vista del pan, sabía que Daniela lo había escuchado y se sentía avergonzado, triste. Daniela controló su respiración, había conseguido no llorar en aquellas horas, pero aquel susurro de Lola le había llegado al corazón y tenía que contener las lágrimas. Sirvió la leche en las tazas, les puso unas cucharadas de cacao soluble y las acercó a la mesa.

—Decidme si está muy caliente y, si es así, os echo un poco de leche fría.

—¿Nos podemos quedar a dormir otra noche aquí? —le preguntó Sofía.

—Sí, os podéis quedar todos los días que queráis, el invierno llegará pronto, y eso quiere decir que vendrán los días de frío y lluvia, y si estáis cómodas aquí.

—Sí, sí —gritaron las dos a la vez.

—Gracias por el ofrecimiento, Daniela, pero buscaré algo, no quiero

abusar.

—No estás abusando, Matías, no hay prisa, aquí tenéis la habitación que querías buscar. Sé que está llena de cajas, pero se puede arreglar. Os podéis quedar hasta que encuentres algo que te guste más, no molestáis.

—No molestamos, papá —dijo Sofía.

Matías sonrió. Sofía confiaba en ellas, se sentía segura en aquella casa y no quería volver a la furgoneta y eso era muy importante para él; hasta entonces, Sofía había sido una niña desconfiada y tímida.

Las niñas terminaron el desayuno y Daniela las acompañó al salón, les encendió la televisión y les dijo que podían verla todo el tiempo que quisiesen. Matías, mientras, recogió la cocina.

—Gracias por recogerlo, Matías, es lo que menos me gusta de las tareas de la casa, volver a colocarlo todo en su sitio. Si quieres, puedes darte una ducha y otra a las niñas, y luego podemos poner la lavadora.

Matías fue a buscar la bolsa que seguía en el salón y la llevó a la cocina. Allí sacó toda la ropa y la metió en la lavadora. Daniela colocó en el baño varias toallas limpias y grandes, de colores para las niñas, y buscó esponjas de animalitos que hacía tiempo habían comprado para decorar el baño y ahora tenía guardadas las que no habían utilizado.

—Estas esponjas les van a gustar, y esto es para ti, creo que es de tu talla, al menos la camisa. Está limpia, es de un ex de Laura, la puedes utilizar tranquilamente

—Gracias, no sé cómo agradeceros lo que estáis haciendo por nosotros, Daniela.

—Ya, Matías, lo hacemos felices. Relájate, no me tienes que dar las gracias por todo, esto es una etapa que has pasado mala y que pasará. Ha sido el destino que hizo que me tardase un poco más ese día.

Matías se quedó con el «gracias» otra vez en los labios.

—¿Qué te he dicho?

—Sí, de acuerdo, limitaré mis gracias a unos pocos por día.

—Vale. Volviendo al tema de la ropa, no he encontrado ropa limpia para las niñas, pero hoy podrán utilizar esto. —Daniela le enseñó unas camisetas.

—Está bien, no te preocupes, solo será mientras se seca su ropa, y para ellas es divertido, así que todo bien.

«El destino», se repitió Matías mientras Daniela desaparecía de la cocina. Matías colocó la ropa en una silla y recordó aquella llamada a su móvil que lo había despertado. Fue a la habitación y allí vio varios mensajes de texto, y en uno de ellos, una hora y un lugar. Se tenía que ir, era trabajo, pero no se atrevía a dejar a las niñas allí. Sabía que estaban seguras y que cuidarían de ellas y, aunque Daniela parecía una buena chica, seguía siendo una desconocida. Solo serían unas horas, y no le quedaba más remedio si quería conseguir dinero para tener su propia casa. «Tengo que hacerlo», se dijo mientras terminaba de ponerse la ropa que Daniela le había dejado. Le quedaba algo pequeña, pero estaba limpia. Antes de irse, bañó a Sofía y a Lola y les puso las vistió con lo que Daniela les había dejado. Mientras las bañaba, les contó que tenía que irse a trabajar y que ellas se tenían que quedar allí, les pidió que se portasen bien, que él volvería lo más pronto posible. Después las dejó en el salón y buscó a Daniela.

—No quiero interrumpirte, Daniela.

—No me interrumpes. ¿Necesitas algo? ¿Se ha apagado el calentador?

—No, el agua estaba estupenda y mis hijas no han rechistado, ni muy caliente ni fría, y las he dejado viendo la tele. Es porque me tengo que ir a trabajar, solo serán unas horas. En la noche estaré aquí, o antes, no sé cuánto tiempo me llevará, pero...

—¿Se lo has dicho a las niñas?

—Sí, ya lo saben y se van a portar súper bien

—Pues vete a trabajar tranquilo, me ocuparé de ellas. —Daniela se levantó de su silla y se acercó a un mueble, en el que Matías estaba apoyado, abrió un cajón y sacó unas llaves—. Son para ti, así no tendrás que llamar al timbre por si vienes tarde.

—¿Estás segura? Son las llaves de tu casa.

—Tú me dejas a tus hijas, que son más valiosas, y como el único perro que has tenido es Fiala, te contaré que, cuando oyen un timbre, se vuelven locos. Así que sí, estoy segura de darte mis llaves. Esta es la del portal y estas, las de la puerta.

—¿Estas no tienen algún truco que deba conocer?

—No, creo que es de lo poco que no tiene. —Los dos sonrieron. Daniela apuntó el número de móvil de Matías, él no podía llamar, pero sí recibir llamadas si necesitaban localizarlo. Matías se guardó las llaves en un bolsillo y se despidió de Daniela, volviéndole a dar las gracias por todo.

Eran las doce de la noche, Matías no regresaba y no contestaba a las llamadas. Daniela, Laura y Alba estaban preocupadas. «Y si ha dejado aquí a las niñas y no volvemos a verlo», se preguntaban. En apenas unas horas se pusieron en el peor de los escenarios que tendrían que hacer si no volvía. Daniela había acostado a las niñas y ahora, mientras ellas se inquietaban por el paradero de Matías, las niñas dormían plácidamente. Al mirarlas, pensaba que, pasase lo que pasase mañana, esa noche volverían a dormir calentitas, con el estómago lleno y en un lugar seguro. Decidieron no precipitarse y esperar a la mañana siguiente para tomar una decisión.